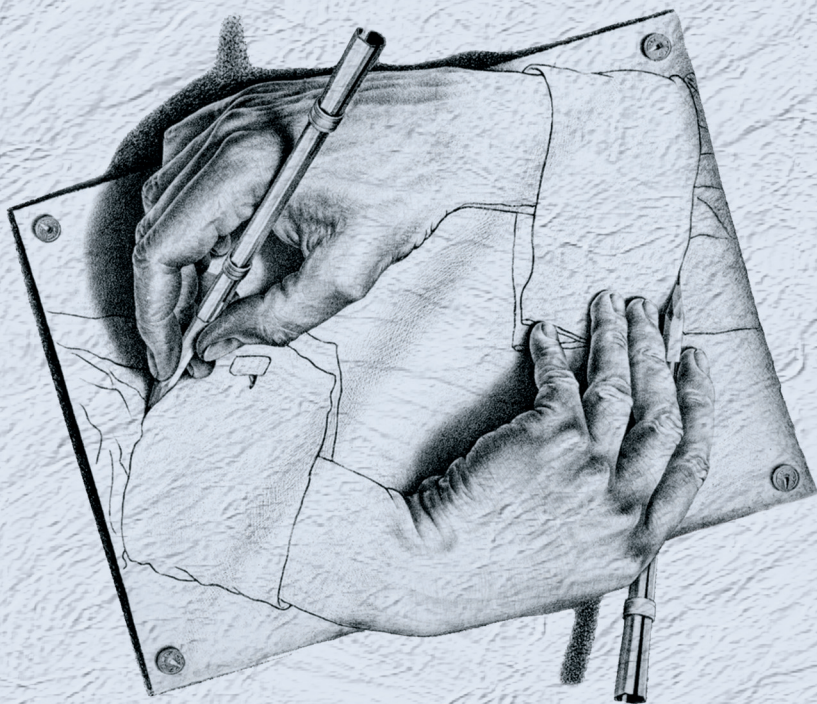


ALFONSO REYES
Y LOS ESCRITORES PERUANOS

Compilador Rafael Vargas



EL COLEGIO DE MÉXICO

ALFONSO REYES
Y LOS ESCRITORES PERUANOS

ALFONSO REYES
Y LOS ESCRITORES PERUANOS

Compilación y notas
de
Rafael Vargas

Colección Testimonios



EL COLEGIO
DE MÉXICO

M868.6209

R4572a

Alfonso Reyes y los escritores peruanos : compilación y notas,
vínculos, testimonios y meditaciones / [compilación Rafael Vargas ;
Luis Alberto Sánchez ... [et al.]]. -- 1a. ed. -- México, D.F. : El
Colegio de México, 2009
282 p. ; 21 cm. -- (Aproximaciones y homenajes ; 2)

ISBN 978-607-462-084-9

1. Reyes, Alfonso, 1889-1959 -- Crítica e interpretación. 2. Reyes, Alfonso,
1889-1959 -- Correspondencia. 3. Autores mexicanos -- Siglo XX. I. Vargas,
Rafael, comp. II. Sánchez, Luis Alberto. III. Serie.

Primera edición, 2009

D.R. © El Colegio de México, A. C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-084-9

Impreso en México

ÍNDICE

Nota del compilador	13
---------------------	----

PRIMERA PARTE

Vínculos, testimonios y meditaciones

Alfonso Reyes <i>Luis Alberto Sánchez</i>	19
Alfonso Reyes en sus cartas <i>Luis Jaime Cisneros</i>	23
Alfonso Reyes <i>Francisco García Calderón</i>	30
Francisco García Calderón <i>Alfonso Reyes</i>	32
Una amistad difícil: Alfonso Reyes y Francisco García Calderón, París, 1913/14 <i>Luis Loayza</i>	34
Pequeña historia de una relación literaria <i>Estuardo Núñez</i>	45
La lección permanente <i>Carlos Rodríguez Saavedra</i>	48
Evocación de Alfonso Reyes <i>Javier Sologuren</i>	51
Don Alfonso y la literatura de su tiempo <i>José Durand</i>	53
Imagen de Alfonso Reyes <i>José Miguel Oviedo</i>	55

Entre apolíneo y jupiterino: <i>Oración del 9 de febrero</i> <i>Antonio Cisneros</i>	60
El centauro pensativo <i>Édgar Montiel</i>	63
Don Alfonso Reyes <i>Ricardo Peña Barrenechea</i>	70
Toques de reacción <i>Ricardo Peña Barrenechea</i>	73
Don Alfonso Reyes y Ricardo Peña Barrenechea <i>Ricardo Silva Santisteban</i>	75
Estampa de José Santos Chocano <i>Alfonso Reyes</i>	77
Ciudad Dorada (Visión de Río de Janeiro) <i>José Santos Chocano</i>	78
Alfonso Reyes: justicia para el peruano maldito <i>Jorge Salazar</i>	81
Alfonso Reyes o el ensayista como cuentista <i>Guillermo Niño de Guzmán</i>	85
La escritura como salvación <i>José Luis Sardón</i>	88
Alfonso Reyes: la tarea de colmar el pasado <i>Carlos López Degregori</i>	91
Alfonso Reyes y la crítica de cine <i>Ricardo Bedoya</i>	94
SEGUNDA PARTE <i>Aproximaciones y homenajes</i>	
Una gran evocación de Luis XIV <i>César Vallejo</i>	99
Dos aproximaciones a Reyes <i>Emilio Adolfo Westphalen</i>	102

Sabor de Arequipa <i>Alfonso Reyes</i>	106
Décimas en acróstico <i>Alfonso Reyes</i>	108
Escuela lírica de Alfonso Reyes <i>Luis Fabio Xammar</i>	110
Alfonso Reyes y el tacto impertinente <i>Sebastián Salazar Bondy</i>	117
Alfonso Reyes: maestro americano <i>Sebastián Salazar Bondy</i>	119
La prodigiosa laboriosidad de Alfonso Reyes <i>Luis Alberto Sánchez</i>	121
Alfonso Reyes <i>Luis Alberto Sánchez</i>	125
Mañanitas para Alfonso Reyes <i>Luis Alberto Sánchez</i>	129
El breve y poderoso don Alfonso <i>Elsa Arana Freire</i>	131
Alfonso Reyes: similitudes y diferencias <i>Ciro Alegría</i>	134
Alfonso Reyes, clásico de las letras latinoamericanas <i>Magda Portal</i>	137
Homenaje a Alfonso Reyes <i>Mario Vargas Llosa</i>	139
Experiencia y teoría literaria en Alfonso Reyes <i>José Miguel Oviedo</i>	140
Alfonso Reyes en síntesis <i>José Miguel Oviedo</i>	143
Reyes: resplandor de un sabio deslinde <i>José Miguel Oviedo</i>	145

En memoria de Alfonso Reyes: Los libros <i>Javier Sologuren</i>	149
Alfonso Reyes, poeta <i>Luis Loaiza</i>	151
Un verdadero hombre de letras <i>Mario Vargas Llosa</i>	154

TERCERA PARTE
Evocaciones luctuosas

Nota en la muerte de don Alfonso <i>Mario Castro Arenas</i>	161
Recordando a don Alfonso <i>Elsa Arana Freire</i>	164
Alfonso Reyes, americano ejemplar <i>Abelardo Oquendo</i>	166
Siempre con Alfonso Reyes <i>José Durand</i>	168

CUARTA PARTE
Cartas

Presentación	173
1. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	175
2. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	176
3. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	177
4. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	177
5. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	178
6. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	179
7. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	180
8. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	181
9. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	181
10. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	182
11. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	183
12. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	183

13. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	184
14. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	185
15. De Alfonso Reyes a Francisco García Calderón	185
16. De Alfonso Reyes a Rosa Amalia de García Calderón	186
17. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	187
18. De Alfonso Reyes a Francisco García Calderón	188
19. De Rosa Amalia de García Calderón a Alfonso Reyes	189
20. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes	189
21. De José de la Riva Agüero a Alfonso Reyes	190
22. De José de la Riva Agüero a Alfonso Reyes	191
23. De Alfonso Reyes a Luis Fernán Cisneros	192
24. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes	192
25. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes	193
26. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes	194
27. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes	195
28. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes	196
29. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes	197
30. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes	199
31. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes	200
32. De Alfonso Reyes a Ventura García Calderón	200
33. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes	204
34. De Alfonso Reyes a Ventura García Calderón	204
35. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes	205
36. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes	206
37. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes	207
38. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes	208
39. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes	211
40. De Alfonso Reyes a Luis Alberto Sánchez	212
41. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes	213
42. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes	214
43. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes	216
44. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes	217
45. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes	219
46. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes	221
47. De Alfonso Reyes a Luis Alberto Sánchez	222
48. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes	225
49. De Alfonso Reyes a Luis Alberto Sánchez	227
50. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes	229

51. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes	230
52. De Alfonso Reyes a Luis Alberto Sánchez	231
53. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes	234
54. De Alfonso Reyes a Luis Alberto Sánchez	235
55. De Jorge Basadre a Alfonso Reyes	237
56. De Jorge Basadre a Alfonso Reyes	237
57. De Estuardo Núñez a Alfonso Reyes	238
58. De Estuardo Núñez a Alfonso Reyes	238
59. De Estuardo Núñez a Alfonso Reyes	239
60. De Emilio Adolfo Westphalen a Alfonso Reyes	240
61. De Alfonso Reyes a Emilio Adolfo Westphalen	241
62. De Alfonso Reyes a Xavier Icaza	242
63. De Alfonso Reyes a Genaro Estrada	242
64. De Emilio Adolfo Westphalen a Alfonso Reyes	243
65. De Alfonso Reyes a Emilio Adolfo Westphalen	244
66. De Luis Fabio Xammar a Alfonso Reyes	244
67. De Luis Fabio Xammar a Alfonso Reyes	245
68. De Luis Fabio Xammar a Alfonso Reyes	246
69. De Francisco Eduardo Carrillo a Alfonso Reyes	247
70. De Alfonso Reyes a Francisco Eduardo Carrillo	251
71. De José Durand a Alfonso Reyes	251
72. De José Durand a Alfonso Reyes	252
73. De Alfonso Reyes a José Durand	253
Dedicatorias y tarjetas	254
Acerca de los autores	255
Cronología de Alfonso Reyes	277

NOTA DEL COMPILADOR

Hace poco más de veinte años, a unos meses de que se cumpliera el centenario del nacimiento de Alfonso Reyes, la Embajada de México en el Perú decidió festejar ese acontecimiento y planeó una serie de actividades que, entre otras cosas, incluiría una exposición bibliográfica y documental en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional del Perú; una conferencia de Adolfo Castañón (quien poco antes había publicado *El caballero de la voz errante*) en el Instituto Raúl Porras Barrenechea; la escenificación de *Ifigenia cruel* a cargo del excelente grupo teatral Cuatrotablas (que durante semanas trabajó y se familiarizó con el poema dramático para presentarlo una sola noche: la del 15 de mayo de 1989, bajo la dirección de Mario Delgado, con Pilar Núñez en el papel principal), así como una sencilla pero bien diseñada edición de textos sobre Reyes por una treintena de autores peruanos, uno de cuyos ejemplares se conserva en la biblioteca de El Colegio de México.

Yo tenía la buena fortuna de ser el agregado cultural de aquella representación mexicana, encabezada por Jesús Puente Leyva, lector y admirador de Reyes, y asumí la realización de ese impreso.

Al comenzar, creí que haríamos una publicación más bien breve. Puesto que ningún escritor del Perú figuraba entre los cuarenta y cuatro coautores del *Libro jubilar de Alfonso Reyes* (homenaje internacional preparado por Jaime García Terrés en 1955, cuando dirigía Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México, para celebrar el “medio siglo de señorío literario” de don Alfonso) y Mario Vargas Llosa era el único de ese país entre los veintisiete colaboradores de *Presencia de Alfonso Reyes*, libro impreso por el Fondo de Cultura Económica en 1969 para conmemorar su décimo aniversario luctuoso, cabía suponer que la obra de Reyes no había tenido una gran resonancia entre los peruanos.

Nuestro punto de partida era un puñado de textos: el prólogo que Francisco García Calderón redactara para las *Cuestiones estéticas* de Reyes

en 1911; el breve ensayo de Reyes sobre García Calderón publicado en Madrid en 1918; una curiosa crónica de César Vallejo enviada a Lima desde París en 1927 y recogida por el investigador Jorge Puccinelli en el segundo volumen de *Crónicas* de Vallejo (UNAM, 1984), y el “Homenaje a Alfonso Reyes” de Vargas Llosa.

Pero todos los amigos peruanos a los que les conté de nuestra intención e invité a que escribieran algo sobre don Alfonso se entusiasmaron, comenzando por Luis Alberto Sánchez, entonces vicepresidente de la república, y Estuardo Núñez (hoy con 101 años de edad, fecundos y vitalísimos), quienes trataron a Reyes durante mucho tiempo.

Así, colaboraron con nosotros autores tan renombrados como ellos, como Javier Sologuren y José Durand —becarios de El Colegio de México durante la época en que Reyes lo dirigía—, y otros mucho más jóvenes, como Guillermo Niño de Guzmán y Carlos López Degregori, cuya amistad con Reyes se circunscribía a la lectura.

En algunos casos, como los de Abelardo Oquendo y Mario Vargas Llosa, a los que el tiempo no les permitía redactar algo nuevo, se optó, con su amable autorización, por reproducir los escritos que ya habían publicado. (Afortunadamente, este último volvería a escribir sobre Reyes, como aquí consta.)

Con la orientación de todos ellos, con la guía inteligente de Ángel Páez, que entonces comenzaba a descollar como reportero del diario *La República* —en el que continúa haciendo un trabajo en verdad valiente y brillante—, y el generoso apoyo de Juan Mejía Baca, director de la Biblioteca Nacional del Perú, al cabo de algunas semanas había encontrado en la prensa de la época alrededor de veinte notas, artículos y ensayos que permitían ver que la relación entre Alfonso Reyes y los escritores peruanos era mucho más extensa de lo que yo había calculado. Estudiarla obliga a hilar con tanta finura como lo hace Luis Loayza al escribir sobre la amistad entre Francisco García Calderón y Reyes a partir de lo que éste le cuenta a Pedro Henríquez Ureña sobre su relación con el peruano en el París de 1913.

Y Loayza no conocía, en el momento de redactar su hermoso ensayo, las cartas entre Reyes y García Calderón que se conservan en el archivo de don Alfonso y se incluyen en estas páginas.

Esa veintena de cartas, y medio centenar más cruzadas con otros corresponsales, que Víctor Díaz Arciniega, gran conocedor de Reyes, tuvo la inmensa gentileza de localizar en los archivos de la Capilla Al-

fonsina y enviarnos a Lima para enriquecer nuestra edición, brindan tal cantidad de datos y pistas que uno termina por mirarlas como umbrales de posibles libros.

Mi trabajo en Perú concluyó en agosto de ese mismo año y ya no tuve oportunidad de proseguir lo que debería haberse convertido en una investigación más larga.

Es evidente que deben estudiarse muchos otros impresos y archivos (por ejemplo: los de José María Eguren, Alberto Escobar, Abraham Valdelomar, Raúl Porras Barrenechea y Alberto Tauro) en los que seguramente podrán encontrarse textos sobre Reyes lo mismo que cartas y otros documentos.

Pero quizá esta nueva edición de esos materiales, levemente modificada por algunas supresiones y adiciones, sirva como estafeta para un estudioso con mayor capacidad y tiempo para realizarla. Ése es uno de sus propósitos. Otro, naturalmente, agradecer una vez más a nuestros amigos peruanos —amigos de Alfonso Reyes y de México— su inteligencia, su colaboración espléndida en todos los sentidos de la palabra. El principal, por supuesto, por parte de todas las personas que entonces y ahora han hecho posible este libro, es contribuir a honrar la memoria de don Alfonso Reyes, un escritor impar, cuya obra más se ama mientras más se lee. Hay que decir respecto de ella lo mismo que el poeta norteamericano John Berryman solía decir en relación con la de Shakespeare: uno sólo tiene una vida, y sería una estupidez agotarla sin haber leído a Reyes.

Rafael Vargas, 24 de agosto de 2009

PRIMERA PARTE

VÍNCULOS, TESTIMONIOS Y MEDITACIONES

ALFONSO REYES

Luis Alberto Sánchez

Con un alarde de inusitada juvenilidad, Alfonso Reyes se escapó de la vida en el lindero de los setenta, el 27 de diciembre de 1959. Él, que era diminuto, gordezuelo y jovial, se había dejado crecer una “barbiche”, ya entrecana; los ojillos vivos y chinescos se habían tornado más pícaros y, por coquetería cronológica, se apoyaba en un bastón que parecía más un cayado que bordón de peregrino.

Se nos fue, dejando como testimonio aquella magnífica Capilla Alfonsina en la avenida Industria núm. 122, de México, D. F.

Sus últimos quince años los pasó rodeado de sus millares de libros, de su archivo, de sus recuerdos y de sus pensamientos; para entonces, Alfonso Reyes estaba más dedicado a la cultura griega que a la americana. Había vuelto a las fantasías con que engendrara *Ifigenia cruel* y que culminó con una traducción en verso de *La Iliada*, en magníficos endecasílabos.

Yo admiraba a don Alfonso Reyes desde que leí su *Cuestiones gongorinas* del año 1927. Ya lo conocía a través de su libro *Cuestiones estéticas* y sus artículos, todos ellos tentadores y magistrales; pero fue sólo en 1936 y en Buenos Aires, cuando tuve el honor de estrechar su mano y de entablar con él una accidentada conversación que patrocinaba nuestro común maestro y amigo, el gran dominicano Pedro Henríquez Ureña. Ese mismo día Alfonso nos presentó a Jorge Luis Borges, fue en ese entonces que practicaba un pintoresco criollismo porteño, aprendido con Macedonio Fernández, que era devoto de Evaristo Carriego, el cantor del barrio.

Alfonso daba la impresión de un estudiante insaciable, y ya era entonces embajador de México en la Argentina. Andaba tratando de buscar las raíces de la cultura de nuestro continente. Yo andaba en aquel tiempo en mis investigaciones literarias y en busca de mí mismo. Temo que todavía andemos en pos de aquello.

Alfonso Reyes, nacido en Monterrey el año de 1889, era hijo del general Bernardo Reyes, a quien el viejo Porfirio Díaz trató de dejar como sucesor suyo, enfrentándolo a Francisco I. Madero. Alfonso fue el más joven de los miembros del Ateneo de la Juventud; en él actuaron revolucionariamente José Vasconcelos, Antonio Caso, González Robello, Jesús Acevedo, todos bajo la batuta de Pedro Henríquez Ureña, apenas cinco años mayor que Reyes. A los veinte, partió a París, después de la violenta muerte de su padre, en 1913, durante la “decena trágica” que señaló el fugaz triunfo del chacal, Victoriano Huerta.

Por un breve periodo ocupó un cargo en la diplomacia; más tarde Alfonso prescindió de toda ayuda y, ya casado con la leal Manuelita, pasó a España tratando de subsistir como escritor, lo que le inspiró una pintoresca frase: “es como levantar una silla con los dientes” (copia de esta frase aparece en *Pasado inmediato*, pequeño manojito de recuerdos, en la década de 1940).

El talento, la simpatía, la cultura y la perseverancia alcanzaron su legítimo triunfo en Alfonso, quien empezó a figurar entre los escritores españoles. Finalmente retornó al servicio diplomático que desempeñó de manera excelente, siendo nombrado más tarde embajador en Brasil y en Argentina. Fue un modelo de fidelidad a su ciudad natal; mantuvo, durante largos años, un boletín mensual titulado *Monterrey*, que recibíamos con unción eucarística. Otro acto de fidelidad patria fue su *Visión de Anáhuac*, poema dramático de indiscutible cepa azteca.

Alfonso era, en todo momento, un hombre comunicativo, generoso, como se puede comprobar en su correspondencia con Pedro Henríquez Ureña.

Buscado constantemente por los jóvenes, decidió publicar un tomo con su *Experiencia literaria*, que es todavía un vivero de enseñanzas y, luego, su importante *El deslinde*. En éste, como su nombre lo indica, Reyes trató de deslindar lo literario de lo subliterario y de lo no literario.

Hacia 1945, ya de vuelta en México, Alfonso experimentó una deslealtad de su salud que lo obligó a estar bajo una campana neumática. Recuperado de aquella traición cardiaca, a fines de 1946 lo encontramos en París como miembro de la delegación mexicana a la Asamblea de la UNESCO. Allí trabajamos bajo el rígido invierno parisiense. En nuestra comisión teníamos a una joven, dulce y atractiva dactilógrafa polaca, y Alfonso la devoraba con los ojos, hasta que una noche faltaron ambos a la sesión. Dos días después Alfonso regresó, un poco pálido y titubeante.

te; la cardiopatía había cobrado su precio, pero Alfonso no perdió el humor, presentándose como un chico sorprendido en falta. ¡Ah! ¡Don Alfonso amaba la vida a costa de cualquier precio!

Nos vimos varias veces en México; la última fue en Cuernavaca, ciudad más baja que la capital; estaba ocupado en la edición de sus *Obras completas*.

Charlamos largo y tendido durante dos noches, y un día, no sé cómo ni por qué, saltó a la memoria un mundo de recuerdos entre los que figuraban Henríquez Ureña, Salvador Novo, Gilberto Owen, Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán y Jaime Torres Bodet, a quien vi por última vez en 1975.

Uno o dos años después recibí la noticia de su dolorosa enfermedad; lo vi con su cayado y su “barbiche”, sus ojos chinescos; no había perdido talento ni humor. Hasta ahora recordamos su alegría, su erudición, su inteligencia; fue un ejemplo para muchos y también para nosotros.

He tratado de reflejar hasta aquí algo de la vida de Alfonso Reyes; me gustaría ahora decir algo sobre su obra.

Se requiere un criterio convergente que considere tanto lo individual como lo general, el hombre y el universo. Me atrevo a calificar de “individual” lo que se refiere a un sector de sus obras; llamo “general” a lo que respecta a su obra total.

Procedamos con algún sosiego, siempre que el tema y mi temperamento lo permitan. Reyes comienza, como es natural, con crítica, crónica y versos; me parece conveniente alterar este orden: demos paso al versificador y lo llamo así, porque para ser poeta se requiere que la razón y el cálculo sean abolidos por la intuición y la espontaneidad, en línea semejante a la de Reyes; Borges se alza de la poesía pero guiado por un sentimiento nativo y un deseo claro de ser un poeta popular como los de “quaderna vía”. Su *Fervor de Buenos Aires* no es sólo una evocación sino una compenetración vibrante de su ciudad natal.

Reyes inició como un Valéry precoz, midiendo las sensaciones y los versos; en *Minuta*, de Reyes, todo está preparado para producir efectos metafóricos, brillantes, inteligentes. Ya en *Romances de Río de Enero*, escrito en Río de Janeiro, la claridad de conceptos, metáforas, paradojas, surge con una nitidez inesperada.

Después de repasar su corta pero perfecta obra poética nos sorprende su claridad; alguna vez comparamos dos traducciones de Mallar-

mé con las de él, y nos quedamos maravillados al ver que, salvo tres vocablos en conjunto, de los dos poemas, nuestras versiones eran exactas. Desde luego, uno de los poemas mallarmelianos era uno de los *Spleen*, que empieza: “La chair est triste, hélas et j’ai lu tous le livres”. Es que a Reyes le seducen las proezas literarias, lo difícil; de ahí su admirable versión del *Polifemo* y de ahí también la lumbrera esclarecedora de su *Cuestiones gongorinas*, allí por la fecha del tercer centenario de don Luis de Góngora y Argote.

En realidad para Reyes pensamiento y forma fueron dos retos, dos desafíos; sonriente, erudito y ágil, se enfrentaba a los enigmas como Edipo a la esfinge, seguro de que acabaría obligada a matarse en signo de despecho, al ver descubierto su enigma.

Toda la obra de Reyes se encamina por ese rumbo. *El deslinde* pone al descubierto alguno de los procedimientos de que se vale para extraer perlas de las ostras y trinos, gorjeos, de las cacatúas tropicales; sí, eso es: Reyes perteneció a la misma agrupación de Vasconcelos, Guzmán, Acevedo, pero ninguno de éstos pudo expresarse con la seguridad, agudeza y transparencia de Alfonso, si bien la pasión de Vasconcelos en *Ulises criollo*, en *El desastre* y en su *Ética* llega a derrotarnos.

Reyes realiza un periplo semejante, sonriendo, enseñando, conociendo y elevándose. Cuando se quiere definir con certeza en qué consiste el ensayo, hay que apelar a Reyes, encantador y profundo como Montaigne, Unamuno, Thoreau, Ortega, Montalvo, González Prada, Rodó, maestros formidables; hay que recurrir a Alfonso y gozar de sus precisiones como gozamos con las de Picón-Salas, Arciniegas, Paz y, siempre, con Pedro Henríquez Ureña.

Yo aprendí mucho de Alfonso y no lo sentí maestro a pesar de que lo era; si bien es cierto que Pedro Henríquez Ureña era, como Marcelino Menéndez y Pelayo, la última palabra en literatura e historia, Alfonso era clasicista, ejemplarizante y, además, alegre, alegre, alegre. Esa alegría nos vuelve hoy al evocar su vida y su obra. Alegría de ver crear y tratar de imitarle. Alegría de Séptimo Día. Alegría pagana, ¡oh Grecia!, alegría vital.

Abril de 1989

ALFONSO REYES EN SUS CARTAS

Luis Jaime Cisneros

Si algún otro Alfonso —amén del de las *Partidas*— pudo con justicia merecer en la historia de la cultura hispánica el nombre de ‘sabio’, sólo Alfonso Reyes. Humanista, en el mejor sabor del vocablo, Reyes integra una envidiable y valiente generación que dio a las letras hispanoamericanas, pero sobre todo al ensayo, brillo inestimable. Poco se ha estudiado cuánto debe la historia de las ideas a la ensayística de América. Quienes conocimos a Alfonso Reyes, sabemos bien qué significaba haber reunido calidades que hacían de su estilo y su persona una sola realidad. No era un ‘hombre de letras’, donde las *letras* pudieran equivaler a un adjetivo circunstancial: las ‘letras’ vivían en él consustanciadas con su propia biografía. Todo en él fue un darse con cautela y sabrosura. Si hubo un sucesor de Erasmo en este siglo, ése fue Alfonso Reyes: alejado del ignorante vulgo, celoso de la pulcritud en el lenguaje, apegado al latín culto y a la Grecia armónica, cultivador de la ironía, fervoroso de su rigor filológico cuando de editar textos se trataba, fue don Alfonso cifra de humanistas en el siglo. Cortés sin incurrir en la adulación, erudito sin estridencias, intemperante a veces en algunas cartas que, entre los 18 y los 25 años de edad, dirigió a Pedro Henríquez Ureña. Adelanto que no he de esmerarme en abordar su estilo (ya lo hizo, y bien, James Willis Robb), pero tal vez involuntariamente confirmaremos que *estilo y hombre* fueron en don Alfonso una sola entidad clara y rotunda.

Gran animador de la realidad, Reyes es en sus cartas el artista de la conversación que pudimos gozar en vida: las manos y los ojos chispeantes, asociados con la pícara sonrisa, pertenecían necesariamente en él al contexto del coloquio. Conversación e imaginación vivían hermanadas en una misma función artística y creativa que sus cartas exhiben y reavivan, en derroche de espontaneidad. Por eso, lenguaje intencional (artísti-

co) resulta en él lenguaje natural y espontáneo. Informar es tan importante para Reyes como emocionar; si el corazón no participa de lo que la razón va dictando, *se hace sentimiento* don Alfonso. Él transmite de una sola vez ambas sustancias (por eso *gusto* y *sabor* no son voces casuales de su vocabulario): “Joven catador de sustancia” lo llamó, treinta y dos años atrás, Luis Alberto Sánchez. Y es que en su lenguaje se conjugan los mismos tres valores que él proponía distinguir (comunicación, acústica y expresividad) y que resaltan en sus cartas: “La humedad de afecto que ni la especial aplicación práctica ni la pretendida fijeza lógica logran siempre”. Humedad de afecto es lo que encuentra el lector en este epistolario.

LOS AMIGOS AR Y PHU

Amistad (cariño) ejemplar unió a Alfonso Reyes con Pedro Henríquez Ureña. Mayor en cinco años, el dominicano ejerció influencia decidida en la formación y en la consolidación de la vocación literaria del mexicano. Amor estricto definió esa hermosa relación y la alumbró ininterrumpidamente: de maestro a discípulo (que fueron los términos iniciáticos de esa relación) hasta llegar a amigos entrañables, he revisado, con miras a este centenario, las cartas que intercambiaron entre 1907 y 1914.¹ Las cartas han reanimado en mí la imagen de don Alfonso, hombre de estatura mediana, macizo, de ojos pícaros y achinados, bigote recortado en su primera época (antes de la barba patriarcal), cuyas manos rivalizaban en elocuencia con la voz hecha de cautela y de armonía.

Compenetración profunda hubo entre estos jóvenes desde la hora inicial de la relación: “Por una parte, me resuena todo mi ser cuando me propongo definirte... Has sustituido mi conciencia”, dice Reyes el 24 de agosto del 14, tras haber confesado, meses antes: “a ti admiro y en ti espero” (19 de mayo), diez años después de iniciado como corresposal. Nada parecía haber cambiado en ese sentido, con el tiempo; en una grave crisis personal de febrero de 1908, Reyes había escrito: “Me dirijo al amigo que ha recibido tantas confidencias mías, y le pido consejo, ya

¹ Manejo la edición al cuidado de José Luis Martínez (FCE, Biblioteca Americana, 1986). Frecuenté las clases y el trato amistoso de don Pedro Henríquez Ureña en mi primera juventud, en Buenos Aires; disfruté así de su consejo y su benevolencia. Gocé a don Alfonso, como convidado de piedra, en muchas de sus charlas con mi padre.

que lo reconozco superior a mí”. Estos siete años medulares de formación académica proyectaron la influencia de Henríquez Ureña en la vida de Alfonso Reyes.

Más allá de los asuntos histórico-literarios, la opinión de don Pedro era para Reyes siempre decisiva. Aun en las cosas de la misma historia patria: “Yo nunca vi las cosas de México por mis propios ojos sino por los tuyos” (6 de mayo de 1911). Es que la voz del amigo dominicano resonaba siempre, a pesar de su caligrafía deshiscente, infundiendo aliento ahí mismo donde daba consejos o insinuaba alguna que otra censura: “El sentirse allí moralmente solo —le dice a Reyes en marzo de 1908— te enseñaría a dominarte y te ayudaría en la disciplina mental”. Esta presencia permanente del amigo tenía que ayudar a un hombre que, como Reyes, no atinaba a vivir en soledad. No estuvo hecho para ella; apenas llegado a París, escribe a don Pedro en septiembre de 1913: “Si te hablo de mi soledad es porque, como tú comprenderás, no es posible que los sustituya. Los franceses no son gente para recibir en su intimidad a ningún extranjero”. En esa soledad, las cartas del amigo son una presencia viva y un eficaz consuelo: “si ya no contara contigo como un motivo espiritual de mi vida, estaría profundamente triste”, le dice desde París (25 de abril de 1914), al tiempo que le va dando noticias de amistades y de libros. Pero no solamente don Pedro es el corresponsal a quien se reclama correspondencia frecuente. Cuando no lo lee, Reyes lo inventa en su imaginación y lo sueña: “Te quisiera decir muchas cosas, ya que por ahora no puedo hablarte; todas, todas las noches te sueño, y me sueño conversando contigo largamente” (7 de mayo). El sueño persistente llega a ruborizarlo, al extremo de que a los pocos días debe confesar: “No me queda, pues, más remedio que escribirte, ya que no recibo cartas tuyas. Casi me da vergüenza contarte que sigo soñando contigo con turbadora persistencia” (19 de mayo). Es la hora en que Reyes trasluce su esperanza de que Francisco García Calderón pueda, de algún modo, ser su interlocutor y maestro parisino, pero tiene que sufrir las intemperancias de carácter del pensador peruano. Esa falta de diálogo acentúa su soledad, y por eso en la misma carta tiene que justificarse: “En mi soledad, ya lo sabes, eres el centro de mis deseos espirituales”. Claro es que tristeza y soledad no solamente vienen dadas por las circunstancias de tanta gente extraña. Reyes no es, por cierto, un desadaptado sino un sentimental muy tímido: “sólo quiero salvar un punto de dignidad personal: mi tristeza no viene de la presencia de gentes en

París”. Es que por febrero de 1913 ha muerto su padre, por quien tuvo adoración. Y ésa, “con todas sus consecuencias particulares y nacionales, es la más profunda y general causa de mi estado espiritual. Todo se disipará en tu compañía”. Con ese dolor abandonará México para hacer frente al extranjero y al porvenir. Y es que esta presencia epistolar de Henríquez Ureña significa para Reyes consejo infatigable, recomendación de lecturas, advertencias sobre el estilo, enérgicas llamadas de atención, estímulo constante a la superación. Reyes lo sabe y lo agradece: “Estás demasiado no digo ya cerca, dentro de mí. Has sustituido mi conciencia. Cuando estés conmigo, te explicaré cómo ha funcionado en mí tu recuerdo, en la forma de una *censura positiva* , y corrigiendo las funestas tendencias de mi verdadera conciencia que, ahogada en la crisis, obraba como una *censura negativa* ” (24 de agosto de 1914).

EL LENGUAJE, ARMA EFICAZ

A través de las cartas, sabiduría y precisión aparecen como rasgos del estilo epistolar en don Alfonso. Su preocupación por el lenguaje (el suyo y el ajeno) va cobrando relieve a medida que las cartas nos lo muestran por entero. De pronto lo vemos airarse porque le molesta que Díaz Mirón haya usado en un poema la voz *boñiga* (“¡sueño con esa maldita palabra inmundal”, 21 de enero de 1908); cuando no se enfrasca con el mismo don Pedro en discutir el buen uso de *echar de menos* , que defiende por clásico y por castizo (6 de junio de 1911). A ratos se refugia en sus mexicanismos y alude a los *borregos* que se acumulan en el cielo (agosto de 1913); o cuando pide noticias sobre quiénes son los graduandos que han sido *cintareados* (septiembre del mismo año). Otras veces se interesa, con evidente celo académico, por el lenguaje de Francisco García Calderón, cuya soltura estilística admira: “Por eso es tan agradable leer a García Calderón” (dice un 28 de julio, fecha que el peruano debería haber agradecido). Y discute términos, con la autoridad de la Academia como testigo:

Interlineado no es castizo. La Academia trae *interlineación* . Y no me gustó. *Discrimen* es castizo y académico. En su segunda acepción (conste que corrijó los disparates de ortografía que mi mano hace sola), traduce la *discriminación* del inglés. Me he propuesto lanzarla... [*ibid.*].

Asigno espacio a la cita porque nos revela la preocupación de Reyes por que el lenguaje sea eficaz en cuanto a lo comunicativo, a lo acústico y lo expresivo. Eso está ciertamente en la raíz de su vocación graciesca. En estas materias, las cartas no resultan ser entre maestro y discípulo sino entre autoridades que se respetan y escuchan. Cuando, en agosto del 14, con la guerra encima, se da Reyes tiempo para revisar el artículo que PHU ha dedicado a Azorín, leemos cómo recrimina a su amigo y mentor el uso de adjetivos, el subrayado de algunas voces: “Ya sé —agrega— que yo incurro en el mismo mal; pero al leer tu artículo he tenido la revelación. Creo que debemos evitarlo”. En unas cartas aconseja y ataca, pero en otras se defiende; ahora lo oímos defenderse por haber usado subjuntivos: “Ya no tengo empeño en usar esos subjuntivos”. Ahora está dispuesto a sonreírse de ellos: “El subjuntivo es el modo, por excelencia, *Real-Académico-de-la-Léngüico*” (24 de agosto de 1914).

Pero más importante que estas preocupaciones de índole filológica, la verdadera dimensión que a Reyes le importaba del lenguaje era la eficacia comunicativa. Por eso le atraía conversar y le encantaba tropezar con gente conversadora. Arte difícil, no hecho para ingenuos, arte cada vez hoy menos frecuente. Para un hombre en quien el trato humano con los semejantes era punto de partida para sentirse bien, la conversación era condición importante. Si añadimos la función diplomática en que Reyes se entrenaba, comprenderemos cuán vital debía ser para él conversar. En el viaje a La Habana que emprende en 1913, cuenta Reyes cómo le han llamado la atención los veracruzanos: “El ansia de conversar le sale a la cara a todo el mundo”. Por eso celebra haber conocido en París a Amado Nervo: “Es un delicioso conversador, me parece que los dos nos estimamos” (28 de septiembre de 1913). Y por eso se siente deslumbrado ante el verbo incontenible de Riva Agüero, quien se revisite para él de mejores quilates que García Calderón. Se lo oímos confesar (7 de octubre de 1913): “Ya conocí a José de la Riva Agüero. Es de vastísima cultura histórica. No sólo conoce los grandes rasgos, sino los nombres y las fechas. Tiene, sin duda, más cultura *fundamental* que García Calderón, y en la conversación, brilla mucho más”. Celebrará luego la verbosidad de Leopoldo Lugones, con cuya conversación ha gozado por lo rica y provechosa: “Todo mexicano suficientemente desinteresado sacará provecho de hablar con un argentino” (6 de noviembre). Y no puede extrañar a quienes conocimos a Ventura García Calderón que la conversación de éste lo haya deslumbrado: “Conoce todos los teatros y

espectáculos (tiene pase); trata a todo el mundo; sobre todo, está al tanto de cada sala de té que se inaugura. Es el primer hombre que conozco que, hablando con señoras, con *visitas*, las divierte sin dejar de ser literato, y sepa mezclar admirablemente el tema literario que se agita en el fondo de todas sus conversaciones con los atractivos visuales objetivos de la vida real y actual”. Todo el lenguaje de las cartas, después de todo, asume el lenguaje coloquial porque en el fondo cada carta es una conversación; el 4 de junio de 1914 le dice a Henríquez Ureña: “Pedro: acabo con una y sigo con otra. Ya no desisto de conversarte a diario”.

Su lenguaje sirve también en las cartas para leerle a don Alfonso el permanente buen humor. Solemnemente alude con fina ironía a su padre en enero de 1908:

El señor general don Bernardo Reyes resuelve todo con mandatos militares y el otro día, discutiendo sobre asuntos literarios, le hice ver que ha adquirido el vicio de maltratar autores que no ha leído. Él se disculpa arguyendo que su trabajo de gobernador no le da tiempo para eso.

El humor aparece de modo natural, sin ánimo imprudente, y sirve para recordarle a su interlocutor que tanto él como Menéndez y Pelayo hacen como que se mofan de la erudición, pero que ella “les hace señas y los llama con la obsesión de un vicio” (21 de febrero de 1908); en esta actitud hay que descubrir el sentido de toda la obra erudita de Reyes, siempre tan amena y profunda gracias a sus eventuales toques de humor. El buen humor se le antoja a veces incompatible con los ‘trabajos y fortunas’, y por eso no extrañará oír esta pregunta que formula a don Pedro, que está en Cuba: “Dime, ¿en La Habana la gente también trabaja, como aquí, para ganarse la vida? Creo que no. Están todos de muy buen humor” (6 de mayo de 1911).

El humor no abandona a Reyes ni cuando informa sobre hechos serios e importantes, que han marcado seriamente su vida intelectual. Su encuentro con Foulché-Delbosc merece un breve recuerdo. Con minuciosa cuenta a don Pedro las dos horas que pasó con el ilustre hispanista:

Le expliqué, en primer lugar, qué cosa era el universo, qué es la existencia en el universo, qué es, en ella, la existencia que llamamos naturaleza, pasé al sistema planetario, descendí a la Tierra, desembarqué en México, le hice comprender quiénes éramos *nosotros* y lo que hacíamos, y por último le dije muy claramente quién era yo, desde la agrupación de mónadas subordinada

das que me integran hasta la mónada esencial y más yoísta de mí mismo. Me parece que me entendió y que estuvo contento con oírme [20 de octubre de 1913].

Y hasta para perdonarle a Henríquez Ureña que sea partidario de los alemanes en el gran conflicto, recurre a una simpática ironía:

Lamento también que te sientas alemán. Creo que no sería lo mismo si estuvieras acá. Creo que para la misma Alemania lo mejor es ser vencida, para que declaren caduca la casa de Prusia, con todos sus militaritos afeeminados y salvajes, y para que viva en paz aquel pueblo, que hoy paga mal de tener a un retórico d'annunziano a su cabeza [24 de agosto de 1914].

Reyes es partidario de los aliados, y esgrime además razones patrióticas bien mexicanas: “Yo creo que... nuestra causa es la de Francia, la causa de la libertad (en serio, sin declamaciones). Todos los huertistas acérrimos son germanistas”. Ser huertista para Reyes era el más grave error, la traición más grande de la historia mexicana. Él, que confiesa no haber tenido “entusiasmos juveniles por las cosas épicas y políticas” (6 de mayo de 1911), no oculta acá su pasión intensa por la causa aliada, confirmando así lo que el 25 de febrero de 1908 le había escrito a su amigo y corresponsal: “yo tengo para mí que todo lo que hace vivir de modo más intenso, enaltece”. Toda la obra de Reyes es un testimonio de ese intenso vivir.

Abril de 1989

ALFONSO REYES

Francisco García Calderón

Éste es un prólogo espontáneo, el anuncio de una hermosa epifanía. No me lo ha pedido el autor al confiarme la publicación de su libro: me obliga a escribirlo una simpatía imperiosa.

Alfonso Reyes es un efebo mexicano: apenas tiene veinte años. Sólo el entusiasmo traduce en este libro su edad. No son dones de toda juventud su madurez erudita y su crítica penetrante. Tiene cultura vastísima de literaturas antiguas y modernas, analiza con vigor precoz y estudia múltiples asuntos con la ondulante curiosidad del humanista. *Opiniones, intenciones*, denomina su libro, como Oscar Wilde: son motivos líricos; libres de cires, dulces arcaísmos. Ama la claridad griega y el simbolismo obscuro de Mallarmé; sabe del inquieto Nietzsche y del olímpico Goethe; comenta a Bernard Shaw y al viejo Esquilo. No es el vagar perezoso del diletante, sino las etapas progresivas de un artista crítico, si estas calidades reunidas no son una paradoja. Penetra con el análisis, pero no olvida la intuición vencedora del misterio. Es magistral, entre todos los artículos de Reyes, su estudio de las tres Electras, de delicada psicología y erudición amena. Su prosa es artística y a la vez delicada y armoniosa. Ni lenta, como en sabios comentadores, ni nerviosa, como en el arte del periodista. De noble cuño español, de eficaz precisión, de elegante curso, como corresponde a un pensamiento delicado y sinuoso.

Pertenece Alfonso Reyes a un simpático grupo de escritores, pequeña academia mexicana, de libres discusiones platónicas. En la majestuosa ciudad de Anáhuac, severa, imperial, discuten gravemente estos mancebos apasionados. Pedro Henríquez Ureña, hijo de Salomé Ureña, la admirable poetisa dominicana, es el Sócrates de este grupo fraternal, me escribe Reyes. Será una de las glorias más ciertas del pensamiento americano. Crítico, filósofo, alma evangélica de protestante liberal, inquietada

por grandes problemas, profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas, renueva los asuntos que estudia. Cuando escribe sobre Nietzsche y el pragmatismo, se adelanta al filósofo francés René Berthlot; cuando analiza el verso endecasílabo, completa a Menéndez Pelayo. Junto a Henríquez Ureña y Alfonso Reyes están Antonio Caso, filósofo que ha estudiado robustamente a Nietzsche y Augusto Comte, enflaquecido por las meditaciones, elocuente, creador de bellas síntesis; Jesús T. Acevedo, arquitecto pródigo en ideas, distante y melancólico, perdido en la contemplación de sus visiones; Max Henríquez Ureña, hermano de Pedro, artista, periodista, brillante crítico de ideas musicales; Alfonso Cravioto, crítico de ideas pictóricas; otros varios, en fin, cuyas aficiones de noble idealismo se armonizan dentro de la más rica variedad de especialidades científicas.

Comentan estos jóvenes libremente todas las ideas, un día las *Memorias* de Goethe, otro la arquitectura gótica, después la música de Strauss. Preside a sus escarceos, perdurable sugestión, el ideal griego. Conocen la Grecia artística y filosófica, y algo del espíritu platónico llega a la vieja ciudad colonial donde un grupo ardiente escucha la música de ideales esferas y desempeña un magisterio armonioso.

Alfonso Reyes es entre ellos el Benjamín. En él se cumplen las leyes de la herencia. Su padre es el general Bernardo Reyes, gobernador ateniense de un estado mexicano, rival de Porfirio Díaz, el presidente *imperator*. Anciano de noble perfil quijotesco, de larga actividad política y moral, protegió siempre las letras y publicó, en nueva edición, el evangelio laico del gran crítico uruguayo.² Alfonso Reyes es también paladín del “arielismo” en América. Defiende el ideal español, la armonía griega, el legado latino, en un país amenazado por turbias plutocracias.

Saludemos al efebo mexicano que trae acentos castizos, un ideal y una esperanza.

París, 1911

² Se refiere a José Enrique Rodó. [Nota del compilador.]

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

Alfonso Reyes

Al escritor peruano Francisco García Calderón debemos libros excelentes sobre la evolución de las democracias hispanoamericanas: los mejores que hay sobre la materia. M. Raymond Poincaré los juzgaba con entusiasmo, y para el sociólogo Gustave Le Bon fueron una revelación completa. El ilustre vulgarizador se asombraba de que aquellas “vagas y lejanas repúblicas” pudieran prestarse al tratamiento científico de la Historia. El filósofo Émile Bountroux, amigo de nuestro escritor, se complace en consultarlo sobre toda cuestión que afecta a América; y poco antes de la guerra, un diario de París aludía a García Calderón, llamándole, con justicia, “Docteur ès Amérique Latine”. Hoy García Calderón es harto conocido en Europa y en América. Un eminente venezolano que reside en Madrid nos decía que es García Calderón el tipo de una nueva civilización hispanoamericana. En 1903, Rodó anunciaba su aparición en las letras, y el crítico dominicano García Godoy hacía notar el equilibrio y la claridad del joven escritor, en medio de una generación entregada a todos los estragos del mal “modernismo”.

Su reciente libro *Ideologías* (no aplaudimos el título) —libro insistemático, donde ha querido reunir, aparte de algunas páginas de juventud, lo mejor de su labor periodística, el comentario febril que arranca la preocupación intelectual de la hora, la adivinación o el consejo que brotan de los acontecimientos de todos los días— es como un trozo de atmósfera palpitante. Aquí comenta una muerte simbólica para las letras de Francia, allá pergeña con dos o tres toques las líneas del naciente teatro argentino; ya expone una teoría germánica, ya la crisis del “bergsonismo”, o bien define la actitud de los escritores de *L'Action Française*; y todo con su ánimo de seriedad y un estilo claro y nervioso que comunican a los comentarios más abstractos una calidez de emoción. Parece

que García Calderón fuera, de pasada, bautizando e interpretando, para uso de América, todos los temblores del inmenso corazón de Francia. En la joven América —y éste le es rasgo distintivo— el escritor asume necesariamente, de grado o por fuerza, responsabilidad de director espiritual: tiene cargo de almas. América adelanta a golpes de entusiasmo por sus caudillos de la pluma, y en todas las repúblicas se repite, más o menos, el mito de Cadmo, civilizador y padre del alfabeto.

Al final del libro expone García Calderón la conmovedora tragedia de los poetas que ha segado la muerte. He aquí cómo explica el sentido último de su sacrificio: “Una heroica generación que combate y analiza, restablece —entre la voluntad y la inteligencia— la antigua concordia perdida”. Gran norma latina la concordia de la mente y la acción: la teoría es madre de la práctica, y ésta sólo debe prolongar el movimiento de aquélla. No quiere otra cosa Poincaré cuando cree descubrir en las victorias de Foch un fruto de sus enseñanzas en la Escuela de Guerra. Y fácilmente lo aceptará quien tenga noticia de las doctrinas de Foch (véase R. Pauaux, *Foch*, París, Payot, 1918). Una curva ininterrumpida, segura, como la ascensión de una estrella —y tan gloriosa—, lleva del estudio a la trinchera como de la vida a la muerte. Yo quiero aplicar esta palabra a la memoria de José García Calderón: el joven artista, lleno de intimidad y graves consuelos espirituales, muerto heroicamente no ha mucho tiempo en el servicio de aerostación del ejército francés.

El Sol, Madrid, 1918
(*Entre libros*)

UNA AMISTAD DIFÍCIL

Alfonso Reyes y Francisco García Calderón,
París, 1913/14

Luis Loayza

Se conocían, claro está, por carta. Cuando Alfonso Reyes envió a la casa Ollendorf los originales de su primer libro (*Cuestiones estéticas*, 1911), Francisco García Calderón decidió presentarlo a sus lectores. “Éste es un prólogo espontáneo, el anuncio de una hermosa epifanía”, comenzaba diciendo. “No me lo ha pedido el autor al confiarme la publicación de su libro: me obliga a escribirlo una simpatía imperiosa.” El gesto cordial recuerda el abrazo con que el torero experimentado da la alternativa al nuevo en el oficio y afirma la continuidad de una tradición. José Enrique Rodó había escrito, a su vez, un prólogo para el primer libro de García Calderón (*De Litteris*, 1906). Un uruguayo, un peruano, un mexicano: los comienzos de siglo son favorables a los contactos entre escritores hispanoamericanos. Es natural que en 1913, al llegar a París, Reyes vaya a saludar a García Calderón.

En Francia desde siete años antes, Francisco García Calderón, además de trabajar en la Legación del Perú, llevaba adelante no una sino varias carreras literarias: escribía artículos para periódicos y revistas, publicaba sus libros y editaba los ajenos, dirigía *La Revista de América* (1912-1914). Lo vemos como uno de los grandes mediadores entre Europa y América durante el primer cuarto de siglo. Había escrito en francés *Le Pérou contemporain* (1907) y *Les démocraties latines de l'Amérique* (1912); este último libro, traducido de inmediato al inglés y al alemán (y sólo tardíamente al español) sería, por muchos años, la introducción indispensable al estudio de nuestros países. *Docteur ès Amérique Latine* solían llamarlo en la prensa francesa con fórmula que, lo descubrimos ahora, es de Alfonso Reyes. Al mismo tiempo, para sus lectores de *La Nación*

de Buenos Aires, *El Fígaro* de La Habana o *El Comercio* de Lima, García Calderón fue el observador atento e inteligente de la vida cultural europea. Otros, como su hermano Ventura o Gómez Carrillo, escribían crónicas más ligeras. Francisco era capaz, también en pocas páginas y con la misma claridad, de tratar arduos temas sociales o filosóficos. “¡Qué nervio de estilo!”, comenta Pedro Henríquez Ureña a propósito de *Hombres e ideas de nuestro tiempo* (1907), “¡qué riqueza de ideas y qué modo tan original de enfrentarse a los problemas!” (56-57).

Alfonso Reyes llegaba a París a ocupar el cargo de segundo secretario en la Legación de México, el mismo que García Calderón en la del Perú. El cambio de ambiente no era sino el último de varios grandes vuelcos que había dado su vida en menos de dos años. Al empezar 1912, Reyes —joven poeta, estudiante, muchacho sin ataduras— vivía rodeado de libros y de amigos, iluminado por la inteligencia y la gracia de expresión que siempre fueron suyas. Ese año se casó, nació su hijo, terminó la carrera de jurisprudencia (no ejercería la profesión), empezó a enseñar literatura. El 9 de febrero de 1913, “el día fuerte”, le mataron a su padre, el general Bernardo Reyes, acribillado a balazos en un encuentro frente al Palacio Nacional de México. Poco después el presidente Huerta ofreció a Alfonso Reyes hacerlo su secretario particular. Suena la hora de la elección: en México como en cualquiera de nuestros países, en esa época (y aun en ésta), lo normal —lo usual y lo que indican las normas no escritas de conducta— será que el joven olvide su vocación literaria, ingrese al mundo del poder, piense en vengar a su padre. Pero Reyes no se siente huerista, a diferencia de su hermano mayor, que ese mismo año será ministro durante unos meses. Más aún: no le interesa la política, no quiere para sí esa vida que se abre ante él, ese camino en que no hace falta sino dar los primeros pasos. En una carta de 1911 había escrito unas palabras extrañamente premonitorias; Reyes “huele la tormenta”, dice muy bien José Luis Martínez: “Quisiera salirme de México para siempre; aquí corro riesgo de hacer lo que no debe ser el objeto de mi vida. Como no tengo entusiasmos juveniles por las cosas épicas ni políticas [...]”. A mediados de 1913 decidirá no aceptar el puesto y el porvenir que le proponen, no dejarse atrapar por un engranaje que puede ser del rencor y la venganza. Elegirá irse a Francia con un cargo diplomático y hacer de su vida lo que quiere, lo que no hace falta que diga: dedicarse a la literatura.

De posible secretario del presidente de la República a segundo secretario de Legación: muchos debieron pensar que Reyes había hecho

un disparate. Entre ellos no estaría Pedro Henríquez Ureña, el compañero elegido como orientador, quien ya le tenía aconsejado irse a estudiar a los Estados Unidos, proyecto que estuvo a punto de concretarse (su vida y sus libros hubieran sido distintos). Ahora, sin duda, le prestó apoyo en la decisión de partir, tal como más tarde, en sus cartas, le exigirá que aproveche a fondo la experiencia europea, que no atienda tanto a los mexicanos y otras gentes de lengua española, que viva todo lo posible en la calle. Antes de la partida los amigos debieron recordar el ejemplo de los García Calderón, quienes años atrás se habían ido a vivir y trabajar en Europa y daban la impresión de haberse integrado al medio. En la primera carta escrita de París, Reyes le cuenta a Henríquez Ureña que acaba de conocer a Francisco García Calderón.

Los mexicanos y los peruanos tenemos, o teníamos, en común un trato algo ceremonioso que, para quien no nos conoce, puede pasar por frialdad, indiferencia o falta de franqueza. Más todavía en los primeros años del siglo y en Europa, lejos de nuestros terrenos; no debían faltar malas lenguas que nos aplicaran el dicho francés: gentes demasiado educadas para ser honestas. Podemos imaginar el encuentro entre Francisco García Calderón y Alfonso Reyes, caballeros y diplomáticos, jóvenes que no habían cumplido los treinta y los veinticinco años pero que aparecían como hombres graves y maduros (entonces, lo contrario de ahora, la juventud mimaba la madurez); ambos vestidos de chaleco, cuello almidonado y corbata, a pesar del calor (era a fines de agosto), como los vemos en las fotografías; García Calderón debió dejar su escritorio para recibir al visitante: apretón de manos, quizá semiabrazo, fórmulas de cortesía, sonrisas discretas de satisfacción, modales finos y protocolarios. No siempre es fácil dar con el tono justo frente a los amigos epistolares, pasar sin titubeos de las efusiones escritas a la conversación cara a cara. El primer día García Calderón estaba ocupadísimo en la oficina y sólo alcanzaron a cambiar unas palabras; Reyes se quedó con “una impresión algo falsa y equívoca”. Se vieron otras veces pero la impresión tardaría en disiparse y, un mes más tarde, el parte de batalla a Henríquez Ureña informa que la amistad de García Calderón “se me va brindando mucho más despacio de lo que me conviene, sin duda porque no posee, como yo, el hábito de las amistades francas”. Han convenido en verse los domingos por la noche: “¡miserable cosa para mis opulentas costumbres de derrochador de tiempo!”, apunta Reyes. Él viene de México cargado de riquezas, como los indianos de la colonia, no en di-

nero sino en tiempo y entusiasmo, García Calderón podría contarle también, si quisiera, cómo diez o quince años antes, en Lima, solía ir y venir con su amigo Riva Agüero entre la calle de Lártiga y la calle de la Amargura, sin decidirse a la despedida, hablando “de todos los problemas divinos y humanos”. Lo cierto es que hay un momento único para esas conversaciones interminables y es preciso saber aprovecharlo, pues luego se buscarán en vano. Reyes se adelanta con la mano tendida, quiere probarlo todo, conocer a todos, rehacer sin pérdida de tiempo sus amistades fraternales. Francisco García Calderón le lleva cinco años, que a esa edad cuentan mucho; es hombre de otra experiencia, otra situación, sobre todo otro temperamento. Llegada la hora de las confidencias admitirá que le ha hecho daño la ingratitud de tantos escritores hispanoamericanos, que se muestran muy afectuosos en París y en cuanto regresan a su tierra no se acuerdan más de él. Ha aprendido a defenderse. No tiene tiempo. En Europa nadie tiene tiempo, no se vive como en México o en Lima, cuanto antes lo entienda el recién llegado mejor será, aunque no sería cortés decírselo con todas sus letras. Para Reyes, acostumbrado a pasarse las horas conversando, el ofrecimiento de verse los domingos por la noche resulta mezquino, aunque tal vez haya sido todo lo contrario: viniendo de García Calderón, una muestra excepcional de simpatía y confianza.

Mejor primera impresión tuvo Reyes de otro escritor peruano, José de la Riva Agüero, el gran amigo de García Calderón, que por entonces visitaba París. Lástima que en esa ocasión no se vieran más; volverán a encontrarse en España, viajarán juntos por Extremadura. En octubre de 1913, Reyes hace llegar a Henríquez Ureña este pequeño retrato, que hemos de añadir a la iconografía de Riva Agüero, cuya erudición todos reconocían pero que sólo en un ambiente de confianza (junto a Francisco, ante este joven mexicano tan cordial) se mostraba, aunque los extraños no pudiesen creerlo, “simpático y fácil”:

Ya conocí a José de la Riva Agüero. Es de vastísima cultura histórica. No sólo conoce los grandes rasgos, sino los nombres y las fechas. Tiene, sin duda, más cultura *fundamental* que García Calderón y, en la conversación, brilla mucho más. No es un indigesto de historia, la ha pensado por su cuenta. Y lo que es más raro: casi no es paradójico a pesar de ser bastante personal (y latinoamericano). Es muy simpático y fácil. Tiene mucho aplomo; es de los que causan, al pronto, la apariencia de la verdad abso-

luta. Está mejor informado de México y de América que García Calderón. [200]*

Tardó algo más en entrar en relaciones con Ventura García Calderón. Su hermano le había prometido muchas veces presentárselo pero no llegaba a concretar nada y, al cabo, se encontró con él por casualidad, un día que fue de improviso a preguntar por la salud de Francisco, ligeramente indispuerto al comenzar el invierno. Más tarde, en Madrid y luego otra vez en París, Ventura acabaría por ser muy amigo de Reyes, pero a primera vista lo desconcertó un poco con su exuberancia:

Ventura García Calderón es muy parecido a su hermano, pero mucho más corpulento. Usa también espejuelos. Desde luego, está más contento de la vida y de sí mismo que Francisco, y tiene un don particular para conversar en sociedad. Tiene mucho aplomo y “señorío en el decir y el obrar” (*vide* Gracián), en tanto que Francisco es tímido y engañoso. Es un perfecto parisiense (busca en *Mundial* sus crónicas sobre París). Conoce todos los teatros y espectáculos (tiene pase); trata a todo el mundo; sobre todo, está al tanto de cada nueva sala de té que se inaugura. Es el primer hombre que conozco que, hablando con señoras, con *visitas*, las divierta sin dejar de ser literato, y sepa mezclar admirablemente el tema literario que se agita en el fondo de todas sus conversaciones con los atractivos *visuales objetivos* de la vida real y actual. Rarísimo don, para mí, al menos, del todo vedado. Tiene una alegría intelectual tan constante que se siente uno, que me sentí yo —pobre representante de un pueblo triste, pobre analista sin fe más que en el *procedimiento* y nunca en las *finalidades*— muy inferior a él. [237]

Lo que más le interesaba a Reyes era la amistad con Francisco, que se iba fortaleciendo lentamente, no sin reveses. Habían resultado vecinos. Reyes se instaló en la calle Faraday, cerca de L'Étoile; le bastaba dar vuelta a la esquina para llegar a la calle St. Senoch, donde vivía García Calderón. Las parejas se veían con frecuencia, pero Reyes advertía, o se imaginaba, que a Francisco se le cerraban los ojos de sueño mientras, en la habitación de al lado, las mujeres se preguntaban a qué hora se

* Notas de lectura de: Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia*, I, 1907-1914, ed. de José Luis Martínez, FCE, México, 1986. Las cifras entre paréntesis remiten a los números de página de esa edición. Cito también con la indicación (MP...): Alfonso Reyes, *Historia documental de mis libros*, cap. XVIII, “Recuerdo de los García Calderón”, *Mercurio Peruano*, mayo de 1960, pp. 198-203.

acabaría la visita (258). Quizá, como a veces sucede, rompían relaciones en el acto si las mujeres no hubiesen protegido una amistad que, a decir verdad, no empezaba con los mejores auspicios. Ya entrado el año 14, Reyes le cuenta a Henríquez Ureña:

Con García Calderón, aunque es un ser extraño y tiene miedo a la intimidad, he llegado a hacer buenas migas, quizá, un poco, merced a la suavizadora influencia de su adorable esposa Rosa Amalia, que ocupa ya un lugar al lado de mis afectos, después del que ocupa mi mujer. Ya entenderás que me refiero a sentimientos enteramente sanos y *buenos*. [303]

Muchos años después, al escribir Reyes el capítulo dedicado a los García Calderón en su *Historia documental de mis libros* —que son de las últimas páginas que escribió— le acudiría a la memoria otro detalle:

La linda Rosa Amalia poseía una gata finísima, *Zizitte*, especialista en rasgar las medias de las señoras. [MP, 198]

Por otros indicios comprendemos que García Calderón y Reyes se van acercando. Cambian libros, noticias, opiniones. Ambos son muy lectores de autores ingleses y descubren juntos los manuales de Cambridge (277). Discutiendo con Henríquez Ureña sobre problemas de estilo, Reyes anota al pasar: “Por eso es tan grato leer a García Calderón” (412); en otra carta, junta una reserva a un nítido elogio: “Creo que (FGC) sólo se define a la hora de escribir y entonces, por cierto, se define por medio de adjetivos que parecen puñales” (452). El peruano adquiere cierta influencia sobre el joven mexicano; le enseña que debe pensar en las páginas que está escribiendo y también en los libros que han de conformar. Una noche le expone ocho o nueve proyectos de libros, “inteligentísimos todos” (274); deja en él una inquietud cuyos resultados pueden apreciarse en una carta a Julio Torri escrita por entonces:

mis ensayos tienden a alargarse en capítulos y a organizarse en libros: influencia combinada de la casa Ollendorf de París y de García Calderón.³

No obstante, el anuncio de las “buenas migas” parece haber sido algo prematuro. García Calderón exasperaba a Reyes y más de una vez

³ *Entre libros* (1912-1923), México, El Colegio de México, 1948.

se les creería al borde de la ruptura. En una crónica firmada con seudónimo en *La Revista de América*, García Calderón habla de una conferencia celebrada cerca del Niágara, “al trueno de una catarata empenachada”. Reyes, es de temer que con cierta razón, encuentra la expresión “de una detestable cursilería” y, en un momento de malhumor, añade que le dan ganas de no colaborar más en la revista que, por otra parte, tampoco ha de durar mucho (349). Sospecha, por lo demás, que los separa cierta “ininteligencia fundamental” y un día cree haber descubierto el motivo: García Calderón lleva a su mujer a misa todos los domingos. Tal vez sea por meras razones sociales, no importa: el hombre debe ser *mocho* (mexicanismo por católico conservador), como el propio hermano de Reyes. “Hay más mochos de los que sueña mi filosofía” (408). García Calderón, se queja Reyes, me desalienta sistemáticamente cuando le hablo de mi necesidad absoluta de hallar otro modo de ganarme la vida (325). Tal vez, pensamos nosotros, lo veía harto de su empleo, como en efecto lo estaba (238), y a punto de renunciar a él, lo cual es más grave y, animado por las mejores intenciones del mundo, quería retenerlo antes de que cometiese una imprudencia. La falta de interés que cree notar en García Calderón por todo lo que escribe incita a Reyes a dudar de sí mismo; por ahora, aunque lo ha leído antes y volverá a leerlo con gusto, le paga en el acto y con la misma moneda:

No me acuses de modesto; creo que no tengo ninguna *obra* de que se pueda hablar y me he convencido de ello al encontrarme con García Calderón, para quien notoriamente no tiene interés lo que yo hago. Está plenamente correspondido. [359]

Henríquez Ureña, atinado como siempre, le responderá que no se preocupe por la indiferencia de García Calderón, sobre todo no debe juzgarse a través de él. Por supuesto: son dos escritores de sensibilidad muy distinta. En la misma carta, con esa objetividad tan suya, Henríquez Ureña añade una observación sobre el estilo del peruano: “¿Te has fijado que éste escribe sin *peros*? Es un recurso útil” (379). Es una invitación indirecta a tomar las cosas con calma, a no permitir que la pasión le empañe el buen juicio de lector. Pero Reyes:

Tu última carta es amarga. (En la que me hablas de que el último número de *La Revista de América* te dio impresión desagradable. A mí me la da siem-

pre Francisco García Calderón; me parece que gusta más de *gozar de la vida* que de lo nuestro. Así se explicaría el suicidio de marras.) [385]

Por una vez, caso excepcional, Reyes no es del todo claro. No se entiende bien lo que quiere decir, aunque sin duda no es nada elogioso. La última alusión puede ser al intento de suicidio de García Calderón muchos años antes, en Lima, que no debía ser un secreto.

A fin de agosto de 1914 empieza la guerra europea y en México cambia el gobierno. Aunque no lo sepa, Reyes ha ya sido destituido y pronto deberá partir otra vez, ahora para España, donde espera ganarse la vida. Tendría razón en preocuparse por su futuro inmediato pero piensa también en otras cosas. En la última carta escrita desde París a Pedro Henríquez Ureña trata de ver más claro en su relación con Francisco García Calderón, a quien conoció personalmente un año antes. No ha sido, no podía ser, un amigo como los de México:

Caso García Calderón: no todos los hombres son como nosotros, que nos decíamos las cosas. Éste es de pasta humana muy diferente. Es escurridizo y apresuradamente tartamudo, como Julio Torri. Cuando uno habla, él se adormece, bosteza, se le cierran los ojos y consulta furtivamente el reloj. Cuando él habla es ameno, parisiense, cómico y sencillo, con un candor cómico tan amable, tan fresco, que no te lo podría yo definir más que haciéndote saber que es hombre que tiene una debilidad delicadamente exagerada por los dulces, los jarabes, los panecillos y las golosinas en general. [451]

Reyes tiene mucho que decir sobre García Calderón, hasta le llama la atención que sea aficionado a las golosinas, gran *dulcero* (detalle nada sorprendente en un limeño), pero vuelve siempre a lo mismo, a lo principal: es un hombre diferente. Esto lo intriga y se anima a promover varias explicaciones:

Siempre está de buen humor, ecuánime. De una educación social perfecta. Pero, como todos los hombres que usan lentes, siempre con algo de insecto en la fisonomía, siempre *en otro plano del mundo*. Me sería difícil explicarte esta impresión de que está en otro plano del mundo, pues percibe todas mis alusiones literarias, corresponde con presteza a todos los movimientos de mi esgrima intelectual, como si nos hubiéramos tratado toda la vida. Quizá, en el fondo, son sus lentes los que me alejan de él. [...] El día que yo lo sorprenda sin espejuelos, será mío. [451]

Más importante que la distancia puede ser esa comprensión casi instintiva en la *esgrima intelectual*. Sobre todo persiste en Reyes el deseo franco de lograr esa amistad, y está dispuesto a reconocer que algo de culpa, si puede hablarse de culpa, le toca a él:

Nunca he podido hacer que nos leamos nuestras cosas, y por eso no podemos acabar de entendernos. Sin embargo, he adelantado enormemente. Sólo que practica a Gracián, sin conocerlo. Y no deja que le vean la vida. Nunca sé yo, por ejemplo, cómo reparte su tiempo. Gran culpa tengo yo, con mi incurable timidez (mezclada de pasiones furiosas) propias de indio mexicano. [452]

Le hubiera sido posible oponerse las propias razones y admitir que la actitud de García Calderón se debía a su timidez incurable, propia de un indio peruano, pues tan indio era el uno como el otro. Pero mientras llega el momento de la comprensión y el buen humor, aún le quedan a Reyes unos cuantos reproches en el tintero. García Calderón es periodista, para que tome en serio a un escritor es preciso que le conozca varios libros publicados, por eso no aprecia como debiera a Pedro Henríquez Ureña —ni a Alfonso Reyes—. Es muy francés, con esa *lejanía* de los literatos franceses. Bastaría decir que es hombre muy ocupado, y años más tarde Reyes lo entenderá mejor:

Él, al principio, administraba su cordialidad con cuentagotas, mientras llegaba a la intimidad verdadera. No quería que le presentaran más amistades: que ya tenía bastantes compromisos. [MP, 198]

En 1914 le había venido a la pluma una fórmula lapidaria: “Ha tratado con tanta gente que le duele el trato” (452). García Calderón era parco en el elogio y esto acaba por molestar a Reyes, que en las horas negras del desánimo echa de menos el afecto más expansivo que lo rodeaba en su tierra: el de su fraternal Henríquez Ureña, por ejemplo, que en sus cartas une siempre a sus críticas y exigencias unas palabras de simpatía y admiración. García Calderón, en cambio:

A mí, que me creía estilista en México, me ha dicho: Creo que usted *llegará* a ser estilista. Quizá nosotros nos habíamos habituado a elogiarnos mucho, y todos los días. Cosa vedada para este hombre bien educado. [452]

Entonces, ¿no hay manera de entenderse, se concretará la ruptura, no es posible que estos dos hombres lleguen a ser amigos? Todo lo contrario. En ese instante, inmediatamente después de las frases que acabamos de citar, Reyes reconoce que ha envuelto a Henríquez Ureña en su *despecho* (es la palabra que usa, 452) y que éste puede haber sentido hostil a García Calderón. No: García Calderón los estima a los dos, a su manera, piensa que Henríquez Ureña y Reyes son escritores que *vienen*, que *llegarán*; no puede decir nada mejor de hombres tan jóvenes. Ellos, como muchachos, en su facilidad latinoamericana, creían ya *haber llegado*. La disciplina francesa exige que se *llegue* con dificultad.

En suma, las reservas están a punto de convertirse en elogios. Todas las explicaciones —que García Calderón parezca un hombre de letras francés, que use lentes, que se halle abrumado de relaciones— son seguramente válidas, pero lo que de verdad cuenta es otra cosa. Reyes se siente convencido desde hace tiempo de que García Calderón es distinto a él, pero sólo ahora termina por aceptarlo. Algo ha sucedido, tal vez, que no sabemos; los tiempos son urgentes, García Calderón puede haber tenido un gesto de cordialidad, el mexicano depone, por su parte, exigencias y resistencias. En esa misma carta, después de muchas quejas, Reyes confiesa, entre ironías, que se han acercado:

Te repito, por lo demás, que ya he ganado mucho, que hablo con él de cosas personales de él, de sus asuntos de dinero, de los amores de un su hermano (tiene una colección indecisa de hermanos: todos se quieren mucho y se admiran, *se construyen entre sí*). [453]

Más aún, detrás de la máscara que todos veían y de la que nos quedan tantos testimonios —el diplomático elegante y un poco frío, de gran inteligencia, que interponía entre él y los demás las distancias de la cortesía— Reyes descubre en García Calderón a un hombre que recomienda a su amigo Henríquez Ureña: “creo que te puedes enteramente fiar en él: es *bueno*” (452). La palabra definitiva, que va subrayada, es la clave. En 1959, recordando no sin emoción a sus amigos peruanos, Reyes dirá de Francisco García Calderón unas palabras que sirven de conclusión a este pequeño drama discreto: “Llegamos a la amistad calbal” (MP, 199).

Cae el telón, un poco bruscamente. Reyes parte para España; su buena estrella lo ha librado del trabajo que detestaba sin que ni siquiera

deba tomar una decisión. García Calderón se queda por ahora donde está; también él, unos años más tarde, perderá el puesto en un cambio de gobierno y deberá buscar una manera de ganarse la vida. Se mantendrán en contacto, volverán a reunirse como viejos amigos cuando Reyes, otra vez diplomático, regrese a París. Nosotros los encontramos en estas cartas, que no se escribieron para publicarse, en la actitud desprevenida con que se habla a los amigos. Son gentes de *grata compañía*, eso ya lo sabíamos, y nos alegramos de que, ahora que hemos entrado en su intimidad —leer cartas ajenas entraña siempre cierto peligro—, confirmen nuestra buena opinión. En ese primer año de sus relaciones, cuando la amistad era difícil, supieron reconocerse. García Calderón venció la propia reticencia y ofreció al mexicano el don raro de su amistad. En Reyes, a la irritación juvenil siguió un movimiento generoso que revela el temple del hombre que se hace maduro. Cada uno de ellos era demasiado noble para no comprender la nobleza del otro.

PEQUEÑA HISTORIA DE UNA RELACIÓN LITERARIA

Estuardo Núñez

Yo había escrito, al desgaire, en 1929, una breve nota sobre *Visión de Anáhuac* a propósito de su primera edición en 1917 (aparecida en Costa Rica). Me sorprendió al poco tiempo un amable envío de Alfonso Reyes con dos obras suyas: una nueva edición de *Visión de Anáhuac* (1923) y *Reloj de sol*, o sea la quinta serie de *Simpatías y diferencias* (Madrid, 1923), con dedicatorias “para mi amigo desconocido”. Se inició de esta suerte una constante correspondencia no de cartas sino de libros que regularmente recibí con cordiales dedicatorias y apostillas marginales manuscritas, de constante y amistoso recuerdo. Le remití mi primer libro (1932) sobre *La poesía de Eguren* y entonces recibí un generoso apunte más: “gracias por su espléndido *Anguren*”. Y siguieron llegándome ensayos y poemas de Reyes en ediciones numeradas de bibliófilo, como *La caída* (1933), *Golfo de México* (1934), *Yerbas de Tarahumara* (1931) y *A la memoria de Ricardo Güiraldes* (1934) y un primoroso “juego poético” titulado *Minuta* (1935), editado en Holanda con cuatro hermosas ilustraciones de Marguerite Marciano. De quinientos ejemplares de esta sabrosa minuta, la buena memoria y amistad de don Alfonso me agració con el número 211. Este libro tiene la virtud de hacer patente y poética la refinada afición gastronómica del autor que, a juzgar por los retratos suyos, era hombre de muy buen yantar.

Y me seguían llegando con sorprendente regularidad, como hermoso alud de nuevas inquietudes e inquisiciones, los ejemplares de *Monterrey*, su “correo literario”, en los que volcaba (entre 1930 y 1937) algunos ensayos, apuntes, investigaciones, notas eruditas, como aquellas que dedica al “estornudo literario”, a la “jitanjáfora” y a ciertos hábitos intelectuales en que se alterna ingenio, erudición y sabiduría y

además incluía el registro bibliográfico de obras nuevas sobre México y América hispánica. Hurgando en estas relaciones de libros recibidos por Reyes pueden hallarse muchos nombres de escritores peruanos de toda edad que, acogidos por el amistoso gesto de don Alfonso, le remitían sus publicaciones: anoto los nombres de Alberto Tauro, Manuel Moreno Jimeno, Emilio Adolfo Westphalen, Héctor Velarde, Luis Alberto Sánchez, Augusto Tamayo Vargas, José María Arguedas, Xavier Abril, Luis Valle Goicochea, Ricardo Peña Barrenechea, Jorge Guillermo Leguía, Percy Gibson, Luis Fabio Xammar, Ventura García Calderón, Pedro Benvenuto, Víctor Andrés Belaúnde, José A. Hernández y muchos más.

Sus relaciones literarias con peruanos no eran pocas. Anoto además que para un *Cancionero* arequipeño de Alberto Guillén, Alfonso Reyes escribió un prólogo ingenioso y juguetón inserto en su libro *De viva voz* (México, 1949) y que titula “Sabor de Arequipa”. Recuerda al Guillén atrabiliario cronista madrileño cuando derrochaba el torrente de su juventud en desnudar celebridades literarias y constata Reyes, pasados los años, que el poeta ha encontrado su camino y su verdadera voz y entrega un poemario de auténtica valía. Con qué sabiduría Reyes define la última etapa de la obra poética de Guillén: “Sabor del barro del Perú tan parecido al de mi tierra: gusto de lo elemental que hay en el gusto. La poesía, que en nuestros tiempos se ha remontado, dejando caer lastre hasta desprenderse de todo su contenido material, aquí retorna a sus evidencias”.

En 1937 le remití mis publicaciones siguientes, y la benévola respuesta del humilde sabio, puesta al margen de un número de *Monterrey* o en la solapa de un volumen suyo, fue que mis envíos “le daban mucho que aprender”... Yo nunca lo creía así.

Después de los años de permanencia en Buenos Aires y Río de Janeiro y cuando cesa de aparecer *Monterrey*, sus alcances de correspondencia se van haciendo más espaciados. Son éstos los años absorbentes consagrados a confeccionar grandes textos sobre crítica literaria como *El deslínde* y sus estudios helénicos y sobre otros asuntos clásicos. Homero y Virgilio y los filósofos antiguos y modernos consumen su tiempo que ya viene escaso. Son exigentes en rigor sus lecciones en la Universidad de México sobre la crítica antigua. En sus últimos años vuelve, ya humanista completo, a lo que fue su inquietud primera, a aquello que ocupó las páginas de su primer libro de 1911 y

ese otro texto memorable de 1924: *Ifigenia cruel*, en los cuales la precocidad delata al sabio que se perfilaba.

Siempre lamentaremos la frustración de que Reyes no hubiese llegado nunca al Perú, no obstante sus estadas en Buenos Aires y Río de Janeiro. Sabía, y lo dijo más de una vez, que México y Perú tenían mucho de común. En algo puede compensar esta ausencia de Reyes con la presencia en el Perú de un mexicano de la calidad de Moisés Sáenz, embajador también de inquietud humanista, maestro en toda la acepción de la palabra, afín a la antropología y a la sociología, adentrado en el Perú andino e interior, que se ocupó de realidades peruanas entre 1931 y 1941, y aquí murió después de editar libros capitales como *Sobre el indio peruano* (México, 1933) y *México íntegro* (Lima, 1939). Inevitablemente el recuerdo de Alfonso Reyes evoca en algunos peruanos de hoy la figura de ese otro mexicano egregio.

LA LECCIÓN PERMANENTE

Carlos Rodríguez Saavedra

Maestro, ensayista, poeta, traductor, dramaturgo, crítico y teórico de la literatura, el magisterio y la obra de Alfonso Reyes cubren un área vastísima. Dentro del ritmo natural de su prosa la erudición fluye amena —jamás árida, jamás pedante—, casi inadvertida. Leer a Reyes es por eso un placer variado e instructivo, que suma la cita sabia al humor sutil, dejando con frecuencia al final un sabor noble, a veces conmovedor, de elevación espiritual. Leer a Reyes es una lección permanente. Para nosotros, los latinoamericanos, su más alta enseñanza es, sin embargo, el propio fundamento humanista que anima su vida y transparenta en cada una de sus páginas. Esta lección es tan actual que todos deberíamos reaprenderla de inmediato, pues parece que la hemos olvidado.

Testigo de la Revolución Mexicana, la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa y la Segunda Guerra Mundial, Alfonso Reyes supo, sin abandonar su puesto, mantener su lucidez y su equilibrio en un mar de tentadoras acechanzas ideológicas y estéticas. Envuelto en el drama histórico, atento a él, su reflexión conservó su altura y elaboró sus propias conclusiones: conciliar la necesidad del cambio con la vigencia de los universales, la nueva realidad con la sabiduría antigua. El marco de esta integración fue el humanismo clásico, de raíz latina. Los dioses o los mitos presiden por eso su pensamiento y así lo proclama, a veces, en el título mismo de sus ensayos: “Apolo o de la literatura”, “Jacob o la idea de la poesía”, “Hermes o de la comunicación humana”, entre otros. Y de cada texto, que es una invocación, extrae enseñanzas útiles. En su “Discurso por Virgilio” —escrito en 1930, conmemorando el segundo milenario del poeta— dice: “Los educadores no deben ignorar que la lectura de Virgilio cultiva, para todos los pueblos, el espíritu nacional”. Y agrega: “Virgilio es fermento de la noción de patria...”. Algunas de

estas palabras, pronunciadas en un periodo de exaltación nacionalista, fueron tildadas de conformistas por el peso que signan a la tradición europea. La verdad es que Reyes pertenecía a ese linaje de pensadores que supo oponer las luces al oscurantismo, la idea del hombre a todo concepto o confesión restrictiva. Y si el origen de ese espíritu es greco-latino —Grecia desvela, Roma irradia— su presencia en el maestro mexicano hay que trazarla también en el humanismo renacentista, en Erasmo, en los enciclopedistas del siglo XVIII. Alfonso Reyes es de esta estirpe.

Exenta de connotaciones políticas, ajena a toda sospecha de imperio, pura, la latinidad es para Reyes un paradigma de universalidad. Es —más precisamente— el sustento metafísico de su humanismo. Y aunque viene de lejos este sustento no está en su caso puesto al servicio del pasado, como ocurrió con otros. Para Alfonso Reyes la latinidad existe en función del presente y, con delicadeza que a veces es ternura, del futuro de México y de su dilatada patria, la América Latina. Nos previene, por eso, contra toda prisa partidaria. “Adoptémoslo todo —escribe— y tratemos de conciliarlo todo...” “En el crisol de la Historia se prepara para América una herencia incalculable. Pero a condición de vivir alerta, de aprovechar y guardar todas las conquistas.” “La misma alma latina —concluye— transportó a los hombres del paganismo al cristianismo y es seguro que mañana los habrá transportado a otro sueño de felicidad más completa...”

Quizás nuestro error en este punto —nuestro alejamiento de la idea de la latinidad— vino de confundir su alma abierta, proteiforme, con las reformas estáticas del neoclasicismo. Para Alfonso Reyes, por el contrario, la latinidad es un espíritu. Y este espíritu acoge en armonía elementos opuestos y diversos: está hecho de ellos. Uno de sus símbolos más representativos —ha apuntado Umberto Eco— es Hermes: “Fascinada por el infinito, la civilización griega elabora, junto con los conceptos de identidad y contradicción, la idea de la metamorfosis continua, simbolizada por Hermes”. Hermes, a la vez joven y viejo, uno y vario, ubicado bajo formas distintas en un mismo mundo: América Latina, en la que coexisten el pasado, el presente y el futuro, múltiples, contradictoria y una, en transformación continua. En ella —donde caos también significa estado de creación— es demasiado frecuente, porque es demasiado fácil, incurrir en el dogmatismo, caer en la desesperanza, asumir un optimismo mesiánico. Por eso es ahora más necesario que nunca reapren-

der la lección de Alfonso Reyes, la lección de quien —ha dicho Jaime García Terrés— “entendió la tarea del escritor como servicio y esclarecimiento”, esa permanente lección que consistió “en defender la profesión general de hombre”.

EVOCACIÓN DE ALFONSO REYES

Javier Sologuren

En Nápoles 5, de la colonia Juárez, hoy centro comercial y turístico conocido como la Zona Rosa, tuvo su local El Colegio de México a fines de los años cuarenta. Allí asistiría yo diariamente, como becario, a escuchar las sabias lecciones de Raimundo Lida, quien dirigía el Centro de Estudios Literarios, y de muchos otros notables maestros mexicanos y españoles. Allí también asistía Alfonso Reyes, presidente de la institución. Ver a don Alfonso, conversar con él, fue un deleite que jamás olvidaré. Su persona irradiaba la alegría del saber y la gracia de la expresión, en tal plena convergencia que me sentía, al verlo, como si hubiera recibido una ración de sol gratificante, de claro optimismo, que me iba a acompañar, estimulándome, durante la laboriosa jornada de estudios. Don Alfonso no dictaba cursos en el Colegio, pero iba a ocuparse de los asuntos mayores concernientes a su gobierno y, en algunas ocasiones, asistió a las conferencias de grandes alcances tales como las que dictó Dámaso Alonso sobre los poetas del Siglo de Oro. Don Alfonso escuchó así, con modestia ejemplar, y seguramente con honda satisfacción personal, la lección que el eminente filólogo español destinó a Góngora, esa genial voz poética que el gran escritor mexicano supo oír en una época en que a nadie se le había ocurrido prestarle oídos.

Mucho antes de que se me otorgara una beca de estudios en el Colegio, al aparecer *El morador* (1944), mi primera colección de poemas, le envié un ejemplar a don Alfonso, pues una persona amiga me animó a hacer lo que entonces me pareció un acto de censurable audacia. La respuesta, sin embargo, no se hizo aguardar. Don Alfonso me envió —en una de esas tarjetas impresas que le permitían corresponder con sus innumerables lectores— sus cálidas palabras de aliento: “¡Alegría de

leer buenos versos!” me decía y, luego, “Mis dos manos”, su fórmula feliz de amistosa entrega.

Años más tarde, tal como ya he dicho, lo conocí en persona. Entre mis mejores recuerdos se halla el de la conversación que sostuvimos con ocasión de ir yo a verlo, en su despacho del Colegio, por prosaicos motivos administrativos que se resolvieron al instante. “¿Eso es todo? Pues quédese un rato a platicar conmigo.” ¡Qué vivo interés el suyo por mis estudios, por mi incipiente ejercicio poético! Don Alfonso me habló de su añoranza (si ésa no fue la palabra que usó, era sin duda el sentimiento al que aludía) de la poesía, algo que revelaba una suerte de conciencia deficitaria. Mi comentario fue que, a mi modesto entender, la poesía era una sustancia que trascendía al verso y que, en no pocos casos, vibraba en la prosa: “¡Ahí tiene usted, don Alfonso, sus hermosas páginas de *Visión de Anáhuac!*”. Sonrió, me agradeció mi opinión. De esa plática, habida en una mañana cualquiera, salí con la íntima complacencia de haber sido justo en mi apreciación del valor poético del gran humanista.

Me tocó en suerte participar en el homenaje que los amigos de don Alfonso le rindieron al cumplir éste su sexagésimo aniversario. Los textos que se leyeron en su presencia se aunaron en un unánime y emocionado abrazo al querido maestro. Leí, en esa ocasión, una décima celebratoria de la que recuerdo (pues no conservo el álbum que con ese motivo se publicó) sólo el verso final: “Mesa de *Rey* es servida”.

Dejé México en enero de 1951, después de tres años de estudios en el Colegio. Ya no lo vi más, pero esporádicamente le enviaba alguna publicación propia o ajena. La última obtuvo esta conmovedora respuesta:

“Manuela M. de Reyes a nombre de Alfonso Reyes saluda atentamente a D. Javier Sologuren y le agradece el envío de J.E. Eielson, *Canción y muerte de Rolando*.

Alfonso ya no lo vio.”

Lima, abril de 1989

DON ALFONSO Y LA LITERATURA DE SU TIEMPO

José Durand

Nació cuando imperaba el modernismo, pero se mantuvo aparte y recogió sus frutos: una lengua renovada, un interés que oscilaba entre lo universal y el terruño. Con extraña madurez para sus pocos años, usó su propia manera, sin nada llamativo salvo la calidad ni pretender fundar escuela. *Visión de Anáhuac* se siente escrita por quien conoció hondo el modernismo, pero que supo ir más allá. Alfonso Reyes coincidió con las vanguardias, tuvo amistad con sus creadores, vivió en Madrid y en París cuando los *ismos* todo lo arrasaban; tampoco tuvo necesidad de seguirlos, ni menos de hacer aspavientos admirativos o extrañados. Más bien dejó páginas comprensivas y útiles, igual que sobre los modernistas.

Por propia naturaleza, madre del instinto (y en parte por la compañía feliz de la Generación del Ateneo), empezó y terminó siendo un clásico. En el mejor de los sentidos, con la pluma libre que de inmediato admiró Pedro Henríquez Ureña (y más tarde Borges), señorialmente sencillo, fluido y sin salirse de cauces. Pocos en nuestra lengua alcanzaron su *saber decir*. Igual discurre su poesía, capaz de remontarse en *Ifigenia cruel* y buena también para versos amables y aun juguetones.

Reacio a seguir las grandes corrientes, que acaban en grandes modas, Reyes, tan preocupado por la estética y le teoría literaria, se mostró escéptico frente a la estilística: lo atestigua cierta famosa carta de Amado Alonso. Sin embargo, en cuanto a sus deberes con sus contemporáneos, don Alfonso se mostró ejemplar. Buena parte de su obra se dirigió a México, Hispanoamérica y el mundo hispánico, difundiendo el saber clásico, acercando a los maestros del idioma: del Cid a Góngora y a Sor Juana y a los más recientes. Esta labor, emparentada con la de Ortega en la península, y continuada por otros, ha gravitado en nuestra cultura

y sigue rindiendo frutos. Así el escritor y el filólogo se ponen al servicio de una voluntad de ilustrar, y haciéndolo con alta nobleza literaria. Aparece así como el gran plano transmutador que entrega a nuestra América, hecha sustancia propia, el caudal humanístico y moderno de la tradición occidental.

Marzo de 1989

IMAGEN DE ALFONSO REYES

José Miguel Oviedo

Hay todo un grupo de importantes pensadores mexicanos cuyo crisol es el famoso Ateneo de la Juventud (1909-1914), que contribuyó decisivamente al desarrollo intelectual de México. Allí se forman, justo entre los años que van del estallido de la Revolución hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial, José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes y el dominicano Pedro Henríquez Ureña, cuya labor será fecunda en el campo de la filosofía, la reflexión americanista y la crítica literaria y estética. Representan, en general, otra forma de la reacción antipositivista de comienzos de siglo, y la búsqueda, por diversos caminos, de la identidad cultural mexicana, la articulación del pensamiento nacionalista con la acción revolucionaria, y la apertura hacia nuevos modelos de especulación que siendo muy abarcadores no dejaran de ser muy personales.

El más grande ensayista del grupo —y uno de los mayores que haya dado América— es indiscutiblemente Alfonso Reyes (1889-1959). Con él, el género se convierte en una elevada manifestación estética, un regalo que el arte le hace al saber más riguroso. Podría sintetizarse toda su extensa obra —reunida la mayor parte en 21 macizos tomos— en una sola palabra: *gracia*, en el doble sentido de don excepcional y de humor amable o cordial para decir incluso lo más profundo. Precisamente, una de sus obras se titula *Simpatías y diferencias* (México, 1921-1926), lo que parece señalar las dos funciones esenciales del crítico: distinguir en medio de las semejanzas, y hacerlo con naturalidad, sin pedantería. Reyes fue un polígrafo, un sabio, un humanista cuya talla es comparable a los de época renacentista: alguien que se interesaba por todo y que sabía decirlo todo con un toque personal inconfundible. Unamuno observó: “La inteligencia de Reyes es una función de su

bondad”⁴. Como aquellos humanistas, era un amante de la antigüedad clásica, que él no concebía como algo distante o exótico, sino como un ejemplo inmediato que debíamos seguir si los hispanoamericanos queríamos ser fieles a nosotros mismos. Para definir nuestra esencia no debíamos renunciar al grande legado universal: al contrario, debíamos apropiarnos de él y hacerlo nuestro, como de hecho ha ocurrido en los grandes momentos de la historia humana. Un título de uno de sus trabajos lo dice todo: *Homero en Cuernavaca*. Un mexicano debía conversar con Homero como si fuese un poeta nacional.

Para juzgar la significación e importancia precisas de la obra de Reyes hay que recordar que en la época en que vivió, México pasaba por una etapa de febril afirmación nacionalista, por una exaltación de lo “terrágena” y las raíces culturales autóctonas. Reyes no se opone a esa tarea de rescate de lo propio (incluso participa en ella de modo siempre perspicaz y refinado), pero sí lo complementa con el estudio y el aprecio de lo que viene de Europa, de la herencia hispánica, de la antigüedad y aun de lo intemporal, como los mitos y las costumbres sociales que configuran nuestra civilización. En Reyes hubo un secreto dilema entre una personalidad (*o persona*) hedonista, entregada a los puros goces del espíritu, y otra más austera, reclamada por las exigencias de la historia y el compromiso con cuestiones morales urgentes para un mexicano del primer tercio del siglo. Este dilema lo resuelve Reyes con característico equilibrio: tanto la seducción del placer como la inmersión en los movimientos colectivos, el discreto apartamiento y la participación activa, son, para él, actitudes propias de la naturaleza humana, que la enriquecen e iluminan. Y una manera de integrarlas es el ejercicio del arte, el pensamiento y el estudio, que constituyen generosas formas de entregarse a los otros entregándose a lo propio. Aunque esta concepción estética correspondía a las corrientes profundas de su modo de ser y escribir, no debe olvidarse el efecto estimulante que ciertos autores y filósofos tuvieron sobre Reyes (y parcialmente sobre otros miembros del Ateneo), entre ellos José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Waldo Frank y Max Scheler. La huella del primero es decisiva, no sólo en Reyes, sino en la mayoría de ensayistas de estos años, desde Mariátegui hasta José Mañach. Ortega inicia en este siglo una tradición de influjos y recíprocos préstamos intelectuales entre España e Hispanoamérica, cuyo más notorio antecedente

⁴ Cit. por Earle-Mead, p. 103.

es el krausismo español asimilado por Hostos, a fines del XIX, y convertido en poderoso estímulo intelectual en su lucha por la independencia de Puerto Rico.

Ortega no sólo visitó Hispanoamérica dos veces (1916 y 1929), provocando una gran conmoción en los medios intelectuales, sino que incluyó en sus meditaciones el tema americano, como en su trabajo “Hegel y América”, de 1928. Su obra personal así como su famosa editorial y su emblemática publicación periódica, *Revista de Occidente*, fueron un puente entre los hispanoamericanos y las corrientes modernas del pensamiento europeo, especialmente la filosofía alemana (Oswald Spengler, Edmund Husserl, Wilhelm Dilthey, Franz Brentano y otros), que él conocía tan bien. Reyes lo trató personalmente y entre ellos se desarrolló un hondo aprecio mutuo del que hay testimonios en sus respectivas obras. Su amistad con Ortega y tantos otros escritores peninsulares es, en realidad, un capítulo de sus relaciones con la cultura española, que son intensas y fecundas. Después de seguir estudios en Madrid, Reyes fundó en México la Casa de España en 1939, que cumplió la providencial tarea de acoger a los emigrados españoles tras la guerra civil, y que fue el germen de lo que luego sería El Colegio de México, centro de altos estudios e investigación que tiene el sello del maestro.

Una de las ideas centrales de Ortega —la interrelación del individuo y su medio, expresada en la célebre fórmula “Yo soy yo y mi circunstancia”— tuvo una resonancia especial para los pensadores hispanoamericanos y, por cierto, para Reyes, preocupado por definir el valor de las formas culturales autóctonas en el contexto de las grandes elaboraciones del espíritu humano. Generalmente, y quizá debido a la vastedad de su obra, los lectores pierden de vista que Reyes formuló también una versión del ideal americanista. Lo hace, por ejemplo, en “Discurso por Virgilio” (1933), en el que sutilmente liga cuestiones de actualidad nacional a los temas de las *Geórgicas*. No sólo formula allí una razonable tesis sobre las relaciones entre lo local y lo universal (sostiene que si el arte americano es auténtico, será irremediablemente universal), sino que retoma las cuestiones que preocuparon en el siglo XIX a Bello (la ciudad contra el campo) y a Sarmiento (civilización o barbarie), para afirmar la necesidad de una vuelta a la naturaleza. En *Visión de Anáhuac* (San José, Costa Rica, 1917), una de sus más bellas páginas de devoción mexicana, en las que habla de la emoción espiritual que despiertan los objetos naturales, puede notarse también una afinidad con el pensamiento orte-

guiano al mismo tiempo que una discreta refutación del determinismo del *Facundo* (Santiago de Chile, 1845) de Sarmiento.

La obra de Reyes es un océano en variedad de tonos y en amplitud de visión; difícil elegir entre sus libros, porque aun en los de intención y alcance menores hay siempre un pasaje iluminador e inolvidable. Es típico de él: Reyes no creía que ser un riguroso filólogo (*Cuestiones gongorinas*, Madrid, 1927; *Capítulos de literatura española*, México, 1939), un erudito helenista (*La crítica en la Edad Ateniense*, México, 1941), o un cabal teórico de la literatura (*El deslinde*, México, 1944), le impidiese ser también un conversador ameno, un sabroso contador de anécdotas e historias menudas; incluso podía ser ambas cosas en un mismo libro: en el encantador *La experiencia literaria* (Buenos Aires, 1942) se las ingenia para definir conceptos estéticos y entretenernos con agudezas y finuras como las contenidas en los ensayos “La jitanjáfora” o “Aduanas lingüísticas”. Reyes mezclaba el tratado con la crónica periodística, el estudio crítico con la semblanza íntima, la filosofía con la memoria personal y la reflexión histórica. Aunque también escribió poesía, narración y teatro, las mejores muestras de su lirismo y de su imaginación están en su obra ensayística. El arte de pensar en imágenes —un arte que dominó Martí en su tiempo— le permite iluminaciones instantáneas que el discurso del tratadista convencional no lograría sino difícilmente. En Reyes ese discurso está sembrado de apartes amables y de síntesis poéticas que animan la exposición y hacen *visibles* las ideas mismas. Véanse ejemplos de eso en los siguientes dos pasajes de *El deslinde*; en el primero aclara la habitual confusión que la palabra ‘crítica’ produce contando la divertida anécdota de aquel ‘dramaturgo latinoamericano, cuyo nombre la piedad disimula’:

Logramos ponernos de acuerdo, en cuanto me fue dable explicarle que donde yo decía ‘crítica’, entendiendo la función del espíritu, él entendía otra cosa, que puede describirse en cuatro grados de estrechamiento: 1^o, aquella limitada parte de la función crítica que es la crítica literaria; 2^o, aquella limitada parte de la crítica literaria que es la crítica teatral; 3^o, aquella limitada parte de la crítica teatral que se manifiesta en crónicas periodísticas sobre los estrenos, y 4^o, aquella limitada parte de tales crónicas en que se ataca a los autores. Abreviando: donde yo decía ‘crítica’, el pobre señor entendía: ‘Fulano de Tal, que una vez se metió conmigo’ [*El deslinde, Obras completas*, vol. 15, p. 33].

En el segundo explica la naturaleza de la emoción que brinda la literatura:

Este juego divino que es la literatura lanza sus olas, retumbando hasta los acantilados del yo, y a veces lo socava, o quema para siempre a su víctima, reduciendo la terrible precocidad de Rimbaud a un fantasma que la muerte olvidó durante unos años. Este juego divino busca una satisfacción ilimitada, un desquite contra lo finito. Quiere empujar las fronteras del alma y del lenguaje. Se revuelve entonces y se castiga, purgándose en sí mismo. Unos lo han llamado estallido; otros, purificación; y los antiguos, *catarsis*. La emoción que expresa o que comunica lleva disueltas todas las pasiones, todos los anhelos, todas las reivindicaciones contra el pequeño suceder cotidiano [*ibid.*, pp. 206-207].

Esa capacidad para hacer transparente lo oscuro y complejo, para sumergirse en aguas profundas y luego emerger a la superficie con un raro y memorable tesoro, era parte de su concepto humanístico del saber, en el que lo pequeño y lo grande, lo antiguo y lo moderno ocupan un lugar preciso. Por su vastedad de conocimientos, Reyes sólo puede compararse con figuras como Erasmo, Moro, Diderot, Montaigne, Sor Juana y sobre todo con Goethe, a quien dedicó dos libros (*Idea política de Goethe*, México, 1937; *Trayectoria de Goethe*, México, 1954) y con quien más afinidades tiene. Como en Goethe, en Reyes había una correspondencia total entre vida y conocimiento; mejor aún: el ideal supremo era el conocimiento de la vida, sin la cual aquél era una actividad reseca e insignificante; como dijo Goethe: “Gris es toda teoría y verde el árbol de la vida”. Quizá por eso Reyes no cedió nunca a las vanidades y miserias del ambiente literario, en el que se distinguió por los hábitos de generosidad y afecto. Sus amigos y discípulos son legión y entre éstos figuran algunos de los verdaderamente grandes, Borges y Gabriela Mistral entre ellos. Cuando leemos a Reyes sentimos que es un hombre razonable que nos habla gustosamente de lo que sabe, para hacerlo más claro y amable. No es otra la alta finalidad del género.

(1989, Fragmento de *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, Madrid, Alianza Editorial)

ENTRE APOLÍNEO Y JUPITERINO

Oración del 9 de febrero

Antonio Cisneros

La experiencia literaria fue el primer libro que leí de don Alfonso Reyes. Lectura de cabo a rabo, feliz y obligatoria, en un curso que dictaba el maestro Luis Jaime Cisneros en aquel semestre inaugural de la universidad. Me sentí entonces, recuerdo, muy sabio y veterano. Y no había cumplido los 18 de edad.

Aunque la primera imagen que tuve de Reyes fue otra y diferente. Intensa como la foto de Marilyn Monroe en *Los caballeros las prefieren rubias* y la erupción a colores de un volcán polinesio. Fue en la vieja revista *Life* en español.

Eran mis días de la escuela primaria. Ahí aparecía un hombre barbado y mexicano rodeado de libros. Libros y libros. Todos los libros posibles del planeta. El texto no lo recuerdo (tal vez ni lo leí), pero esas tres o cuatro fotos, donde los estantes librereros invadían el salón, los dormitorios, los pasillos, los altos techos y las mismas ventanas, se grabaron en mi memoria infantil. Y aunque mi padre, don Alfonso también, poseía una muy apreciable biblioteca, estaba claro que la de *Life* en español era, sin duda, la de Alejandría o, quizás, aquella de Babel.

Luego, con el tiempo, entendí que Alfonso Reyes pertenecía a la venerable familia de los eruditos, los monstruos de academia. Escritor de tomos y temas infinitos que desaniman, en la primera página, al lector hedonista y ocioso como yo.

Por eso, cuando, a comienzos de los años sesenta, tuve en mis manos *Oración del 9 de febrero*, acusé la presencia de un ser distinto. Distinto, al menos, del que yo había entronizado, entre Menéndez Pidal y Menéndez Pelayo, en el panteón de los gloriosos y desgastados muertos.

Una prosa de amor y de pasión, que no de ciencia. Una memoria revuelta entre la sangre y no en los canales del cerebro. Un lamento escrito mucho después de la muerte de su padre, el general don Bernardo Reyes, y publicado a los cuatro años de la muerte del autor.

Oración del 9 de febrero conmueve desde la primera línea: “Hace 17 años que murió mi pobre padre”. Ahí comienza la metamorfosis de Alfonso Reyes. El sabio suficiente, a quien yo imaginaba con el alma repleta de sesudos análisis y listas pavorosas de fichas y sumarios, me abre una ventana por donde atisbo al niño desvalido, sin consuelo, al hijo favorito de su padre.

Eran breves y contadas las veces que el muchacho Reyes veía al general. Mas no hay reproche. Pues don Bernardo era de “esas naturalezas cuya vecindad lo penetra y lo invade y lo sacia todo. Junto a él no se deseaba más que estar a su lado. Lejos de él, casi bastaba recordar para sentir el calor de su presencia”. El absoluto que le concede a la imagen paterna, en mucho se acerca a la *Noche oscura* de san Juan de la Cruz.

La *Oración* se halla desbordada por el amor total, sin dudas ni matices, del infante nacido en Monterrey. Por eso, con frecuencia, el adulto escritor echa mano a los épicos griegos en pos de su lenguaje. Lenguaje tan propicio para héroes y dioses.

“Aire entre apolíneo y jupiterino”, “el Campeador”, “Caballero Andante”, “Poeta de Caballería”, “la última yerba que no pisó el caballo de Atila”.

Habitarse a la ausencia paterna, a su muerte, fue “como aprenden a trinchar con una sola mano los mancos, [...] los monjes a vivir sin el mundo [...] los enfermos a comer sin sal”.

Aunque, lo dice y lo repite, no es la falta física tan insoportable como la espiritual. Ese sagrado fantasma que, a voluntad del autor y más allá del tiempo, puede resucitar. “No de otro modo al que, desde cierta estrella, contemplara nuestro mundo con un antejo poderoso, vería, a estas horas —porque el hecho anda todavía vivo, revoloteando como fantasma de la luz entre las distancias siderales— a Hernán Cortés y a sus soldados asomándose por primera vez al valle de Anáhuac.” En fin.

La *Oración* es, asimismo, la memoria que, por amor filial, inventa una memoria diferente de la que guardan, a mi pobre ver y entender, la mayoría de los mexicanos.

Bernardo Reyes era el brazo armado de Porfirio Díaz. Un general, al fin y al cabo, del orden autoritario y conservador. Años después, du-

rante la revuelta contra el honrado Madero, pierde la vida bajo la metralleta. Sin embargo, don Alfonso ve su muerte como “una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo”.

En la *Oración* no hay lugar para la historia de los pobres. Tan sólo, y en la ribera opuesta, se irgue la figura, titánica por cierto, del viejo militar que era, también, “el mayor romántico mexicano”.

Así don Bernardo “administra el rayo, conforme a la general consigna de paz porfiriana. Aquella cascada se repartirá en graciosos riachuelos y éstos, poco a poco fueron haciendo del erial un rico jardín”. A la vez que su amor era para todos “una lujuriosa cosecha de claveles rojos”.

Ministro de la Guerra, el general instauro el servicio militar voluntario. Lo que celebra su amoroso hijo porque, entre otras cosas, “arranca al pueblo a los vicios domingueros”.

Hay además en este libro, que el autor nunca dio a la imprenta, un raro testimonio de los diálogos que tuvo en permanencia con el padre. Es decir, el fantasma del padre. “Aprendí a preguntar y a recibir sus respuestas. A consultarle todo.” Tal el mismo Hamlet.

Y habla Reyes de una compenetración cada vez más lograda. Suficiente pero no perfecta, pues “tanto gozo me mataría, y presiento que de esta comunión absoluta sólo he de alcanzar el sabor a la hora de mi muerte”. Acaecida en el 59.

EL CENTAURO PENSATIVO

Édgar Montiel

Carlos Fuentes contó alguna vez que cuando niño solía sentarse en las piernas de don Alfonso, muy formalito, para escucharle divagar sobre una variedad de tópicos, incluyendo libros y literatura. Fuentes tuvo suerte de iniciarse en la ardua y gozosa faena de amansar palabras con tan diestro institutor. Pero, en puridad, todas las nuevas generaciones de ensayistas latinoamericanos se han repantigado en la robusta humanidad del escritor mexicano, para aprender de él esa sabia prosa que logra hondura y belleza, densidad y gracia.

Fue Alfonso Reyes quien definió el *ensayo* como “el centauro de los géneros, donde hay de todo y cabe todo, propio hijo caprichoso de una cultura que no puede ya responder al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha, al etcétera...” Lo ubicó dentro de la literatura *ancilar*, pues la literatura le presta al ensayo sus atributos para tratar temas que no son necesariamente del mundo literario. La imagen del centauro expresa bien la naturaleza híbrida del género, territorio mudable donde se armoniza ciencia y arte, lo racional y lo sensual, la curva abierta de los conceptos y las intuiciones. Para Reyes hay que reclamar el blasón de *pensador*, merecido para quien supo hacer del ensayo un género tanto de las bellas letras como del saber alegre, modalidad que llevó a cumbres de perfección excepcionales. Su *ensayística* —que es como decir su poética—, si bien se inscribe en la tradición de Michel de Montaigne (*Essais*, 1580), de impartir conocimiento con las armas de la hermosura (“quienquiera que busque el conocimiento, séale permitido pescarlo donde éste habite”), no comparte totalmente la divisa subjetivista del filósofo francés, que decía: “Éstas son mis fantasías, por las cuales intento dar un conocimiento no de las cosas, sino de mí mismo”.

Tampoco hay un tratamiento impersonal, distante y frío, que lo acercaría al tipo de ensayismo que practicó el empirista Francis Bacon. Reyes es el *artista-ensayista* capaz de unimismar lo objetivo y lo subjetivo, fondo y forma, la armonía y el equilibrio como valor permanente. Es su filiación helenista. Por eso no se puede caer con él en el lugar común de separar los contenidos de la hechura.

Sus tesis, la originalidad de sus ideas, supo exponerlas con precisión y cautela. No hay grandilocuencia en sus juicios. El discurso forma parte de la idea misma. Un punto de vista existe sólo cuando ha sido formulado. La forma como está vertido no es simple ropaje sino el cristal transparente en el que se hace lucir la esencia, la sustantividad de un razonamiento. No son pocos estos méritos, en estos tiempos en que economistas y administradores maltratan a la prosa con sus giros tecnocráticos, o filósofos que se adentran en el reino de las tinieblas con una fraseología hermética, el de lograr cabalmente transmitir ideas y apreciaciones con orden, emoción y desenvoltura, con verdadera libertad. Ya se lo decía Pedro Henríquez Ureña al joven Reyes en una carta de 1914: "... tú realmente estás libre. Tu estilo no es hoy marcelinesco. Tú eres de las pocas personas que escriben el castellano con soltura inglesa o francesa; eres de los pocos que saben hacer ensayo y fantasía. ¿Por qué no quieres esa libertad? A ti te hizo mucho bien encontrarte con Caso y conmigo, ya experimentados, y dispuestos a oír tus ocurrencias habladas y a gustar de que las escribieras. Por eso has podido escribir lo que te parece, cosa que yo soy impotente para hacer".

Esta libertad de expresión es el inmenso legado que nos deja Reyes a todos los *diletantes* del ensayo.

Hay que ubicar al polígrafo mexicano en el escenario de su tiempo. En los años veinte, entre los intelectuales latinoamericanos reinaba la figura del *pensador*, que, según Ignacio Sotelo, era el escritor que "tras asimilar las corrientes contemporáneas del pensamiento europeo, especialmente francés, divaga sobre la situación del hombre en sociedad, sobre las posibilidades y defectos del mundo que le rodea, mezclando consideraciones generales con inquietudes nacidas de las luchas políticas cotidianas". La prestancia del pensador vino poco a poco a menos por la crítica, muchas veces pertinente, que le hacía el pragmatismo de inspiración angloamericana, que desdeñaba los excesos retóricos de los pensadores. José María Vargas Vila fue un blanco perfecto para esta crítica.

Al respecto es interesante advertir en el número 26 de la *Revista de América* (julio de 1914), que dirigían en París los hermanos Francisco y Ventura García Calderón (una suerte de “conexión” peruana a quienes se consultaba todo lo que se iba a publicar sobre Latinoamérica), el contrapunto subrepticio que se produce entre Vargas Vila, ya entonces encumbrado, y el mozo Alfonso Reyes, que hace su primera aparición en París y en esta revista.

En la página 163, en respuesta a una pregunta sobre la eventual existencia de una literatura americana en prosa y en verso, Vargas Vila replica: “No creo en la existencia de una literatura americana; países sin consistencia, en estado de formación, sometidos a influencias ambientales fluctuantes entre la civilización y la barbarie, no estamos aún en grado de dar esa flor de cultura mental que se llama una literatura; tenemos literatos eminentes, bastantes a honrar las más refinadas literaturas, pero no tenemos una literatura nuestra; tenemos grandes poetas, pero no tenemos aún una Poética que nos sea propia”. ¡Qué hermosa prosa! ¡Cuán acertado diagnóstico del momento literario y cuán poco visionario!

Esta rotundidad no existe en el ensayo que Reyes le dedica al poemario *Serenidad* de Amado Nervo. Es otro registro, un sentido diferente de la afirmación, otra modulación. Dice Reyes en la página 195:

El poeta piensa que es víctima de su don verbal. Muy posible es que así suceda, hasta cierto punto. Si una de las notas del libro es la sinceridad, otra es la maestría de palabras. No relumbrantes, no parnasianas. El libro está escrito a cien leguas de la rima rica, y el autor le ha torcido el cuello a la elocuencia. Está demasiado cerca de la realidad para quedarse en pulido renacentista. Su maestría de palabras viene de cierta depuración de las ideas, y tiene por caracteres dominantes la brevedad y la transparencia.

Aquí hay dos maneras de enfocar la circunstancia literaria, dos maneras de apreciar el devenir de nuestra cultura. Con estas sensibilidades encontradas, el ensayismo fue variando, decantándose, pero en este proceso —sobre todo por la brusca entrada de los “científicos sociales” con su pretendida científicidad— la escritura fue perdiendo algunas prendas y vistiéndose de otras, que le dieron tiesura, adustez, el discurso se volvió descriptivo y hermético. La amenaza alcanzó niveles desconcertantes con la carga de los semiólogos, armados de su jerga polisémi-

ca. Por ganar en “rigor” con un tratamiento conceptual se perdió en belleza. Ocurrió y ocurre con toda esa literatura sociologizante, pretendidamente analítica, que afeó la escritura, la banalizó. Mariátegui, por ejemplo, llegó a conciliar solidez, profundidad y emoción estética. En los años setenta, se invadió el continente con ese ensayismo bárbaro que habla de “estructuras programadas irreversibles”, de “sistemas nucleados consolidados”, de “consensos mayoritarios” o del “parteaguas histórico que no nos afecta ni nos beneficia sino todo lo contrario”.

No ganamos gran cosa en densidad y perdimos en inteligencia y libertad. Los novelistas con su alto vuelo imaginativo coparon la lectoría. Decíamos antes que hay que reclamar para Reyes el distintivo de *pensador*. Es pertinente otorgar una nueva jerarquía a esta condición, pues se inscribe en las mejores tradiciones intelectivas del continente, pues gracias al escritor mexicano el ensayismo mantuvo una línea de continuidad, un proceso de ahondamiento de ideas con esmero de escritura.

Cierta vanidad europea desestimó la función del pensador, sin percatarse de que responde a una tradición, a cierto tipo de sociedad e, incluso, a cierto nivel de infraestructura editorial. Pensador es el nombre del filósofo de la cultura en América Latina. Es el líder de opinión que problematiza sobre la sociedad, el hombre y su cultura ambiental, las contingencias de la política, los vaivenes de la vida cotidiana, no en “tratados” sino en artículos de periódicos y revistas. ¡No veo por qué se puede tildar sin sospechas de “filósofo” a un todólogo como Jean-François Revel y no a un Reyes o a un Octavio Paz, que han hecho de la cultura el centro de sus reflexiones! Ya lo dijeron los editores de París: ellos quieren de América Latina la materia prima, la exuberancia creativa de la novela, pero no la materia elaborada, pensada, razonada: los ensayos. Es como decir: ¡Ustedes dedíquense a crear macondos y nosotros a inventar la teoría! Y así fue, América creó la novelística contemporánea más vigorosa y ellos crearon la floreciente industria de la sociología de la literatura, que sirve para rotular los productos: “realismo mágico”, “realismo maravilloso”, “metafísica social”, etcétera.

La reflexión sobre el carácter y el sentido de la cultura latinoamericana estuvo muy presente en la obra de Reyes, dispersa en su dilatada producción, pero se distinguen, por cierto, dos textos de singular clarividencia, que nos servirían mucho hoy que estamos enfrascados en la discusión sobre el laberinto de la identidad. El primero son sus “Notas sobre la inteligencia americana”, y el segundo, “Posición de América”.

Las “Notas” son apuntes leídos en un conversatorio efectuado en 1936, en Buenos Aires, sobre las “Relaciones actuales entre las culturas de Europa y la América Latina”, en el cual Reyes sienta una tesis preñada de significación y profecía: “Hay choques de sangres, problemas de mestizaje, esfuerzos de adaptación y absorción. Según las regiones, domina el tinte indio, el ibérico, el gris del mestizo, el blanco de la inmigración europea general, aun las vastas manchas del africano traído en otros siglos a nuestro suelo por las antiguas administraciones coloniales. La gama admite *todos* los tonos”. Ahora que —desmintiendo a Vargas Vila— ya tenemos literatura propia, reconocida como valor universal, se cumple la parte de profecía: “La laboriosa entraña de América va poco a poco mezclando esta sustancia heterogénea, y hoy por hoy, existe ya una *humanidad americana característica*, existe un espíritu americano. El actor o personaje, para nuestro argumento, viene aquí a ser la inteligencia”.

La laboriosa entraña de América ha hecho su trabajo y ya tenemos esa “humanidad americana”, que resuena a prédica bolivariana, y el protagonista es la Inteligencia. Hay que sacar todas las consecuencias de esta tesis: América Latina es antes que nada una *realidad cultural*, y alguna vez será realidad institucional, económica, tecnológica, etc. Este aserto es verificable. Al concluir en Buenos Aires este alegato —que escuchaban con atención Maritain, Zweig, Ludwig, Romain, entre otros— pide Alfonso Reyes al “tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habitaréis a contar con nosotros”.

Nadie que actúe en el terreno de las ideas y las artes en el continente puede ignorar esta prédica, la larga lucha de la Inteligencia —el pueblo creador— para alcanzar la mayoría de edad cultural de América, la génesis de nuestra madurez. Esta tesis, que el desarrollo de la cultura en América Latina viene demostrando, saca a flote un problema de flagrante actualidad: el carácter *defectivo* del desarrollo en América Latina. El alto voltaje creativo que se expresa en la pintura, el cine, la novela, la poesía, las ciencias sociales, en teorías como la teología y la filosofía de la liberación, esta suerte de pujante *subversión creadora* no se traduce con el mismo ímpetu en el campo de la economía y la política. La libertad creadora ha llegado a vencer los determinismos socioeconómicos, pero ocurre como si los creadores hubieran hecho su trabajo y los políticos no. ¿En qué sector social está entonces depositada la inteligencia prota-

gónica de América? Somos una potencia cultural pero somos subdesarrollados en términos económicos, políticos y tecnológicos. Es cierto que no tenemos muchas reservas en divisas pero tenemos una inmensa reserva de talentos, que andan desperdigados en América.

¿Cómo traducir este temperamento creador en indicadores de bienestar, progreso, estabilidad, felicidad? ¿Cómo hacer pasar el genio Hacedor de las humanidades y las artes a la economía y la técnica? Es el gran reto. Pueda que el poeta peruano Juan Gonzalbo Rose, que fue discípulo de Reyes en El Colegio de México, tenga razón cuando pide a los dioses tutelares menos belleza y más sabiduría:

Machu Picchu, dos veces
me senté en tu ladera
para mirar mi vida.
Para mirar mi vida
y no por contemplarte
porque necesitamos
menos belleza, Padre,
y más sabiduría.

La sabiduría es la máxima aspiración que puede tener el Hombre. Es esa sabiduría la que necesitan los dirigentes políticos de América Latina.

“Posición de América” es una conferencia impartida en el Tercer Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, efectuada en diciembre de 1942, en la cual Reyes hace penetrantes observaciones sobre el proceso cultural de nuestros países: hay un *universalismo* congénito del hombre americano, forjado en la colonia por asimilar patrones culturales externos y sintetizarlo con las expresiones raigales de nuestra propia cultura:

Por síntesis entendemos la creación de un acervo patrimonial donde nada se pierde, y para lo cual los hábitos de la inteligencia americana nos parecen bien desarrollados [...] en la síntesis no vemos un compendio o resumen, una mera suma aritmética, como no lo es la del hidrógeno y el oxígeno al juntarse en el agua, sino una organización cualitativamente nueva, y dotada, como toda síntesis, de virtud trascendente. Otra vez, un nuevo punto de partida.

Tres siglos de colonización han producido una inexorable síntesis biológica y cultural. Se ha alcanzado una nueva armonía, un nuevo punto de partida: el nacimiento del Hombre Americano, las bases de una Cultura Americana, que en estos tiempos han mostrado su universalidad, su nobleza, su lugar en el mundo. La literatura ha sido el primer territorio libre de América. Tenemos hoy una cultura distinguible y reconocible en el mundo.

Estas contribuciones hacen de Alfonso Reyes un pensador, en la gran tradición de Nuestra América, un filósofo de la cultura, que con su ensayística enjundiosa nos aclara una problemática que parecía inasible; nos da las claves para salir airosos en el laberinto de la identidad y la cultura.

DON ALFONSO REYES

Ricardo Peña Barrenechea

Para llegar hasta la Quinta que ocupa Alfonso Reyes, hay que recorrer, desde Flamenco, algunas rúas y avenidas: Beira Mar, Paysandú, Guanabara, las Laranjeiras. Son las dos de la tarde un día pálido de marzo. Desde el amanecer la lluvia ha caído sobre la ciudad con bastante brío. Son las dos de la tarde y el cielo empieza a desnudarse. Paysandú, las Laranjeiras. Subimos una pequeña escala. Un criado y una tarjeta. Una sala y otra sala. Óleos mexicanos. Muchos óleos y acuarelas opacas, luminosas. Dibujos, bronceos. Alfonso Reyes. Otra sala. Otra más amena y familiar.

—¿La biblioteca?

—No, Ricardo. Es ésta una sala provisional. La mía está en México y abraza más de 50 mil volúmenes.

Un cigarrillo. Una butaca ancha con fascistol. Un libro de viaje: Paul Morand.

La biblioteca de Reyes en Río tiene más de 8 estantes, con un total de 5 mil volúmenes. Aquí despacha diariamente los negocios de la Embajada.

Alfonso Reyes me va mostrando los diversos compartimientos de la sala:

—Esta sección es la de los poetas y escritores de México. Casi todos me son conocidos: Torres Bodet, Genaro Estrada, Carlos Pellicer, Ortiz de Montellano, Xavier Villaurrutia, José Gorostiza, Salvador Novo, Gilberto Owen, González Hermosillo, Anselmo Mena.

—Esta otra sección está destinada a poetas y escritores de Chile, la Argentina, el Perú, etcétera.

Don Alfonso me alarga una carta de un escritor peruano, J. Guillermo Guevara, quien le pide una colaboración para el Cuzco.

—Esta otra sección es mía: Inéditos míos.

Miro un poco más y me doy con Góngora y Mallarmé. Un poco más aún y es entonces que cambia el paisaje: son los instrumentos de trabajo de la Embajada: obras de derecho privado, derecho internacional público, etcétera.

Aprovecho una breve ausencia de Reyes y me dirijo al sitio donde descansan, aparentemente, Góngora y Mallarmé. Perfectamente amari-dados, como quiere la crítica. Hay aquí verdaderas joyas de encuaderna-ción, desde el florido pergamino hasta el papel humilde para propagan-da. Breviarios en cuero y oro, ornamentaciones.

Alfonso Reyes, de vuelta ya, se dirige hacia el fondo de la estancia y me dice:

—Voy a leerle a usted algunos inéditos míos. Aquí tiene usted: *Minuta*. Juego poético.

Empieza leyéndolos por el fin, es decir, por el índice, que es como debe comenzarse la lectura de toda obra buena. El índice viene a ser el menú o minuta de una cena donde se hace la presentación de cada man-jar en un pequeño poema.

Loa de la cocinera. Aperitivo. Entremeses. Bodegón, Jardín de Agosto. El pan de la servilleta. Sopa. Plato de almendras. Jerez. Reminiscencia. Pescado. Vino blanco. Carne. Madurez. Vino tinto. Aves. Legumbres. Aplomo. Ensalada. Queso. Rondel de los pozos de nieve. Frutas y confi-turas. Amor. Otras golosinas y postres. Bombonera. Champaña. Ruido en la cocina. Brindis. Sobremesa. (Historia de enredo, Historia de caza. Evocación de Mme. De Staël) Café. Licores, tabaco. Polos del exceso. Casi balada de la sed. Vestuario. Despedida. Oración y nota sobre san Pascual Bailón.

En síntesis: buen humor, investigación crítica, filosofía. Don Al-fonso me hace un guiño:

—El libro es un juguete.

Después me muestra otras páginas de un nuevo libro impreso en Río y que acaba de aparecer. Se intitula: *Si el hombre puede artificialmente volar*. Reyes reproduce, después de un sabroso comentario, el último capítulo de *El Ente dilucidado*, de Antonio de Fuente la Peña. Moderni-zadas la ortografía y la puntuación. Libro extravagante donde se acepta y se rechaza si “el hombre puede volar”. Reyes cita antecedentes de importancia, en relación con Brasil. Al Brasil pertenecen los nombres de los impugnadores de *El Ente dilucidado*. Se trata de una obra de ciencia

y no de recreación. En fin, dice Reyes —el capítulo de si “el hombre puede artificiosamente volar” es un verdadero regalo de lectura, sabor con que los lectores están todavía menos familiarizados, cuando se trata de un texto científico y no literario”.

El libro lleva estampas en madera de Mme. Marciano.

—La autora de estos dibujos es esa mujer —me dice señalando con un dedo un armario de hierro— que está allá arriba.

Contemplo su retrato y me quedo con sus ojos todo el día. El silencio de esta mujer y el de Góngora, con Reyes, son las tres sombras más sugerentes que hallo en el silencio de esta tarde.

Recuerdos. Evasiones. Gilberto Owen y su libro *Línea. Cuadernos del Plata*. Amigos de Lima: Luis Valle, José Hernández —los más jóvenes— de quienes Reyes me habla con interés. Alfonso Reyes, con voz suave y llena de emoción, me lee un poema suyo. Es un poema que figura en uno de los cuadernos que él dirigía en Buenos Aires: el de Ricardo Güiraldes.

Divagaciones filosóficas. La palabra de Reyes cobra mayor animación:

—Seamos buenos y generosos. ¿Qué le puede importar a Dios que el hombre se marche a la Tebaida? Hagamos el bien, sobre todo entre los hombres.

La voz de Reyes se aligera más:

—Ninguno de nosotros —hombres, plantas y animales— somos hijos conscientes de Dios. Nuestro destino es hacer el bien.

El poeta calla, sonriéndome.

Son las 6 de la tarde. Alfonso Reyes me acompaña hasta la verja del jardín.

Revista *Social*, núm. 80, Lima, 20 de junio de 1934

TOQUES DE REACCIÓN

Ricardo Peña Barrenechea

Para Alfonso Reyes el romance es un don que le viene de herencia. Heredero —diré así— de las canciones primitivas castellanas, su nombre recuerda la figura de tantas figuras ilustres de los dos siglos de oro y las de los de más atrás. Alfonso Reyes ha querido con esta *Otra voz*—colección de poemas desacordes sólo en el tono— brindarnos un conjunto de versos unísonos en la observación de la realidad y en la medida y cadencia de los mismos. Algo más, su ser íntimo le impulsa a asomarse al mundo sencillo y grave de la raza. A abrazarse a su círculo y aventuras. Esta intención —o extensión— que hoy realiza Reyes, tan humanamente, está latente en hombres que como él, siglos atrás, tocaron ese mismo clima al parecer distante de sus gustos y querencias.

No creo equivocarme al advertir en Reyes muchos síntomas similares a los que él mismo señala en Quevedo —*Páginas escogidas*. Madrid, MCMXVI—: Regocijo verbal, relampagueo de ideas, agudezas de la mente, lo picaresco y lo escéptico.

Qué buen humor en toda esta nueva fantasía de romances subjetivos y objetivos. Narrador a ratos —objeto y forma artística—, pintoresco otras veces —juego de ingenio—; se echa de ver en todos los demás la independencia de su espíritu y las vivezas de su imaginación. Sabe decirlo todo claro cuando llega el momento:

Guardar mejor la salud
alternando lo ramplón
con lo fino
y junto en el alquitara
—como yo sé—
el romance paladino

del vecino
 con la quintaesencia rara
 de Góngora y Mallarmé.

Alfonso Reyes está bastante lejos de su estilo habitual —como él mismo lo declara—. Quiere ser otro; sentirse que vive como los demás, él cuyo genio siempre ha mostrado un agudo sentir y es víctima todavía de persecuciones intensas.

Qué ingenuidad —que no conoció Quevedo— en ese “Sol de Monterrey”:

—Cuando salí de mi casa
 Con mi bastón y mi hato,
 Le dije a mi corazón:
 Ya llevas sol para rato.
 Es tesoro —y no se acaba;
 No se acaba— y le gasto.
 Traigo tanto sol adentro,
 Que ya tanto sol me cansa.
 Cuánto estoicismo en ese “Morir”:
 —Qué natural lo que se acaba
 Cuando ya se acaba por sí.

Ingenuidad, realismo, estoicismo, nuevas voces que hacen de Alfonso Reyes el hombre de todas las horas. Ese hombre que Gracián quería como señor de todos los gustos; indefinible e infinito. Hombre que tiene una hora para sí y muchas para sus selectos amigos. Caballero y filósofo del siglo, poeta de la gracia, embajador del arte y dueño de su casa y su tristeza.

DON ALFONSO REYES
Y RICARDO PEÑA BARRENECHEA

Ricardo Silva Santisteban

En marzo de 1933, en el número 10 de *Monterrey*, la revista que editaba en Río de Janeiro y le servía de correo literario, don Alfonso Reyes publicó entre los distintos comentarios de obras de y sobre Luis de Góngora la siguiente nota fugaz en la sección “Para otra antología gongorina”: “*Eclipse de una tarde gongorina y Burla de Don Luis de Góngora*, del poeta peruano Ricardo Peña Barrenechea (Lima, Hidalgo, 1934), libro delicioso”. Es casi seguro que Ricardo Peña Barrenechea (1893-1939) le enviase su libro, efectivamente delicioso, instigado por la cordialidad de sus comentarios a través de tantas publicaciones y por conocer su libro capital sobre Góngora *Cuestiones gongorinas* (Madrid, Espasa-Calpe, 1927) y su magnífica edición de la *Fábula de Polifemo y Galetea* (Madrid, Índice, 1923) que circularon y fueron leídos en Lima cuando la conmemoración del tercer centenario de la muerte del poeta cordobés.

Deben de existir en el archivo de don Alfonso cartas del poeta peruano, pues hubo entre ambos un intercambio de libros y, cuando viajó a Río de Janeiro en diciembre de 1933, Peña lo visitó y publicó un artículo-entrevista en la revista *Social* núm. 80 (Lima, 20 de junio de 1934). Posteriormente, publicó también una reseña del libro de poemas de don Alfonso, *Otra voz* (México, Fábula, 1936), bajo el título de “Toques de reacción”, en el diario *El Comercio* (Lima, 13 de junio de 1937).

Muy poco antes de su muerte Peña le envió la separata que de *Cántico lineal* había publicado la revista 3 en su primer número, de julio de 1939. Es probable que Peña no alcanzara a leer la respuesta del maestro, pues falleció repentinamente el 28 de ese mismo mes. Puede leerse un fragmento, el único que conozco, en la edición póstuma de *Cántico lineal* (Lima, Ediciones Signo, 1943); es un primor de gentileza: “Su *Cántico*

lineal es un deleite puro, al fin como suyo. Un dolor de acero, que se siente pero se apetece; una espada intachable”.

Ignoro si existe en toda la literatura de lengua española un crítico tan noble, tan vasto, tan agudo y sabroso a la vez que sabio, como don Alfonso Reyes, a quien siempre recordaremos y volveremos a leer con igual apetencia, pues verdaderamente es “una espada intachable”.

ESTAMPA DE JOSÉ SANTOS CHOCANO

Alfonso Reyes

El peruano José Santos Chocano (1875-1934) es imagen del virtuosismo plástico. El orgullo caballeresco de Díaz Mirón lo inspiró un día, pero los ojos muy abiertos sobre la opulenta historia y la rica naturaleza de su tierra lo orientaron hacia su propio camino. La sublimidad de sus montañas y llanos, sus ríos y lagos, la leyenda de los conquistadores, los tropeles de potros, las águilas caudales son, en su poesía, mucho más que rasgos descriptivos, blasones heráldicos, elementos de una armería del paisaje. Hay arquitectura parnasiana. Hay también un juego jeroglífico en que el paisaje se vuelve adivinanza. Seducido por los encantos visuales, descende graciosamente a describir la pirueta del circo, o el cuadro blanco y negro de una sala de té. Su gracia funambulesca y pictórica sólo ha sido superada en la *Limeña* del contemporáneo Luis Fernán Cisneros. Llevado por los signos de la apariencia, le aconteció a Chocano, encontrándose en México, penetrar de un rasgo magistral en la tristeza de nuestro indio.

Fragmento de “De poesía hispanoamericana”,
en *Pasado inmediato*, 1941, *Obras completas de Alfonso Reyes*, XII

CIUDAD DORADA

Visión de Río de Janeiro

José Santos Chocano

A Alfonso Reyes

Linda mujer sentada del mar juega a la orilla:
contra un oído, a veces se apega un caracol;
y, a veces, con los ojos siguiendo va una quilla...
Viste, suntuosamente, bosques de maravilla;
y luce, en una piocha, como un diamante, el Sol...

Tiene algo de odalisca, de hurí, de bayadera,
de princesa escapada de un país oriental:
sirena del Adriático, a nado, la ribera
alcanzó de la Atlántida en que está hoy prisionera
dentro de la redoma de un cielo de cristal...

Ante la ciudad, miente voluptuosa bahía
una concha de nácar llena de un agua azul,
como un espejo, en donde, mirándose, a porfía,
parecen reflejarse Nápoles y Estambul.

Ciudad de un sueño de haschish,
ciudad de un cuento de hadas...
¿Es en Persia fastuosa o en Arabia feliz...?
Tal sus policromías aparecen bordadas
como en pérsica alfombra o arábigo tapiz...

Mar y bosques le prestan capitoso perfume,
con que la ciudad toda desfallece de amor,
cual pebetero en que una pastilla se consume
quemada, lentamente, por un ascua interior...

Añorando las fiestas del fervor dionisiaco,
dentro de un espejismo, temblando, se la ve
como al través del humo soñador del tabaco
o de los excitantes vapores del café...

(Café, tabaco y caña... Triple fila de dientes
luce el tropical monstruo de la sensualidad...)

El sol bulle en las plazas en que un hervor de gentes
renueva el oro vivo de Esmirna y de Bagdad...
(Elefantes, camellos, cebras, son inminentes...
Suele oírse un rugido: ¿león o tempestad?)

En el telón de fondo, perfilanse las frentes
de cien cumbres, que le hacen la corte a la ciudad.

La Corte de las Cumbres... "Tijuca", el "Corcovado",
el "Pan de Azúcar"... y otra cumbre y otra, hasta cien.
Restos son de leyenda que nadie me ha contado;
pero que yo adivino, con la musa a mi lado,
por los trazos y gestos que en las cumbres se ven...

Hay en "Tijuca" rasgos de una soberanía:
¿no hace ostentación de una "Mesa de Emperador"?
"Pan de Azúcar" pudiste lucir la pedrería
de una mitra de Obispo... "Corcovado" fue un día
bufón, que está hoy haciendo su pírueta mayor...

La Corte de las cumbres... ¿La Ciudad no sería
novia que, en plena boda, cae muerta de amor?

Se me figura que oigo del "Órgano", labrado
en la piedra, el son grave de una marcha nupcial...

Jinete en una cumbre, llega a escape un enviado,
 que al Rey padre le entrega cierto pliego sellado
 de otro Rey poderoso —quizá un enamorado,
 pues la novia se siente, súbitamente, mal...

Al expirar la novia, se desploma el estrado...
 un estampido seco pone el punto final.

¿En la “playa bermeja”, tal vez se ha suicidado
 el novio? De la sangre se ve aún la señal...
 (Todas las cumbres trazan de un “gigante acostado”
 el perfil, que parece que espera un funeral...)

El “Pan de Azúcar” guarda del ilustre prelado
 que bendijo las nupcias, la mitra episcopal;
 Taxy el bufón, aunque astuto como buen jorobado,
 queda mudo y perplejo, tras de un salto mortal...

Corren... corren los siglos.
 La novia ha despertado;
 y, alegre, se está ahora mirando en un cristal...

Así surge, por una virtud de encantamiento,
 la Capital dorada del trópico febril...
 la Corte de las Cumbres me sugiere este cuento
 de las “Mil y una noches” de magia del Brasil.

Oro de Indias, 1941

ALFONSO REYES: JUSTICIA PARA EL PERUANO MALDITO

Jorge Salazar

I

No, suponemos que algunos mexicanos no se sentirán muy cómodos en estos días. Quiero decir que no debe de ser reconfortante reconocer que en el Perú de hoy todo el mundo sepa quién es “la Chilindrina”, y sean, en cambio, muy contadas las personas que han oído algo del más universal de los escritores mexicanos, Alfonso Reyes, el “Buen Sabio”, es decir, Reyes “el Sabio”; don Alfonso “el Bueno”. Se puede elegir. Y no se yerra, ni mucho menos, si se unen los adjetivos.

II

Pero no ser conocido en el Perú, no es muy malo tampoco. Suponemos que, de los muchos anhelos que seguramente tuvo ese mexicano al cual celebramos, no se encontraba precisamente el de ser conocido o reconocido en el Perú. Aquí, por estos lares, los hechos son muy tozudos, y así, está demostrado que la inmortalidad popular se consigue, entre otros medios, a través de las autorizadas voces de las “reinas de belleza”, admiradas damas que en el último cuarto de siglo no han enmascarado jamás sus preferencias: en la cabecera de sus lechos, junto con una efigie del papa, hay inamovibles volúmenes de “Vallejos” y de don Mario Vargas Llosa. Allí están las encuestas, espejo de la realidad, que dicen.

III

Es claro, también, que estas cosas, preferencias o accidentes, no pertenecen a la voluntad del escritor. “El Bueno”, “el Sabio”, han dicho los críticos, habría que agregar a la obra de Alfonso Reyes, y a él mismo como persona, otra categoría: inconfundible. E inconfundible porque no da alaridos. Y porque con maestría nos ha demostrado que un idioma y un espíritu estridente, como el español, puede alcanzar serenidad, equilibrio, ponderación...

IV

Latinoamericano, mexicano, sí, pero también renacentista ejemplar. Es decir, perteneció a ese género de hombres que vislumbró que los escritores de nuestras latitudes no podían permitirse el lujo de la especialización. Reyes se da cuenta, y su obra lo reafirma, del calibre renacentista que se precisa para que el mundo latinoamericano encuentre armonía y se adelanta con su acción y sus escritos a otro gigante, César Vallejo, que dirá “Hay hermanos, muchísimo que hacer”. Y Reyes, consciente de la tarea se deja llevar por su insaciable curiosidad intelectual, y se convierte en escritor de esto y de aquello. Su capacidad desconoce límite de géneros o temas. Ensayista, poeta, periodista, filólogo, narrador, investigador, meditador. Su inmensa curiosidad le lleva a todos los paisajes. Igual, Reyes conoce las selvas del Orinoco, investiga el Londres de Le Queux, conversa con Eisenstein, se interna en la epidermis de los quechuas o traduce a cualquiera de los siete sabios de Grecia. No hay poco por hacer. Ni qué decir. El más universal de los mexicanos.

V

Pero a veces la versatilidad debe pagar un tributo: superficialidad. O desmesura. Afortunadamente para México y los latinoamericanos, supo conciliar equilibrio y seriedad, vastedad con profundidad, de los pocos que pudieron combinar el manejo de áridas fuentes históricas, con belleza idiomática, logrando ese prestigio, inexpugnable, que lo convierte en el escritor que más ha aportado a las sustancias vivas del idioma de

Castilla. Y claro, sin querer, o queriendo, Reyes logra un casi imposible: que coincidan el americanista y el hispanista. ¿Alguien da más?

VI

Y claro, el rigor, la erudición y la maestría crítica de Alfonso Reyes también tuvo que tocar parcelas nacionales y peruanas, y así encontramos que una parte de su ensayo “El presagio de América” está dedicado a defender, con precisión histórica no desprovista de calor fraterno, el aporte artístico-creativo de los pobladores del Tiahuanacu del extravío al cual quieren someterlo algunos catequistas a ultranza. Reyes, que denomina “vaguedades” a ciertas afirmaciones no documentadas hechas por cronistas españoles sobre la cultura quechua, muestra aquí, con evidencias, que es posible consolidar de manera coherente los normalmente mal usados términos de “cultura” y “civilización” andinas.

VII

Pero el valor del Perú no se agota, para Reyes, en estos episodios que bordean lo antiguo, Reyes también es un comentarista de la realidad cultural contemporánea de este país, y como tal divulga, luego de analizar a conciencia la obra de uno de los escritores “malditos” del universo poético nacional peruano: el poeta José Santos Chocano, un hombre al que las perezosas, o nulas, facultades reflexivas de un poderoso sector de la burguesía peruana, todavía no se cansa de vilipendiar. Y, sobre todo, de ignorar o negar su obra...

VIII

Los prejuicios todavía embisten al más ambicioso poeta modernista peruano. Ahora mismo, en la última *Antología general de la poesía peruana*, editada por encargo de una entidad bancaria, uno de los recopiladores señala: “el mundo virreinal de Chocano es de pacotilla y oropel”. “Embaucador”, “Ridículo”, se le llama. Es decir, no se le perdona al poeta su alucinante visión de un indio sin miserias ni rencores; a Chocano no se

le perdona su condición de aliado de los “pelados” mexicanos; el disparo sirve para negar la música y la luz. Reyes sabía de estos desprecios, y se atrevió a escribir lo que podría ser un punto de partida para la urgente revisión de la historia de las letras peruanas...

IX

“El peruano José Santos Chocano (1875-1934) es imagen del virtuosismo clásico... los ojos muy abiertos sobre la opulenta historia y la rica naturaleza de su tierra lo orientaron hacia su propio camino... Hay arquitectura parnasiana. Hay también un juego jeroglífico en que el paisaje se vuelve adivinanza... La sublimidad de sus montañas y llanos, sus ríos y lagos, la leyenda de los conquistadores, los tropeles de potros, las águilas caudales son, en su poesía, mucho más que rasgos descriptivos, blasones heráldicos, elementos de una armería del paisaje.” Eso dice Reyes, el inabarcable, de Chocano “el maldito”, lo dijo en 1941. Y seguramente se volverán a repetir estas palabras el día que en el Perú suenen las campanas que anuncien la llegada de la razón, la sobriedad y la nobleza. Será día de Alfonso Reyes.

Lima, marzo de 1989

ALFONSO REYES O EL ENSAYISTA COMO CUENTISTA

Guillermo Niño de Guzmán

—Dícnle ensayista.
—¡Qué val! Es buen cuentista.

Max Aub

No conocía la obra cuentística de Alfonso Reyes. Mis aproximaciones se habían limitado a sus libros de ensayos. Sin embargo, ahora que he leído una selección de sus cuentos titulada *La cena y otras historias* puedo comprender por qué su prosa había ejercido sobre mí una suerte de encantamiento.

Ocurre que Reyes cautiva no sólo por la agudeza de sus juicios sino por una atmósfera peculiar que tejen sus palabras, embriagando al lector con un placer similar al que se suele experimentar frente a una obra de ficción. Con sencillez y elegancia, imprimiendo un ritmo de suave cadencia, el autor mexicano labra una prosa que envuelve y deleita. En ese sentido, quizá para mí la cima de su producción literaria —al menos de la que he podido hasta el momento confrontar— sea *Visión de Anáhuac*.

En aquélla se fusionan admirablemente el ensayo, la historia y el relato. Con una mirada digna de un pintor y un aliento secreto de narrador, Reyes describe y cuenta, apelando tanto a la realidad como a la ficción. No es que derroche imaginación; más bien —y en eso reside lo admirable—, sabe administrarla y dosificarla en su justa medida, logrando reconstruir el pasado mexicano con la voz cautivante de un fabulador pero sin traicionar los hechos de la historia. Esa prosa límpida y

bruñida, dotada de un sutil fulgor poético, fluye con la transparencia y naturalidad de una cascada de agua que se derrama sobre piedras milenarias.

Curiosamente, no sucede lo mismo con los cuentos de Reyes. No basta la buena prosa para articular una pieza de ficción consistente. Como ha apuntado José Luis Martínez, sus historias “parecen más aptas para crear situaciones y climas, cargadas de alusiones y de sutiles observaciones, de humanidad y de sentido novelesco, que no para conducir una narración, con lo que dejan de ser, en verdad, ‘cuentos’ por el otro extremo del género... En su mayor y más representativa porción, son ensayos y fantasías acerca de situaciones, climas y personajes novelescos”.

No obstante, hay algunas excepciones. Me gustan mucho dos cuentos fantásticos: “La cena” y “La mano del Comandante Arana”. El primero es indiscutiblemente el logro mayor de Reyes en el género. Escrito en 1912 e incluido en el libro de relatos *El plano oblicuo* [1920], “La cena” ha sido alabado como un cuento precursor del surrealismo. En efecto, hay un clima onírico muy bien recreado en el que se descubre una ciudad misteriosa de calles desoladas, luces artificiales que dan a la noche una “elegancia irreal” y una “multitud de torres” en las que se repite, de manera obsesiva, la esfera del reloj. Ciertos críticos han señalado, con acierto, que este ambiente urbano coincide con el mundo de las pinturas de De Chirico. Sin embargo, el valor de este relato no estriba solamente en la estupenda atmósfera de sueño que consigue plasmar el autor. Sorprende también el hábil manejo de la intriga, la articulación del *tempo* narrativo, la creación de personajes sólidos con unos cuantos apuntes, el sabio control del narrador de no decirlo todo y dejar que el lector complete la historia.

En realidad, Reyes es capaz de fascinar con este cuento digno de figurar en cualquier antología de lo fantástico. La manera como introduce el sueño dentro de la historia —que quizá sea un sueño mayor— me recuerda el recurso que emplea Ambrose Bierce en esa obra maestra del género cuentístico que es “An Incident at Owl Creek Bridge” y que también utilizó, siglos atrás, Don Juan Manuel en uno de sus “ejemplos” medievales de *El conde Lucanor*, como certeramente ha observado Borges. Por ello, quisiera destacar que “La cena” de Reyes se entronca con la mejor tradición del cuento breve en cualquier ámbito lingüístico.

“La mano del Comandante Arana” no alcanza el mismo nivel, pero es un relato pleno de ingenio y humor, que roza el delirio puro. Sus alu-

siones son evidentes y el propio autor se encarga de remarcarlas: Mau-passant y Nerval con sus fantasías acerca de manos cercenadas que cobran vida propia. En el caso de Reyes, el cuento atrae por su sentido paródico, haciendo de lo que hubiera podido ser una incursión en el terror una fiesta del humor.

Entre los cuentos de corte realista sobresalen “Silueta del indio Jesús” y “Cuernavaca”. Mientras que el primero es una acertada estampa del indígena mexicano, el segundo es un pretexto para retratar aquella turbadora ciudad donde el Cónsul de Malcolm Lowry encontró su final. Mención aparte merece “El testimonio de Juan Peña”, que partiendo de un hecho anecdótico refiere con soltura —tal vez más próxima a la óptica de un novelista que de un cuentista— el conflicto que subyace entre la gente de la ciudad y el campo, es decir, el contraste abismal de una sociedad en la que coexisten “jóvenes escritores de vaga literatura y europeísmo decadente” con un “pueblecito de hombres morenos y descalzos” que muestran a veces cicatrices en la espalda.

Su espléndido final abierto a la imaginación alcanza, como opina Concha Meléndez, “la belleza evocadora de algunos pasajes de *Visión de Anáhuac*”:

Con la noche que se avecina, el campo va echando del seno tentaciones inefables de combate y de asalto. Caemos sobre la estación como en asonada. ¿Quién que ha cabalgado la tierra mexicana no sintió sed de pelear? Oscuros dioses combativos fraguan emboscadas de sombra, y tras de los bultos del monte, parece que acechan todavía al hombre blanco las huestes errantes del joven Xicoténcatl.

¡Hondo rumoreo del campo, latiente de pezuñas de potro, que se acompaña y puntúa tan bien con el reventar de los balazos!

Creo que basta esta breve cita para captar la dimensión de un escritor como Alfonso Reyes, que hacía bramar bajo la máscara del ensayista el sonido y la furia de un auténtico narrador.

Abril de 1989

LA ESCRITURA COMO SALVACIÓN

José Luis Sardón

Lo que más impresiona de Alfonso Reyes es su vocación de escritor. La escritura tuvo para él un sentido que no podemos llamar sino sagrado: no lo entendió como un medio para nada sino como un fin en sí. Algunos comentaristas se han esmerado en señalar el abultado número de escritores que terminan en la locura o en el suicidio. Es indudable que en ciertos casos se puede hallar una relación de causa-efecto entre una y otra cosa. Borges dijo alguna vez que hay páginas de Hemingway que anticipan su penosa muerte. Sin embargo, no es menos cierto que la escritura es una actividad que también ha salvado a muchos de la auto-destrucción, permitiéndoles conciliar a través suyo los conflictos y desgarramientos íntimos que les atormentaban. Unos escriben contra su vida, pero otros apoyan su vida en su escritura. Y si la lista de lo primero es extensa, la de lo segundo la encabeza Alfonso Reyes.

El mejor ejemplo de ello acaso sea *Ifigenia cruel*. Tal como lo hizo notar Octavio Paz en un hermoso ensayo, en ese extenso poema Alfonso Reyes no sólo recrea la célebre obra de Eurípides sino también salda cuentas con su propio pasado. El argumento plantea una disyuntiva trágica: Ifigenia tiene que elegir entre la lealtad a su pasado y la invención de sí misma. Idéntico conflicto tuvo que enfrentar en plena juventud Alfonso Reyes. La Revolución Mexicana asesinó a su padre, deportó a su hermano mayor y dispersó al resto de su familia, pero por otro lado resolvió el conflicto de culturas, razas y tradiciones que agobiaban a su patria. ¿Qué actitud debía tomar frente a ella? Al igual que Ifigenia, Alfonso Reyes en su hora tuvo que decir *no quiero* a la sed de venganza que imponía su pasado, para abrir la posibilidad de una vida creadora. La enorme carga de dramatismo personal que tuvo esa decisión, sin duda, es el fuego que templó el carácter afirmativo de su obra.

Si algo distingue a la obra de Reyes, en efecto, es su ilimitada apertura hacia todos los asuntos humanos. Él hizo suya la frase de Terencio: *hombre soy y nada humano me es ajeno*. Aprovechando al máximo las capacidades expresivas del ensayo, se ocupó de temas lingüísticos, filosóficos, históricos y —claro— literarios. Al recorrer sus voluminosas *Obras completas*, encontramos páginas dedicadas a la comunicación humana y a las costumbres de las familias en la antigua Grecia, pero también otras que describen primorosamente las virtudes redentoras de la siesta —ese delito de *lessa modernidad* que algunos todavía nos empeñamos en perpetrar—. Lo profundo y complejo tiene su lugar junto a lo menudo y sutil. Sin embargo, en el caso de Reyes ello no implica dispersión, ya que la unidad y coherencia de la obra están apostadas al estilo.

Alfonso Reyes pudo crear un personalísimo estilo de escritura para expresar con eficacia sus distintas inquietudes de humanista. Ello supuso no sólo que logró escribir una prosa tersa y original, sino también que creó una peculiar manera de pensar y acercarse a las cosas. La principal característica del mismo, probablemente, es que tuvo la simpatía como imperativo. Sólo desde ese punto de partida pudo tratar temas graves y densos con una gracia tan amable que los convertía siempre en atractivos. Sus páginas sobre Platón, por ejemplo, nos presentan al gran filósofo griego como un personaje realmente cercano, que puede decirnos cosas importantes a los latinoamericanos del siglo xx. Reyes nos inserta en la cultura occidental y nos presenta a los ojos del mundo. Gracias a él nos sabemos semejantes y contemporáneos de los otros; ni más ni menos: diferentes e iguales a un mismo tiempo.

El mayor homenaje de Alfonso Reyes a México es *Visión de Anáhuac*. Se trata de un extenso texto en prosa en el que celebra la geografía y raza mexicanas. Es difícil precisar si es un ensayo o un poema, puesto que combina tanto la reflexión de uno como el aliento del otro. Lo cierto es que hace una descripción detallada del paisaje mexicano, esa pasmosa geografía que ya para siempre será llamada —con sus palabras— *la región más transparente del aire*. El valle de México es el lecho de dos antiguas lagunas y en él ha brotado un nuevo arte de naturaleza, una peculiar vegetación de plantas, flores y frutos. Sin embargo, su principal alumbramiento es la mezcla de todas las sangres humanas que en ella se ha producido. Moctezuma y Cortés, al paso de los años, han terminado compartiendo una misma descendencia.

Un peruano no puede sino envidiar la felicidad con que el mestizaje es festejado en la obra de Alfonso Reyes. Aquí todavía no hemos comprendido esa verdad que él explica con sencillez insolente: “El choque de la sensibilidad con el mismo mundo labra, engendra un alma común”. El mestizaje no es sino la consecuencia de que hombres de distintas razas y colores quieran vivir juntos en un mismo territorio. El Perú y México comparten el hecho de ser los dos grandes ensayos históricos de síntesis de lo occidental y lo autóctono. Sin embargo, mientras aquí dicho ensayo todavía ha podido desencadenar este baño de sangre del terrorismo actual, allá existe ya una integración social que reivindica con orgullo las distintas vertientes culturales que le componen. La expresión más desgarrada de nuestra desintegración quizás sean las novelas de José María Arguedas; la expresión más feliz de la síntesis mexicana, seguramente, las páginas de *Visión de Anáhuac*.

Si me pusieran en el difícil trance de escoger un solo libro suyo, sin embargo, probablemente no me quedaría con los mencionados, sino con alguna de sus colecciones de confidencias y divagaciones. Por ejemplo, *Vida y ficción*. Creo que el mejor Alfonso Reyes es el más íntimo. El que describe atribuladamente los gozos y abismos de la pasión amorosa o el que analiza candorosamente el encantador misterio del temperamento femenino. La especialidad de Reyes no fue tanto el mestizaje mexicano ni la cultura helénica, sino más bien la mujer y el amor. Él está entero en los textos en que los aborda. Una página ciertamente magistral es esa afebrada carta en que confiesa un amor a borbotones, titulada “Calidad metálica”. En ella logra potenciar notablemente sus muchos talentos —sentimiento, reflexión, humor, sensualidad— y su escritura alcanza la frágil y deslumbrante incandescencia de una llama de fuego.

Es fácil imaginarlo trabajando frente a su mesa, con el ánimo suspendido en equilibrio entre el pensar y el sentir. Las hojas esperan, todavía en blanco, servir de puente entre el escritor solitario y esos lectores que son nada más que espectros. Escribe, corrige, escribe. Cada párrafo tiene un revés, cada cuartilla una clave. Escribe, corrige, escribe. La escritura es una disciplina para poblar las páginas con los signos de la simpatía universal. Escribe, corrige, escribe. Alfonso Reyes no está solo: sólo nos está esperando.

Lima, marzo de 1989

ALFONSO REYES: LA TAREA DE COLMAR EL PASADO

Carlos López Degregori

I

Probablemente sean muy pocas las personas de las nuevas generaciones —hablo del Perú— que hoy lean a Alfonso Reyes con curiosidad y fervor. Su presencia ha quedado limitada a la del intelectual ilustre, que sentó las bases para una teoría literaria hecha en América Latina, con dos libros fundamentales: *La experiencia literaria* (1941) y *El deslinde* (1944), y el poeta contenido y prudente que contribuyó a dismantelar el modernismo. La situación es paradójica, pues basta revisar el índice de sus obras completas para hallar al curioso insaciable, acumulando día a día páginas desmesuradas y moviéndose con facilidad en distintos terrenos y culturas. No se trata del envejecimiento inevitable de cualquier escritura, que en el caso de Reyes es particularmente injusto, sino del mecanismo de defensa ante una sistematización y humanismo que ya no existen; como pocos, Reyes se tomó muy en serio su tarea de hombre integral, descubriendo, confrontando y apropiándose de una cultura que soñó para América Latina, tal vez más cerca de Europa que de nosotros. Ahora somos más precarios o, dicho en otras palabras, hemos optado por la barbarie. Pero esta nueva autoconciencia, no puede convertirse en ignorancia; urge revisar la obra de Reyes, desbrozando lo que ha envejecido, traerlo a nuestro contexto es el mejor homenaje que podemos rendirle.

II

He releído (o casi leído por primera vez) *Ifigenia cruel* para redactar estas líneas. No voy a destacar aquí la capacidad que tuvo Reyes para actualizar los mitos ni la exactitud y belleza de sus palabras reuniendo inteligencia y emoción. Simplemente quiero explorar una afirmación intercalada en el Comentario a su poema dramático donde dice que la *Ifigenia* “encubre una experiencia propia”; las máscaras o sombras, movilizadas en el texto, exponen un choque entre Grecia y los bárbaros, es cierto, pero también una lucha que tal vez acompañó a Reyes diariamente.

En el mito, Ifigenia, hija de Agamenón y Clitemnestra, hermana de Orestes y Electra, pertenece a una familia de personajes malditos y por consiguiente trágicos. Cuando las naves de Agamenón pretendían dirigirse a Troya, Artemisa decide cobrar la maldición negando vientos propicios y exigiendo a cambio el sacrificio de Ifigenia. Ella está a punto de morir, pero la diosa Artemisa, satisfecha, la hace desaparecer llevándola al país de Taúride, donde llega a ser su sacerdotisa dedicada al culto sangriento de matar extranjeros. Pasan los años, y un día llega su hermano Orestes (también envuelto en el sino trágico de la familia) para robar la figura de Artemisa. Es capturado con su amigo Pílates y cuando está a punto de ser sacrificado, ambos hermanos se reconocen y huyen de la tierra de Taúride emprendiendo el regreso a Grecia.

Alfonso Reyes decidió introducir modificaciones en la historia. Ifigenia no recuerda el pasado —vive, por consiguiente, en una especie de limbo— y al conocerlo con toda su crudeza renuncia a él, prefiriendo quedarse con los bárbaros. Reyes quiso ver en estos cambios la necesidad de poseer un pasado capaz de iluminar el presente, para desde él ejercer la libertad: su Ifigenia deja de ser mítica y se humaniza, el juego de los arquetipos se transforma en la confrontación de las decisiones individuales. Pero es posible, desde el contexto de toda su obra, añadir una interpretación adicional: Ifigenia es Reyes y nosotros, es decir América Latina.

III

El conflicto se ubica en el vórtice de la cultura y se libró a lo largo de miles de páginas. Con su inteligencia y erudición (en la crítica y teoría literarias, la historia, la filosofía, la creación misma), Reyes quiso colmar

ese pasado, otorgándole la consistencia y el prestigio de una cultura universal; pero en el fondo siempre existió la nostalgia por esa inocencia o barbarie que él creyó descubrir en América como puede atestiguarlo su *Visión de Anáhuac*. No significa que hoy aceptemos este punto de vista, sólo estamos reconociendo una evidencia: entre dos mundos, Reyes quiso tender puentes, pero Ifigenia (cada vez menos Reyes y más nosotros) optó por la barbarie americana, el mundo que en realidad le pertenece.

Las obras terminan por independizarse de errores y prejuicios y tal vez los cien años puedan ser una cifra cabalística para la limpieza. Revisando a Reyes, hallaremos al gran artífice, dueño siempre de la palabra exacta, y al latinoamericano, que como Sarmiento, Rodó o Martí, buscó los rasgos distintivos de nuestra cultura.

Abril de 1989

ALFONSO REYES Y LA CRÍTICA DE CINE

Ricardo Bedoya

Puede resultar sorprendente para muchos la asociación del nombre de Alfonso Reyes con el oficio del siglo xx, como llamó Guillermo Cabrera Infante a la crítica de cine.

Sin embargo, Alfonso Reyes fue uno de los pioneros de esa actividad. En efecto, bajo el seudónimo común de *Fósforo*, escribió al alimón con Martín Luis Guzmán comentarios cinematográficos que se publicaron desde octubre de 1915 en la revista *España*, editada en Madrid por José Ortega y Gasset. El título de la columna hebdomadaria era “Frente a la pantalla” y fue, a saber, la segunda columna de opinión sobre asuntos fílmicos aparecida en esa publicación y en el idioma, después de la que mantuvo durante breve período Federico de Onís, firmando con el seudónimo de *El Espectador*.

Al partir Martín Luis Guzmán de Madrid, Alfonso Reyes persistió con sus crónicas en *El Imparcial*, siempre por invitación de Ortega y Gasset, y dio por concluido hacia 1920 su aporte a la cultura cinematográfica con unas notas aparecidas en la *Revista General*. Rememorando ese periodo de su actividad escribió años después: “He querido buscar un epitafio a *Fósforo*. Parece que me decidiré por éste: ‘Aquí yace uno que desesperó de ver revelarse un arte nuevo’”.⁵

La desesperanza de Alfonso Reyes tenía una explicación. Hacia 1915 el cine era aún primitivo e imperfecto y pasarían algunos años antes que adquiriera la entidad cultural que aportaron las grandes cintas de Abel Gance, Ernst Lubitsch, Friedrich Murnau o Sergei Eisenstein.

⁵ Una reunión de las notas sobre cine escritas por Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán y Federico de Onís bajo el título de *Frente a la pantalla* fue publicada en 1963 por la Dirección General de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México en su serie Cuadernos de Cine. Es el número 6.

El debate estético sobre el nuevo modo de expresión aún no penetraba en el estudio de ese “universal lenguaje de las películas”. Las opiniones se dividían entre los que veían al filme como una pieza teatral, con un contenido registrado casi documentalmente por una cámara inerte, ignorante del arte de la edición, encerrados en decorados de cartón piedra y con actores de ampulosa gestualidad destinada a llamar la atención hacia la gran *performance*; y los que consideraban al cine como un arte aún larvado. Éstos, entre los que se encontraba Reyes, eran sensibles a las posibilidades expresivas de los aún escasos y hasta trabajosos movimientos de cámara y a los ritmos y entonaciones provocados por el uso fino y articulado del montaje filmico.

De este modo, nuestro crítico valoró en *El pájaro azul*, de Maurice Tourneur, la impresión de intimidad que provoca una imagen cercana, ese primer plano que le es imposible al teatro y que en ese entonces anunciaba la evolución del cine.

La mímica, como la técnica, se han desarrollado poderosamente en el drama físico de sobresaltos; puede ya intentarse el drama contenido, interior. El atleta empieza levantando las pesas de un solo impulso; poco a poco, aprende a levantarlas con esa lentitud temblorosa que arrebató a los públicos. La cercanía del cine —imposible en un escenario— permite sacar recursos mímicos inconcebibles hasta del mínimo pestañeo; y la alucinación objetiva del cine, que tampoco puede igualar el teatro, logra producir relaciones sutilísimas de sensibilidad entre una fisonomía y un carácter. La fotografía cinematográfica —no según cuadros a la manera *pompier*, sino caprichosos y hasta inarmónicos: un cerrojo, dos manos lanzadas que esconden un objeto, un brazo que sale de una cortina— ahorra una cantidad de explicaciones que la mímica teatral necesita como suplemento, en el mismo grado en que los necesita la llamada música descriptiva.

Fósforo no se equivocó. El montaje pronto se irguió como un recurso expresivo del primer orden y el cine fue, hacia 1928, con *Tabú* o *La aurora*, de Murnau, ese arte del puro movimiento que convirtió en “especie mímica todo lo que no era de esencia literal”. Lástima que el crítico desesperara tan pronto.

Abril de 1989

SEGUNDA PARTE

APROXIMACIONES Y HOMENAJES

UNA GRAN EVOCACIÓN DE LUIS XIV

César Vallejo

Alfonso Reyes aboga en su libro *Calendario* por el museo dinámico y vivo, en el que las estatuas, los trajes y las costumbres de las culturas fenecidas fuesen reemplazadas por personas de carne y hueso, vistiendo y reviviendo las formas plásticas, morales y políticas de las épocas muertas. “Los museos —sostiene Reyes— debieran confundirse con la misma vida. El señor mandarín estaría sentado en su sillón, bebiendo su té, junto a su mesa, en la sala de los jarrones.” Quién sabe así, conseguiríamos, al menos, que la asistencia a los museos fuese no solamente de ancianos, como sucede ahora, sino de todo el mundo, sin distinción de edades. Los museos sólo se prestan hasta ahora a imaginaciones crepusculares, a sensibilidades octogenarias, si no en edad de tiempo, en edad de corazón.

La idea de Reyes vendría, pues, a actualizar en dinámica viviente las pasadas épocas, hasta que sobrevenga el día en que la perspectiva histórica del museo alcance tal vez una pragmática ultra-viviente, coleccionando, anticipadamente, encarnadas siempre en personas de nervio y hueso, las formas de la vida futura. Este desdoblamiento del museo hacia el porvenir sería, si lo quiere el señor Marinetti, una conquista futurista, una manera paradójica de afirmar, una vez más, el sacratísimo instinto de museo de los hombres. En todo caso, ambas suertes de museos de la vida pasada y futura, realizados según la idea de vida y movimiento de Alfonso Reyes, vendrían a establecer nexos más amplios y efectivos entre las galerías del Louvre, por ejemplo, y la rue Rivoli, los jardines de las Tullerías y los márgenes del Sena. Un roce magnífico se instauraría entre los personajes históricos, pasados o futuros, de las salas de los museos y los visitantes o transeúntes cotidianos, sin distinción de edades. Los museos se convertirían en ruidosos centros sociales, accesi-

bles a los centros sociales contemporáneos y a la promiscuidad de las gentes. En un momento dado, los personajes históricos del museo serían a tal punto dinámicos y se rozarían con los visitantes de manera tan viviente, que sería difícil distinguir allí cuál es el ritmo del pasado, del presente y del porvenir. Y, por este medio, los museos cesarían de ofrecer el espectáculo extravital y remoto de unos viejos (viejos por los años o por el corazón), que contemplan con mirada nostálgica vitrinas problemáticas e ilusas.

Puestos en este concepto del museo dinámico y vivo, qué sugestivo espectáculo ofrecería la sala Mazarine de la Biblioteca Nacional de París, donde se hace en estos días una vasta exposición de la época de Luis XIV. Toda la vida y los personajes del siglo XVII se agitarían allí, mezclándose a los visitantes. Sería una palpitante reencarnación de los hechos, ideas y sentimientos de la Francia del Rey Sol, actuando en carne y hueso en frente de los habitantes contemporáneos de París. Veríamos y oiríamos cosas, ni eternas ni precarias, pero irresistibles de vida y de presencia.

Luis XIV, pongamos por caso, estaría agonizando en carne viva, en su lecho del castillo de Versalles, rodeado de su corte. Un letrero anunciaría públicamente su muerte, en estos términos históricos: “Rogad a Dios por el muy Alto, muy Poderoso, muy Excelente Príncipe, Luis el Grande, por la gracia de Dios, Rey de Francia y de Navarra, muy Cristiano, muy Augusto, muy Victorioso, incomparable en clemencia, en justicia y en piedad, muerto el primero de septiembre de 1715”. Y, entre los visitantes de la sala Mazarine, habría un telegrafista de la Tour Eiffel, que llegaría retrasado a su trabajo, a causa de haberse detenido a conversar con uno de los obreros que se dirigen a preparar en la Abadía de Saint-Denis los decorados para las pompas fúnebres del Rey: el telegrafista habría reconocido en ese obrero a un antepasado familiar en línea recta.

Otro momento realmente interesante sería aquel en que Descartes escribe una carta a su amigo Huygens. Cuando el filósofo empieza la carta diciendo: “Sea el tubo AB, de cuatro pies de largo...”, se produce un ruido de pasos excesivos: se aplaude en las escaleras de la Biblioteca al señor Bergson, que llega acompañado del señor Herriot, ministro de Instrucción y Bellas Artes. Descartes vuelve a sus pensamientos y, al final de la carta, resuelto el problema, añade con sus menudos caracteres ilegibles: “Excuse usted las confusiones debidas al empleo de las mismas letras en ambos casos”.

Un instante mucho más movido sería cuando Corneille, a la salida de una sesión de la Academia Francesa, escribe en una página del primer registro de presencia de los académicos a las sesiones: “Se ha continuado examinando las observaciones de M. Bajuelas”. Corneille tomaría un infolio en pergamino de la mesa de acero y marfil y saldría al corredor, cruzándose en el tránsito con mi distinguido amigo Werner Heimbürg, corresponsal de *Lokalanzeigers* de Berlín en París.

Toda exposición de medallas, grabados, gobelinos, manuscritos, dibujos, estatuas del siglo Luis XIV, que se realiza actualmente en la Biblioteca Nacional de París, habría ofrecido, de efectuarse según la idea dinámica de Alfonso Reyes, más de una amable colisión de tiempos entre Bossuet, Pascal, Colbert, María Teresa, Madame de Lafayette, Poussin, La Pautre, el Gran Condé, de una parte, y M. Briand, la negra Josephine Baker, el costurero Poiret, Jean Cocteau y los *reportéres* de la “T.S.F.”, de otra parte. ¡Con tal de que yo me quede neutral entre ambos lados!

Variedades, Lima, 30 de abril de 1927

DOS APROXIMACIONES A REYES

Emilio Adolfo Westphalen

I

MONTERREY, CORREO LITERARIO DE ALFONSO REYES,
NÚMEROS 5 Y 6

Encontramos constataciones, referencias y sugerencias varias, en ellos, sobre el complicado problema de la traducción, que por igual a letrados y a simples aficionados del bien escribir apasiona. Ronald de Carvalho plantea en su nota sobre los traductores portugueses del poema de Nerivo: *Cobardía*, la imposibilidad de equivalencia de los dos idiomas hermanos tan parecidos —otra demostración del teorema de las paralelas—. (Nos incumbe, particularmente, de su nota esta frase: *Chocano nao ultrapassou o dominio de vociferatrici theatreaes*. Bueno es reconocer las cualidades vocales y hasta, indudablemente, orquestales de ese trombón mayor que fue de la poesía hispanoamericana.) En otra parte del *Correo*, glosa Alfonso Reyes las impresiones y perplejidades de dos traductores al español del “Cementerio marino” de Paul Valéry, en capítulo que titularíamos “de las tribulaciones del traductor”. La tarea del traductor tiene esta primera exigencia: exactitud (limpieza, honradez) en el trasiego. Digamos que es la única, la esencial, esta exigencia que cualquiera otra abarca que pudiera pedirse, pues se entiende que no ha de ser sólo exactitud en la letra sino en el espíritu, del todo como del talle, del *tono* como del *estilo*. Evidentemente, no quiere significar más traducir que vaciar el vino de vasija en vasija, sin pérdida de gota y aun con enriquecimiento de espíritu. Empero, la falta de probidad y ciencia ha hecho que sin interrupción los traductores al español nos hayan ofrecido la repetida parábola aunque al revés, la conversión del vino en agua o cosa peor, las más

veces. Cuán pocos, en cambio, por no decir casi ninguno, los que siguieron ejemplo y norma del señor Boscán. (Recordamos las juanramonianas versiones de algún poema de William Blake, de algún otro de Stephane Mallarmé). ¿Acaso sea signo de impotencia, de falta de vitalidad?, porque es característico también de la traducción este afán de poseer, que es el de la plétora de vida, de tomar lo ajeno, de digerir la obra extranjera y hacerla correr en sangre propia, ya nuestra. Una otra dificultad existe: ¿prestárase cualquier obra al trasiego, no serían algunas por teoría y esencia reacias a él? Pueden algunos pensar que sean las de poesía. A ellos responda como prueba de su autenticidad y el sino quedar sin retórica en “verdadera poesía universal, fundamental, traducible a todos los idiomas del mundo, pero intraducible a ningún linaje de idioma lógico y prosaico”. Bastara, en todo caso, la lograda perfección de estas traducciones de los poetas: Jorge Guillén y Mariano Brull.

Del sumario de estos números: Proust y los gusanos de cuatro dimensiones; sobre la tumba de Graça Aranha; los ojos de Europa (*Impresiones europeas de América* por Paul Claudel y Paul Morand); una tarjeta postal de Eugenio d’Ors. Las secciones de: Vida Literaria; Noticia Mexicana; Miscelánea; Investigaciones; Boletín gongorino; Cuaderno de apuntes; Estafeta; Publicaciones recibidas; llenan las páginas del amable y docto *Correo* que con tanta gentileza reparte Alfonso Reyes.

La Revista Semanal, núm. 224, Lima,
17 de diciembre de 1931

II

ALFONSO REYES, *LA SAETA*, RÍO DE JANEIRO, 1931

Son dos las actitudes esenciales que el psicólogo y el filósofo observan en la generalidad humana: las de extroversión e introversión. Y es en todas las actividades humanas de observar. En la religión conduce al ahondamiento íntimo por abisales profundidades en busca de Dios y a la adoración externa de su representada imagen, “a colocar a Dios dentro de nosotros o a colocarlo fuera de nosotros”, como dice Georg Simmel. Y tenemos un Dios, puro fantasma espiritual, y un Dios, de carne y hueso, crucificado y sangrante. Se puede decir que cada una de estas

actitudes lleva aparejada una diferente valoración ante el total de la vida, y naturalmente, ante ciertas expresiones particulares de ella, como el camino a seguir para conseguir la perfección y obtener la gracia de Dios. Así, de un lado tenemos los que a sí mismos se sacrifican, los ascetas, los renunciantes, y del otro las mujeres que con claveles de sangre adornan sus cabellos para merecer la vista del Señor. Según bajo la advocación de cuál de los dos signos se cobije, podemos hablar de una u otra especie de cultura, de nórdica y meridional, y en otra categoría, de romanticismo o clasicismo, en la artística, o en la religiosa. Cuál sea el culto que Alfonso Reyes profese lo sabemos nosotros bien —se entiende que no estrictamente culto religioso—. Corroboran nuestra creencia estas frases del folleto a gran formato y pocas páginas —deliciosos libros de pocas páginas—, impreso en Río de Janeiro con trazos de José Moreno Villa que Alfonso Reyes dedica a la saeta: “¡Oh Gide! Las mujeres de La puerta estrecha adoran a un Dios adusto y malo, enemigo de su propia creación. ¡Oh Gide! Yo no puedo ya perdonarlas, junto a las mujeres de la Callecita estrecha de Sevilla, que se componen y cantan para merecer el amor de Dios”. Es este mismo espíritu el que da origen a la saeta, a esta saeta que por la Sevilla ritual y procesional de la semana santa de 1922, por sus calles de madrugada y bajo la guía del maestro Falla, Alfonso Reyes se preocupa de hallar y de hallar la auténtica, es decir, la viva, la no contaminada, la clásica. La que certera y pura va de un dolor a otro dolor, de un amor a otro amor, “a pleno temblor de alma”. Y ¡cómo sangra de más dulce sangre el corazón herido del nazareno al recibir tales muestras del amor popular!:

La corona der Señó
no é de rosa ni clavele,
qué de junquito merino
que le trapasa la siene
a ese cordero divino.

Hay ciertas notas del amor y el dolor, del amor y el dolor de la muerte, del amor y el dolor religioso, divino, que sólo nos es dable escuchar actualmente en la literatura popular; en ella, al menos, se conservan y perduran.

No creo necesario, ahora en esta nota, hacer alusión a las condiciones literarias que posee Alfonso Reyes y que en este libro, como en to-

dos los otros, nos muestra. La claridad y flexibilidad, la elegancia son el patrimonio natural de su prosa. Tampoco creo necesario remarcar la fina sensibilidad con que capta el sentido adscrito a las expresiones formales de la realidad, en este caso, el profundo sentido popular-religioso de la saeta.

La Revista Semanal, núm. 227,
Lima, 7 de enero de 1932

SABOR DE AREQUIPA

Alfonso Reyes

Descubrirse, encontrar su camino. La Escuela de la Sabiduría, de Darmstadt, admite que todos traemos una misión, una valencia atómica que saturar, una geometría platónica en la que cada alma debe buscar su asiento. La mística llama estado de gracia a la aceptación del propio destino. Una y otra idea, aun cuando por sendas encontradas, confluyen a la felicidad. Cuando conocí a Alberto Guillén yo creo que él no era feliz. Hacía otras cosas, escribía otras cosas. No distinguía bien las necesidades de su espíritu, y el torrente de la juventud lo tenía como sublevado contra su propio yo. Una lumbre de finura estética ardía ya dentro de sus ojos, aquellos ojos que —entonces— miraban todavía con cierta inquietud. Esa lumbre desató un impulso. Y ese impulso —la investigación hacia la belleza— lo fue poco a poco sacando al camino real, y lo trajo al equilibrio ético que, hoy por hoy, se enlaza tan dichosamente con su juventud. Descubrirse, encontrar su camino. Cuando volví a ver a Alberto Guillén ya sus ojos eran sus ojos. Y he aquí, Guillén, lo que pasa con sus poemas. Trataré de explicarme. En el museo de los vicios menores hay uno que ni nombre tiene. Aunque no haya hecho víctimas heroicas, no le falta tradición ilustre: en la literatura del Siglo de Oro hay testimonios de la costumbre de comer barro, que se insinuaba como pequeña moda secreta entre las damas de Madrid. De mí sé decir que, en mi tierra, hay gente devota de los jarros de Guadalajara, alfarería popular que da al agua un resabio inconfundible. Hay gente —y sobre todo los niños— que rompe los jarros para saborear los pedazos como grageas. A mí también me iniciaron, de chico, en el rito del barro. Conservo de la experiencia el recuerdo de una comunión. Pues bien: el recuerdo resucitó de repente con sus poemas. Sabor del barro del Perú, tan parecido al de mi tierra: gusto de lo elemental que hay en el gusto.

La poesía, que en nuestros tiempos se ha remontado, dejando caer lastre hasta desprenderse de todo su contenido material, aquí retorna a sus evidencias. Pisa el suelo. Y así, en una ligera marcha que evita las dos cercas de alambre —la ley del verso y la de la prosa—, corre usted a devolvernos lo más irreducible que hay en nosotros: el sagrado barro original. De modo, Guillén, que tenía razón aquel su amigo cordillerano que, a la primera lectura de sus poemas, le dijo: “Se mastica el sabor de su tierra”. No hay más que decir.

Río de Janeiro, enero de 1932

En el libro *De viva voz*, incluido en *Obras completas de Alfonso Reyes*, VIII, México, 1958

DÉCIMAS EN ACRÓSTICO

Alfonso Reyes

Para una niña peruana: *A Margarita Ulloa Elías*

A unque muy de “tierras lejas”,
Margarita, quiero aquí
Aconsejarme de ti
Revelándote mis quejas.
Ganarás, si así me dejas
Aprovechar la distancia,
Reinas que, en su consonancia,
Imiten mi voluntad,
Terca en la dificultad,
Atrevida en la constancia.
Una niña del Perú
Locos afanes traía,
Lo que la niña pedía
Ojalá lo entiendas tú:
Acabar un verso en u:
Enmendar, cerrando un ojo,
Los pies de un poeta cojo;
Imponerle, en fin, con tretas,
Acrósticos por muletas.
¿Sabes si logró su antojo?

*Río de Janeiro,
12 de marzo de 1934*

Margarita Ulloa Elías fue hija de Alberto Ulloa Sotomayor (Lima, 1892-1975), diplomático y catedrático de Derecho Internacional Público que

representó a su país en las conferencias peruano-colombianas para resolver la llamada “cuestión de Leticia”, un problema limítrofe que suscitó hostilidades entre Perú y Colombia y llamó la atención mundial por la posibilidad de un conflicto armado entre ambos países. Alfonso Reyes, embajador de México en Brasil, participó como observador en las reuniones que los ministros de relaciones exteriores de esos países sostuvieron en Río de Janeiro en 1934 y envió a la cancillería mexicana un brillante informe al respecto. Fue durante esas conferencias cuando Reyes y Ulloa (amante de las letras, y cabeza de la cancillería peruana en 1936) trabaron buena amistad. Margarita Ulloa Elías, quien tenía seis años cuando Reyes le obsequió este acróstico, murió el 18 de mayo del año 2000. [Nota del compilador]

ESCUELA LÍRICA DE ALFONSO REYES

Luis Fabio Xammar

Me pregunto yo al iniciar estas líneas, cómo dibujar la figura de este sutil caballero de las letras americanas, sin amenguar ninguno de sus matices, ni prescindir de la nobleza de espíritu que rodea el mundo de los poetas como un horizonte móvil. ¡Y qué amplio y qué generoso el horizonte de Alfonso Reyes, abierto a todas las latitudes, sin olvidar su paisaje nativo de dura raigambre mexicana! Ser de su país y del mundo en cumplida labor, en todos los instantes de una vida viajera y sin descansos. Ser de México y agudamente universal en el espíritu, en la poesía o en esa humanidad de hombre americano, recio en el gesto y cálido como el vaho de tierra recién roturada. Y esta devoción por su propio lazo terrígeno ha estado presente en todas sus actividades. Basta recordar su revista *Monte-rrey*, cuyo título es la evocación de su pueblo, tendida para sus amigos como brazo cordial. Allí por el año de 1889, en el estado de Nuevo León, nació para riqueza de las letras americanas, Alfonso Reyes.

Muy joven en la carrera diplomática, vive en Francia durante los años anteriores a la Guerra Europea del 14-18, y comenzada ésta, pasa a España. En el viejo continente fueron amplias y constantes las pláticas literarias: diaria gimnasia de su sensibilidad privilegiada, e incansable palestra para su talento dirigido a la investigación de problemas literarios. Así lo revelan libros primigenios suyos: *Cuestiones estéticas*, publicado en 1911; o *El cazador y Simpatías y diferencias*, que corresponden a su permanencia en Madrid en 1921. Esta misma línea se continúa a través de ensayos que culminan en sus *Cuestiones gongorinas*, del año 1927; en *Rumbo a Goethe*, de 1932, o en sus recientes capítulos sobre literatura española, como última muestra de la crítica más depurada.

No es el momento, sin embargo, de hacer el balance de su obra de inquietud humanista. Vamos a referirnos, únicamente, a su frescura

poética llena de emoción y galanía, proyectada sobre las sucesivas tonalidades de una misma y límpida inspiración. Una leve sonrisa irisa su pensamiento, dotándolo de una privilegiada musicalidad. Ha sido, en todo momento, una poesía risueña la que nació y tomó color en su pluma. Por ello fluyen las ondas líricas —como hubiera querido él, en las páginas primorosas de su *Tren de ondas*— para dibujar un itinerario de altísimo rigor estético.

Si quisiéramos, con doce libros suyos, trazar un derrotero a nuestra curiosidad, partiríamos de *Pausa*, aquellos dulces poemas que publicó en París en 1926, con la fragancia del primer entusiasmo literario. Versos juveniles, de la temprana y agitada juventud, se acogen en estas páginas con tibia pasión. El poeta vuelve sobre ellos con la leve nostalgia de los años que sabe gastados, aunque presente triunfantes. Allí alberga aquella *Glosa de mi tierra*, con acentos de límpida serenidad. Allí también, se duele de la muerte de Amado Nervo, con estremecida palabra:

¡Te adelgazas, te desmayas
y te nos vas a morir!
¡Qué fina inquietud, qué ansia
la de vivir sin vivir!...

En el calor de su rincón poético, vibra la íntima emoción de la vida naciente. Su obra —sabemos— está dividida en tres zonas: *Huellas* (poemas compuestos entre 1913 y 1919), *Pocas sílabas* (1921-1923) y *Ventanas* (1921). El poema que abre el libro está dedicado a la rutilante alegría del hijo reciente:

Honda mirada encendida
en quieta lumbre interior;
alegría sin rumor
que estás colmando mi vida...

Demasiado autobiográfico, quién sabe, pero de tremante sinceridad. Pronto, su fino ademán irónico lo lleva, casi sin sentirlo, a cultivar la letrilla gongorina, de una primera claridad de gran poeta:

Blanda, pensativa zona
de la mañana de abril

deriva en pausa segura
 la dolencia de vivir.
 Entre pestañoso sol
 no sabe cómo salir,
 y flota en pompas el sueño
 tal vez sin poder subir.
 Yo, con inefable risa
 estoy velando por ti.
 Las mañanitas de abril
 buenas son de dormir...

Luego, ya en Buenos Aires, publicará las prosas líricas de su *Fuga de Navidad*.⁶ Estamos en el año de 1929, la emoción pascual invade al poeta, y en su libro, las viñetas de Norah Borges traen el frágil escorzo de varias siluetas infantiles. El poeta exclama: “Hace días que el frío labra las facetas del aire y vivimos alojados en un diamante puro”.

Cuando Alfonso Reyes viajó a Río de Janeiro en 1931, se vio en la forzosa necesidad de recordar horas de España. Los recuerdos ascendían con la vigorosa seguridad de las experiencias remotas hechas llaga en lo más recóndito de la conciencia. Entonces publica *La saeta*, como una lírica glosa de esa España con la que se identificó perdurablemente: “Estamos en Sevilla. Recorramos, de día, la ciudad con la vista hacia el índice de la Giralda. Descubriremos como una nueva Sevilla encaramada sobre la otra; una Sevilla de campanarios, de espadañas llenas de azulejos de colores, donde las cigüeñas cuelgan sus nidos grises y destacan sus perfiles estáticos”. Luego cuenta cómo, en compañía del maestro Falla, recorría de noche la ciudad, en pos de la saeta antigua, clásica, llenos de “sed de oírla”. Este libro tiene su gemelo en *Horas de Burgos*, publicado el año siguiente (1932) con la misma delectación española de los versos y comentarios del primero. Aquí Alfonso Reyes se pregunta: “¿De dónde ha brotado esta alegría de Burgos? Tanta, que ya no hace falta gritar. Alegría sin chiste en la conversación, ni bulla en las plazas. Alegría de contemplación y de luz...” Añade, también, trazos fuertes y sombríos: “Por las tabernas de San Esteban del Castillo hay

⁶ Alfonso Reyes, *Fuga de Navidad*, ilustraciones de Norah Borges de Torre, Buenos Aires, Ediciones El Bibliófilo, 1929 (trescientos ejemplares numerados y editados en los talleres de Francisco A. Colombo).

mujeres feas para soldados. A medida que trepamos la loma, el alma se pinta. Arriba ya, en el arruinado San Gil, la boca se llena de viento y de luz los ojos...”.

Alfonso Reyes siempre ha sido un verdadero artista en las ediciones de sus libros. En Río de Janeiro publica, en 1933, un cuaderno de ágil prosa lírica, *La caída*, que subtitula *Exégesis del marfil*, y al mismo tiempo da a la estampa, en Holanda, aquellos *Romances del Río de Enero* de muy cristiana pureza.

El libro está integrado por once romances, a continuación de los cuales, el poeta se siente obligado a hacer declaraciones poéticas. Dice: “Once romances de once cuartetos cada uno, procurando que todos acaben en la décima estrofa, para que la undécima cuelgue, arete o broche...”. Y enseguida precisa más su doctrina estética: “Cada cuarteto debe repetir la idea general del poema, volver a dibujarla, aunque con objetos siempre diferentes. Tal reiteración, y la catacresis que de ella resulta —distintas imágenes se obligan a expresar la misma cosa que carece de nombre hecho— son los dos recursos de la poesía, las ciento veintiuna estrofas pondrían sitio a la misma emoción vaga, que nunca se entregó del todo: ‘No pude decirte lo que quería’”.

Y, sin embargo, las estrofas de Alfonso Reyes son líricos testimonios de su elocuencia:

Trigueñita nuez de Brasil
castaña del Marañón
tienes la color tostada
porque se te unta el sol...

y más adelante, no puede olvidar el encanto feérico de Río de Janeiro en fiesta, y canta:

Rosa de máscara y música
posadas de Navidad:
México su nochebuena
y Río, su carnaval.
Allá, balsa de jardines,
vihuelas para remar
y sombreros quitasoles
que siguen el curso astral.

Acá en la punta del pie
 jira el tamanco al danzar,
 y las ajorcas son cobras
 Que suben del calcañar...

El año de 1934, en Buenos Aires, Alfonso Reyes publica dos poemas de íntimo sabor americano. “Yerbas de Tarahumara”, escrito cinco años antes, es el primero. En él, la voz se cubre de una gravedad austera para hablar de los indios:

Desnudos y curtidos,
 duros en la lustrosa piel manchada,
 denegridos de viento y sol, animan
 las calles de Chihuahua...

También ve la luz su canto *A la memoria de Ricardo Güiraldes*,⁷ el Cervantes de la literatura americana, creador de nuestro *Don Segundo Sombra*. Aquí los versos suenan amplios y plenos, con sabor a epopeya.

Y si ustedes desean un libro cuyo título tenga absoluto sabor mexicano, podemos recordar que el mismo año (1934) publicó, igualmente en Buenos Aires, su poema “Golfo de Méjico”, como unas vacaciones geográficas en su poesía.

En ningún momento de su carrera poética, Alfonso Reyes atenuó su vigilante vocación estética. Ha sido y es, sobre todas las cosas, un artista enamorado de la agitada aventura de su creación. Desgarrada o matinal, su lírica se ha desenvuelto presidida por este signo. Por eso vamos a mencionar otros dos poemarios suyos: *Minuta*, juego poético publicado en 1935, y *Otra voz*, aparecido en México el año de 1936.

En *Minuta* no sabríamos decir si se nos aparece el poeta como un sutil rimador provenzal del Medioevo, o como un fluente y soleado artista del Renacimiento. Para alimento espiritual, Alfonso Reyes parte de la devota gula cotidiana y prepara una opípara mesa con la transparente inmaterialidad de su inspiración. Oigamos su definición del pan descansando muellemente en la servilleta:

⁷ Alfonso Reyes, *A la memoria de Ricardo Güiraldes*, Río de Janeiro, 1934 (son cuatro poemas, con sus correspondientes y expresivos subtítulos...).

Qué paloma. Qué cotavía
sobre el mantel sabe anidar
y deja tibio todavía
el huevecillo singular.

Encarrujado el lino esconde
o bien, plegado en alcatraz,
el misterio de harina donde
la ley de Dios germina en paz.

Oh paloma. Oh cotavía,
nunca faltes donde estoy.
El pan nuestro de cada día
dádnosle hoy.

Y aquel supremo elogio del caldo, precedido de las frases de Santa Teresa, cuando dice: “Entre los pucheros anda Dios, hijas”:

En buen romance casero
de verdura y de calor
con los brazos remangados
me siento a la mesa yo.
Tierra terrena, terruño
del fondo del corazón.
Bienhaya el caldo, y bien haya
la madre que lo parió.

Alfonso Reyes había abierto su libro con los beneméritos versos de Baltasar de Alcázar:

Pero cenemos, Inés,
si te parece, primero...

y lo cierra lógicamente, con una nota sobre san Pascual Bailón. En el colofón, confiesa que los poemas allí reunidos corresponden a los años de 1917, 1929, 1930 y 1931 (una opípara y prolongada cena espiritual...).

En *Otra voz*, el poeta reúne versos de diferentes épocas. Aflora en sus líneas una profunda melancolía que él apenas intenta destruir con un gesto irónico. Habla de los poetas o de los ángeles con joroba; de las naciones volando, como de una callada cisterna surge un dolor que no se borra y que parece quedar aprisionado en estos sencillos versos:

A veces, hecho de nada
sube un effluvio del suelo.
De repente, a la callada,
suspira y aroma el cedro.

Como somos la delgada
disolución de un secreto,
a poco que cede el alma
desborda la fuente un sueño.

¡Qué pobre cosa la vaga
razón cuando, en el silencio,
una como resolana
me baja de tu recuerdo!

Aquí en el Perú, donde Alfonso Reyes vive espiritualmente en medio de sus tantos amigos en poesía, sentimos como familiar su voz lírica y su ademán de maestro. Y recordamos, no solamente el puro ritmo de su pensamiento, sino ese gesto humano de saber vivir —en estos días— la nobleza de su condición de ciudadano del mundo.

Letras, núm. 22, Lima, 1942

ALFONSO REYES Y EL TACTO IMPERTINENTE

Sebastián Salazar Bondy

A propósito de las recientes notas de este cronista sobre el libro y la lectura alguien le aconsejó acudir a un breve y enjundioso ensayo de Alfonso Reyes sobre dicho tema. Bella y aguda meditación, en efecto, la del notable pensador mexicano, cuyas palabras finales al respecto es preciso transcribir:

El libro, como la sensitiva, cierra sus hojas al tacto impertinente. Hay que llegar hasta él sin ser sentido. Ejercicio, casi de faquir. Hay que acallar previamente en nuestro espíritu todos los ruidos parásitos que traemos desde la calle, los negocios y afanes, y hasta el ansia excesiva de información literaria. Entonces, en el silencio, comienza a escucharse la voz del libro: medrosa acaso, pronta a desaparecer si se la sollicita con cualquier apremio sospechoso [...]

Esa disposición candorosa ante el libro, limpia de residuos, amorosa en una palabra, no es corriente ni en el profesional ni en el aficionado a la lectura. Pero si ella falta, según afirma Reyes, no habrá verdadero deleite.

Y el goce de la lectura disminuye conforme sube la categoría de los lectores, al tiempo que es menos pura la actitud del que reclama al libro el sumo intelectual que guarda. Para Reyes el primer estrato lo constituye el lector popular, que convierte la lectura en vida. El hombre sencillo no recuerda el título ni el autor del texto, aunque retiene su asunto, su substancia. Interrogado por lo que ha obtenido de la lectura, se refiere —no importa si torpemente— a la esencia argumental. De ahí que en toda promoción de la lectura popular haya que tener en cuenta esta característica del consumidor común, más inclinado al relato concreto que a las delectaciones del pensamiento o las bellas formas. (En algunos de

los festivales provincianos del libro recientemente realizados se ha incurrido en el error de incluir en la selección literaria obras que sólo llaman el interés de los eruditos, los estudiosos o los lectores refinados.)

Otra categoría que reconoce Reyes es la del “lector de medio pelo”, aquel que sólo recuerda los títulos de los libros, pero que apenas retiene el contenido. Marca con un signo en la memoria lo que le gustó, sin saber por qué, y tacha lo que fue incapaz de apreciar. Su contrapartida es el lector pedante, que se complace únicamente en los autores. En éste el gusto ya está estragado, pues sus predilecciones son, en general, dudosas. Por último, está el más bibliófilo, que ve en el libro un editor, una fecha de impresión, un formato, una curiosidad gráfica, cualquier nimiedad superficial. Ama las ediciones lujosas y desdeña el libro sencillo, el libro para hoy. Y hemos llegado al pináculo de esta clasificación de los lectores por lo que poseen del libro, desde aquel que se sumerge en el hondón del impreso hasta el que se entrega a él como a un objeto, a sus peculiaridades externas.

El ideal es la receptividad absoluta, la abierta postura que acoge con generosidad y con orgullo el mensaje del escritor. Es la actitud más rara, y es, sin embargo, la que es necesario inculcar. Mas los tiempos que corren no se adecuan a este modo de leer, que exige serenidad y paciencia tanto como candor. No obstante la época, podemos formar lectores de esta categoría en una especie de campaña didáctica que enseñe a los menores a no ver en el libro una pieza utilitaria, una herramienta, un vademécum o recetario que nos va a procurar siempre una fórmula práctica, aplicable a nuestro negocio cotidiano, oficio o actividad. Hay algo —tal vez mucho— de ocioso y gratuito en la lectura, ya que no deja de ser nunca la apreciación personal de una creación artística. ¿Y quién mira un cuadro, escucha una sinfonía o contempla una película sólo para sacar provecho? El libro no es otra cosa que un poema —poesía quiere decir, no lo olvidemos, creación—, y el secreto de la lectura radica en apelar a él sin otro propósito que el de saborear su médula, no siempre presta a revelarse a la primera solicitud. No olvidemos lo que dice Alfonso Reyes magistralmente: que el libro, como ciertas flores sensibles, cierra sus hojas al tacto impertinente.

La Prensa, Lima, 1o. de junio de 1958

ALFONSO REYES: MAESTRO AMERICANO

Sebastián Salazar Bondy

Si hay alguien que merece sin reserva alguna el trato memorable de maestro, ése es don Alfonso Reyes, el eminente polígrafo mexicano en cuya interesante palabra innumerables generaciones latinoamericanas han encontrado el saber de viva erudición, la belleza de la forma sobria y elegante, la gracia suprema de decir lo tradicional y lo novísimo con la más natural desenvoltura. Hoy día en que cumple los primeros setenta años, don Alfonso, como lo llaman con igual familiaridad los discípulos lejanos que oyeron su persuasiva voz a través de los libros, ejerce como antes ningún otro en nuestro continente el perfecto magisterio. Sabemos que está ahí, entre sus luminosos papeles, entre los volúmenes clásicos y los textos recientes, hurgando generosamente en pos de la eterna poesía, esa que él descubre por igual en el verso y en la vida, en la prosa y en el rostro, en el arte y en la presencia humana.

En un mundo como el nuestro, el americano, las vocaciones son relampagueantes, pero suelen consumir su brillo inicial demasiado pronto. Universo de prematuras promesas y rápidos desencantos, la tierra del indohispano parece a veces, como lo sostuvieron algunos de sus viejos detractores, continente inmaduro, precoz de flores aunque incipiente de frutos. Don Alfonso ha sido la refutación real y feliz de esta depresiva idea. Su vocación estética —*Cuestiones estéticas* se llamaba no por casualidad su primer libro de 1911— no tuvo momentos de desfallecimientos, giros de desviación, apaciguamientos pasionales o racionales. Belleza buscó en la crítica, en la crónica, en la poesía, en el teatro, en la teoría literaria, en el cuento, en todos los géneros que inquieto practicó a lo largo de su fecunda carrera de escritor, y belleza nos entregó siempre. Su solo ejemplo es una fuerza que nos estimula, que nos invita a la imitación, que nos enriquece espiritualmente. Doblemente valiosos, en

consecuencia, son sus libros. *Simpatías y diferencias*, que es muestra de su talento de ensayista que desarrolla la intuición genial y la expone sencilla y hermosamente; *El plano oblicuo*, que lo revela como autor de ficciones en las que el poema apunta en el fondo de la anécdota; *La crítica en la Edad Ateniense*, que manifiesta su profunda compenetración con el alma helena, o *La experiencia literaria* y *El deslinde*, que son pruebas de un sentido de investigación y descubrimiento literarios, se imponen, entre otras, como de las que no se puede ya prescindir.

Atento a la universalidad de la cultura, don Alfonso sin embargo nunca dejó de ser mexicano. A través de cualesquiera callejuelas de Madrid o París, o al comentar un poema de Darío o Rimbaud, o penetrar en la génesis de un libro imperecedero, un cuadro genial o un monumento sin tiempo, el mexicano —el mexicano de Monterrey— no desaparece. Decimos mexicano y estamos diciendo americano. Ésta ha sido, sin duda, una de las mejores lecciones que hemos aprendido de él, de su pluma infatigable y portentosa, sus lectores de aquí o allá en el continente. Jamás dejó de oírse, en el discurso íntimo de la palabra impresa, el acento dulce y melodioso de su pueblo, que es, con más o con menos, la música del habla de todos nuestros pueblos. Música de fondo, sí, música de adentro, que es al cabo música del alma. Él no escogió a México como cementerio donde ir a dejar los huesos a la hora de la hora. Su patria fue la razón de su vida y por eso don Alfonso pudo interpretar como lo necesitábamos todos, la maravilla griega, el delirio español, la claridad francesa, la humanidad varia y una, desde nuestra propia perspectiva.

Algún día América, toda América, será como es don Alfonso Reyes: la inteligencia que interroga sin prevenciones, el sentimiento que mana sin excesos, la poesía que surte de la nube o la piedra, la libertad que no se empequeñece ante nada, el amor a toda cosa que, en el hombre o frente al hombre, propone el enigma, gracias al cual es una esplendorosa aventura existir. ¡Gracias, don Alfonso, en estos 70 años, por la vida que supisteis darnos, arrancada de aquel árbol dorado que Goethe contrapuso a toda gris teoría!

El Comercio, Suplemento Dominical, Lima, 17 de mayo de 1959

LA PRODIGIOSA LABORIOSIDAD DE ALFONSO REYES

Luis Alberto Sánchez

Alfonso Reyes, menudo, rollizo, vivaz, agilísimo, fue uno de los embajadores de moda en Buenos Aires, cuando México lo envió ahí tal como había sido un literato de amplio renombre en Madrid, tal como es hoy el embajador indoamericano más reputado en Río de Janeiro. Pero los triunfos de Alfonso Reyes no se cuentan por los éxitos de salón. Él es un embajador que no dejó de ser jamás artista, y un artista que permaneció todo el tiempo, en pleno entrenamiento, en contacto con las corrientes del mundo entero. Sabe como pocos acerca de arte contemporáneo. Gran administrador de su talento, guarda cordiales relaciones con los escritores de todo el mundo. Él fue uno de los que reveló a Waldo Frank ante la América Latina. Él es eximio comentador de Góngora, tanto como don Miguel Artigas y Dámaso Alonso. Él es quien sigue con más acuciosidad la pista de Marcel Proust a través de la literatura en castellano. Él es el autor del mejor elogio a Goethe, escrito en español, con motivo del centenario. Él es el más enterado de los conocedores de Valéry y de su célebre *Cimetière Marin*. Tiene agilidad, erudición, exquisitez, laboriosidad, simpatía por todo lo humano. Por eso una de sus series es la titulada *Simpatías y diferencias*. Por eso en el volumen de *El cazador* y en la robusta *Visión de Anáhuac*, y en sus glosas a Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, en sus multiformes *Cuestiones estéticas* y en sus minuciosas *Cuestiones gongorinas*, Alfonso Reyes es siempre el mismo. Gran espíritu alerta, le falta una obra constructiva, por haberse desperdigado en mil empresas iniciadas con brío. Formidable curioso, sacrifica al don de darnos conocimiento el beneficio de darnos rumbo. En plena madurez —al borde de los 50 años—, no ha castrado en la diplomacia eunucadora su talento y su sed de saber. Carece de ese pe-

ruanísimo prurito de suficiencia. Es siempre discípulo “de los demás y de sí mismo”. Su vanidad no existe. Es un perpetuo estudiante y un gran logrador de belleza. En Monterrey realiza una labor de conexión y despertar, llena de proyecciones. Su posición protocolaria no le enmudece, sino que le da alientos. Gran defensor de la vida de Haya de la Torre, cuando la estaba sacrificando la satrapía asesina, a cada paso revela su “humanismo” integral. Nada le es indiferente. Ninguna crítica la recibe al soslayo. Cuando un periodista joven le ataca en México, Reyes le responde con un folleto —a vuelta de correo— pleno de sugerencias. Y, por sobre todo, este intelectual que anduvo por todos los horizontes y que emergió de una generación demasiado vecina a los “científicos”, se acerca hoy a América y vibra con sus problemas profundos, sin perder su definida personalidad artística, ni mostrar ninguna premura aduladora y en denuncia.

En lo que va transcurrido de los tres últimos años, Alfonso Reyes ha decuplicado su actividad. “Voy a descansar unos pocos meses de la labor literaria” —me decía en carta recientísima, al enviarme dos nuevos folletos suyos. Su descanso ha estado en el trabajo de la Conferencia de Montevideo, a donde concurrió como uno de los delegados de México. Compañero ocasional de viaje de nuestro Enrique Peña, me escribía Alfonso diciéndome que había estado sediento de charlar, directamente, con un escritor joven del Perú, y que no acababa de agradecerme la oportunidad que le había brindado. Pero esto no es sino el cuadro anecdótico de la tarea de Alfonso Reyes en los últimos tiempos. Antes de enjuiciarla, aunque sólo sea pasajeramente, enumeraré la producción de Alfonso en estos últimos tiempos, descontando su intervención en revistas como *Sur*, la fugaz *Libra* y el eventual y nutrido *Monterrey*.

En 1931 publicó *Discurso por Virgilio* (México), folleto con una interpretación americana del milenario del poeta mantuano: *Cinco casi sonetos* (París); *La saeta* (Río), ilustrado por Moreno Villa, colección de prosas y versos sobre Sevilla, con ese fino sentido estético que impregna la obra entera de Reyes; *Testimonio de Juan Peña*, seminovela, que glosé en 1931; en ella se revela Reyes como un espectador curioso y agonista frente a la realidad mexicana. A mí me ha parecido tan significativo este esbozo de novela que he transcrito trozos íntegros en mi libro *América: novela sin novelistas*, a fin de evidenciar lo que como síntoma hay en ello, de retorno a América y respeto hacia la realidad indígena. En 1932 pu-

blicó Reyes una tirada aparte de su artículo “En el ventanillo de Toledo” (Buenos Aires), una admirable serie de evocaciones titulada *Horas de Burgos*, con un envío final a José María Chacón y Calvo; el libro de crónicas *Tren de ondas* (Río); el estupendo *Rumbo a Goethe*, editado simultáneamente en Costa Rica y Buenos Aires, y que saldrá en volumen en Madrid; y los tres folletos polémicos, índice de un nuevo rumbo en Reyes, *En el día americano* (Río, abril de 1932), *Atenea política* y *A vuelta de correo* (mayo de 1932). Este último folleto, respuesta a las observaciones de Héctor Pérez Martínez sobre la ineficacia de los escritores y diplomáticos avecindados en el extranjero, sin contacto con el país —caso de los García Calderón, etc.—, tiene una muy fundada respuesta de Reyes.

En 1933 Reyes me ha enviado *La caída* (Río), divagación ante una joya de marfil vista en el Museo Arqueológico de Madrid, y *Romances del Río de Enero* (Río), en donde reaparece el fino poeta que hay en el autor de las eruditas *Cuestiones gongorinas*.

En esta serie de ediciones, colección muchas de ellas de antiguas prosas, escritas éstas bajo el signo de Góngora, aquellas bajo la inspiración de Montaigne, Alfonso Reyes ha elaborado una obra fundamental. Me refiero concretamente a su *Rumbo a Goethe*. En la canjez de los homenajes hispanos, sólo resaltan el de Ortega y Gasset y el de Alfonso Reyes. Y por cierto que el de Reyes por encima del de Ortega. Entre nosotros, el homenaje se redujo a una reseña bibliográfica elaborada por el señor Riva Agüero, quien aprovechó el lance para repetir una de las frases menos enjundiosas de Goethe, con criterio oportunista: aquella que dice “prefiero la injusticia al desorden”, olvidando que, filosófica y moralmente, ahí donde hay injusticia hay ya desorden de origen, pues es imposible que la injusticia implique ordenamiento alguno, así como el orden no puede significar de ningún modo injusticia.

El homenaje del Ecuador, a través del profesor Isaac Barrera, fue un tanto ocasional. En cambio Reyes no se limita a extraer lecciones más o menos manidas de textos goethianos, sino que se dedica a elaborar edificio propio. Pasea a Goethe a través del mundo moderno, con lujo de erudición y de comprensión; nos lo trae a América, a través de Humboldt, e incide inclusive en la obra de Mariátegui para ir comprobando sus textos. Lleno de sugerencias y de enseñanzas anticlásicas, como aquella fecunda cita de Aristóteles con que exorna el ensayo, el estudio de Reyes destaca su perfil renovador, y justifica una observación que Molotov coloca en el prólogo del Segundo plan quinquenal de los

soviets, cuando, refiriéndose a los homenajes a Hegel y Goethe, dice que los pensadores burgueses han evidenciado con esa ocasión su esterilidad y su agotamiento. Alfonso Reyes se salva del dictado. Los demás, no. Pero, ¿no es verdad que resulta hartamente extensa esta que iba a ser nota informativa y se ha transformado en artículo lato?

Suplemento literario de *La Tribuna*, Lima, 1933

Tomado del libro de Alfonso Rangel Guerra en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, vol. II, Primera Parte.

ALFONSO REYES

Luis Alberto Sánchez

Gordito, pequeñín, vivaz, ¿quién creyera, viéndole, que nadie le iguala en agilidad mental, en amplitud informativa, en finura estética? Alfonso Reyes, candidato de los sudamericanos al Premio Nobel de Literatura en 1949, ejerce un intangible pontificado desde México, como lo ejerció desde Buenos Aires, Madrid, Río, París, ayer. Ahora padece de una posible pero seguramente voceada enfermedad cardíaca que le priva de volar en aeroplano, pero no en la fantasía. Alfonso Reyes ha cancelado sus periplos de turismo material; no los de la cultura.

Le conocí personalmente en Buenos Aires hace ya unos buenos —o malos— catorce años. Cambiábamos correspondencia desde época atrás. ¿Quién que escribiera entonces en América podía prescindir del saludable contacto con A. R.? Yo no, al menos. Alfonso Reyes me acogió como viejo camarada. Sesionaba el PEN Club. Nos enfrascamos en un debate sobre la “inteligencia” continental. No creo que avanzáramos mucho. Tiempo antes había ya notado que Alfonso se encalabrínaba exultivamente con la belleza femenina. Pedro Henríquez Ureña, con su sonrisa socrática, comentaba irónico y cordial: “Alfonso no dejará nunca de ser un Don Juan”. Creo que Pedro exageraba. Una de sus pocas hipóboles ¡él, tan sagaz y cauto!

Una vez, Alfonso me envió un largo romance suyo sobre ciertas consecuencias nefandas del liviano amor. Todavía sonrío recordando sus expresiones. ¿Quién creyera que tan fino y hondo espíritu se diera ocasión para tal juego de metáforas? ¿No suele ser el amor una metáfora también?

Una noche, en casa de los Rinaldini, en Buenos Aires, allá por 1938, discutíamos Alfonso, Julio Rinaldini y su esposa, Pedro Henríquez Ureña, Jorge Luis Borges, y unos escritores, jóvenes entonces —entre ellos, el pulcro Enrique Anderson Imbert.

Me queda de ello la imperecedera sensación de las manos de Borges, y el recuerdo de las cabriolas teóricas de Alfonso. ¿Habrà alguien más dúctil y erudito que él?

Alfonso ejercía una embajada difícil. La cumplió a su modo, esto es, a perfección. Un día, a fines de 1936, el senador Sánchez Sorondo iba a lanzar un discurso contra la España republicana. Reyes convenció a Enrique Díez-Canedo de concurrir juntos a la galería diplomática del Senado argentino. Sánchez Sorondo postergó su perorata. Alfredo Palacios pudo pronunciar un férvido discurso. Reyes se frotaba las manos: “Enrique —le dijo a Díez-Canedo, embajador de la República española—, por hoy se ha capeado el temporal”. Sería por corto tiempo.

A los años le hallé en México, avenida Industria, núm. 122. Una casa singular. Se penetra a una inmensa biblioteca de dos pisos. Al fondo, en una especie de proscenio de orquesta, Alfonso, su escritorio, sus archivadores, sus gavetas, su estilo. Del proscenio, al dormitorio. La casa es una enorme librería.

¿Cómo se hizo aquel prodigio?

—Pues muy sencillo, Sánchez. Yo nunca dejé de mandar a México los libros que compraba o me obsequiaban. Sabía que alguna vez éste sería mi destino. Ya estamos juntos. Yo viajaba con mis ficheros. Nada más.

Hoy, no menos de 25 000 volúmenes rodean a Alfonso y sus afanes.

Le invité a Lima. “No podré ir, Luis Alberto: mi corazón me suele hacer traiciones, y no me permite volar.” Acepté la excusa. Pero, un año más tarde, le encontré en París. “Luis Alberto, vine en barco”, se apresuró a decirme, con esa escalofriante memoria que le caracteriza. Era la segunda reunión de la UNESCO. Reyes presidía la delegación de México; yo, la del Perú. Teníamos lindas “taquimecas”. Alfonso descuidaba los debates, los ojos en pos de las excelencias físicas de las chiquillas.

Me tocó presidir una subcomisión, a la que Alfonso prestaba su imponderable concurso. Para concluir a tiempo, tuve que citar a sesiones nocturnas; en París y en pleno invierno. Una mañana, Reyes faltó a la sesión. Llegó a la del día siguiente: “Este corazón mío suele hacer travesuras”, dijo llevándose la mano al pecho. Averigüé: no era el corazón; la noche había sido propicia, y fatigóse. También los recuerdos de la juventud.

¿Habrà alguien, en América, con más conocimientos que Alfonso Reyes? No me refiero a su disculpa de la noche parisiense, sino a su obra continua. Aunque se ha mecanizado demasiado en sus respuestas, lee

casi todo lo que le llega. Y sabe, por propia experiencia, lo que es el duro oficio de escribir. Me parece que en una página de *Calendario* ha dicho que vivir de lo que se escribe es como “levantar una silla con los dientes”. Pues él las sabe levantar, y no es poco elogio.

Reyes hace la más impresionante bibliografía de todos los escritores de América. Él desmiente, sin quererlo, la fácil teoría de que para escribir bien hay que escribir muy poco. Pues Alfonso escribe mucho y siempre bien... Y hasta óptimamente. El asunto es consagrarse, y no ser amateur.

Reyes, de tan profesional que se ha vuelto, ha urdido hasta la trama de una ciencia literaria, cuyo primer planteo aparece en el volumen titulado *El deslinde*, y cuya introducción general está en el de *La experiencia literaria*. Mas, ¿no es cierto, ¡oh, sus lectores! que *Ifigenia cruel* y *Visión de Anáhuac* ratifican por siempre las calidades excelsas de un escritor *de race*?

—Yo no conozco Perú, Sánchez, pero sí Chile, que es su segunda patria. ¿No sabe usted que los chilenos y, sobre todo, las chilenas, tienen altar permanente en mis recuerdos?

—Claro que lo sabía, Alfonso. Conociéndolo a usted, sobre todo, ¿cómo dudar de ello?

La noche que se entregó al público el libro de memorias de Enrique González Martínez, *El hombre del búho*, tuvimos una comida en casa del editor, Jesús Silva Herzog. Alfonso se olvidó de sus males. “Debemos hacer la exégesis del modernismo —dijo—. Nadie ha entendido a conciencia la diferencia entre cisne y búho, ni cómo dialogan entrambos. Vamos a intentar la proeza.” Don Enrique sonrió complacido. Alfonso es de los hombres que aman a todas las generaciones porque la suya es intemporal: el humanismo. Quizás el padre Escudero me rectifique y amplíe. La bibliografía de Alfonso acusa una variedad sustancial. Lo mismo usa el verso que la prosa, pero en aquél predomina la sabiduría, y en ésta, la sensibilidad. Curioso caso de poeta que se regodea con sus prosas; de prosador que solfea con el verso. Nadie ha escudriñado mejor a Goethe ni a Valéry, que Alfonso, pero tampoco nadie entendió mejor el mensaje de Juan Ruiz de Alarcón y de Sor Juana, al par que el de Efrén Hernández y José Revueltas. Con Alfonso, cúmplase el viejo decir de Darío: “Y muy siglo XVIII y muy antiguo —y muy moderno, audaz, cosmopolita...”.

Alfonso Reyes pertenece ahora al Colegio de México, alto cuerpo que él animó. El servicio diplomático le dejó excedente sin causa plau-

sible. Vive entre sus amigos y sus libros. Un día de estos los noruegos dejarán de ser suecos y le otorgarán el Premio Nobel. ¿Le hará mella? Creo que no. Cuando se ha divagado largamente por el jardín de Academias, se han libado mieles del Himeto, champañas de París, vinos de Chile y saboreado bifes porteños, la gloria debe meditar dos veces antes de otorgar algún don tangible a tan complejo mortal. Minerva y Venus, Quevedo y Cuatimozin conserven en sus dominios a quien aprendió y enseñó a hermanarlos.

Nuevo Zig-Zag, Santiago de Chile, 16 de diciembre de 1950

MAÑANITAS PARA ALFONSO REYES

Luis Alberto Sánchez

Esta vez, Alfonso, llegamos a la cabalidad. Digo, usted llega. De redondo y sin pena se colaron los setenta y le encuentran tan fresco y contumaz que, temo, se van a batir en retirada como aquel mal de hace años que se le detuvo en el dintel, temeroso de su responsabilidad ante la literatura.

Alfonso Reyes cumple setenta años, al mismo tiempo que Waldo Frank y John A. Mackey, dos grandes espíritus, nacidos en otra parte, pero metidos en el hondón de nuestro cariño ecuménico, por ser latinoamericano.

Dicen que a nadie complace la edad cuando se hace mucha. Pero Alfonso ha conseguido innovar la coquetería, y se hace el viejo para parecer de contraste y contrapelo muchísimo más mozo. Ya a flor de los sesenta gustaba de arrastrar el ala de la cortesía, llamándose a cuartel de invierno, aunque ardido de veranos en su Cuernavaca de Homero, Cupido y Minerva. Ahora son los setenta, ¡y qué! Cada mañana parte una esperanza de su aljaba, con alamares de doncella, y no regresa a recogerse por la tarde, perdida para siempre en el laberinto de las inquietudes que ninguna edad sacia.

Me encanta verlo de nuevo, aunque esta vez de imaginación, no sé si barrida la curiosa barbiche que se empezaba a dejar crecer, ni vueltos de su desertión los cabellos que, derrotados en la frente, se batían en retirada en el occipucio, dejándose caer en rala melena sobre el cuello cardenalicio. Pero sé que Alfonso está atisbando a la Amistad y al Tiempo, para pulsar, con dos únicas cuerdas, la nueva lira de su renovado canto.

Alfonso de América, nuestro Erasmo, antes que nuestro Goethe, representa la flor del decir gratuitamente bello. Un Gracián sin concep-

tismo, allanado de expertitud. Donde otros enredan, Alfonso desata y facilita. He dicho alguna vez que en su obra se distinguen tres etapas (España, América y México-Universo); él se resolvió negándomelo, en privado. Mas si saludo a ello es porque este archivero implacable no tiene privacidad, y bien podemos descubrir ese diálogo de que salí vencido, aunque no convencido. De toda suerte, se puede afirmar que la inquietud humanística es esencial tanto en la *Visión de Anáhuac* como en *Experiencia literaria*, en *El testimonio de Juan Peña* como en *El deslinde*, en *Siete sobre Deva* como en *Tren de ondas*, en *Simpatías y diferencias* como en *Poesías completas*, en *Cuestiones gongorinas* como en *Cinco sonetos a Ricardo Güiraldes*, en *Cuestiones estéticas* como en *Minuta*, y en *Homero en Cuernavaca*, *Atenea política*, *En el día americano*, y demás estaciones de tan rico y largo itinerario.

Este párrafo se me ha hecho desproporcionadamente más largo que los otros, Alfonso, pero es más culpa de sus muchos títulos impresos que de mi indudable impericia édita e inédita. De lo que se trata es de que a todos sus lectores, toda la lengua, nos encanta su ejemplo y verlo de setenta y tan nada abuelo, erudito y truhanesco de coquetería un poco arciprestesco y, aunque de la Corte del señor Virrey (el de las “Letras de la Nueva España”), no muy lejos de Periquillo y de la melancolía sojuzgada de aquel Ruiz de Alarcón, de quien extrajo usted, con Pedro Henríquez, nuestro inolvidable amigo y maestro, gérmenes definitorios que han quedado por siempre como hitos de la psicología americana.

Y como somos veteranos de las letras y no nos embriaga ya el vino nuevo, y conocemos de feliz memoria el sabor del añejo, aquí paro y digo “salud”. En una diana auspiciosa, en una “mañanita” como las de su tierra, Alfonso, donde, restableciendo el ritmo de lo natural, se empieza el día memorable con memorable regocijo, a fin de que así quede marcado, al menos durante la conmemorativa jornada con que corona la vida una obra y una existencia, para todos nosotros, sus coterráneos del idioma, preciosa y aleccionante: ¡Salud, Alfonso!

La Tribuna, Lima, 17 de mayo de 1959

EL BREVE Y PODEROSO DON ALFONSO

Elsa Arana Freire

México, octubre. “Viajero, has llegado a la región más transparente del aire.” Tal es el epígrafe de uno de los más hermosos libros de Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac*. El poderoso escritor, ensayista y poeta de México, orgullo de América, ha interpretado con esa frase toda la virtud y la belleza que posee su tierra, esa tierra que mira cada día con un poco más de amor, tal vez porque se le va lentamente de las pupilas.

Don Alfonso Reyes no se encontraba en Ciudad de México, cuando decidí entrevistarlo. No había mucho tiempo, una dolencia cardíaca que arrastra desde hace años, lo había postrado en cama. Se temió por su vida —él también temió por ella, según me dijo después— y esto motivó una preocupación de carácter nacional. Don Alfonso, con toda una vida encima y una salud quebrada, podía dejar huérfano a México de uno de sus más valiosos hijos. En plan de convalecencia, Cuernavaca lo acogió hace quince días y fue allí donde lo encontré, inagotable en su gracia y rotundo en todo su talento.

De estatura menos que mediana, grueso, calvo y con una barbilla blanca que acaricia de cuando en cuando, el polígrafo mexicano no parece enfermo. Tiene palabras de cariño para el Perú, para los amigos peruanos que conoció en Europa y en el mundo entero: evoca a los García Calderón (recuerda que Francisco García Calderón prologó su primer libro, cuando era aún un muchacho); la mirada se le pierde en el pasado y en estas reminiscencias, su esposa lo acompaña. Don Alfonso es casado con una distinguida e inteligente mujer, la compañera de su vida, quien le prodiga en todo momento cuidados donde la ternura se adivina.

“He sentido la muerte muy de cerca esta vez —dice don Alfonso, y agrega enseguida—: un dolor agudo al brazo izquierdo era todavía soportable; pero la asfixia, la desesperación de no poder aspirar el aire, me

hizo pensar cuánta razón tenían los primitivos al afirmar que era este elemento el generador de la vida y el que merece toda la reverencia del hombre.”

No pierde ocasión don Alfonso para poner de relieve esa gracia que en sus escritos (más de ciento cincuenta libros, sobre los más diversos temas) surge natural, revestida por la forma purísima de su expresión hispana. En México no hay quien maneje como él la riqueza del idioma; ha abordado todo género literario. Y por cierto, es un gran poeta: un día quiso probarse que podía incursionar en la poesía dramática y de este intento nació un hermoso libro: *Ifigenia Cruel*. Es tal la facilidad con que don Alfonso escribe, que sus amigos dicen que cada vez que limpia la mesa, hace un libro.

Ensayista profundo y serísimo, todas sus obras están siendo recopiladas en una colección, en la cual el gran escritor, pese a su mala salud, selecciona, corrige y agrega algún apéndice al edificio de sus escritos. En este momento prepara el tomo décimo: los nueve primeros ya están en venta al público en todas las librerías de México; además, el Fondo de Cultura Económica, en sus veinticinco años de vida recién cumplidos, ha escogido el último libro de Alfonso Reyes, *La filosofía helenística*, para festejar su aniversario. El homenaje no puede ser más bello.

El autor de tanta obra fundamental vivió años en Europa. Solamente en España estuvo diez años; allí compartió sus inquietudes con Menéndez y Pelayo, Onís, Dámaso Alonso y otros más. El método y la disciplina le fueron dados en España y así lo relata en su *Historia documental de mis libros*.

Don Alfonso, en México, formó parte (y la parte principal) de un grupo ya deshecho por el tiempo y por la muerte de muchos de sus componentes: el Ateneo de la Juventud. Allí estaban Caso, Henríquez Ureña, Vasconcelos y otros que se unían alrededor de Reyes. Él dio la luz a ese mundo que los demás crearon: su agilidad verbal, su vitalidad y la chispa que salta de su talento lo señalaron como el centro de El Ateneo y hoy retiene ese privilegio, aunque el grupo ya ha desaparecido.

Diplomático por muchos años, don Alfonso fue infatigable en su afán de conjugar su tarea de escritor con la de representante mexicano en el extranjero. Se dice, aludiendo a su vigor, que con la mano derecha escribía y con la izquierda atendía su misión. Lo cierto es que nunca cesó de verter en el papel la formidable visión que tiene del mundo que lo rodea.

Se le criticó alguna vez el hecho de que fuera muy amante de lo extranjero; para probar lo contrario, don Alfonso escribió una hermosa defensa que se llama “La equis en la frente” y corroboró su aserto con *Visión de Anáhuac*, su más puro mensaje de amor a México. Igualmente ha cultivado el cuento con *El plano oblicuo*, libro que reúne relatos eruditos, de expresión perfecta. De México y desde otras partes del mundo vienen los jóvenes escritores a pedirle su opinión autorizada. La respuesta es estimulante: dice don Alfonso que no se debe jamás matar el intento, porque bien puede éste dar frutos inmejorables si se insiste sobre él.

Su casa, en México, está en la calle Benjamín Hill. Mejor dicho, no es una casa; es una biblioteca alrededor de la cual hay algunas dependencias menores. Esto quiere decir que en Alfonso Reyes priva el espíritu de las letras y la vida no es más que un aditamento a su preocupación fundamental.

La Prensa, Lima, 3 de octubre de 1959

ALFONSO REYES: SIMILITUDES Y DIFERENCIAS

Ciro Alegría

Anduve buscando las obras completas del ilustre Alfonso Reyes, que me honrara con su amistad y del cual tengo unas cartas que publicaré algún día. Conseguí los tomos VI y IX, pues los otros han desaparecido de las librerías de la mejor manera: los quiso el público. Este, veleidoso, prefiere rendir homenajes póstumos. En vida fue don Alfonso, primordialmente, un escritor para escritores. Sin contener dichos tomos los ensayos que yo necesitaba, no han dejado de interesarme. La obra de Reyes es un sabio conjunto de herencias culturales, ideas propias, relampagueante ingenio y sávido humor. Su estilo denuncia al escritor con un gusto predominante por los placeres de la forma. Asombra además la enorme cantidad de temas que registra Reyes y podría sorprender de no habernos impuesto la inmediata convicción de su vasta formación humanística. La podemos notar hasta en media página.

He ojeado y en parte leído el tomo IX, compuesto de pequeños ensayos y crónicas. La recopilación no se debe únicamente a la fama, a esos reflejos de la gloria que arrojan luz y rescatan hasta la hojarasca. Estas páginas tienen valor, como todas las de Reyes, quien no pasará por el rubor, tan impropio pero tan típico de los grandes escritores, de que en el momento de las obras completas le recluten las hojas escritas mientras Pan dormita.

Reyes ocupa posición cimera como ensayista. El cronista no queda lejos. Un maestro capaz de habérselas con cualquier tema trascendente de las épocas antiguas o modernas, de pronto juega con la pluma, como solía decir, y nos puede ilustrar sobre las cobras o la curiosidad de los animales. Siempre hallará manera de darnos pensamientos y, sobre todo, amenidad; condición, la segunda, notabilísima en nuestros tiempos en

que, sin duda por el auge de los escritores políticos, asistimos a una reivindicación del bodrio. La pesadez nunca fue mérito de cronistas, pero tiende a serlo. Contribuyamos a que Reyes, pese a vivir ya dentro del cúmulo que parecen ser las obras completas, propague el buen ejemplo todavía. Hablando en general.

En particular, quiero referirme ahora a una crónica que titula *Reflexiones sobre el mexicano*. Parafraseando otro título de Reyes, diré que de su lectura podemos entresacar muchas similitudes y diferencias con el peruano. México y el Perú son tierras muy parecidas, como lo puede advertir fácilmente quien las conozca y aun quien sólo lea un poco sobre las mismas. También son tierras contrastadas, con frecuencia a base de sus mismas coincidencias.

De entrada, Reyes apunta: “A primera vista, lo que más resalta e impresiona es la pobreza general de los mexicanos. Acaso sea nuestro mal por excelencia”. ¿No podemos decir lo mismo del Perú? Reyes establece poco después:

Aquel fermento de optimismo que sólo rebulle al subir a cierto nivel de bienestar, parece indispensable para que se revelen y prosperen algunas virtudes de los pueblos. Cuando la lucha es elemental y áspera, cuando el poco dinero está en manos de los gobiernos, y los hombres se disputan ansiosamente los cargos públicos como único medio de tener comida y respeto, ¿a dónde irán las cualidades latentes? Se desarrollan la garra y los colmillos, no la inteligencia ni la conducta.

Reyes no aspira a mucho, evidentemente, para su México. Tal vez porque es un humanista y no un “revolucionario”, entre comillas o no, ya que esta gente es profesionalmente optimista. El padre del ensayista, el general Bernardo Reyes, fue acribillado por la Revolución. El hijo apunta:

A veces me he echado a soñar con ese México, no digamos ya feliz porque eso sería mucho y aun imposible: siquiera suficiente. Hasta hoy todos vivimos aquí un poco a trompicones, y menos mal los que de veras podemos llamarnos privilegiados. Pero nosotros mismos traemos cara de mala conciencia. Sabemos que hay cadáver en la bodega. Cuando pensamos en el país, vagamente nuestra subconsciencia nos representa inmensos reductos de poblaciones que arrastran una existencia infrahumana.

Cualquier hombre de buena fe podría suscribir las mismas palabras acerca del Perú, aunque en nuestra nación es un poco más difícil hacerlo. La alarma de los privilegiados es tanta, que ve comunismo en cualquier propuesta para mejorar a los desposeídos. En un plano internacional, tal tipo de mentalidad está sufriendo serios reveses en la guerra fría, pero ése es otro asunto. Las condiciones de “existencia infrahumana” dan al Perú un trágico perfil que, para mayor ironía, no asoma en los planes de muchos que piensan con “el 62 a la vista” o cosa por el estilo.⁸

Haciendo un rápido y severo recuento, Alfonso Reyes receta: “Alfabeto, pan y jabón. Y todo lo demás se os dará por añadidura”. ¿Qué simple, no? Pues objetivos tan sencillos, no han sido logrados todavía del todo, especialmente en el Perú, porque en nuestro país faltan las acciones mientras más abundan las teorías.

México ha rebajado su número de analfabetos a menos de 50%. En el Perú, según los más optimistas, hay entre el 70 y el 80%. El problema del pan también es menos grave en México que en el Perú. Hay allá más pequeños propietarios y campesinos dueños de su tierra y la industria, que paga mejores salarios, tiene un desarrollo mayor. En el Perú, ese elemento primordial de la vida civilizada que se llama jabón es inclusive un problema de agua. ¿Con qué se han de lavar los indios de las mesetas? Apenas tienen agua para beber, cuando no ocurre que falta del todo por la sequía. Hasta en los suburbios de Lima es un problema el del agua y, por lo tanto, el del jabón. El arenal es allí como un símbolo del desamparo del pueblo.

Tales son las principales similitudes y diferencias que encuentro entre México y el Perú, después de haber leído una crónica del eximio Alfonso Reyes. Las diferencias son de grado. Queden también estas líneas como un homenaje al corazón del escritor que, mientras comentaba a Joyce o traducía a Homero, encontraba tiempo para señalar las urgencias primarias del pueblo, sin la resolución de las cuales ningún bien superior es verdadero.

Expreso, Lima, 30 de noviembre de 1961

⁸ Alegría ironiza en contra de Víctor Raúl Haya de la Torre, candidato a la presidencia de la república del Perú por el APRA quien, al parecer, ganó las elecciones. Para impedir que llegara al poder, éstas fueron anuladas por un golpe militar el 17 de julio de 1962. [Nota del compilador]

ALFONSO REYES, CLÁSICO DE LAS LETRAS LATINOAMERICANAS

Magda Portal

Aunque el maestro Alfonso Reyes no tuvo nunca un premio mayor de literatura, su vastísima obra literaria, de contornos universales, le coloca entre los clásicos de las Letras, y sus libros, sin discriminaciones de ninguna especie, pueden figurar —y figuran— como libros de consulta, textos universitarios, modelos a estudiar por quienes se preocupan por el habla y el estilo del idioma español.

Ningún escritor de nuestro tiempo se ha preocupado más por este fino instrumento de comunicación humana que es el idioma, como Alfonso Reyes. Ninguno ha calado más hondo en sus expresiones, tanto del habla “culta” como de la “vulgar”, donde Reyes encuentra ciertamente las raíces de todo idioma, su crecimiento y su vivencia y su transformación, impelido por la necesidad de ductilizar las palabras y someterlas a las exigencias expresivas de los que las usan.

Nacido en México, hijo legítimo de su tierra natal, a la que amó con la pasión de todo buen mexicano, deambuló por el mundo representando a su país como diplomático, pero también como mexicano y, además, como acucioso investigador de culturas, tratando de hallar en cada una de ellas, las griegas y latinas, las sajonas y las eslavas, el común origen del afán de comunicación del hombre.

A Reyes se le ha llamado “helenista” por su amor a todo lo que ha significado la luminosa cultura griega. Poseedor de varios idiomas, pudo leer a los clásicos en sus textos originales y traducirlos y comentarlos a su modo, e inclusive, utilizar sus personajes de leyenda para darles interpretaciones nuevas, acercándolos a la comprensión de la época o simplemente para fijarlos en las letras con modalidades originales.

Reyes es el hombre de letras más auténticamente “escritor”. Escritor y poeta, puesto que también produjo poesía de noble calidad. Su función primordial en la vida fue escribir y esta pasión le acompañó hasta los postreros momentos de su existencia. Su deseo fue terminar en su enorme biblioteca, junto a sus amados hijos, los libros, al pie del viejo escritorio, siempre colmado de apuntes, de libros de autores extranjeros y latinoamericanos, recién llegados, aún no leídos, fresca la tinta de imprenta, esperando el momento en que el maestro les diera su cordial atención.

La vastísima obra de Reyes ha sido recopilada minuciosamente en la colección de sus *Obras completas*, que ya llega a los 15 tomos y debe continuar, pulcramente impresos y bajo el sello prestigiosísimo de la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica. Probablemente los tomos a que alcancen las *Obras completas* lleguen a 20. En ellos figuran todos sus libros escritos durante su largo y fructuoso peregrinaje por la vida.

En edición aparte, acaba de aparecer una *Antología*, que figura entre las ediciones de Colección Popular del Fondo de Cultura Económica, y función didáctica ha de cumplir entre los estudiosos de la obra de Reyes.

Y de este modo la vigencia del maestro continuará, pues seguirá ilustrando a las nuevas generaciones, sirviendo de consultor, insinuador y, cuántas veces, inspirador, no para imitar, mas sí para abrir senderos a los que comienzan por los fértiles cuanto arduos campos de la literatura.

HOMENAJE A ALFONSO REYES

Mario Vargas Llosa

Alfonso Reyes desbarató con su oceánica curiosidad la división artificialmente creada entre “americanismo” y “europeísmo”, mostró que ambas fuentes constituían el anverso y el reverso cultural de América. Fue un enamorado de Occidente, que se apoderó de esa tradición, recorriéndola con ojos profundos, pero siempre risueños, desde Grecia hasta España, y juzgándola con rigor y con un irremediable buen gusto. Pero esa tradición no lo devoró, no fue mero epígono de ella. Aun en los más eruditos y académicos trabajos de Alfonso Reyes, aparece esa libertad frente al pensamiento y la literatura de Europa que le permitía su condición de americano, de hombre sólo a medias condicionado por ese legado cultural: la libertad de elegir, desechar y modificar. De allí esa desenvoltura regocijada, esa falta de solemnidad, esa frescura impenitente que, junto a su enorme versación y a su inteligencia, dan tanto hechizo y vitalidad a sus ensayos. Fue un prosista sobresaliente, que cultivó todos los géneros y todos bien. Era, además, tan humano y cordial que uno tiene la impresión, relejendo su magnífica obra, de que si no escribió nada genial fue exclusivamente por no incomodar a sus semejantes, por modestia.

*Universidad de Puerto Rico
Facultad de Humanidades
Departamento de Estudios Hispánicos*

1969

EXPERIENCIA Y TEORÍA LITERARIA EN ALFONSO REYES

José Miguel Oviedo

Sobre los problemas del arte literario el gran Alfonso Reyes ha escrito, por lo menos, tres obras clásicas verdaderamente magistrales: *La experiencia literaria* (1942), *El deslinde* (1944) y *Tres puntos de exegética literaria* (1945). Ellos, aparte de constituir tratados fundamentales en la bibliografía de la crítica, reflejan de modo admirable la que puede considerarse la preocupación primordial de su vasta labor de polígrafo: la exégesis del fenómeno literario. En el reciente tomo décimo cuarto de sus obras completas⁹ se incluyen el primero y el tercero de esos libros, a los que seguirá —en tomo aparte del XVI— *El deslinde*, para respetar el último proyecto de organización dejado por Reyes y el orden cronológico de reedición, ya que no el de impresión. Estos dos tomos, junto con el décimo tercero (*La crítica en la Edad Ateniense* y *La antigua retórica*) conforman —en “natural secuencia temática”, según los editores— los títulos principales sobre temas afines: “Historia de la crítica y de la retórica y experiencia-exégesis y teoría de la literatura”.

Son éstas páginas llenas de erudición y gracia en el decir y en el pensar graves sin ser pesadas; se iluminan con los fogonazos de los recuerdos anecdóticos y las maliciosas acotaciones que conducen, como de la mano, a descubrimientos cuya senda, de otro modo, nos habría resultado ingrata. La maestría de la prosa de Reyes no admite engolamientos ni vanas ampulosidades doctorales, ni consiente sequedades de dictamen: su arte llegó al grado de perfección al que debe aspirar toda persona: el de parecer no escrita, sino un diálogo puesto ante los ojos, una conversación amigable en la que se nos dicen cosas importantes sin que nos demos cuenta, donde sólo el conjunto brilla y las galas parciales

⁹ Alfonso Reyes, *La experiencia literaria. Tres puntos de exegética literaria. Páginas adicionales*. (Obras completas, tomo XIV, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, 413 p.)

desaparecen. Eso, unido a su sabia comprensión, el brío saludable de su discurso, su alegre rigor científico, la sensación de libertad que deja al lector la condición poética de su crítica, muestra el gran humanista que fue y que hoy veneran investigadores, creadores, estudiantes.

La experiencia literaria es un texto delicioso y hondo que ningún joven debería dejar de leer si le interesan las letras. Es una introducción al arte de comprender la literatura, los problemas de la comunicación, los temas populares, la poesía, la crítica, la metáfora, la lectura, la traducción, la biografía, etc. Estos ensayos, en su variedad, “aspiran todos a servir de señales para algún futuro itinerario”, declara el propio Reyes para puntualizar su condición preparatoria del tratado general de la literatura que tenía en mente. Leamos algunas de sus lúcidas precisiones: “La literatura, mentira práctica, es una verdad psicológica. Hemos definido la literatura: *La verdad sospechosa*”; “La crítica es este enfrentarse o confrontarse, este pedirse cuentas, este conversar con el otro, con el que va conmigo”; “Gran música el lenguaje, indecisa escultura de aire vaciada en la cavidad de la boca... ¿Qué es, junto a esto, el lenguaje escrito, delgada sombra, vicio de los que queremos seguir hablando en silencio... El escrito, para volverse lenguaje, tiene que pasar por la guitarra del pecho”. Y las acotaciones de agudo observador donde a veces se posa un temblor humorístico: “A veces lamento hablar en español, escuchado desde la otra orilla debe de ser algo incomparable, lleno de chasquidos y latigazos, temible carga de caballería de abiertas vocales por entre un campo erizado de consonantes clavadas como estacas”; “Rubén Darío, esa fina oreja”; “A medida que nos vamos quemando al sol de la experiencia, nuestros impulsos puramente subjetivos se deshacen en un sentimiento de historicidad”; “Acabo de averiguar que el tipógrafo de cierto diario me ha hecho decir, en vez de ‘los fabulistas del siglo XVIII’; ‘¡los futbolistas del siglo XVIII!’”. Y, sobre todo, esa maravilla de jugueteo crítico que no pierde seriedad y reúne un material abundantísimo, titulada “Las jitanjáforas”, singular estudio sobre ciertas “sedientas formas transparentes” del lenguaje que son “sólo sonidos que desdeñan la gramática”.

Tafetán amarillo
y arroz con leche
La cabeza me duele
de ser tu amante

recogidas por Reyes con sonriente paciencia.

Los tres puntos de exegética literaria abarcan el método histórico en la crítica literaria, las equívocas relaciones entre la vida y la obra y el célebre estudio sobre los estímulos literarios. Se incluyen en este tomo, además, unas *Páginas adicionales*, que fueron redactadas por Reyes simultáneamente con los ensayos anteriores y que forman parte de lo que él consideraba “lo salvable” de su teoría literaria. El grueso de ellas está dedicado a la definición, métodos, reseña histórica, límites y problemas de la ciencia de la literatura, tal como él la entendía: exégesis y disfrute de la obra literaria.

Decía el crítico argentino Luis Emilio Soto que *La experiencia literaria* “patentiza su papel de espíritu-puente entre el erudito y el mundo de la literatura cuyas puertas dan al campo, sin puertas, de la creación”. De todo lo que incluye el presente tomo, cabría hacer el mismo elogio: no importa el campo que aborde, la crítica —en manos de Alfonso Reyes— se vuelve poesía.

ALFONSO REYES EN SÍNTEISIS

José Miguel Oviedo

No se sabe por qué desdichada razón, la obra de ese fecundo humanista —el mayor que haya dado América en este siglo— que fue Alfonso Reyes, sigue pasando más o menos desapercibida para el lector medio, que suele considerarla material erudito para eruditos. El ilustre mexicano no sólo fue un artista de la prosa, un fino poeta y un espíritu verdaderamente universal que Europa estimó quizá más que nosotros —“admiramos, amamos y añoramos en él a uno de los últimos sobrevivientes del humanismo y el espíritu enciclopédico”, ha dicho Etiemble—, sino un hombre, que no perdió la sensibilidad (casi la sensualidad) por las cosas inmediatas, que se interesó por los acontecimientos menores de su tiempo y que hizo de la cortesía y la fraternidad las leyes del trato en la “república de las letras”; un hombre, en fin, que, por amar aquello que merecía la atención de su pluma, escribía como dialogando con amigos. El desconocimiento de lo fácil, ameno y aun francamente divertido que es el sabio discurso de Reyes, es más lamentable entre los jóvenes universitarios (que cuando quieren leer a un buen escritor, suelen pensar en uno traducido), quienes podrían hallar en él desde el ejemplo de una prosa perfecta hasta la más estimulante comprensión del espíritu humano como una integridad, que es lo que la Universidad persigue. Para facilitar sobre todo a ese público el acceso a Reyes —cuya obra anda ya por los quince tomos—, se ha preparado una *Antología*¹⁰ que ofrece una rápida síntesis de los diversos aspectos que abarcó su infatigable trabajo teórico y creador.

“Estructurada desde puntos de vista complementarios, esta *Antología* confirma la validez de una obra que admitió de la erudición lo que

¹⁰ Alfonso Reyes, *Antología*, prólogo y selección de Alí Chumacero, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, 263 p.

remozaba el amor a la vida, y de la vida misma recibió el torrente en que se fundan los desvelos del escritor verdadero”, declara la “Advertencia”. Así, la selección abarca su prosa, su teatro y su poesía. En el primer apartado se incluye esa opulenta joya que es la *Visión de Anáhuac*, texto escrito en Madrid en 1915 —cuando era un joven de 26 años— y que resulta típico de su arte, porque equilibra, por acto de magia verbal, la información histórica, la fantasía generosa del novelista, la afección mexicanísima y la poética captación del paisaje, en un texto aéreo, palpitante, profundamente americano. Le sigue un cuento de imaginación titulado “La cena”, fuga de la literatura hacia los límites del sueño y la filosofía. La prosa se completa con dos ensayos —“Apolo o de la literatura” y “De la lengua vulgar”— en los que Reyes aborda esos temas muy a su manera; es decir, tratando cuestiones teóricas de exposición ardua, como en una grata conversación con el lector donde la sencillez máxima se concilia con la precisión luminosa.

Como ejemplo de su teatro, va su poema dramático *Ifigenia cruel*, bello ejercicio de helenista que propone a una heroína más humana que la concebida por Eurípides, puesto que “tiene miedo” de sentirse huérfana de pasado y distinta de las demás criaturas, y porque opta por la libertad contradiciendo la necesidad fatal del mito; el texto se acompaña con un comentario en el que Reyes discurre sobre la tragedia griega y la creación de su propio personaje. Finalmente, la selección poética, un tanto desigual, pero suficiente para dar, a través de algunas composiciones de ajustada belleza conceptual y formal (“A solas”, “Silencio”, “Visitación”), una idea de la parte más íntima y apasionada de su obra, aquella región a la que Reyes —como ensayista, como exégeta de la literatura— quería siempre acceder, como aspiración suprema de su quehacer intelectual. Efusión sentimental del sabio que persigue los jugos secretos de la vida en los libros, anhelo de perennidad de quien conoce la finitud del conocimiento racional, esta poesía es el resumen mínimo de un alma abierta para la belleza y el sabor.

REYES: RESPLANDOR DE UN SABIO DESLINDE

José Miguel Oviedo

Toda la vasta obra del gran Alfonso Reyes puede considerarse desde la perspectiva de una preocupación fundamental: la exégesis del fenómeno literario. Esa preocupación, diluida en muchísimas páginas dispersas, se ordenó en varios libros que corresponden a tres grados básicos de su investigación: el estudio histórico de la crítica (*La crítica en la Edad Ateniense*, 1941; *La antigua retórica*, 1942); la experiencia y la ciencia de la literatura (*La experiencia literaria*, 1942, complementada con los *Tres puntos de exegética literaria*, 1945); y los “Prolegómenos a la teoría literaria” (*El deslinde*, 1944). Estos pasos y estos libros conjugan el “pensar literario” de Reyes, magno esfuerzo de análisis, comentario y discusión que no tiene parangón en nuestra lengua. La caudalosa información helenística que pone en juego al trazar la historia de la crítica y la retórica en Grecia, y su alado discurrir sobre los más austeros aspectos del hecho literario y lingüístico, a la luz de su propia experiencia de escritor, se coronan en ese verdadero milagro de sabiduría que es *El deslinde*, con el que Reyes toca a las puertas de todas las disciplinas humanas para absolver la pregunta crucial que trabaja su espíritu: ¿Dónde está y dónde no está —ser escurridizo— la literatura? Publicada nuevamente ahora,¹¹ a los casi veinte años, esta pesquisa sigue siendo el más digno resplandor de un espíritu lúcido y sensitivo.

Como “primer paso hacia la teoría literaria”, *El deslinde* se propone distinguir la Literatura de la No-Literatura; “no entra en la intimidad de la cosa literaria”, advierte Reyes, y se limita a explicar que la Literatura

¹¹ Alfonso Reyes, *El deslinde. Apuntes para la teoría literaria*, en *Obras completas*, vol. XV, México, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas), 1963, 525 p.

es “una agencia especial, discernible de los demás ejercicios de la mente”. Declara, pues, que va a intentar una “fenomenografía” del ente literario (abstracción de sentido no husserliano que le trajera algunas objeciones y amarguras) para mostrar que, de todas las manifestaciones del espíritu, la literatura es la única que “expresa al hombre en cuanto es humano”. La operación del deslinde debe, así, acabar en una exaltación de las Letras Puras, desnudas de excrescencias, como frontera semidivina de la humanidad.

Empieza, en una labor de decantación previa, limpiándola de sus fantasmas habituales: delata a los “tipos ancilares” (la literatura como servicio ajeno a su esencia) y exquisitamente analiza sus relaciones de préstamo y empréstito con la auténtica Literatura. Cumplida esta operación de higiene intelectual, el campo de los conceptos queda listo para iniciar el deslinde propiamente dicho. Apoyándose, con reservas, en el esquema de Toynbee, Reyes postula dos triadas teóricas, cuyo tercer miembro es la Literatura: en la primera, se agrupan la Historia y la Ciencia de lo Real; en la segunda, la Matemática y la Teología. Su desarrollo consume las cuatrocientas páginas del libro.

Aquí comienza Reyes a desplegar su asombrosa sabiduría, porque ya no se trata sólo de fijar el perfil de la Literatura sino el de las grandes actitudes del espíritu científico, histórico, matemático. Es una empresa desmesurada, una sobrehumana aventura mental: en rigor, bastaría para ver claro en ese bosque, el estudio de las relaciones Literatura-Historia y Literatura-Ciencia (segunda etapa del deslinde), de la “ficción literaria” (quinta etapa) y el “deslinde poético” propiamente dicho (sexta etapa); lo que resta se nos da por un exceso de generosidad y amplitud del movimiento crítico.

Atendamos, preferentemente, a aquellas etapas. En la segunda, averigua que en la Literatura, todo “empréstito” (lo que toma de lo no literario) equivale a un “ensanche”, y nos descubre o confirma la universalidad por la que la Literatura “adquiere ante la historia y la ciencia, el valor vicario de la vida”. Como el mar, todos los ríos (temas) van a ella, sin que por eso pierda la pureza de sentido: servirse a sí misma. En la quinta etapa, Reyes estrecha más el cerco alrededor de su objeto y prepara el tránsito del análisis semántico al análisis formal o poético; para ello estudia la estructura de la ficción y sus parentescos con la realidad. Porque la ficción, “cosa nueva que se añade a lo ya existente”, vuela, “pero, como la cometa, prendida a un hilo de resistencia: ni se va del yo,

ni se va de la naturaleza física por más que la adelgace”. Anheló, impulso ascensional, juego que la mente se inventa; la ficción, cuando cuaja en palabras, se vuelve Literatura. La sexta etapa culmina el asedio haciendo el deslinde formal: la Literatura como cosa lingüística. Aquí el deslinde toma primero un giro filológico (agencias del lenguaje, sus notas y valores, problemas de comunicación y expresividad) y luego uno estilístico (esencia verbal de la literatura, el estilo, la afectividad). Tras este examen, la Literatura se nos aparece como una actividad que “pone en valoración máxima igualmente las tres notas lingüística, intelectual y afectiva; busca, a través del estilo, un ajuste psicológico o de precisión comunicativa expresiva (hasta para sugerir lo impreciso), y un ajuste estético de especie lingüística”.

Lo que viene luego —deslinde de la segunda triada teórica— es un inmenso apéndice que Reyes agrega “por lujo de análisis y por amor”. Aquí, donde uno imagina verlo vacilar o discernir desde lejos el abismal espejo de la Matemática y la Teología, mantiene el paso certero y hondo del sabio, del humanista cuyo alimento es el conocimiento total. El lector no habituado puede quedarse, aquí y allá, perdido en un rincón de este nuevo bosque; Reyes sigue por él, sin perder el hilo hasta llegar a ese cultivado jardín final, a ese fervoroso homenaje por la Literatura Deslindada o “Perforación” que sella el libro: manantial para los labios del viajero sediento por el esfuerzo de reconocerla en medio de las tinieblas que la rodean. “Este libro [remata el autor] no es un alegato, sino una excursión por la selva de las disciplinas humanas, para averiguar los sitios que la literatura frecuenta.” En estas páginas está todo Reyes, amical y profundo, poeta y doctor, hombre y artista, y en ellas debe leerse, tal vez, el “mayor elogio a las letras que haya escrito americano alguno en este siglo”. Allí, antes de dejarnos con la perfección de su trabajo, se disculpa: “El ejercicio que me propuse era a la vez humilde y cruel: tender un puente, y negarse a la tentación de cruzarlo; y siendo un adepto de la poesía, consagrarle, en lugar de un himno, una sucesión de fríos discrimenes”; allí, finalmente, se consuela y nos consuela: “Nos conformamos entonces con haber descubierto que, bajo las apariencias de simplicidad, se escondía una complicada estructura... Habremos logrado cambiar simplemente —pero ya es mucho— la certeza confusa por la nítida desconfianza”.

Frecuentemente arduos, los caminos que conducen a la claridad de *El deslinde*, fueron calificados de farragosos e impertinentes: como si

para hablar de poesía (comentaba, dolido, Reyes) fuese obligatorio el tono poético. Es una ilusión óptica: el esfuerzo de echar las bases de una teoría literaria requiere un aparato crítico muy complejo e impresionante; pero quien quiere el fin debe querer los medios. Para los que aman, como otros aman el álgebra o la biología, esa gran abstracción y organización de la Literatura —el estudiante de humanidades, el investigador literario, el escritor profesional—, *El deslinde* es un texto invaluable. Aun para el simple aficionado a estos temas hay margen de deleite: en medio del erudito discurso, Reyes libera su agudo humor, su gracia de decir y de pensar, la anécdota coloquial o la voluta poética que encrespa su prosa y deja en ella el sello de su saludable humanidad. Qué duda cabe: ayer primero de su clase en nuestra lengua y hoy un verdadero clásico. *El deslinde* es un tratado hermoso y exacto, austero y amable. En él resplandece la suprema belleza: la de la Verdad.

EN MEMORIA DE ALFONSO REYES

Los libros

Javier Sologuren

allí están quietos día a día
 llenos de
sus luces precisas
sus viejas pasiones
su peso de almíbar
sus sueños

columna a columna sus colores
ligándose
 describen edificios
 reiteran pisos

allí están simple geometría diedros
 deshojables secos
 arbustos

donde el polvo inconscientemente
 florece

allí están moscas invisibles
perturbándome
el ocio
saltándome encima sin
que pueda
dejar de echarles un vistazo
 un manotazo

inopinado

allí están miembros también
de la familia
queridos sí
alternativamente
acariciados
cercanos
dadivosos
acurrucados
secretos
egoístas

allí están
por suerte

(los libros)

Del libro *Folios del enamorado y la muerte*, 1980

ALFONSO REYES, POETA

Luis Loayza

La historia literaria tiene un interés relativo para apreciar la poesía, pero quizá no sea inútil señalar que Alfonso Reyes (1889-1959) pertenece a una generación latinoamericana un poco perdida entre los creadores del modernismo y los poetas nacidos a fines de siglo, inventores de lo que puede llamarse nuestra modernidad. Sobre su poesía es posible decir: cierta sequedad, cierto prosaísmo; presencia de la inteligencia, del ingenio y hasta del humor y la ironía, elementos que muchos consideran prescindibles; eliminación del patetismo, que algunos lectores no sólo toleran sino exigen como el verdadero contenido poético; rechazo de la facilidad y, por el contrario, gusto en crearse dificultades técnicas para superarlas; falta de emoción, piensan algunos, pero se equivocan, pues en la poesía de Reyes, que no levanta la voz, hay una emoción profunda, aunque casi siempre velada: basta para comprenderlo leer los poemas sobre su infancia, su familia, su ciudad natal, el “amor natural de la patria”; sin embargo, en ellos el temblor de la memoria no distrae la atención minuciosa del creador —del hacedor, del artesano, para usar palabras más modestas— de hermosos objetos verbales; afición por lo popular y, al mismo tiempo, no sólo alusiones cultas sino verdadera integración de la cultura en el ambiente mental del poeta, vigencia de la tradición del idioma; elección de maestros —Darío, Góngora—, ambos cabalmente asimilados más que imitados; estudio, desde un primer momento, de los clásicos griegos; interés, común entonces en América Latina, por la literatura francesa, en particular por poetas como Mallarmé y, entre sus contemporáneos, Valéry Larbaud, sensibilidad próxima a la suya; acercamiento a la poesía inglesa, menos frecuente a comienzos de siglo que ahora. El propio Reyes enunció en más de una ocasión su poética: “El poeta no debe confiarse demasiado en la poesía como esta-

do de alma, y en cambio debe insistir mucho en la poesía como efecto de las palabras.” Todo esto son aproximaciones. Lo que cuenta para el lector es el descubrimiento inmediato. La afición o el desapego que susciten la poesía de Reyes en el lector están determinados por el primer contacto con un tono original, muy distinto de lo que se escribía a comienzos de siglo, en que la mayoría de los poetas seguían entretenidos con lo más superficial del modernismo. El final de un poema de juventud (“La hora de Anáhuac”, 1912) por ejemplo:

¡Príncipe de la piragua! ¿Qué te valdrían perdones?
 Siégale, Conquistador, con el cuchillo que llevas!
 (Última hora de Anáhuac: llora sobre las naciones,
 hora que tiendes el cuello a la hoz de las horas nuevas.)

En estos versos está presente Darío en la elegancia y el rigor métrico, pero se advierte también un tono propio, un juego sutil de aliteraciones que sustenta una imagen a un tiempo nítida y misteriosa. Reyes parece haber escrito siempre su poesía para sí mismo o para unos cuantos conocedores, sin ocuparse de halagar el gusto de los lectores que, acostumbrados a otros ritmos, debieron acusarlo a veces de falta de oído o de simple perversidad. Él mismo ha contado que, por los años veinte, una revista reprodujo un poema suyo (“Conflicto”) como una muestra de burla incomprensible. A estos extremos llega la extrañeza que suscitan, en una obra original, esas “melodías no escuchadas” que son las más dulces para quien saber reconocerlas.

Nuestro segundo ejemplo será el arranque de un poema de la plena madurez (“Los caballos”, 1934). En comparación con los que hemos citado antes, estos versos son mucho más austeros. La poesía, al menos una parte de la poesía de Reyes, ha ganado con los años en objetividad. A veces el poema parece limitarse a la mención escueta de las cosas (véase también “Infancia” y, sobre todo, las admirables “Yerbas del tarahumara”), pero esa sabia y sencilla sobriedad es uno de los puntos más altos del arte:

¡Cuántos caballos en mi infancia!
 Atados de la argolla y cabezada,
 en el patio de coches de la casa,
 desempedrando el suelo en su impaciencia

y dando gusto a las rasposas lenguas,
los caballos lamían largamente
el salitre de las paredes.

Esta transparencia es más de nuestra época que de la época de Reyes. Después de todo, no sería la primera vez que un poeta, demasiado moderno en sus comienzos en relación con la generación anterior, pasa por anticuado frente a la generación siguiente. Con el paso del tiempo desaparecen lo moderno y lo anticuado; la mayoría de los libros de poesía se olvidan o conservan un interés meramente histórico, se vuelven literatura. Algunos siguen siendo poesía, pueden estar más vivos si encuentran más y mejores lectores que cuando se publicaron. La verdadera poesía resiste, se vuelve intemporal. A menos de cien años de su muerte leemos a Darío como a Garcilaso o a Góngora, como a un clásico de la lengua. Ése puede ser también el destino de Reyes, y nuestra pequeña antología no tiene más objeto que contribuir a ganar para su poesía los lectores que merece.

UN VERDADERO HOMBRE DE LETRAS

Mario Vargas Llosa

Leyendo unas cuantas páginas un día, y otro también, al cabo de un puñado de años he terminado veintitrés tomos de las *Obras completas* de Alfonso Reyes (1889-1959) publicadas por el Fondo de Cultura Económica. Ni en España ni en América Latina hay ya polígrafos de esa envergadura. Como Ortega y Gasset, Pedro Henríquez Ureña o Francisco García Calderón (que prologó su primer libro, *Cuestiones estéticas*, 1911), Alfonso Reyes intentó leerlo todo y escribió sobre todo, poseído, a lo largo de una vida intensa, viajera, diplomática, académica, periodista y social, de una pasión por la cultura y un espíritu generoso que imprimieron a todos sus escritos una fisonomía inconfundible de elegancia y sana humanidad.

Escribía con tanto gusto y con una prosa tan limpia que volvía amenas sus eruditas investigaciones sobre Góngora o Sófocles, y, viceversa, lograba dar una aureola de importante seriedad a la notita frívola de circunstancias o a los lugares comunes de una alocución burocrática. Era un hombre absolutamente universal, sin orejeras nacionalistas, que se apasionaba por igual por las costumbres y las letras de su patria mejicana, como por un comediógrafo del Siglo de Oro español, o la literatura y la filosofía clásicas de Grecia, un país donde, según una leyenda sin duda falsa, nunca puso los pies.

La palabra *diletante* tiene resonancias negativas, sugiere a un picaflor superficial y esnob. Pero Alfonso Reyes la dignificó y elevó a la categoría de mariposeo estético de alta calidad, un apetito de saber, universal e incontenible, que lleva a quien lo padece a interesarse por todos los temas, épocas, culturas, y a leer y escribir sobre ellos sin convertirse en un especialista aunque siendo, en todos los casos, algo más que un beato epígono. Alfonso Reyes pudo ocuparse de Goethe, de la historia política

européa del siglo XIX, de los codicilos mayas, de la teoría de la relatividad, de las jitanjáforas y de cien asuntos más, arreglándoselas siempre para instruir, seducir y divertir. Era un “hombre de letras”, especie ya extinguida, con una visión tan amable y entretenida de la cultura y de la vida que en nuestro tiempo resulta casi irreal. Varios tomos de recopilación de sus artículos y ensayos aparecieron bajo el bonito título de *Simpatías y diferencias*. Podía haberse ahorrado la segunda opción, porque, una vez que pasaba por su sensibilidad bondadosa, su risueña inteligencia y su palabra sabrosa, todo, hasta lo más abstruso y repelente, se volvía simpático, digno de ser leído y atendido.

Sus grandes libros orgánicos, en los que invirtió tiempo y arduo trabajo, como *El deslinde* y *La crítica en la Edad Ateniense*, me parecen más percederos que aquellos, aparentemente efímeros, en los que practicaba el “arte de la viñeta” en que fue maestro consumado. Aunque llevó a cabo algunos importantísimos trabajos de investigación, como sus estudios pioneros sobre Góngora y Juan Ruiz de Alarcón, me parece que era mejor divulgador y comentarista que erudito. En sus trabajos de rastreo académico sobre el teatro, la religión, la mitología y la crítica en Grecia se dispersaba a veces en una catalogación mecánica de datos sin llegar a síntesis iluminadoras o a grandes derroteros generales. En cambio, como diletante o periodista que roza sin profundizar es espléndido: contagia felicidad, hace reír y sonreír, es culto y jamás pedante, siempre ameno. Y nadie mostró mejor, de una manera tan directa, que la buena literatura es un placer incomparable. En *Los trabajos y los días* o *Simpatías y diferencias*, por ejemplo, donde a los ensayos cuidados se mezclan textos rápidos, notas de lecturas, apuntes de viaje, ocurrencias, evocaciones de amigos o lugares, está el mejor Reyes y leerlo es una verdadera delicia. Borges escribió de él que era “el más fino estilista de la prosa española de nuestro siglo” y, si exageró, fue muy poco. Pues era un prosista excepcional, de respiración amplia y armoniosa, fluido y diáfano, inteligente y con un formidable dominio del idioma que en sus manos se volvía maleable como una arcilla, irónico y risueño, afable y estimulante. Siempre hay en sus textos algo saludable y bonachón, un espíritu satisfecho de la vida y de las cosas, que parece mágicamente inmunizado contra la desgracia, la frustración y la amargura, incapaz del odio y el rencor.

Como crítico de actualidad pecaba de ecléctico y de excesivamente benévolo; no quería ser severo con nadie y esa tolerancia parece a veces

falta de discriminación crítica. Tuvo esa misma condescendencia con sus propios escritos, amparando en sus libros todo lo que escribió, incluso unas notitas de circunstancias manufacturadas visiblemente por compromiso o para ganarse unos pesos, a sabiendas de que no durarían más que el tiempo de ser leídas. Pero, incluso esos textos olvidables son gratos de leer, porque nunca falta en ellos un epíteto sorprendente, una imagen o una música que halagan.

No es ofensivo, en absoluto, decir de él que no fue un gran creador, sino un gozoso lector y un eximio estilista cuyos libros son sobre todo el reflejo de las mejores lecturas, una transpiración de lo mejor que había producido el arte y la literatura, un enamorado de las ideas ajenas, que él sabía valorar, sintetizar, explicar y recrear mejor que nadie. Pero con toda su vasta cultura y su prosa delicada algo había en Alfonso Reyes del diplomático-escritor, del artista al que su dependencia con el poder castró a medias, impidió desbocarse, y desvió de la creación a la cortesanía literaria. Era un escritor bien educado, a quien, por temperamento y por responsabilidad profesional, resultaba imposible transgredir, ser chocante, un intelectual que se limó las uñas y los dientes, condenándose así a una limitada originalidad. Aunque respecto a ciertos asuntos jamás hizo la menor concesión —el nacionalismo cultural, por ejemplo, o la literatura patrioterá—, produce cierto malestar que, en esos millares de páginas de sus obras completas, haya un respeto tan sostenido frente al poder —frente a todos los poderes—, una postura cívica que jamás entra en conflicto contra el establecimiento, que se niega empecinadamente a admitir siquiera que el mundo está mal hecho, que los gobiernos yerran y que los que mandan delinquen. Ese conformismo soterrado no atenúa la belleza de sus textos, pero les impide volar muy alto y, sobre todo, ladrar y morder.

Su poesía es agradable de leer pero no hay en ella ni misterio ni locura ni visiones, aunque sí inteligencia, buen gusto y mucho oficio. Sin ese elemento espontáneo, desconcertante, que súbitamente parece romper los límites del conocimiento racional y ponernos en contacto con una intimidad desconocida hasta entonces en la vida, con relaciones insospechadas entre las cosas y los seres, abriéndonos las puertas de “otra” realidad, la poesía parece siempre quedarse a medio camino, aunque ella sea, como la de Alfonso Reyes, formalmente impecable. Era la poesía de un gran polígrafo, más que la de un gran poeta. Contra la opinión de algunos, *Ifigenia cruel*, además de irrepresentable, me parece una pieza

recargada de retórica, sin gracia ni imaginación. Prefiero las bellas recreaciones que hizo de algunos cantos de *La Ilíada* y los elegantes ejercicios de estilo que son los sonetos de *Homero en Cuernavaca*.

Dije al principio, y repito ahora, que ya no hay, por todo el amplio territorio de España y América Latina, escritores del calibre de Alfonso Reyes. Tenemos magníficos creadores, nuestras universidades cuentan con profesores eminentes, sin duda, grandes especialistas en algunas o acaso en todas las disciplinas, y en las revistas y diarios abundan los periodistas que dominan los buenos y malos secretos de su profesión. Pero lo que ha desaparecido es ese personaje-puente que antaño conjugaba la academia con el diario, la sabiduría universitaria con la inteligibilidad del artículo o el ensayo que llega al lector común. Reyes, u Ortega y Gasset, Henríquez Ureña, Azorín, Francisco García Calderón, fueron exactamente eso. Y, por eso, gracias a escritores como ellos la cultura mantuvo una cierta unidad y contaminó a un amplio sector del público profano, ese que hoy ha dado la espalda a los libros y a las ideas y se ha refugiado en las adormecedoras imágenes. Como Reyes, todos los autores arriba citados y muchos otros de su generación escribieron buena o la mayor parte de su obra en los periódicos, sin renunciar por ello al rigor, a la autocrítica, y sin ceder al facilismo y a la banalidad.

En nuestro tiempo, los escritores y los académicos se mantienen por lo general confinados en sus dominios reservados, y los periodistas en el suyo, y la cultura se ha vuelto también una especialidad, que el profano mira de lejos, con desconfianza, sin saber muy bien qué es ni para qué sirve. Vale la pena leer de cuando en cuando a Alfonso Reyes para refrescar la memoria. Y aprender cómo una buena poesía, una novela, un libro de historia, una función de teatro, una excavación arqueológica, un sistema de ideas, pueden de pronto levantarnos en vilo y maravillarnos, descubrirnos una intensidad de sentimientos y emociones o unos apetitos sensuales de los que ignorábamos estar dotados, y enriquecer la vida que nos rodea. A lo mejor no es cierto, pero qué nos importa, si leyendo cualquier página de Alfonso Reyes sentimos que la literatura, la cultura, son lo mejor de la vida, que gracias a ellas ésta se convierte en un interminable festín.

TERCERA PARTE
EVOCAIONES LUCTUOSAS

NOTA EN LA MUERTE DE DON ALFONSO

Mario Castro Arenas

En la familia internacional de las letras —desde las universidades hispanoamericanas y las revistas literarias francesas hasta los cenáculos eruditos hispánicos y los solitarios gabinetes de los escritores de toda América— la muerte de Alfonso Reyes ha repercutido íntimamente como el deceso de un hermano mayor.

Poeta, ensayista, filólogo, erudito conocedor de los clásicos españoles, traductor de Mallarmé y Chesterton, agudo crítico literario, incansable buceador del alma americana, Reyes es considerado como uno de los hombres más lúcidamente inteligentes de América y al lado de Andrés Bello, Rufino Cuervo y Pedro Henríquez Ureña, era distinguido como uno de los cuatro grandes producidos por América en los siglos XIX y XX en el campo de los estudios humanísticos.

El ilustre hombre de letras mexicano, que acaba de morir en Cuernavaca, México, nació el 17 de mayo de 1889 en la ciudad de Monterrey, y fue hijo del general Bernardo Reyes, quien en la época de Porfirio Díaz desarrolló una honda labor en su tierra. Cuando el vendaval de la Revolución azotó México, la familia Reyes contempló, abismada, la disgregación de sus bienes. Sin embargo, en su adolescencia, Alfonso Reyes, junto al dominicano Henríquez Ureña y a sus paisanos José Vasconcelos (muerto también este año), Antonio Caso, Jesús Acevedo, Cosío Villegas, etc., formó el Ateneo Cultural, institución de estudios libres en la que se enseñaba gratuitamente a los obreros y en cuyas célebres mesas redondas y conferencias se debatieron asuntos clave para la cultura de México y América.

Imberbe aún, Reyes emigró a Madrid y allí, en el Centro de Estudios Históricos, núcleo fundamental en la apertura de la nueva visión de la cultura española, inició su formación filológica bajo la sabia enseñan-

za de Menéndez Pidal. Al lado de Henríquez Ureña, Américo Castro, García Solalinde, Tomás Navarro Tomás y otros, Reyes participa activamente en la investigación de los clásicos bajo la técnica filológica. Sus notables trabajos sobre Góngora, Calderón, Quevedo, Gracián, Rosas de Oquendo y Ruiz de Alarcón fueron publicados por la *Revista de Filología Española*. Asimismo tuvo a su cargo la versión en prosa moderna del *Cantar del Mio Cid*.

En aquella época, al mismo tiempo que publicaba sus eruditos trabajos sobre literatura española, Reyes inició la edición de sus tomos de prosa poética en que es considerado maestro insuperable: *Cartones de Madrid*, *El suicida*, *Visión de Anáhuac*, *El plano oblicuo*, *El cazador*, etc. Más tarde vinieron sus libros de versos; y su poema dramático a la manera griega: *Ifigenia cruel*.

Capítulo importante en su obra ocuparon sus ensayos. Cuando publicó a los veinte años *Cuestiones estéticas*, dijo de él el pensador peruano Francisco García Calderón:

Alfonso Reyes es un efebo mexicano: apenas tiene veinte años. Sólo el entusiasmo traduce en este libro su edad. No son dones de toda juventud su madurez crítica y su crítica penetrante... ama la claridad griega y el simbolismo oscuro de Mallarmé, sabe del inquieto Nietzsche y el olímpico Goethe; comenta a Bernard Shaw y el viejo Esquilo... es magistral entre todos los artículos de Reyes su estudio de las tres Electras de delicada armonía y erudición amena.

Embajador de México en España, Argentina y Brasil, Reyes fue en estos países auténticamente representante de la cultura de su país. Durante su misión diplomática, editaba el boletín literario *Monterrey*, que él escribía íntegramente, sin colaboradores, desde los estudios de fondo hasta las notas bibliográficas. Los más importantes escritores de América y el mundo recibían *Monterrey*, revista cultural sin antecedentes en ninguna época.

Dentro de la bibliografía integral de Reyes, bibliografía copiosísima que todavía no concluyen de recoger sus discípulos, destacan sobremanera *La crítica en la Edad Ateniense*, en la que muestra su notable conocimiento de los griegos clásicos; *El deslinde*, en el que ensaya una aguda teoría literaria sobre la base de los estudios de Husserl; *La experiencia literaria*, conjunto de agudos ensayos de literatura antigua y contemporá-

nea; *Simpatías y diferencias*, estudios clásicos en la historia del ensayo latinoamericano; *Reloj de sol*, ensayos sobre tópicos mexicanos; y últimamente *La filosofía helénica*. El Fondo de Cultura Económica está publicando sus obras completas.

Reyes era en México una figura patriarcal. Su personalidad humanística era respetada y admirada por las generaciones de su país y América toda.

La Prensa, Lima, 28 de diciembre de 1959

RECORDANDO A DON ALFONSO

Elsa Arana Freire

Desde hace ya mucho tiempo, Alfonso Reyes, el humanista mexicano que acaba de fallecer, sentía el rondar de la muerte muy cerca de esa vida poderosa que alimentó el pensamiento cultural, literario y artístico de América a través de setenta años de labor profunda.

Cuando lo vi en Cuernavaca, el 29 de septiembre de este año, Alfonso Reyes expresó su inquietud permanente por esa vida que se le escapaba del cuerpo corpulento, bajo, con una barba blanca que enmarcaba un rostro afable y sonriente; el gran escritor y polígrafo que nos ha dejado para siempre, se reponía entonces de un ataque cardíaco. Su vivacidad y su talento no disminuían, sin embargo, ante la cercanía de esa muerte que México sufre en carne propia y que América toda lamenta como algo irreparable.

Alfonso Reyes descansaba en Cuernavaca a su manera. Esa manera que no le impedía pulir todos los días algunas páginas del décimo tomo de sus obras completas, que él mismo revisaba. A su lado, su esposa le acompañaba solícita y había entre ellos una armonía perfecta, una complicidad que sólo el amor establece entre dos seres.

No quisiera recordar ahora los libros de don Alfonso, ni quisiera comentar siquiera su aporte a la cultura continental. Todo ello se conoce tanto y es de tal calidad que casi parece inútil traerlo a colación. En aquella entrevista memorable para mí, del 29 de septiembre, don Alfonso habló muchísimo del Perú, de sus amigos peruanos, y el hombre afectivo y emocional que era salía a superficie al recordar su vida pasada, de viajes y de encuentros con los grandes escritores del siglo. Su cordialidad era tan grande como su modestia: su gracia para conversar, su picardía, eran una hermosa portada para el talento que lo habitaba. Don Alfonso hablaba en verso y en prosa, con la riqueza idiomática que se encuentra en todos sus libros.

No había mexicano (y no lo hay) que no repitiera su nombre con orgullo, y su casa de la calle Benjamín Hill (una biblioteca más que una casa) reunía a lo más granado del pensamiento intelectual contemporáneo. Jóvenes y viejos rodeaban al insuperable maestro.

Don Alfonso no escatimaba su verso para hablar de la belleza y para crearla. Su muerte, me imagino, ha debido producirse por la ausencia del aire transparente que tanto celebraba en su hermoso libro *Visión de Anáhuac*. Y digo me imagino, porque en aquella entrevista que guardaré como algo imborrable, el gran escritor me habló de su angustia ante la asfixia que ya entonces lo rodeaba. “Me desespero por falta de ese elemento”, dijo don Alfonso. México, *La región más transparente del aire*, le ha sido quitada a ese hombre que tanto amó su tierra.

La Prensa, Lima, 30 de diciembre de 1959

ALFONSO REYES, AMERICANO EJEMPLAR

Abelardo Oquendo

Sin Reyes, la literatura de México sería media literatura.

Octavio Paz

“A veces me pregunto si los europeos entenderán alguna vez el trabajo que nos cuesta a los americanos llegar a la muerte con la antorcha encendida.” Alfonso Reyes, que escribió estas palabras, ha llegado a la muerte con una luz intacta. Él, que supo vencer la obstinada serie de obstáculos que los países de “turbia plutocracia” oponen al desarrollo de la inteligencia, luchó como pocos para abrir a los jóvenes un camino mejor y más fecundo. Maestro, hombre de su lugar y de su tiempo, orientó su actividad a una meta doble: la incorporación plena de América a la historia de la cultura de Occidente y la erección de un baluarte americano frente a la crisis occidental del hombre y su cultura.

En el más estricto humanismo, Reyes creyó siempre en la prioridad del sentir y el obrar sobre el solo saber, tuvo una preocupación central por el hombre, preconizó el internacionalismo y abominó del apogeo de la especialización. Renovándose, el humanismo adopta en Reyes un carácter misional: es un programa para América. Su saber y su obra fueron, por eso, ante todo, una tarea limpia y generosamente vertida al exterior, algo que entendió siempre como “un imperativo moral, como uno de los tantos esfuerzos por la salvación del hombre”. A esto se debe, sin duda, la rara salud que se respira en sus libros.

Como buen humanista, Reyes fue también un utopista. Pero su utopía se fundaba en la comprensión y en el conocimiento de nuestra Amé-

rica. Voluntad de futuro, más que ser presente, América será lo que quiera ser: “Cada uno debe buscar a América dentro de su corazón con una sinceridad severa en vez de tumbarse paradisiácamente a esperar que el fruto caiga solo del árbol. América no será mejor mientras los americanos no seamos mejores”. Con responsabilidad, con sabiduría, con fe, el programa y la misión de su humanismo se resumen en eso: extraer del corazón de los americanos la América deseada. Como escritor, como maestro, como hombre, Reyes buscó educar ese corazón genital. Sus caminos fueron los de la inteligencia y los del sentimiento; es decir, los de la verdadera poesía.

El Comercio, Lima, 1o. de enero de 1960

SIEMPRE CON ALFONSO REYES

José Durand

Propuesto reiteradamente para el Premio Nobel de Literatura, objeto de admiración general y de múltiples homenajes, Alfonso Reyes constituía en la vida como en la obra claro ejemplo de lozana madurez y natural elegancia. Aquel gran señor de las letras e ilustre diplomático nunca se revestía de aires de solemnidad ni vana prosopopeya. Moderado, amablemente sencillo, vivía leyendo y escribiendo; así murió: leyendo y escribiendo. Cuatro de cada seis personas que veía eran escritores o artistas, pero la cordialidad humana jamás se borró de sus labios o su mirada. Porque para Alfonso Reyes, hablar, leer y escribir equivalían al dar rosas de un rosal. Tan asimilada se hallaba en él la cultura que seguía aquel ideal tan rara vez logrado en siglos: la cultura era vida y una vida mejor a cada instante.

Suave y vivaz, sagazmente discreto y moderado, rebosaba comprensión, humanidad persistente y secreta. ¡Qué difícil, para don Alfonso, herir a nadie! Dueño de varonil delicadeza, concededor de grandezas y miserias, jamás una palabra suya resultó excesiva. Y aquí habría que hablar de su ilimitada inteligencia. Una inteligencia con calor de hogar y templanza serena. De allí que en la obra entera de Alfonso Reyes se respire ante todo un sereno amor. En este siglo frenético del progreso y de innovaciones, Alfonso Reyes prefirió, antes que la audacia del científico o el literato, el equilibrio de quien vio venir el río desde sus fuentes. ¡Justamente él, que también conocía el mar y, si se quiere, las profundidades submarinas!

Sereno amor. Llegaba todas las mañanas a su despacho de El Colegio de México —aquella institución creada por él y que en torno a él instituyó el Estado mexicano—. Bajo su boina azul asomaban unos crespos mechones canos. Pequeñín y un tanto grueso, saludaba amablemente e iniciaba su labor. Y allí empezaba lo oculto y admirable.

Muchas veces lo pude ver. Corresponsal cumplido e infatigable, dictaba muchas cartas por día a las más diversas gentes de los más diversos lugares. Podía ser Marcel Bataillon o un poderoso político de pistola al cinto. Podía ser un joven estudiante o un amigo de Río o de París. Lo admirable, para mí, no era la tarea sino el oírlo dictar. Juan Arellano, su secretario, trabajaba atentamente. ¡Y qué prodigio leer después una carta dictada prontamente y como al desgaire! ¡La misma prosa magistral de cualquiera de sus libros!

Esa viva asimilación de la cultura le permitía ese extraño y ejercitado don. Aquel viejo ideal artístico de “escribir como se habla” siempre resultó ser la meta duramente alcanzada por unos pocos. Conservar la frescura lozana del diálogo, la vivacidad y el calor después de ajustar el rebelde concepto, constituye, aunque a primera vista no lo parezca, una proeza. Mozart podía escribir en un instante una obra magistral; pero lo más admirable aparecía cuando elaboraba cuidadosamente otra gran obra —por ejemplo, una de sus últimas sinfonías— y la sensación de facilidad, de plenitud y lozanía, permanecían intactas. Algo de eso ocurría con Alfonso Reyes.

De tan sabio ocurría. El hombre que podía confiar los secretos del oficio en *La experiencia literaria*, que conocía al dedillo los consejos de los grandes maestros de la retórica griegos y romanos, había llegado a un punto en el cual las riquezas expresivas de nuestra lengua brotaban de sus labios al igual que de su pluma. Y así podía corregir en el dictado como si estuviera relejendo. Y al escribir uno de sus libros extraordinarios, lograba luego esa perfección oculta que le ganó la incondicional admiración del más ilustre escritor que en nuestra lengua ha quedado a su muerte: el argentino Jorge Luis Borges.

Yo lo recuerdo bien. Llegué a México a mis veintiún años y gané una beca en el Colegio. Como todos, lo había leído. Al principio, quizá su excepcional facilidad me inspiró sospechas de superficialidad. Luego, durante años, debo confesar que no lo entendía. En aquellos tiempos, los jóvenes estudiantes del Colegio vivíamos el fanático entusiasmo de la investigación, el rigor técnico, el hallazgo. Y los jóvenes escritores que como Juan José Arreola se las arreglaban para entrar al Colegio, vivían o vivíamos también el goce de la “última palabra”, las audacias, la obra sin precedentes. Pero don Alfonso poco o nada tenía que ver con eso.

Lo respetábamos con todo, un tanto desconcertados. Admirábamos su oceánico saber, la riqueza de su prosa. Pero, por cuanto a mí hace, no lo entendía.

Yo me preguntaba el porqué. Parecía inexplicable que un hombre capaz de traducir a los más oscuros simbolistas franceses, iniciador de la comprensión y esclarecimiento de Góngora, se mostrase en su obra un tanto indiferente a las renovaciones de vanguardia propias de su época. Recuérdense que la poesía de Reyes suele mirarse junto a la de los llamados post-modernistas.

¿Quién pudiera, sin embargo, decir que Reyes, amigo entrañable de los más audaces poetas y artistas de este siglo, permaneciera incomprendido o ajeno al estilo de su tiempo? Pero de hecho, prefirió mantenerse a cierta extraña distancia. ¿Quién pudiera afirmar que el joven filólogo que colaboró con Menéndez Pidal en el famoso Centro de Estudios Históricos, al lado de lo más granado del saber español, no pudiese continuar por el camino de la investigación científica estrictamente académica? Y sin embargo, casi toda la obra de la madurez de Alfonso Reyes ha preferido otros senderos que los de esa investigación en la que fue maestro.

Tardaré algunos años en adivinar por qué la sabia comprensión de don Alfonso no se dejaba seducir por ninguna alucinante “última palabra”, así en el reino de la creación literaria como en el de la investigación estética o científica. Y empecé a descubrir en él toda una serena y amorosa concepción de la vida y la cultura. Eso creí y creo. El sentido que tiene Alfonso Reyes en nuestros días es el de un gran humanista como aquellos que, siglos atrás, descubrían para los suyos los tesoros clásicos y que, antes que nada, se lanzaban a gozar de ellos con serenidad apasionada. Y en ese lanzarse, conseguían irradiar y comunicar la deslumbrante visión abriendo los ojos de sus contemporáneos.

Andamos ya en la segunda mitad del siglo del frenético progreso, de la industria torrencial y las transformaciones sociales. Y acaba de morir un gran hombre que conoció hondamente su época, que la vivió y compartió pero que, ante todo, quiso salvar lo humano del hombre y contemplar las riquezas eternas del hombre y la humanidad. Sigamos, con él, disfrutando de ellas. Siempre.

El Comercio, 3 de enero de 1960

CUARTA PARTE

CARTAS

PRESENTACIÓN

El mundo de la correspondencia literaria: saludos, envíos de libros y revistas, peticiones, acuses de recibo, solicitudes de apoyo, de consejo, consultas, confidencias, favores, agradecimientos, ires y venires de opiniones e ideas. Las cartas son una de las más fidedignas formas de la memoria literaria. Quienes las leemos por encima del hombro de sus destinatarios no sólo atestiguamos el diálogo entre remitente y destinatario sino las condiciones en que la literatura se vive y se crea y configura una época.

Alfonso Reyes fue uno de los grandes cultores del género epistolar, y desde 1904, año en que comenzó a cartearse con un amigo de la adolescencia (Ignacio H. Valdés) hasta el día de su muerte, escribió miles de cartas en incesante coloquio con centenares de escritores de América y Europa. En muchos casos las cartas fueron una suerte de suplemento a la conversación que ya ofrecían sus libros, pero si ellos le valieron la admiración de sus colegas, aquéllas convirtieron a éstos en sus amigos.

Entre 1910 y 1958 Reyes se carteoó con catorce escritores peruanos. Probablemente el número de corresponsales en ese país sea mayor, pero ahora sólo cabe señalar la evidencia que se desprende de las setenta y dos cartas y tres tarjetas que tenemos a la vista.

La extensión, calidad y abundancia de cartas que envió a cada uno de esos autores, o que recibió de ellos, deja ver con toda claridad quiénes fueron sus amigos más cercanos y principales interlocutores, si bien en el caso de la correspondencia con Luis Alberto Sánchez la relación resiente siempre cierto grado de tensión por razones que el lector advertirá fácilmente.

La gran mayoría de estas cartas procede de los archivos de la Capilla Alfonsina, dirigida por Alicia Reyes, nieta de don Alfonso, y fueron reunidas, como lo señalé en la nota de presentación, por el escritor Víctor Díaz Arciniega. Dejo aquí constancia de mi profunda gratitud a Alicia

Reyes por su generosidad y a Víctor Díaz Arciniega por su orientación y apoyo.

Dos cartas —las fechadas en julio de 1920 y septiembre del mismo año— dirigidas por don Alfonso a don José de la Riva Agüero, se deben a la gentileza de nuestros amigos del Archivo Histórico del Instituto José de la Riva Agüero.

Por último, hay que subrayar que este epistolario no es sino una modesta muestra de lo mucho que es posible investigar en el marco de las relaciones entre México y Perú. Hay centenares de cosas que rastrear, muchos vínculos que aguardan ser esclarecidos.

1. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

París, 22 de diciembre de 1910

Mi distinguido sr. y amigo:

Con gusto muy especial leí su carta del 3. Sinceramente, nada tiene Ud. que agradecerme ni quiero que exagere mi modesta intervención. Espero serle más útil cuando publique nuevos libros.

Desgraciadamente, como verá Ud., por la carta que le adjunto, no es posible enviarle pruebas de su libro. Yo solicité esto de la casa desde el principio; pero su hermano don Rodolfo dijo allá que sería yo quien corregiría las pruebas. Cuando he repetido mi antigua solicitud, recibo la contestación adjunta. Lo siento mucho y corregiré con el mayor cuidado las pruebas de su libro.

He leído parcialmente su libro (Las tres Electras, la Estética de Góngora, etc.) y nada hay en él de mediocre, de vulgar. Es Ud. ya un crítico de firme talento. No se analizan las tres Electras, como lo hace Ud., sin grandes estudios y mente clara. Como tengo las mismas aficiones que Ud. lo releo con vivísima simpatía. No creo que sean muchos en América los que a la edad de Ud. escriban así de cosas finas y complejas. El estilo me ha parecido trabajado, algo helénico. Tiene una simplicidad precisa que alguna vez me ha sorprendido. En fin, es mi voto que continúe Ud. estudiando y publicando, que de ello sacarán provecho y gloria las letras americanas.

Sin pedirle autorización, como testimonio de simpatía espontánea, he pedido en la casa Ollendorff el escribir en el libro de Ud. un prólogo brevísimo o presentación sin pretensiones, [¿debe?] excusar esta iniciativa que le dirá la sinceridad de mi aprecio.

Mucho he sentido que los recargados quehaceres de la Legación por muerte del primer secretario, me hayan impedido ver tanto como lo hubiera deseado a su hermano don Rodolfo.

Queda a sus órdenes su amigo affmo. y servidor,

F. García Calderón

2. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

París, 3 de diciembre de 1911

Mi querido amigo:

Muy grata me ha sido su carta del 18. Le había escrito antes a la calle Isabel la Católica. Le decía que M. Boutrox me había hablado de su libro con elogio y señalándome partes de él que le gustaban particularmente.

La Revista que voy a fundar tiene un vasto plan: trata de reunir a todos los mejores escritores y promover que unos conozcan a otros por la acción de ese órgano. Al mismo tiempo, me esforzaré por dar información plena de lo europeo, completa y seria, sin modismos peligrosos. La función de Ud., querido amigo, sería el estudiar cada 3 ó 4 meses las letras mexicanas (poesía, novela, historia, etc.), además, lo que se ha publicado en ese periodo, sin olvidar lo que aparezca en las revistas cuando sea digno de análisis. El ideal sería que quien siga la Revista pueda estar al cabo de lo que entre Uds. se hace en el plano intelectual. Además, un artículo de Ud. al año o dos nos vendrían muy bien. Todo será remunerado: las "letras" con 50 francos y los artículos con 100, cantidades pequeñas, en armonía con una revista que no ha de ser gran negocio. Le ruego anime a Caso para que nos dé artículos y le recuerde a Henríquez Ureña mi petición. Necesito del concurso de Ud. para vencer.

¿Quiere Ud. decirme qué escritores mexicanos deberían figurar en mi Revista para circularla allá? ¿Amado Nervo, Francisco Bulnes, Tablada...?

Mucho le agradezco haya aceptado mi ofrecimiento. Es una adquisición para la Revista que sé estimar.

Necesitaría para febrero de un estudio metódico de Pedro Henríquez Ureña, de preferencia sobre cosas filosóficas o algo de crítica. ¿Podría usted, buen amigo, ofrecérmelo?

He seguido apasionadamente los sucesos de México. ¡Ojalá todo se arregle!

Sabe cuánto lo aprecia y recuerda su amigo,

F. García Calderón

3. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

París, 28 de mayo de 1913

Mi distinguido amigo:

No he querido escribirle una carta de pésame oportuno hasta no conocer los resultados finales de la tragedia mexicana. Comprendo la profunda impresión de dolor que ha de agobiarlo y le ruego acepte mi recuerdo de amistad y de tristeza. Conocí aquí al general, quedé impresionado por su aspecto de hidalgo lleno de cultura y gentileza.

¡Ojalá tenga Ud., tan nutrido en antigua enseñanza, fuerza para superar este embate del destino!

De corazón se lo dice su amigo que tanto le admira,

F. García Calderón

A su hermano y a los suyos mi respetuoso pésame.

4. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

París, 27 de octubre (c. 1914)

Mi querido Alfonso:

Con atraso contesto su grata del 9. Me parece que ha hecho Ud. muy bien en reunir sus artículos. Tarde o temprano encontrará Ud. editor o lo “cazará” Ud.

Santos González debió aprovechar de la ocasión de unir su nombre al de un escritor moderno, de gran alcance.

Acabo de recibir el “especial” de la *Revista de Filología*, de una pericia crítica, de un vigor, de una erudición que me era conocida. Le felicito, con tal de que no se extravíe Ud. en la especialidad por brillante que ésta sea. Creo que en Madrid crecerá Ud. en sabiduría y que será muy útil su paso por esa ciudad que demasiado ignoramos.

Saludos a Pedro Henríquez, cazador también aunque no de dólares. Ha tiempo que nada sé directamente de él.

He dado a Ventura su recado. Queda muy agradecido. Siempre en empresas de gran calidad y grande “envergadura”.

Muerto (?) es una última baja civil de la guerra. Realmente, ha muerto de desencanto disfrazado de apoplejía, un anarquista intelectual enfrente de la tremenda afirmación de la guerra... Van cayendo otros que ven en su ideología una religión, casi muerta. Y esta otra Francia más fuerte encantará y divertirá menos al mundo.

París triste y grave. Noches sin luminarias, salvo las celestes, raras en la estación. Heridas y fe en el éxito. Vida archi cara y pocas diversiones. La censura florece y la guerra dura.

Muchos recuerdos nuestros a la señora.

No olvide enviarme noticias de sus éxitos literarios y de su “penetración” (sin veleidades bizantinas) en ese medio.

Suyo, cordialísimo,

Francisco

5. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

París, 23 de mayo de 1915

Querido Alfonso:

Le sigo en el *Heraldo*, donde es Ud. a veces sutilísimo. Adivino que se va Ud. adaptando y que su actividad va a ser muy eficaz. Sólo que va Ud. a extrañar aquel simpático desorden de papeles, de carpetas y registros con índices diversos que movía Ud. como cubiletes.

Ha hecho Ud. muy bien en pensar en un libro. Dígame quién lo va a publicar y si está Ud. en buenas relaciones con los editores.

Necesito explicaciones sobre aquello de los estudios históricos. ¿Se dedica Ud. a la historia?

La Revista no resucita: el momento no es propicio. Pensamos en la colección aquella de libros, con vaguedad correspondiente a la hora incierta que pasa.

Ventura está en relación con Fouché-Delbosc que le ha pedido un artículo sobre la literatura peruana para su revista. Al mismo tiempo, di-

rige una encuesta sobre el Quijote que va resultando muy bien. Yo me engolfo en los estudios pangermanistas con miras a un folleto o cosa así. Escribo siempre para *La Nación* artículos sobre la ideología de la guerra.

Esto va muy largo, demasiado, hasta de un año más se habla, de manera que no hay plan posible.

Fombona ha estado aquí pocos días. Me dice que va a publicar un libro de artículos. Como Ud. ve, nadie escapa a la regla común. Yo también pienso reunir algunos si hallo editor.

Escríbame largo aunque no le llegue la máquina. Su bastardilla no fatiga la vista.

Cuénteme Ud. sus relaciones, las masculinas naturalmente, qué lee Ud. y qué proyecta.

Mis respetos a su señora y para Alfonsín un saludo borbónico.

Suyo de siempre que lo abraza,

Francisco

6. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

París, 8 de junio de 1927

Mi querido Alfonso:

Me acaban de decir que ha partido Ud. para Nueva York y que de allí se dirige a Buenos Aires. En el acto le escribo para que esta carta le llegue antes de instalarse en su nueva capital y le diga que pienso mucho en este avatar, que le acompañe cordialmente y espero pueda Ud. realizar su plan de volver antes de mucho a la vieja y querida Europa.

Su carta de abril me trajo mil noticias gratas, a la vez inquietudes y esperanzas. A través de ella adivino algunas certidumbres y aquí también en diversas conversaciones me ha parecido descubrir que está intacta la fuerza de Ud. y que nada tiene que temer del porvenir, a pesar de las “complicaciones” naturales y necesarias, sin las cuales se aburriría Ud. a morir.

De Rosa Amalia tengo noticias tristes. Ha encontrado muy grave a su hermana, murió una cuñada suya. En fin, siquiera fue buena la travesía, sin mareo y en excelente compañía.

A Manuela recuerdos muy cariñosos. Ella ha de adaptarse con su prodigiosa facilidad a su nueva vida. Al grave Alfonsito una sonrisa. Ésta se limita a llevarse mis votos, saudades, augurios. Espero nuevas letras de Ud. que me digan sus impresiones de llegada.

Muy estrechamente le abraza,

Francisco

7. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

París, 20 de septiembre de 1927

Mí querido Alfonso:

Contesto su carta del 22 de agosto.

Rosa Amalia seguramente no ha escrito a Manuela porque ha pasado tristísimos días. Acaba de morir su hermana y las cartas que recibo son angustiosas.

He leído en los diarios elogios tan justos y fervientes a Ud. Creo que ha llegado Ud. en hora feliz y que le van a engrerir y a consolar de la mejor manera posible. El destierro será menos ingrato, aunque adivino todo lo que Ud. no me dice y mucho pienso en Ud. Naturalmente, se van al canasto con los proyectos de Manuela. Nada hay que hacer. Si Ud. fuera vanidoso, podría satisfacerle el entusiasmo de todos a su lado.

Yo aquí en la vida que Ud. conoce, más difícil ahora. Pronto le enviaré mi libro sobre Alemania que en estos días sale a luz donde el terrible Maucci. Escribo muchos artículos, me disperso, pero felizmente tengo tiempo para leer. París está un poco gris, invadido por los americanos bulliciosos e infantiles, pero es siempre París.

A Manuela afectos muy cordiales, a Alfonsín mil votos y para Ud. un fraternal abrazo de

Francisco

8. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

París, 4 de enero de 1930

Mi querido Alfonso:

Cuántas cosas me dice su carta. Leo entre líneas que Ud. también es un desengañado y un melancólico europeizante. Nada podemos hacer sino esperar, no en el redescubrimiento de América de que habla [Waldo] Frank sino en una reliberación del continente.

Aquí le espera el árbol bíblico que nos cubrirá a todos y bajo el cual cantaremos nuestra elegía. Realmente estamos de más en tiempos tan positivos.

Delicioso su folleto. Gracias mil por el recuerdo.

A Manuela cariños mil, los votos nuestros a Alfonsito, saudades y un abrazo en estos primeros días de 1930 de quien siempre le recuerda,

Francisco

9. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

París, 27 de julio de 1930

Mi querido Alfonso:

Delicioso su correo literario libre, variado e ingenioso. Creo que con él se venga Ud. de sus tareas habituales demasiado cotidianas.

Estoy completamente restablecido. Los oculistas me encuentran bien. He limitado mis horas de trabajo, como es natural, y creo que todo irá muy bien. Temiendo a mi vez ser impúdico, le diré que me ha conmovido lo que Ud. me dice y que en ocasiones lo había maliciado, sin atreverme a creer que se trataba de una realidad interior, honda y gratísima. Cierro mi confesión como Ud. ha clausurado la puerta de sus confidencias.

Les recordamos mucho en todas ocasiones. Suponemos que van adaptándose lentamente a su nueva residencia, pero que echen todavía de menos a Buenos Aires, donde fueron tan halagados.

Nada de nuevo aquí. Mariano Brull viene de tiempo en tiempo a París y es Ud. siempre el centro de mi conversación con él.

Rosa Amalia le escribe a Manuela, a quien le ruego diga mil cosas afectuosas de mi parte. A Alfonso II, que será ya un hombre de pro, votos y cariños míos.

Le abraza estrechamente,

Francisco

10. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

París, 5 de diciembre de 1930

Mi querido Alfonso:

Tiene Ud. mucha razón en decir que no hay motivo para mi silencio en el desempeño de un cargo efímero sobre el cual pesan las obligaciones que Ud. conoce. Bien sabe Ud. que no le olvido pero estos meses han sido malos para mí y sólo ahora me siento restablecido. He sufrido, después de la segunda operación, una depresión que me ha tenido fatigado por mucho tiempo.

Sé que está Ud. contento en ésa porque puede trabajar a su gusto. Ello me complace mucho porque podrá Ud. componer algún libro definitivo. Su diario tan personal me parece interesantísimo.

Estoy entregado a las labores de la Legación y he abandonado todo otro empeño por el momento. Leo poco y escojo el santo reposo mientras llego a tener plena salud.

Mucho les recordamos aquí Rosa Amalia y yo, conversamos siempre de Uds., del viaje que harán a París próximamente, no lo dudo; les extrañamos y les deseamos días muy prósperos en el año que va a empezar.

Para Manuela y para el delfín convertido en adolescente triunfador, recuerdos muy cariñosos.

Le abraza, le recuerda y le espera, suyo,

Francisco

11. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

París, 2 de noviembre de 1931

Muy querido Alfonso:

Estoy muy avergonzado con Ud. porque tengo carta suya que no he contestado a pesar de haber tenido mil veces el deseo de hacerlo. No le he felicitado por su magnífico *Discurso por Virgilio*, por tantas páginas suyas tan hermosas. Si Ud. cree que *la sua favola è finita*, como decía nuestro Gonzalo, qué pensarán otros con dones inferiores a los de Ud.

Ventura ha sido nombrado representante del Perú ante el Instituto de Cooperación Intelectual, de manera que tendrá en él doble función, representando también a Ud.

[Teófilo] Braga me ha dicho últimamente que está encantado del interés con que sigue Ud. cuanto se hace en el Instituto.

Nada especial que contarle de estas tierras tan inquietas ahora y de nuestra América que parece avecinarse a la catástrofe. Escuchamos diarias lamentaciones. Abundan inquietantes profecías. Nos hemos vuelto todos pesimistas. Brull que acaba de llegar, lo es en grado sumo. Y lo peor es que no queda libertad para la obra del espíritu. Nada de cohete en el caso de Ud.: mantenga Ud. la llama sagrada.

Orgullosos estoy del sitio cálido y constante que me reserva Ud., donde hallo siempre un afecto invariable. Aquí conversamos de Uds. continuamente y esperamos verles dentro de poco.

Un abrazo fraternal de

Francisco

12. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

París, 19 de abril de 1932

Querido Alfonso:

Recibo hoy su correo y quiero escribirle en el acto. Admirable y muy de actualidad me parece esa serenidad goetheana en estos días inquietos. Virgilio le atrae y olvida Ud. un instante la angustia universal.

Muy bien todo lo que Ud. hace, este *sursum* que envía a todos los extremos del horizonte. A cada rato sé o leo que todos le recuerdan y le admiran como usted merece. Me siento engreído de ese concierto de elogios. A Manuela y al infante, cariñosos recuerdos y para usted un estrecho abrazo de

Francisco

13. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

París, 11 de septiembre de 1932

Querido Alfonso:

He recibido sus dos folletos y quiero decirle que no se preocupe Ud. sobre lo que digan en su tierra. Me parece inútil el esfuerzo que se realiza para convencer a amigos y enemigos de que no ha sufrido desmedro el sentimiento patriótico con la ausencia. Creo que hay en nuestros países una suerte de envidia difusa para el que vive en el extranjero. De ella sufrimos todos los que residimos fuera del país. En esta ocasión nos ha valido el ataque a Ud. una magnífica respuesta.

Temo que no le perdonen su éxito sonoro en Europa: traducciones en Alemania, elogios en el *Fígaro* de aquí. Todo buena cosecha, diría nuestro Rubén.

Ventura acaba de ser nombrado ministro en el Brasil. Tendrá en Ud. un delicioso compañero y un guía que le facilite la adaptación. Muy tristes estamos de esta separación obligada.

No sé si conoce Ud. a un sociólogo brasilero Ataide que me parece muy interesante. Déme alguna noticia sobre él.

Con frecuencia hablamos de Uds., de Alfonsito que será ya un hombre completo. Esperamos siempre verles aquí si realizan el viaje anunciado. Ventura les dará noticias nuestras y nos escribirá sobre Uds.

A Manuelita mil afectos y para Ud. un estrecho abrazo de

Francisco

14. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

París, 24 de octubre de 1934

Mi querido Alfonso:

Acabo de recibir su “correo literario” y he leído en él la noticia de su regreso a México. Hace pocos días le escribí a Río de Janeiro y espero que mi carta haya llegado a sus manos.

No sé si vuelve Ud. a México para permanecer allí algún tiempo y venir a Europa después o si se trata de un simple viaje con licencia que supone el regreso no lejano a Brasil. Siempre esperamos Rosa Amalia y yo, con obstinada esperanza, verles aquí o a algunas horas de distancia, en una gran capital europea.

No tengo que decirle que admiro su actividad, la manera como concilia Ud. diversas y contrarias tareas, la bibliografía tan precisa y esmerada y el audaz ensayo, las tareas burocráticas y los viajes diplomáticos. Este último número me sorprende particularmente. En filosofía, que es mi afición de siempre, está Ud. al corriente de lo más nuevo.

Les deseamos de todo corazón días de paz en México y la solución de problemas particulares que han de apretarle e inquietarle seguramente.

Un abrazo muy estrecho de su

Francisco García Calderón

15. De Alfonso Reyes a Francisco García Calderón

México, D. F., 20 de septiembre de 1947

Excmo. sr. don Francisco García Calderón
Al cuidado de la Legación del Perú,
Ginebra, Suiza

Francisco siempre querido y recordado:

Ni siquiera sé si esta carta va bien dirigida. Pero Manuela y yo no soporamos ya esta incomunicación entre ustedes y nosotros, que nada justi-

fica. Su recuerdo está siempre a la vista en casa, hasta por fotografías de antaño. No hay día en que, por algún motivo, no los nombremos. Por favor, que no crezca más yerba en los caminos de esta firme y antigua amistad. Una palabra de ustedes nos hará muy felices. Abrazos,

Alfonso Reyes

16. De Alfonso Reyes a Rosa Amalia de García Calderón

México, D. F., 20 de octubre de 1947

Sra. Rosa Amalia de García Calderón
Av. San Isidro 395
San Isidro
Lima, Perú

Querida Rosa Amalia:

Acaba de llegar a mis manos su carta del 16 de octubre y, mientras Manuela le escribe, me apresuro a ponerle unas líneas para comunicarles la emoción y alegría con que he leído sus letras. Los hemos seguido punto por punto en toda su odisea. Nunca hemos estado lejos de ustedes.

Comprendo perfectamente la desazón de Francisco, pero tiene usted razón: nuestra Europa ya no existe. Hay que seguir el viaje con el nuevo caballo que nos han dado en la posta.

Hacemos fervientes votos por la salud de Francisco. ¡Qué no daríamos por tener a ambos junto a nosotros!

Hasta pronto, que esta nueva relación no se ha de cortar más.

Un fraternal abrazo de su viejo amigo,

Alfonso Reyes
Av. Industria 122

17. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

San Isidro, 1o. de diciembre de 1947

Av. San Isidro 395
San Isidro
Lima

Mi querido Alfonso:

Por estar enfermo no contesté, al mismo tiempo que Rosa Amalia, su carta tan afectuosa. Ahora estoy bien de salud después de largos meses de depresión.

Carmen Cevallos me ha prestado varios libros de Ud. que pertenecen a la Biblioteca Nacional. He pasado horas gratísimas leyendo sus estudios literarios y releendo los que ya conocía. La obra denominada *El deslinde* es extraordinariamente interesante. El talento de Ud. culmina en un otoño magnífico. Aunque le admiro desde hace muchos años, he hallado en esta lectura razones de admirarle más todavía. Le ruego que no me olvide en la distribución de los nuevos libros que publique.

Vamos a residir aquí por largo tiempo, después de ausencia tan prolongada. Tengo en proyecto algunos libros y me parece que hallaré vagar y salud para hacerlos.

Me ha apenado mucho la muerte de Caso y de Henríquez Ureña.

Le ruego me dé el nombre y la dirección de un librero mexicano a quien pueda yo dirigirme. ¿Se ha publicado en los últimos diez años algo notable en literatura, historia, filosofía y sociología?

Rosa Amalia se ríe de que yo planeo viajes que no realizo. Es una inocente manía. Viviendo ahora en Lima, me vienen deseos de visitar México. No sé si la vida es cara ahí y le ruego me dé algunos datos al respecto.

A Manuela y Alfonsito nuestros afectos y para Ud. el más estrecho y cordial de los abrazos de su invariable

Francisco

18. De Alfonso Reyes a Francisco García Calderón

México, D. F., 8 de diciembre de 1947

Sr. don Francisco García Calderón
Av. San Isidro 395
San Isidro
Lima, Perú

Mi querido Francisco:

Ha sido para mí una gratisísima emoción recibir su carta del día 1o. y volver a leerlo después de tanto tiempo. Nos llena de alegría el saber que su salud se rehace, y yo estoy más que orgulloso de que mis libros le sirvan de compañía. Les tengo envidia. Ya le enviaré muchas, muchas cosas, pues según mis apuntes, suspendí mis remisiones, por las catástrofes del mundo, en 1941, en que le mandé *La crítica en la Edad Ateniense*.

Siga usted soñando en el posible viaje a México, que al fin de esos sueños se hacen de repente las realidades. Consúltese a Calderón y a Shakespeare.

Sí, carísimo Francisco, me voy quedando solo: además de Caso y Henríquez Ureña, se me han ido [Enrique] Diez-Canedo y Ángel Zárraga. Yo me he pasado enfermo prácticamente todo el año, cuando no por achaques del corazón, con otras molestias.

Esperamos por acá que venga Carmencita Zevallos. Ella tendrá que instalarse largamente a contarnos de Rosa Amalia y usted.

¿Si la vida es cara en México? La respuesta es ya muy difícil, porque todo es más caro que hace, digamos, seis años. No creo que un matrimonio pueda vivir cómodamente con menos de unos 400 dólares al mes. Claro que en todo cabe el estirar y encoger. Pero este punto lo vamos a dejar para alguna carta que Manuela escriba directamente a Rosa Amalia. Entretanto, a mí no me haga usted ningún caso.

Cariñosos abrazos,

Alfonso Reyes
Av. Industria 122

19. De Rosa Amalia de García Calderón a Alfonso Reyes

San Isidro, 12 de diciembre de 1948

Querido Alfonso:

Es cierto lo que escribió Carmen D. de E. sobre el estado de Francisco, se lo comunico con profunda pena, no sabe cuánto y cuánto he sufrido desde la ida a Alemania que le fue fatal. Se puso malo y ha tenido que entrar a una clínica.

Estoy casi segura que escribió a Echagüe a la Argentina con la misma idea de dar allá conferencias. Pobre hijo mío, tiene toda su memoria y lucidez para lo que trata de su cultura, hasta dio (contra mi voluntad) una conferencia que aplaudieron mucho pero que no estaba a su altura. Eso acabó de ponerlo eufórico e incontenible en su conducta.

Mucho sufro y sabe Dios cuánto más tendré que pasar, que se haga su voluntad.

Cariños a Manuela. Para los dos un estrecho abrazo de su vieja y fiel amiga,

Rosa Amalia

20. De Francisco García Calderón a Alfonso Reyes

San Isidro, 26 de abril de 1949

Mi querido Alfonso:

Supongo que recibiría Ud. la carta en que le decía mi admiración por sus dos últimos libros en los que aparece Ud. como un *scholar* europeo con personalidad y cultura propias e inmensa cultura. Pocos en América podrían ufanarse de tal esfuerzo. Hace poco he leído sus versos delicados y deliciosos. Por todo ello lo felicito de corazón.

Tenía el catálogo del Fondo de Cultura mexicana pero se me ha extraviado, le ruego me haga enviar otro.

No sé de nuevos libros mexicanos que merezcan ser leídos. He leído que Vasconcelos ha sido muy bien recibido en el Congreso de Filosofía de la Argentina.

Para Manuelita nuestros mejores recuerdos y los de Rosa Amalia para Ud., con un abrazo muy estrecho de su viejo amigo que lo admira y quiere,

Francisco García Calderón
Paz Soldán 167
San Isidro
Lima, Perú

21. De José de la Riva Agüero a Alfonso Reyes

Lima, 28 de octubre de 1911

Señor D. Alfonso Reyes
Méjico

Muy apreciado señor:

Hace algún tiempo me llegó su estimable libro *Cuestiones estéticas*, con dedicatoria manuscrita de Vd. y prólogo de mi fraternal amigo Francisco García Calderón. He incurrido, muy a pesar mío, en la falta de no acusar a Vd. pronto recibo de su obra y de no agradecerle inmediatamente su amabilidad. Pero las circunstancias me disculpan en algo. Cuando me llegó el libro de Vd. estaba tan agitada y febril la opinión pública de mi patria y era tan absorbente la general preocupación política en esos momentos (porque parece inevitable destino de nuestros respectivos países el asemejarse en todo) que yo mismo, de ordinario alejado de la vida pública, me encontraba metido en ella, en constante agitación de manifestaciones, discursos, banquetes políticos y al cabo prisión, felizmente muy breve. Vuelto ya a mi vida normal, me he puesto a leer los libros y publicaciones que en toda aquella temporada de agitación me habían ido llegando, y entre todos ellos me ha interesado especialmente el de Vd.

En uno de los artículos del volumen he visto que defiende Vd. a Góngora, como también lo hizo mi compatriota el canónigo cuzqueño Espinosa Medrano, llamado *el Lunajero*, en el siglo XVIII.

Como muestra de correspondencia a la amabilidad de Vd., de la que quedo muy sincera y profundamente agradecido, me permito en-

viarle un libro y un folleto míos, que presenté para mis últimas tesis universitarias. Puesto que el gongorismo no le asusta, espero que juzgará con indulgencia a dos gongorinos antiguos de mi tierra (bien es verdad que gongorinos en prosa), el padre Calancha y don Pedro Peralta, de quienes hablo largo en mi libro.

Téngame Vd. como amigo y servidor obsecuente, que se complace en ponerse a sus órdenes,

J. de la Riva Agüero

22. De José de la Riva Agüero a Alfonso Reyes

Madrid, 9 de septiembre de 1920

Sr. D. Alfonso Reyes

Mi querido amigo:

De regreso a Francia, me voy mañana con mi familia a concluir el verano en Santander. Volveré a Madrid en octubre.

Anoche me llegó su tarjeta del 4. Veo por ella que, aún más que a mí, lo atraen las solemnidades eclesíásticas, pues ha hecho Ud. viaje especial a Toledo, para asistir al entierro del Cardenal.

Ojalá tenga Ud. algún tiempo libre este otoño para que realicemos juntos otra excursión a ciudades viejas, Ávila por ejemplo, adonde quiero volver y donde podemos satisfacer nuestras aficiones históricas y litúrgicas. —¿Apareció ya el tomo de versos que preparaba Ud.?— Supongo que no hallarán cabida en él las improvisaciones de legítima *ecolalia* que le escuché a Ud. tantas veces.

Yo redacto ahora, para el Boletín de la biblioteca Menéndez Pelayo, con la cual estoy en deuda, un estudio sobre el Perú incaico y colonial. Como quizás le interese a Ud. la primera parte, por la analogía de los problemas arqueológicos peruanos con los de las civilizaciones indígenas mejicanas, tan luego como se imprima el número respecto del Boletín, se lo mandaré a Ud.

Muchas gracias por el aviso de la carta que hay para mí en el hotel de Toledo. Telegrafio pidiéndola.

Recuérdeme Ud. a Henríquez y Chacón, que me tienen muy olvidado. Mi dirección hasta fines de septiembre es Santander, Hotel Real, en el Sardinero.

Mi madre y mi tía agradecen, corresponden los saludos a Ud.

Presente Ud. los míos más atentos a su señora; y Ud. reciba los afectuosos de este su cordial amigo, que le estrecha la mano,

J. de la Riva-Agüero

23. De Alfonso Reyes a Luis Fernán Cisneros

México, D. F., 25 de noviembre de 1944

Excmo. Sr. don Luis Fernán Cisneros
Embajador del Perú
Av. Chapultepec núm. 574
Ciudad

Mí querido Embajador y amigo:

La noticia del fallecimiento de Riva Agüero me ha apenado profundamente.

Sin tiempo para escribir nada que valga la pena, le ruego haga llegar a nuestro querido y admirado Belaúnde las anexas palabras.

Un abrazo de su viejo amigo,

Alfonso Reyes

24. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes

París, 7 de septiembre de 1915

Muy distinguido amigo:

Su bondad, “gout l'éloge n'est plus à faire”, le hará excusar esta imperpetinencia: que mi primera carta sea un petitorio. Mucho le agradeceré que

cuando vaya a la Biblioteca Nacional me haga favor de ver en la Sala de Manuscritos si se encuentra allí el libro *Armas antárticas*, de don Juan Miramontes y Zuázola (poema escrito en Lima de 1607 a 1616). Otra cosa: ¿podría usted pedirle a uno de los castriperritos que me den un dato sobre la estadía en México de don Esteban de Terralla y Landa, español autor del famosísimo libro *Lima por dentro y fuera*, que fue de México al Perú hacia 1760? Mil y mil gracias. Lo leo —con menos frecuencia de lo que sus amigos desearíamos— en *El Fígaro*. ¿Qué hace Ud.? He hablado de Ud. muchas veces con el Sr. Foulché-Delbosc (que está sorprendido de yo recibir noticias suyas).

Ojalá pueda usted hacer pronto el estudio sobre la literatura mejicana. En octubre le mandaré el mío sobre la literatura peruana, que publicará la *Revue Hispanique*.

Excusándome de nuevo por la molestia, le envío un cordial apretón de manos,

Ventura García Calderón
3 rue Dalou, París

Tercera estación de la Vía Crucis:

¿Sabe usted si existe todavía en Madrid (y en caso afirmativo, en poder de quién está) la Biblioteca del difunto don José Sancho Bayón, bibliógrafo muy conocido allí?

25. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes

París, 14 de enero de 1917

Mi querido amigo Alfonso:

Recibo su cariñosa carta y me apresuro a contestarla. Mil y mil gracias por todo. Creo, como Ud., que una buena selección de Díaz Mirón sería un éxito admirable. ¿Quiere Ud. hacerme el favor de repetirle al poeta mi pedido? ¡En manos de Ud. encomiendo a Méjico! Espero con el más vivo interés el programa que Ud. va a mandarme y que seguiré al pie de la letra. No me dice Ud. nada de una colección de los versos de Sor Juana Inés que también le proponía.

Otra cosa: entre los libros que pienso publicar figurarán: *Los mejores cuentos americanos* y *Los más recientes poetas de América*. Para el primero, le ruego que me envíe algún o algunos cuentos, haciéndolos copiar (Ud. me dirá los gastos que esto origine). Tengo ya cuentos *regionales* de casi todos los países hispano-americanos. En *Los más recientes poetas de América* quisiera publicar versos de los jóvenes que comienzan, los últimos, los que no tienen treinta años. Un escritor de cada país americano hará la selección correspondiente; y la obra llevará en la portada el nombre de todos los colectores. ¿Quiere Ud. encargarse de Méjico?

En espera, pues, de su programa, le estrecha cordialmente la mano su afmo.,

Ventura García Calderón

P. D.: Le ruego que, por supuesto, no diga a nadie nada de todo esto. Ud. comprenderá bien por qué.

26. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes

París, 20 de marzo de 1917

Querido amigo:

Pancho me dice que tiene Ud. la exquisita bondad de estar haciendo copiar mis tres cuentos mexicanos. Mil y mil gracias. ¿Sería abusar de esta bondad rogarle que me los envíe en seguida? Quisiera dar a la imprenta sin tardanza el tomo de "cuentos americanos" que será el segundo de la colección. Acabo de remitir el primero a la casa Maucci. No se olvide Ud. de decirme a cuánto ascienden los gastos de copista y correspondencia: me resentiría con Ud. si no me lo dijera. Le considero a Ud. como mi asociado para la sección mexicana. ¿Cree Ud. tener pronto alguna respuesta a las cartas que escribí pidiendo autorizaciones? Desearía dar pronto, muy pronto, alguna novela de Altamirano o cuentos de Gutiérrez Nájera o poesías de Díaz Mirón. Para el buen éxito de la Colección es necesario publicar muchos libros al comienzo.

Esperando sus noticias y excusándome por tantas molestias, le envío mi más cordial apretón de manos,

Ventura García Calderón

27. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes

París, 28 de abril de 1917

Mi muy estimado amigo:

Ante todo mi cordial aplauso por el libro. Me gustan más que los otros ensayos —extraordinariamente— “El suicida”, el “Monólogo del autor”, la “Dedicatoria”. ¡Cómo pueden sorprenderle las frases que me cita! Éstas son páginas para los *happy few*. Su elegancia sinuosa, sus alusiones mentales, su erudición selecta y hasta la sonrisa tan tenue y tan discreta, no parecen destinados al gran público. Es preciso optar: si la admiración de todo el mundo o de unos cuantos convidados al banquete. No creo posible obtener lo que Nietzsche pretendía al escribir *Un libro para todos y para nadie*.

Mil gracias por su carta y los cuentos. Espero con el más vivo interés los que me anuncia en la hoja suelta; publicando únicamente los del Sr. Silva y Aceves quedaría la selección incompletísima. Los incluiré de todos modos, aunque sea a última hora, en las últimas páginas del volumen. Nadie me ha escrito de Méjico.

¿Quiere Ud. tener conmigo una entera y generosa franqueza? Me parece observar en el tono de su carta que mi urgencia y mi insistencia le importunan. Imaginé —excúseme Ud.— que podría Ud. ayudarme eficazmente, encargarse, en suma, de la sección mejicana de la colección que he fundado. Hasta esperaba un prometido plan. Tal vez otros afanes no le dejan libertad ni ganas para secundarme en mi aburrido empeño. Temería que por delicadeza y fineza suyas no quisiera Ud. decírmelo. Sería un error. Yo sabré comprender perfectamente la abstención de Ud. Me interesaría, por ejemplo, publicar en seguida (es decir, tener listo el volumen en el curso del mes próximo) los cuentos de Gutiérrez Nájera con un prólogo corto de Ud. Y digo corto para no abrumarle. ¿Quiere Ud. decirme con toda sinceridad si ve Ud. la posibilidad de darme gusto?

Acepto con el mayor gusto la obra que Ud. me propone para darla un poco más tarde. Antes hubiera deseado publicar algo de tres o cuatro mejicanos sobresalientes: Díaz Mirón, Altamirano, Gutiérrez Nájera.

¿A dónde puedo encargar la Biblioteca de novelistas mejicanos? Imagino que encontraré en ella muchas cosas interesantes.

En espera de sus prontas noticias y agradeciéndole de nuevo sus bondades, le envió un cordial apretón de manos,

Ventura García Calderón

P. D.: No se olvide Ud. de decirme en seguida a cuánto ascienden los gastos de copias.

28. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes

París, 11 de mayo de 1917

Muy querido amigo:

Si la palabra gratitud no estuviera tan prostituida, éste era el caso de emplearla para agradecer su cariñosa carta, su telegrama y los documentos que en él me anuncia. Pero Ud., que sabe leer entre líneas, adivinará cuán obligado quedo por tantas mercedes.

Deseo publicar los *Cuentos y fantasías* de Gutiérrez Nájera íntegramente, o los mejores cuentos, si la obra es demasiado extensa. (Por ahora me limito a libros que consten solamente de un tomo). Comparto el escrúpulo de Ud. y mucho me ha hecho reír la humorística frase en que compara el permiso tardío por solicitar, con los sospechosos de México, fusilados a cargo de averiguar después su culpabilidad. Es lástima grande que el procedimiento sea muchas veces indispensable en América. Casi se justifica nuestro querido *condottiero* Fombona que está, como él dijo alguna vez, más allá del bien y del mal... Porque todos los perros del hortelano han hecho cría en América. No pueden editarse, ni quieren dar permisos. Algunos escritores que me han respondido suponen —¡y válgales la ingenuidad!— que ya traje los tesoros del Perú.

No puedo proceder con el aplomo de Fombona. “*Tant mieux ou tant pis ou tant mieux*”, como decía Verlaine. Quisiera, como Ud., que le pidiéramos permiso a esa viuda consolada; y, como Ud., supongo que sería candoroso esperar una respuesta. Creo, pues, que *excepcionalmente* —y Ud. dirá que está llena de inmoralidad esta palabra— podríamos

publicar la obra, enviándole a la señora la pequeña suma que el poco dadivoso Maucci concediera. Pero si Ud. cree que obramos de ligero, dejemos en paz al Duque Job y tengamos la paciencia de su ilustre tocayo. No sé, además, si habrá un tratado de propiedad literaria entre España y Méjico: le ruego que lo averigüe. En fin, Ud. me aconsejará y seguiré al pie de la letra su consejo.

El más cordial apretón de manos de su afmo.,

V. García Calderón

Acabo de recibir los cuentos de Gutiérrez Nájera. Yo sólo quería uno o dos. Tanto mejor que hayan venido varios, pues me servirán para un segundo tomo de "cuentos americanos". Otra vez gracias; y no se olvide de enviarme la cuenta del copista. Probablemente recibiré mañana o pasado mañana los cuentos que me anuncia en su bondadoso telegrama. ¿Quién es un Luis de Avellaneda que acaba de publicar en Nueva York *Aroma tropical* (leyendas y cuentos mexicanos)?

V. García Calderón

29. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes

París, 6 de junio de 1917

Mi querido amigo:

Mil gracias por su promesa de enviarme pronto *Cuentos y fantasías* (yo no tengo, ¡hélas!, esa linda letra cursiva que le envidio). Tal vez sería mejor y más sencillo que me remitiera Ud. su ejemplar con el prólogo que va a tener la bondad de escribir. Esto, si la obra de Gutiérrez Nájera no fuera muy difícil de obtener en México. Yo encargaría al librero que Ud. me indicó otro ejemplar para reemplazar el de Ud. que no saldría muy bien parado de manos de los cajistas. Ud. dirá.

El libro formará el tercer volumen de la Colección y lo daré a imprimir en seguida. Como Blanco Fombona conoce por Ud. mis intenciones de publicarlo, espero que no se adelantara a mi proyecto; y así se

lo escribo hoy. Lo contrario sería salir de la *neutralité bienveillante* en que vivimos ambos.

Rodó se ha muerto y tantos imbéciles no se mueren. Hay una Providencia *à rebours* que da ganas de tirarse al río en seguida. Tiene Ud. razón en indignarse. Será preciso que nos indignemos en coro un día todos los hombres sinceros del mundo y que “aulemos con los lobos” como aconseja el dicho francés. Mucho me alegraré de que le diga Ud. las verdades a Azorín. Cualquiera de estas mañanas desempolvo un tomito de *Castigos* que tengo en conserva y lo echo al mundo, desde Sirio, como esos tubos de bacilos que los aviadores lanzan sobre los lazaretos.

Mil gracias por el recado que me transmite. Ya Chacón y Calvo me han escrito en el mismo sentido.

Conozco y aprecio muchísimo el talento de Gómez de la Serna. En otro país su libro *El rastro* hubiera obtenido un éxito inmediato. ¿Habrá leído ese escritor los exquisitos, enervados, y extraños libros de Francis Poictevin en donde este contemporáneo de los naturalistas presentía ya todas las “delicuescencias”? El parecido es tan singular, la estructura literaria es tan vecina, que casi me atrevería a negar la simple coincidencia.

Tuvo Ud. la bondad de darme datos sobre Rafael Delgado; pero no me dijo Ud. el nombre y señas del heredero de quien pudiera recabar el permiso para editar las novelas. Como voy a encargarlas al librero que Ud. me recomendó, me gustaría mucho saber a quién puedo dirigirme en el acto.

La traducción hecha por Heredia y que Ud. desea, está agotada en casa de Lemerre. (Me dicen que sólo tienen los dos últimos tomos.) La he encargado a diferentes libreros “de ocasión”, y apenas me la consigán, se la remitiré. Pero me quitaría Ud. la confianza —de que abuso tal vez— si no me dijera con entera franqueza, todos los gastos que le estoy ocasionando. En el *Boletín* de Martinenche o en otro que va a fundar la Sorbona, publicaré una larga nota bibliográfica sobre *El suicida*.

Le estrecha ambas manos su afmo.,

V. García Calderón

¿Quién es don José de J. Núñez y Domínguez, director de la *Revista de Revistas*, que me escribe proponiéndome un libro de cuentos y crónicas? —¿No sabe Ud. si hay en España alguna casa editorial que publique

ediciones menudas como *El Convivio* o las *Ediciones Mínimas*? Le explicaré por qué: Rafael Arévalo Martínez a quien le pedí *El Hombre que parecía un caballo*, me responde enviándome un libro de versos: 25 páginas en máquina, exiguo material para uno de mis volúmenes. Y aunque me pide que escriba yo el prólogo, no puedo, como nuestro González Blanco, “macanear” en trescientas páginas. Desearía pues satisfacer al escritor guatemalteco publicando su folleto en otra parte.

30. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes

París, 22 de diciembre de 1920

Muy recordado amigo:

Para corresponder en algo a su gentilísimo envío del *Plano oblicuo*, le mandaré dentro de pocos días un nuevo libro, *Cantilenas*, en donde sale a luz el indio elegíaco que todos llevamos adentro. Ud. ha estrangulado al indio. “Tant mieux ou tant pis ou tant mieux”, decía Verlaine. Un ario burlón, un Estebanillo filósofo se desliza por el plano oblicuo para explorar todos los recodos del espacio y del tiempo. No se fatigará como Bouvard y Pecuchet porque lo lleva de la mano la musa de la ironía; pero algunos desearíamos que lo acompañe también la musa de la piedad. El indio elegíaco se impacienta a veces y murmura: “Si quieres conmovirme, llora tú primero”.

Le deseo al *Plano oblicuo* el más lisonjero éxito. Sólo temo que la exquisita música espiritual de Ud. no llegue sino a los oídos educados de Próspero y Miranda. En América prevalecen los orfeones de Calibán y el jazz-band de Vargas Vila.

Nuestro amigo Marius André le envió a Ud. su traducción de Góngora y desea que Ud. escriba la reseña crítica de un libro para *Hispania*. Mucho me halagaría Ud. enviándome en seguida algunas cuartillas sobre André y su gongorismo.

Le estrecha ambas manos su afmo.,

V. García Calderón

31. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes

París, 4 de noviembre de 1921

Querido amigo:

Me prometió Ud. gentilmente perseguir a la Princesa Paca o a sus coadjutores. ¿Qué se fizieron? Después de escribirle, recibí una carta “normanda” del Sr. Prieto en que me decía que era el propietario de los derechos de Rubén, pero que también no lo era. Para descifrar la charada me enviaba a casa de Caifás o lo que es lo mismo al director de *Mundo Latino*, a quien escribiré pronto. Sólo Ud. puede desenredar la madeja.

He asumido la dirección literaria de la Casa Editorial Franco-Ibero-Americana que tiene grandes y hermosos proyectos. Para una selección de páginas de González Martínez, ¿podría Ud. mandarme alguno de los artículos que ha escrito sobre el poeta?

Sale en enero con las banderas desplegadas (estímulos y rencores, “todo buena cosecha”), la Revista anunciada para la cual contamos con la frecuente colaboración de Ud.

En la serie de colaboración que mi casa editorial prepara, hay una consagrada a las leyendas populares de cada país (ediciones francesa y castellana). ¿Podría usted encargarse de preparar para nosotros unas *Leyendas mexicanas*?

Un cordial apretón de manos de su afmo.,

V. García Calderón

No tengo sus señas en Madrid.

32. De Alfonso Reyes a Ventura García Calderón

Madrid, 11 de julio de 1922

Mi querido amigo Ventura:

Hubiera querido expresarle personalmente mi agradecimiento por el comentario que dedica usted a la 3a serie de “Simpatías y diferencias” en

la *Revue de l'Amérique Latine*. En tanto que se me concede el gusto de pasar otras horas en París y en compañía de usted, me apresuro a darle las gracias. Usted sabe bien cuánto lo admiro y el caso que hago de sus opiniones. Cada día, cada nuevo acto literario suyo o mío, siento que nos acercan más. En esta Santa Alianza de los que han logrado entenderse, usted ha dado un paso definitivo, obligándome mucho con la autoridad amable de su juicio.

Me parece muy justo su reparo al carácter periodístico de la mayoría de las páginas del libro... Ya sabe usted que ellas son fruto de aquellos tiempos en que me era forzoso vender al diablo una parte de mi alma. Y he querido precisamente salir de una vez de todo eso, juntarlo en tomos, y dejarme la mesa limpia para continuar en paz otros trabajos de ritmo y respiración menos angustiosos.

El artículo sobre Gourmont padece seguramente por esa precipitación periodística; las observaciones de usted me hacen ver que no fui lo bastante explícito. Y esto, por desgracia, en una causa que tiene que apasionar naturalmente a todos los lectores de nuestra América. Quiero aquí tratar de explicarme, aunque sea brevemente, para que no se figure usted que pienso lo que no pienso o —peor aún— que digo lo que no pienso por el reparo de ofender a nuestros comunes y buenos amigos de Madrid.

Soy el primero en mantener y afirmar que la nueva literatura americana —del modernismo acá— ha transformado y enriquecido la lengua española. En mis conferencias del Centro de Estudios Históricos tuve especial empeño en hacer ver que la renovación literaria de América precede en dos lustros o más a la generación española del 98. En la severa *Revista de Filología Española* (lo sabe usted, amigo Ventura, porque he procurado enviarle siempre cuanto escribo), he dicho muy expresamente que la prosa de Enrique Gómez Carrillo, en sus primeras crónicas parisienses, había traído a la sintaxis española un nuevo pulso, que hoy advertimos ya con más trabajo porque el fenómeno se ha hecho general. Entre nuestros amigos de España, me he esforzado siempre por hacer conocer al gran Martí —heredero (pero por propio derecho) del viejo Gracián. ¿Para qué hablar de Rodó y Darío, maestros declarados de todos? Hasta es posible que algún día me ponga a coleccionar los giros, a contar las nuevas palabras, a sacar el saldo, en suma, de la renovación producida en la lengua por la nueva literatura de América. Ya sabe usted que yo tengo también mis ocios gramaticales, y no creo que dude

usted de que un fenómeno tan evidente —del que yo mismo soy hijo— me ha impresionado, como a usted mismo.

Y esto es verdad en un sentido mucho más profundo y orgánico del que usted indica. Porque las influencias de los escritores americanos en la lengua española no se reducen a una simple aportación de términos, como los hinduismos que Kipling haya podido traer a la lengua inglesa. Lo menos importante en la evolución de las lenguas —aunque sea lo más visible para la mayoría— es la aportación de neologismos. Las lenguas viven sobre todo por sus crecimientos y desarrollos internos, morfológicos. Y es en este sentido como la savia de América ha robustecido al vetusto tronco español.

Decir que una lengua está transformándose, es decir una verdad tan general y evidente que equivale a no decir nada. Porque —oh Heráclito— todo se está transformando a nuestros ojos. Decir que la transformación puede ser más o menos acelerada, y declarar que la que nos ocupa lo ha sido singularmente, merced al gracioso reflujo de riqueza que la España trasplantada e injerta en América devuelve a la España peninsular, es ya —a mi sentir— asentar un principio indiscutible, que gobernará mañana todo estudio histórico sobre el estado del idioma español, de 1880 en adelante.

¡Pero hablar de un neo-español, de una lengua distinta de la española con la ligereza con que habla Gourmont! No se trata de una cuestión de más o menos, sino de fenómenos científicos perfectamente conocidos. ¿Quién, que sepa el verdadero valor filológico del término llamara “neo-español” al español del siglo xvii, por comparación con el español del siglo xvi? Y sin embargo el abismo lingüístico que media entre Fray Luis de Granada y Quevedo es mucho mayor que el que va de la prosa de la Restauración, a la prosa más ágil, suelta y brillante del mejor prosista americano de hoy: la de usted, querido Ventura, de quien por tantas razones puede asegurarse que ha venido a cortar la flor, en este exquisito cultivo de nuestra lengua artística.

Y ¿qué me dice usted de aquellas ingenuidades de que la sintaxis del neo-español, derivada de la sintaxis francesa (cual si fuera biológicamente posible que las lenguas se anden prestando sus morfologías, como caso popular y general —que como anomalía individual no digo nada) es una sintaxis que se pliega mejor al verdadero curso del pensamiento? ¿Qué tendrá que ver esta traslación simbólica y convencional que es la palabra con el relámpago de las intuiciones y asociaciones, con la miste-

riosa arborescencia “averbal”, sorda, profunda, de nuestros procesos psíquicos? Bastaba decir que esta sintaxis, más ágil y a la vez más sencilla, corresponde mejor al gusto de nuestro tiempo.

En fin, no acabaría... Levánteme esa excomunión: no piense mal de mí, no crea que soy capaz de disimular mi pensamiento, ni tampoco crea que niego el milagro americano. Lo único cierto es que encuentro inexactas las palabras de Gourmont, llenas de mixtificación, y no bastante pesadas antes de escritas. Tampoco crea usted, por lo que digo, que niego la influencia profunda, real, determinante, nunca bastante agradecida ni apreciada de Francia en el alumbramiento del alma americana, y hasta en muchos órdenes técnicos y precisos del arte que hacemos en América.

Y en cuanto a ese arte superabundante y torcido de las iglesias barrocas, que usted cree recordar que comparábamos con la prosa imposible y sin respiración de algunos escritores españoles, estoy en lo mismo. Pero yo también creo recordar haberle dicho a usted alguna vez que me parece que América está hecha para producir arte complicado —como sin duda lo ha sido el modernismo y lo que de él viene (testigo, el culto de Góngora), y que todo el barroquismo español resulta severo y frío ante la realización estupenda del churriguera mexicano, donde los contornos “naturalistas” del dibujo europeo han quedado transfigurados en una nueva selva de las metamorfosis, y donde las formas se contaminan y explican entre sí con una razón suficiente, grata a los ojos, que parece la expresión de una profunda ley cosmogónica.

Querido Ventura: de nuevo mi agradecimiento. Estoy por abandonar el calor de Madrid. Me refugiaré en una playa del Cantábrico. Espero, para otoño, enviarle otro libro.

Lo abraza con mucho afecto,

Alfonso Reyes

33. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes

París, 18 de mayo de 1923

Mi querido amigo:

Sólo a trajines y afanes obedecen, Ud. lo sabe, mis silencios. Estoy liquidando en estos días todo un pasado de tres meses. Me he marchado de la Casa Editorial y acabo de renunciar a la dirección de la página extranjera de *Comedia*. Después de una lucha cotidiana y ridícula, la redacción *amotinada* presentaba hace pocos días un informe contra nosotros, reprochándonos únicamente nuestra calidad de extranjeros. A pesar de nuestro contrato de dos años, renunciamos hidalgamente por amor al “bello gesto”; y nos marchamos envueltos en la capa, gallardos y calaveras... ¡Así estamos, el año de gracia de 1923, en esta Francia liberal que adoraron nuestros abuelos!

[M. de] Homem Christo, que liquida conmigo esta honrosa quiebra, le enviará dentro de pocos días lo debido, y yo escribiré a Ud. con más reposo para charlar de mis nuevos proyectos. “Nous trouverons d’autres boulangeries”, decía [Maurice] Barrès cuando murió el general!

Un gran abrazo de su afmo.,

V. García Calderón

[M. de] Homem Christo, autor de *Lettres espagnoles*.

34. De Alfonso Reyes a Ventura García Calderón

Río de Janeiro, 31 de enero de 1931

Señor don Ventura García Calderón
3 rue Nicolas Charlet
París, Francia

Mi querido Ventura:

La Liga de las Naciones cuenta, entre otras cosas, con un Instituto de Cooperación Intelectual, y éste ha constituido un Comité para la publi-

cación de libros ibero-americanos. Comité del cual formo parte desde aquellos felices tiempos. Como me han manifestado que, durante mi ausencia de París (esta manera de considerar las cosas me sonrío de veras, desde que me hace creer en un regreso posible), debo nombrar un sustituto, me he tomado la libertad de indicar el nombre de usted: déme el gusto de aceptar, para que yo esté seguro de que el Comité sale ganando. Y muchas gracias.

No puedo seguir la actividad de usted con toda la asiduidad que quisiera, primero porque me es imposible darle alcance, y segundo porque me sospecho que usted, de repente, me olvida. No lo haga más y crea siempre en mi admiración y en mi cariño,

A. R.

35. De Ventura García Calderón a Alfonso Reyes

París, 12 de septiembre de 1932

Mi querido Alfonso:

Pocos días después de que le llegue esta carta verá usted por esa calle de los Naranjos el perfil gigantesco de su amigo Ventura. Nombrado ministro plenipotenciario en condiciones especialísimas, no he podido eludir el compromiso a pesar de que nunca estuve en peores condiciones de viaje: los nervios hechos cisco y una enteritis que me sigue a todas partes con la constancia de mi propio esqueleto. Añádese a ello que no puedo dejar sola en París a una amiga muy querida y que ésta me acompaña en el barco, lo que complica la situación. En suma, le dirijo este s.o.s.:

Hágame el magnífico servicio de buscarme en seguida una casa *modernísima* situada en barrio lejano pero decente, algo muy barato pero muy decoroso, donde pueda vivir conmigo mismo y mis murrias. Dos dormitorios y un salón. Importa poco la modestia del mueblaje puesto que no recibiré en casa sino al viejo cómplice que es usted. Se me ocurre que no estaría mal para vivir retirado cualquier lugar de campo —eso sí, no muy lejano de *Monterrey* y de su rúa galaica conquistada para siempre por las letras hispanoamericanas—. También necesito una criada brasileña que hable francés o una francesa que sepa portugués. Así mi com-

pañera sufrirá menos la inevitable nostalgia y podrá gobernar mi “menaje”. Ojalá pudiera usted conseguirme todo ello en pocos días para no tener que alojarme en un hotel (con las indiscreciones consiguientes). Y antes de maldecirme por tantos abusos de amistad, hágame usted un telegrama a 3 Rue Nicolas-Charlet para que yo sepa que todo ha ocurrido felizmente como lo ruego y lo deseo.

Lo demás se queda en la cinta de la Royal y se lo diré a usted de viva voz con un abrazo,

Ventura García Calderón

Es posible que embarque en el *Assilia* que sale de Burdeos el 6 de octubre y llega a Río el 18.

36. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes

Lima, 18 de enero de 1930

Señor Alfonso Reyes
Embajada de México
Buenos Aires, Argentina

Me he demorado mucho tiempo en avisarle recibo del número de *Libra*, tan nutrido, tan artístico, y en el que usted ha dejado la huella de sus “Jitanjáforas”, las cuales llevé a mi curso universitario, con el objeto de que me ayudaran a explicar ciertas características del arte moderno. Está admirablemente bien eso de las “Jitanjáforas”. Sin hipérbole y sin zalamería.

También debo agradecerle sus comentarios a mi *Góngora*. Ese Góngora, vuelvo a decirle, es apresurado, pero apresurado en la forma y en la presentación. Su esencia misma es cuestión que he pensado mucho, y de ello va usted a tener una prueba en el capítulo “Política y barroquismo” del segundo tomo de *La literatura peruana*, que va con este mismo correo.

Yo le voy a agradecer mucho si se digna no olvidar mi nombre cada vez que salga *Libra*, así como si me hace el favor de decirme, sin protocolo, su opinión monda y lironda sobre mi *Literatura peruana*, en la que tengo algunas pretensiones.

Recibí su *Visión de Anáhuac*. Actualmente preparo un ensayo total sobre la novela americana y otro que se titulará, según creo, “El mito, la canción y el alma americana”. No sé cuándo los terminaré, porque en marzo debo ir a Chile, atendiendo una amable invitación de la Universidad de Santiago, la cual me ha ofrecido su Salón de Honor para que sustente algunas conferencias sobre literatura americana y, especialmente, peruana. La calidad de la invitación, y las condiciones ventajosísimas de ella, me obligan triplemente a ir. De manera que la segunda mitad de marzo y primeros días de abril estaré en Santiago de Chile. Si tengo oportunidad y tiempo, quizás vaya a estrechar sus manos en Buenos Aires. Es mi mayor deseo. No sé si un esquema de esos estudios sea reducido a conferencia. Es posible. También es posible que edite alguno en Santiago. No sé nada aún de seguro sino que tengo un gran deseo de volver a partir, por algunas semanas, para descansar un poco y renovarme otro poco. Cinco años sin moverme del Perú, van siendo algo duro.

No me olvide entre sus amigos y regáleme con sus cartas, estrecha sus manos cordialmente,

L. A. Sánchez

Perdone el timbre abogadil de esta carta. Le escribo en mi bufete, y acabo de darme cuenta de que le estaba escribiendo en papel timbrado “especialidad para clientes”. Perdón. Gracias. Vale.

37. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes

4 de noviembre de 1930

No, Alfonso Reyes, no se alarme. Le escribo de prisa, sin esperar que se envejezca el vino, para quitarle temores. No, no le apremio; le espero con impaciencia, pero sin demostrarle la impaciencia. Usted ha de comprender que me interesa conocer su criterio, puesto que —esta es una razón más— mi *Don Manuel* significa un primer ensayo en el terreno de la biografía novelada. Metido entre historia, crítica, sociología, cátedra y literatura de bufete, es tal la liberación experimentada con ese libro, que lo tengo casi casi por primero. Y es el décimo. Coquetería otoñal de cuarentona. Arrumaco de novia, después de diez años de divorcio o clausura.

Me interesa mucho lo que usted escriba sobre novelística americana. Tengo prometido, todavía no sé si para *Glusberg* de Buenos Aires, o *Índice* de Chile, un ensayo sobre “Novela y novelística americanas”. Ahí resumo el contenido de las observaciones de mi cátedra en el cursillo de 1930, que versó —uno de los cursillos— sobre novela. Trato de interpretar más, psicológica y sociológicamente, el continente, que de juzgar la cuestión puramente literaria. También me meto en la política. Será un folleto de algo así como ciento cincuenta páginas. O menos. O... más. Por ahí es la cosa, según mis originales.

Su interés por mi patria, en donde andamos revueltos, es comparable al que yo siento, hoy, por su residencia: Brasil. A la distancia parece como que los milicos hubiesen sacado las uñas en defensa de la mayoría del país. Pero a mí me inspiran desconfianza los milicos. Y no creo en su desinterés, sino cuando los obligan a sentirlo. Desinterés interino. Y a regañadientes. Me interesaría tener detalles de aquello, si es posible de su discreción diplomática.

Tal vez ha conocido en Río a una viuda un poco fastuosa y rara —estridente—, Nieves de Castro de Zayas (María das Neves de Castro de Zayas de...) viuda de Zayas, el hijo del presidente Cubano, y escritora ella, enlutada, rara, *teósofa*, “espiritualista”, etc. Fue mi compañera de viaje entre Callao y Valparaíso hace seis meses. Si la conoce y ve, le ruego presentarle mis expresiones. Pero no vaya a leer lo que escribe sobre su “muerto”. Es desastroso.

Las dos manos,

L. A. Sánchez
Ap. 1253

38. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes

Lima, 17 de marzo de 1931

Querido Alfonso Reyes:

Recibo su carta tan cordial. Con ella, *Sur*. Quiero contestarla de inmediato porque sería injusto demorar mi sincero agradecimiento y mis reparos. Antes debo anunciarle que, la semana próxima, le remitiré un

artículo sobre su “Testimonio de Juan Peña”. Espero que se publique para hacerlo.

Cesaron, por hoy, los malos ratos. Después de enviada mi carta, aún tuve que capear dos temporales. Una prisión, y, otro día, ya en plena revolución, una fuga cinematográfica por los techos, pues volvieron a detenerme, y yo tenía papeles comprometedores conmigo, comprometedores para otras personas. He dejado por hoy mis aficiones gatunas. Y, derribado el tiranuelo Sánchez Cerro, liquidadas dos situaciones sucesivas, henos aquí en plan de reorganizar con rumbo a la izquierda.

Me han encomendado, con ocho personas más, todas de izquierda, la redacción de un Anteproyecto electoral que introducirá en el Perú el voto secreto y obligatorio, la representación de las minorías, el Poder electoral autónomo y el Registro Permanente. En ello estamos, dentro de un plazo angustioso. Veremos cómo recibe la alta burguesía peruana lo que hagamos.

He leído *Sur*. Gracias por su gentil mención. Me parece la revista excelente, pero nada *Sur*. Eso es Occidente, no *Sur*. Victoria Ocampo, excelente escritora, pero mal piloto (¿pilota?), ha equivocado el derrotero. Le repito, la objeción no va a la calidad intrínseca de la revista, sino a algo más fundamental: a su objetivo y su meta: *Sur*, con carta de Waldo y todo, responde a algo más hondo que los fililíes del simpático galleguito de Torre, el rasuradísimo —tenorino— poeta Borges y que el acrobático Gironde. Buenos escritores, claro, pero ¿sur? Estos pilotos literarios se ciñen tanto a la geografía que, a veces, una alianza con Norah Borges transforma en sureños a gentes de la *Gaceta* de Madrid.

Waldo me escribió sobre este proyecto de revista en otro tono. Se trataba de algo unitivo, de algo que iba a presentar el frente americano ante el mundo. La decepción es tremenda. *Sur* puede llamarse *Bifur*. O *Revista de Occidente*. Esto, desde el punto de vista meramente estético, tipográfico o editorial, puede ser su mejor elogio. Desde el punto de vista de Waldo y del que me habló Victoria, es su mayor fracaso. Me llama la atención, por ejemplo, que no cuenten para nada en la revista los escritores chilenos. Y cuidado que ahí andan, como poetas, la Mistral, Neruda, Manuel Rojas, [Ángel] Cruchaga, Marín, Salvador Reyes; cuidado que tienen cuentistas y novelistas como Mariano Latorre, Joaquín Edwards Bello, Eugenio González, el chileno-venezolano Picón

Salas; cuidado que hay ensayistas como Silva Castro y Picón, como Latcham y Sánchez; críticos como Silva Castro y Alone. Del Perú, mi tierra, no quiero formular queja. Nosotros no podríamos o no querríamos colaborar con la asiduidad debida. Sólo los muy jóvenes. Por ejemplo Martín Adán, cuya *Casa de cartón* le envié a usted. Él y Eguren serían cooperadores incansables. Pero, eso no quita que tengamos nuestro Valdelomar, nuestros López Albújar, Ventura García Calderón, Jorge Basadre, César Vallejo, Enrique Peña, José Diez Canseco, Federico More, y tantos más. No veo a ningún ecuatoriano. No veo a ningún colombiano. No veo a ningún venezolano, ni a ninguno de esos magníficos cubanos como Jorge Mañach, Juan Marinello, Ichazo, Lizaso, pilotos de 1930. De México mismo, aparte usted que está lejos de su patria, veo ausentes a todos. *Sur* no necesita de Drieu de la Rochelle, ni de Ortega y Gasset. Aun de Waldo. Pero, las mujeres tienen un sentido modistoncito de la literatura, aun cuando sean tan inteligentes y cultas como Victoria. Yo sé, porque hablé con ella y porque Waldo me lo escribió reiteradas veces, y porque así lo transmití a Chile y de ahí me lo repitieron después de hablar con Victoria; yo sé que la revista iba a ser otra cosa. No pretendo que se consagre a la sociología, la economía y la historia. Pero, tampoco que se dedique a la... “deshumanización del arte”.

En fin, querido Alfonso Reyes, así es y así son. Por hoy, parece que avanza un proyecto de Glusberg, de efectiva revista continental con varias sedes. En ella estaremos presentes, sin Drieu de la Rochelle, sin Ortega y sin De Torre. Nuestra América es algo más que lo confitado. Usted lo dice: es formalista y hay algo gongorino en ciertas palabras indígenas como piña, café, banana. Ese formalismo excluye el academismo, aunque parezca mentira. Habrá academismo en la expresión recargada, pero no en el criterio agrupador. América es monotonera, guerrilla, cuadrilleril, aunque sus guerrilleros, por ese formalismo implícito, hayan sido generalmente enfáticos en la barba, la pera, la palabra, el ademán y el uniforme.

No le quito más tiempo. Le ruego, porque andamos desamparados de Argentina, que no olvide mandarme el número dos de *Sur* cuando aparezca. Debo leerlo, porque me interesa toda expresión americana, aun cuando refleje a Madrid, y porque en la revista aparecen colaboraciones tan caras como la de usted. No lo olvide. Ni me eche en saco roto con *Monterrey*.

Aquí la señora Concha Espina había adelantado trabajos para su candidatura nobeliana. Ha sido lástima que mis andanzas me privaran de entrar en campaña a tiempo, porque algunos que pidieron premio para la Espina esa, se lamentan ahora que supieron lo de Menéndez Pidal de haberse tragado la *espina* (máteme, por el mal chiste: *confiteor...*).

Ojalá todos los dioses del Olimpo antiguo y moderno, con injerencia en el tráfico —Neptuno, Eolo, Panagra, Céfiro, Mercurio, Fairchild, Boreas, etc.— ayuden a esta carta para que llegue pronto a su destino, y a la de usted para que responda pronto.

Como siempre, el afecto y la adhesión de su amigo,

L. A. Sánchez
Apartado 1253
Lima, Perú

39. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes

Panamá, 26 de mayo de 1932

Querido Alfonso Reyes:

Había deseado escribirle tiempo ha. Todo el tiempo que *Monterrey* y *Sur* habrán ido a nutrir los depósitos de la policía de Lima. En La Habana —hace 20 días— con Mañach, Bazalt, Lizaso, Guillén, Puig, le recordamos mucho (¡Marinello está preso!). Yo fui a dar conferencias para la Hispanocubana y para el Lyceum. Ahora en Panamá doy una serie para el Instituto Nacional. Luego iré a Quito, a New York, a México, acaso a Argentina. No sé. Pero ya no puedo dejar de enviarle mi salud y tenderle mis manos cordiales.

Ud. quería saber de mis actividades personales. Los míos —mujer, hijos— quedan en Lima a la espera. Yo trabajo y hago propaganda. He enviado un libro a Madrid, y Cuba publicará mi *Esquema de la cultura americana*. Acaso Panamá edite un *Panorama de la literatura boy*. Veré, veré...

Tal vez, pronto vuelva en plan de revolucionario-en-acción al Perú. Ojalá. Rondo sus fronteras, las rondamos —colmillos listos, pero sin odio, ávidos de justicia social.

Cuanto Ud. me mande será muy jubilosamente recibido por mi escuela intelectual depauperada: noticias, libros, revistas. Y como una prenda de que la ruptura de relaciones con el gobierno de Lima nada tiene que ver con los peruanos, sepa que mi dirección permanente es la Legación de México en Panamá, en donde está de encargado de negocios Paco Ortiz Monasterio.

Venga su respuesta, con alas... y motor.

Le abraza su

Luis Alberto Sánchez
c/o Legación de México
Panamá City

40. De Alfonso Reyes a Luis Alberto Sánchez

Río, 20 de junio de 1932

Sr. D. Luis Alberto Sánchez
Legación de México
Panamá

Muy querido amigo:

Tuve la primera noticia de su destierro por el Encargado de Negocios de Perú aquí, un Sr. Carlos Valera (2o. secretario) que vino a darme las "aprista" y a hablarme con simpatía de Haya de la Torre, tal vez para oírme hablar a mí. Poco después, cuando el rompimiento entre Sánchez Cerro y México, Valera se soltó haciendo alegaciones en los periódicos (que naturalmente no contesté siquiera), y demostrando un gran celo por la causa de Sánchez Cerro. Casi al mismo tiempo, el pobre De la Jara y Ureta fallecía de pena, en Teresópolis, a unas tres horas de Río.

Me alegra mucho saber de Ud. Entre nosotros se ha creado ya una comunicación mucho más que literaria. Le deseo el mayor bien. Ojalá no padezca mucho. Lo creo capaz de tener una filosofía a la altura de la situación.

Ignoraba que Marinello seguía preso. Mis amigos de La Habana tal vez no pueden hablar claro en sus cartas.

Ojalá realice sus planes de ir a México. Acaso le agradecería quedarse por allá mientras cambian los horizontes. En todo caso celebro que los contratiempos civiles no atajen su labor de escritor. Conozco estas experiencias. Debo a mi pluma mi equilibrio moral.

Téngame al cabo de cualquier cambio en su vida o planes, se lo ruego. Crea que estoy muy interesado en seguir su trayectoria, y junto para Ud. mis mejores votos.

Le mando un artículo sobre Toledo: lo único que tengo a la mano.
Y lo abrazo muy cordial y fraternalmente,

A. R.

41. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes

Panamá, 20 de agosto de 1932

Querido Alfonso Reyes:

Recibidos su “Ventanillo sobre Toledo”, su “Discurso sobre América”, su *Monterrey*. Hemos charlado mucho sobre usted con las gentes de Panamá, acerca de la Biblioteca Mínima. ¿Y quién le contesta ahora, con discernimiento, en el Perú?

No he leído lo de América, porque Paco Ortiz Monasterio me lo arrebató. Y denunció su retención por 24 horas. Abusa de su condición de postillón honorario y fraterno, que tanto y tanto agradezco.

Veo por su Goethe, en *Repertorio Americano*, que América le tienta más. Era tiempo que usted y que muchos escritores mexicanos se desmarginalizasen y entraran a la cuestión nuestra. Espero grandes hallazgos de su incidencia en menesteres americanos. No me he de equivocar.

Le agradezco lo que hizo por nuestro Haya de la Torre. Pero, es preciso seguir haciendo para rescatarlo definitivamente. Ya se consiguió que mejoraran sus condiciones de prisión, mediante seis días de abstinencia de tomar alimentos.

Paso, pronto, muy pronto, a Quito. Acaso allá vea a Vasconcelos que viajará desde Europa. Luego, iré a Chile y probablemente a la Ar-

gentina. He renunciado a un contrato de Yanquilandia (Columbia University) por no abandonar la tarea de vigilante celoso y disparador de volantes y comentarios contra la tiranía de mi país. Luego, cualquier día tienen que emigrar los míos —mujer y dos chicos muy chicos— y hay que estar con la red lista para que al caer reboten suavemente y no los hiera muy duro la miseria.

Siempre, siempre escríbame, Alfonso Reyes, a la dirección de Panamá. Por ahora es mi estación obligada. Ya le comunicaré si cambio de destino permanentemente. ¿Le será muy pesado leer un relato mío, y hasta comentarlo prologalmente? Usted me lo dirá, y a vuelta de correo irá entonces en su procura.

Un leal abrazo de su

L. A. Sánchez
Luis Alberto Sánchez
c/o Legación de México
Panamá City, R. de P.

42. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes

Quito, 11 de noviembre de 1932

Querido Alfonso Reyes:

Su carta del primero de septiembre fue a Panamá; de ahí, tras una espera, Paco Ortiz Monasterio se la remitió a Gilberto Owen en Guayaquil, y Gilberto me la reexpide a Quito. Llego el mismo día en que adquiero *Sur*, sólo por tener en un número su *Rumbo a Goethe* que ya leí en *Reperitorio Americano*.

Espero el libro, pero mi reproche es mantenido y dolido. Sí, Alfonso Reyes, su *Visión de Anáhuac*, todo eso es síntoma americano, pero usted paseaba por lo americano, recién le encuentro en el *Testimonio de Juan Peña* y en el Goethe y en el Virgilio y en el día americano, y en esto último suyo. No conozco su libro ni los adelantos de él anticipados a la junta de numismática. Si supiera que estoy incomunicado casi con América, salvo con la parcela en donde vivo. Es inútil querer comunicarse. Salvo Glusberg y Del Mazo y Rojas en Buenos Aires, y salvo algunos de

mi tierra, y acaso Lizaso en La Habana —porque Mañach vive en Martí y en perplejidad— y un poco Waldo Frank, que siempre es tan generoso y tan fraterno, el resto está incomunicado, vienen las voces de Genaro Estrada y la suya, Alfonso, y no más. Es bastante, claro. Pero hay que conocerse, y ahora que reconozco Ecuador cómo sonrío de los americanismos que ignora esta tierra y esta sierra. Quiero conocer todo lo suyo, Alfonso. Tengo de usted *Cuestiones estéticas*; *Cuestiones gongorinas*; *Visión de Anáhuac*; *Prólogo a Ruiz de Alarcón* —en donde me parece que empezó usted a encontrar y a perder a América—, sus últimos folletos, su *Juan Peña*, pero *no* tengo su *Ifigenia*, que Gilberto Owen recita a grandes tiradas, ni lo demás. Mándemelo, siempre vía Paco Ortiz Monasterio, y crea que será fiesta el leerle y releerle.

Le envío lo de la *Biblioteca mínima*. No quiero faltar a la cita que usted nos da. Pero con igual franqueza debo decirle que es absurdo que Ventura vaya de ministro, es decir, absurdo, no. Es lógico, un civilista europeizante y pastichista tiene que estar a gusto bajo la zambecia de un hotentote a quien ELLOS han disfrazado de general; es lógico que les muerda el encono, disfrazado, eso sí, de ironía y benevolencia, ante Haya y ante nuestra generación que se liberta de la contemplación absoluta y cómplice, pero siempre enfada que un escritor “grande” se preste a estos menjurjes criollos, después de tanto europeizantismo. Si los escritores peruanos son conatos de diputados, como decía Ventura en 1914, lo grave es que se vuelvan personeros de sátrapas a lo Melgarejo, y nada más. Éste es el inicio de un futuro examen de la vida y milagros de Ventura. Me lo tengo prometido, tiempo ha, desde esos cuentos quechuas que me agotaron la paciencia, de puro *comprender* —¿goethiano?— su intención.

Víctor Raúl está incomunicado. El régimen que tiene por loadores a venturas y franciscos y vasconcelos —oh conflicto de generaciones— naturalmente incomunica a Haya, y a Antenor Orrego, y deporta a Seoane, a Spelucín, a mí, etc.

Es posible que algún día —si esto dura— llegue a Brasil. Pasaré pronto a Chile. Aquí tengo un cursillo y doy conferencias, y escribo, y conspiro. No vea en lo que le digo asomos de amargura. Las verdades son así. Hay que decirlas cuando es oportuno, y no más. Eso me enseña mi maestro “don Manuel”.

Que mejore su mano, que esté bien ya. Y escríbame siempre con Paco Ortiz Monasterio. Con Gilberto Owen le recordamos mucho. Le

admiramos más. No sé si alcance a ir mi relato. Pronto le visitará un libro mío. O varios. No sé. Trabajo sin descanso y con fervor. Es indispensable demostrar que el intelectual no anda de puntas con el político, y que no hay por qué sacrificar a ninguno.

Escribame, Alfonso, y déjeme dialogar un poco con usted, y mándeme el *Goethe*, que es sencillamente estupendo. Estoy escribiendo un comentario a él comparándolo con la pobretería erudita del *Goethe* de Riva Agüero, mi amigo, pero demasiado ramplón; y con el de Isaac Barrera, escritor quiteño, eruditón también, sin sentido interpretativo. Le enviaré lo que publique, pero será periodístico. Mi libro inmediato es *América: novela sin novelistas*, Lima, y en La Habana, *Esquema de la cultura indoamericana*. En Buenos Aires daré una biografía de *Haya de la Torre*, como mi *Don Manuel* que usted conoce ya y que Miomandre tradujo al francés.

Las dos manos cordiales de su

Luis Alberto Sánchez

¿Le interesarían algunas observaciones y adendas a su *Rumbo a Goethe*? Irán aunque no las quiera...

43. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes

Alta mar, 22 de septiembre de 1933, M.V. *Reina del Pacífico*

Para Alfonso Reyes:

Querido amigo:

Le van estas líneas por mano de Enrique Peña, uno de los poetas de veras del Perú. Ya Ud. conoce, Alfonso, *Cinema de los sentidos puros*, segundo libro de Enrique. Ya Ud. sabe, pues, qué clase de poeta es y crea que callo el elogio para que lo inicie usted.

Recibí, reexpedida de Quito, su postal, en la que me pregunta por nuestro común amigo Eduardo Luquín, quien me dice le agradezca su saludo. Por esa postal sé que ha utilizado Ud. algunas de mis notas en su *Rumbo a Goethe*. Le tengo algunas más. Como, dentro de tres días, regre-

so a Lima —me encuentro viajando de Lima a Arequipa en plan conferencista-político—, de ahí tendré oportunidad de completar mis notas.

Enrique Peña le va a contar mucho de sabroso acerca de la literatura peruana última. Él es beligerante y espectador. Y algo que es difícil ya encontrar en los escritores: vocación y temperamento de *puro* poeta, de artista *puro*.

Con respecto a Haya de la Torre, sé que le ha escrito agradeciéndole todo lo que Ud., Alfonso, ha hecho por él. Yo lo sé no sólo porque usted me dijo algo, sino porque Carlos Valera, ex secretario de la Legación del Perú en esa, me ha contado que polemizó con Ud. ¡Envíeme en el acto, Alfonso, algo de ese *duelo* en el que —perdone— Ud. ha tenido un *handicap* sin comparación!

Bueno, Alfonso, ya sabe: escíbame. Mi dirección es, por hoy, mi mero nombre. Si quiere añádale mi dirección profesional: “Calle Aldaba 290, Lima, Perú”. Ya le daré otra dirección después. Enrique Peña le dirá todo lo que le recuerdo y admiro. No deje de enviarme *Monterrey* y lo que publique. ¿Recibió usted un comentario mío sobre sus últimos libros? Bueno, hasta luego. Un gran abrazo y espero sus líneas. Su

Luis Alberto Sánchez
Aldabas, 290
Lima, Perú
Alta Mar

44. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes

Lima, 17 de junio de 1934

Mi querido Alfonso Reyes:

Recibí su folleto de homenaje a Güiraldes, el del volador anticipado y su magnífico lote brasileiro. Este libro de Oliveira Vianna me parece cosa muy seria. Me interesaría entrar en relaciones con este escritor. Revela un sentido cabal de lo que trata. No he leído aún sino 50 páginas, pero me parece que el libro va a gustarme mucho.

No le doy las gracias porque es poco hacerlo. Tiene usted que mandarme que haga algo que a usted le interese para retribuir en nimia parte a sus finezas. A ver, Alfonso, anímese.

Cuánto me gustaría saber observaciones tuyas a mi último libro. Yo sé que es imperfecto. Pero, créolo de envergadura y sistematización. Ya lo tengo muy anotado. Lástima que este ir y venir me traiga tan a las volandas, sobre todo que la pelea por la política y por el pan imponga desviaciones de ciertas actividades en las que yo rendiría algo más.

Con todo, creo, a la vez, que en las nuevas rindo algo por las actividades propuestas pero nutridas de sugerencias.

¿Qué es de su *Goethe*? Me parece imperdonable el retardo. Necesitamos ese libro suyo. Hay que hacerlo conocer bien. No hay derecho para el retardo. Bien sé que usted anda en menesteres diplomáticos, pero ello no empece. Apúrese, Alfonso. Y no deje de comunicarme lo que haga.

En dos meses más le llegará a usted un *Panorama de la literatura actual*. Disculpe las omisiones. Es una actualidad — 1930. No tengo yo la culpa de los vaivenes de un libro que ha ido del brazo conmigo en las andanzas peregrinas de forzado peregrino. Sale en Chile. Nuestro amigo Rodrigo lo ampara. Estoy repasando mi biografía de Haya de la Torre. Cada vez estoy más enamorado de este libro mío. Sus primeros 5 capítulos me satisfacen plenamente. Estoy entrando en el repaso de los dos siguientes y me están complaciendo también. Son 18 en total. Veremos qué le parece. Querría editarlo en septiembre. O acaso en agosto, al año de la amnistía.

Aquí andamos a media libertad. No es cierto que se haya decretado amnistía. Aquí no habrá amnistía total sino a la fuerza. Quienes creen que gobiernan, aunque sólo mandan y a medias, no tienen sentido de generosidad, de oportunidad ni de conveniencia. Es una caterva obcecada, ambiciosa, tímida, cruel, con la mezcla que a todo esto encumbra la ignorancia. No le exagero. Usted tiene ahí a Jorge Prado, hombre inteligente, vivaz y vivo, de roce y sonrisa fácil, que pudo y debió hacer más. Si él se resuelve a hacer un juego menos cauto, menos benavidista y menos pradista, el paisaje sería otro, con mayores ventajas para todos, y el primero, él. Esta gestión de Rfo, erizada de dimes y diretes, con una delegación de perros y gatos, le habrá retratado a usted el *pandemonium* de nuestros mandatarios y mandones, también así peleados, inconexos, molestos entre sí.

Bueno, converse con Prado. Le conozco muy de pasada. Haya sí le conoce mejor. A propósito, Haya de la Torre me reitera que le salude. Dígame si le llega *La Tribuna* que ahora dirijo yo, y *APRA*, revista quincenal que dirige Haya. En esta última aparecen esta semana notas mías sobre sus libros. Indico que le envíen ejemplares. Aparentemente hay otros directores, que son diputados, pero eso es apariencia y nada más. Relacióneme con la literatura y sociología brasilera, desde luego con los escritores. La novela me interesa mucho. Y también los novelistas. Y disculpe esta lata y todo lo demás. Un abrazo de su muy

Luis Alberto Sánchez

45. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes

Santiago, 11 de agosto de 1936

Mi querido Alfonso Reyes:

La escribo, al cabo de los años o de los meses: no sé. Como siempre lo tengo presente, las fechas no cuentan para nada. Y ahora menos, porque voy a tener el gusto de que hablemos mano a mano —sin alusión al tango— sobre todo lo que nos interesa y más sobre lo que no nos interesa.

Pero... resulta que esta vez —primera en mi vida de andar andar— no voy por mi cuenta, y esto coloca sobre mis hombros una responsabilidad un tanto exótica. Cuando voy por mi cuenta a un sitio, o por cuenta del gobierno que me destierra, soy absolutamente dueño de mis actos; y mis éxitos o fracasos son hijos y padres de mí. Pero, ahora no. Voy a un asunto de la Editorial, y no quisiera que “causas” que afectan sólo a mi persona, afectaran a la Editorial y a la misión que me confían. Razón por la cual apelo a usted, porque la “causa” se llama Felipe Barreda y Laos, un señor petulante y megalómano, enemigo jurado de los apristas y más aún desde que Manuel Seoane lo ha puesto en ridículo numerosas veces.

Ahora, va mi reclamo oficial. Y a usted que le gusta la historia le referiré pormenores. Cada vez que ando en tierra extraña, sin mi voluntad, México ha sido mi país adoptivo o tutelar. En Panamá, Ortiz Mo-

nasterio me tenía oficina en la Legación y su casa era la mía —casa de México—; en Cuba, entre Goyburo, encargado de negocios del Perú que se arriesgó a tanto— y el embajador Cienfuegos, me protegieron de las reacciones de Machado; en Guayaquil fui “huésped oficial” del Consulado mexicano tripulado por nuestro gran Gilberto Owen —quien me enseñó a conocerle más a usted—; en Quito, Eduardo Luquín; en Lima, el general Cabral; aquí, primero Cienfuegos y ahora don Ramón De Negri me auspician para estar a salvo de cualquier desmán —y cuento además con Cuba, que representa Hernández Catá. Pues bien, querido Alfonso Reyes: yo deseo que México me sirva de escudo para impedir cualquier barrabasada de Barreda, embajador de la Satrapía peruana, y que corte a tiempo cualquier gesto de este señor a quien no deseo tratar ni ver para nada. ¿Puedo esperar de usted ayuda en esta tarea de mera *neutralización*, con la seguridad de que sólo voy por dos semanas y por asuntos editoriales? Sé que la respuesta serán hechos. Y desearía que usted y Díez-Canedo se tomaran esta leve carga: la de impedir ataques de flanco —los de retaguardia no cuentan, pues no soy propicio— del embajador del general Benavides en Buenos Aires.

Eso es todo. Pienso partir de acá el 24. Trabajo en esta casa con amigos de usted; con Ismael Edwards Matte y Laureano Rodrigo. Ambos se preparan a cargarme media docena de veces más con saludos para usted. Yo descargo la cuenta desde ahora. Porque no deseo que una lectura de Freud me incite a uno de esos actos fallidos que, de sólo imaginarlos, me convidan a caer en ellos.

De modo, pues, querido amigo, que hasta más ver. Mientras en las embajadas del Perú haya gentes trogloditas, tengo que persistir en mi confianza en la de México y en la de la España de veras republicana. Le ruego que se lo diga a Díez-Canedo, a quien le escribiré no sé si hoy o mañana. O a lo mejor me entrego a la certeza de que usted actuará como mi abogado. Y acaso —o sin acaso— eso sea lo mejor.

¿Supo usted que Gilberto Owen se casó y anda en negocios de librería en Bogotá? Por segunda vez perdió los originales de un poema, pero esta vez no hubo Alfonso Reyes que los hallara y publicase como la vez pasada. Sentí tanto que dejara el servicio... Pero, usted lo conoce de sobra.

Además, me interesa saber, para no dar paso en falso, si a Victoria Ocampo le sigue la morriña con motivo de unas cartas que cambiamos en 1930. Waldo me dice que no. Pero mi intuición me dice que sí. Waldo

es demasiado bondadoso y niño para penetrar en el secreto de las morriñas femeninas. A Victoria la traté y atendí mucho por indicaciones de Waldo, en Lima, y la relacioné con gente de Chile, preparándole su viaje, e *item* con Cuba. Eran los días de planeo de *Sur*. Salió éste, y aun cuando Ud. figuraba en el cuerpo directivo y ahí salieron cartas de Güiraldes y su magnífico *Rumbo a Goethe*, lo noté distinto a lo planeado. Exceso de europeísmo. Y se lo dije a Victoria. Un amigo publicó la carta. Ella me contestó de París. Yo recibí la contestación, meses después, en Panamá; andaba en destierro. Le volví a escribir, y “reinó el silencio” hasta hoy. Le repito: aunque estimo a Victoria personalmente, no me inquietaría tanto si no fuese porque no deseo que ninguna pasión sobre mi persona enturbie mi labor por cuenta ajena. De suerte que también le agradeceré el empleo de sus artes diplomáticas en este menester.

Y nada más. Pronto sale su *plaque* sobre Nervo. Y antes estrecharé las manos que, literariamente, estrecho ahora.

Suyo afmo.,

Luis Alberto Sánchez

46. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes

Lima, 20 de febrero de 1937

Mi muy querido Alfonso Reyes:

Espero en su poder ya mi *América: novela sin novelistas*. Dígamelo.

Estoy en tratos con Laureano Rodrigo, de Santiago, Editorial Ercilla, para una Biblioteca Americana. Es muy posible que, para ello, haga un viaje a Santiago. Sé que Ud. habló con él. Ahora realizaremos algo.

Le voy a agradecer un subido favor. *Necesito* una “biblioteca mínima” brasilera. Fuera de Sylvio Romero, algo de Silvio Julio, Andrade, Muricy, nada tengo. Mándeme de lo viejo y de lo nuevo, pero pronto. Necesito estudiar de primera mano la literatura del Brasil.

Estoy nuevamente perseguido. Haya de la Torre bajo un complot para asesinarle. A Seoane lo abalearon el domingo 4, pero murió uno de los policías secretos. Hay orden de abalearme a mí también en donde se me halle. Han clausurado diarios. En *La Tribuna* del domingo 29 de

enero, publiqué un artículo titulado “La prodigiosa laboriosidad de Alfonso Reyes”. Al día siguiente clausuraron el diario. ¿Conoce el artículo? Salude a Raúl Porras y a Enrique Peña muy efusivamente. Escríbame bajo sobre de mi editor: Domingo Miranda, Librería Peruana, Filipinas 546, Lima.

Abrazos,

Luis Alberto Sánchez

47. De Alfonso Reyes a Luis Alberto Sánchez

Buenos Aires, 7 de septiembre de 1937

Mí muy querido Luis Alberto:

Las mentes platónicas me causan la más noble envidia. A través de los trastornos de los viajes, de las vicisitudes de la vida, van a todas partes con su módulo espiritual bien organizado, con su lente siempre en foco y son capaces de imponer orden en medio de cualquier caos exterior. Es admirable lo que viene Ud. haciendo con nuestra literatura, y su nuevo volumen de *Historia de la literatura americana* me causa un entusiasmo y una emoción muy profundos.

A medida que lo lea despacio, le iré diciendo cuanto se me ocurra.

Por el momento, quiero, ante todo, expresarle mi agradecimiento por la forma siempre comprensiva y afectuosa en que me alude Ud. a lo largo del volumen. Ya sé que es un poco impertinente expresar estos agradecimientos, pues Ud. no escribe para halagar a nadie. Pero no veo por qué voy a mutilar mis reacciones naturales.

Aunque en ínfima escala, creo que pertenezco a esa manera o a esa familia de espíritus que, como Goethe y como Montaigne, usan del “yo” como un instrumento para sondear la realidad: “Yo soy mi física, soy mi metafísica”. Mi violín de Ingres consiste en figurarme que soy doctor en mí mismo, crítico de mí mismo, y que soy capaz de analizarme con cierta objetividad. Al recorrer las menciones que hace Ud. de mi nombre, me siento provocado a hablarle de mí. Esto es cosa que quedará entre Ud. y yo, pues líbrenos nuestra suerte de los espíritus miserables que ven vanidad en el hecho de que procure uno lavarse y peinarse por la mañana.

De un modo general, y para el que no me conoce, temo que algunas frases suyas dan una impresión algo borrosa sobre lo que yo anhelaría ser. Cuando Ud., por ejemplo, dice que soy diplomático y vivo cómodamente, cualquiera podrá tomarme por un burgués engreído. La diplomacia me obliga a vivir en la dorada pobreza. La casa en que vivo es de mi Gobierno. No tengo bienes de fortuna. Mi familia, en los tiempos de mi infancia, tuvo poder, por la enorme influencia moral y política de mi padre, pero nunca tuvo riqueza. Mi padre pertenecía a aquel tipo de gobernantes románticos que creen que el gobernante debe morir pobre. Yo sigo creyendo que tenía razón. Mi sueldo es inferior al que tienen los directores de los periódicos de Buenos Aires, y lo distribuyo entre miembros pobres de mi familia, quedándome para mí lo esencial para comprar libros, medio vestir a mi mujer, y sin que me alcance para dar banquetes y recepciones como hacen los demás embajadores. Resulta tanto más inconscientemente irónica la frase de Ud. cuanto que viene después de referirse a D. Ricardo Rojas, hombre rico por su familia, que posee una casa que yo para mí quisiera en los días de fiesta y que no necesita de nadie. Claro es que esto se lo cuento a título de desahogo íntimo.

Al referirse Ud. a varias de mis obras, ha tomado por fecha la de las ediciones, lo cual es sumamente engañoso en mi caso, por lo cual siempre he procurado fechar mis trabajos. Usted podrá notar, en algunas ocasiones, que estos trabajos se publican en folleto o libro hasta quince años después de escritos. De modo que cuando Ud. dice que después de acercarme a las inquietudes contemporáneas vuelvo a las puras delectaciones estéticas, hay en ello un poco de anacronismo. Usted afirma que yo estoy demasiado vuelto hacia el pasado. Yo siempre me he esforzado por vivir fuera del magnetismo del presente. Concibo la curva del tiempo como si fuera yo a vivir eternamente: así lo he dejado entender en ciertos fragmentos del *Arte poética* que publiqué en una revista brasileña. Siempre he querido llevar de frente y al unísono mis preocupaciones por el pasado, el presente y el porvenir. Si se saca el saldo de mis libros, se verá que estos tres compases del tiempo están proporcionalmente repartidos. El pasado: la inteligencia; el presente: la poética; el porvenir: la mística, entendiendo por mística la ética y todos los motivos de la conducta polarizados hacia los ideales. Si yo estuviera entregado al pasado, no representaría a México en los actuales momentos.

Usted es muy joven y no tiene obligación de conocer la historia interior de los hombres que andamos cerca de los cincuenta. Tal vez el

que ahora me encuentre se figure que no he tenido más que hacer en la vida que estar sentado detrás de mi mesa de Embajador. Le recuerdo, sólo al pasar, que he consumido cinco largos años de destierro político en Europa, viviendo de mi pluma en Madrid, que era como vivir de levantar sillas con los dientes.

En la página 107, al referirse Ud. al mexicanismo de Ruiz de Alarcón, lamento que aparezca mi nombre antes del de Pedro Henríquez Ureña, pues yo no hice más que ponerme a la escuela de la teoría por él lanzada en forma magistral.

En la página 490, se atribuye el año de 1924 a mis *Cuestiones estéticas*, que son de 1911.

De las buenas cosas que Ud. me atribuye, nada digamos. Usted bien sabe que su testimonio es de los que más pueden confortarme y ayudarme en el deseo de ser mejor.

El hecho de haber sido yo el “benjamín”, hace que aparezca mezclado con hombres de otra generación como González Martínez, para no hablar de Nervo. Aun Genaro Estrada representa para mí un modo de sensibilidad anterior al mío. Vasconcelos y Antonio Caso me llevan muchos años, me llevan toda la Facultad de Derecho, a la que yo ingresé cuando ellos ya ejercían en sus bufetes. En aquella época “porfiriana” (página 556) yo no tenía significación pública ninguna: era un mero estudiante.

Me asombra verdaderamente la cantidad de motivos vitales que ha sabido Ud. agrupar en torno a nuestros procesos literarios. En este sentido, creo que el libro de Ud. será un libro clásico, indispensable para el conocimiento de nuestra época, y que trasciende con mucho los límites que habitualmente se dan a las historias literarias. Es un libro de historia humana en el más amplio sentido.

Examinando su ficha en mi directorio personal, veo que he dejado de mandarles muchísimas cosas, de las cuales por desgracia no conservo ejemplares. De todos modos, me atrevo a enviarle algo de lo que tengo a la mano: las tres primeras series de *Simpatías y diferencias* y *El plano oblicuo*. Aún le debo muchísimas cosas, pero será para cuando pueda yo reeditarlas. Todos mis pequeños artículos e investigaciones de historia literaria española andan dispersas en prólogos o en revistas técnicas de escasa circulación, como la *Revista de Filología Española*, la *Revue Hispanique*, etc. Tal vez éste sería para mí el momento de organizar mis libros, pero no tengo tiempo para nada. Los apremios del instante son impe-

riosos y estoy completamente entregado a ellos. Ya hablaremos de futuros proyectos.

Le mando un estrecho abrazo, muy cordial, muy fraternal,

Alfonso Reyes
Arroyo 820

P. D. La *Visión de Anáhuac*, cuya 2da. edición es de 1923 (y no 1922, como Ud. dice), tuvo una primera edición en 1917, en Costa Rica, y fue escrita en 1915, según consta al final.

Las *Horas de Burgos* están fechadas en 1918.

El *Juan Peña*, en 1923.

En México acaban de publicarse en folleto del que sólo recibí dos ejemplares para mi colección, un capitulito de mi eterno *Goethe* en elaboración que se llama *Idea política de Goethe*. Siento no poderse mandar.

¿No cree Ud. que la guillotina ahoga los márgenes y afea los libros de Editorial Ercilla?

48. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes

Santiago, 17 de septiembre de 1937

Mi querido Alfonso:

Pocas palabras me suenan más gratas que la suya. No le vendo halago. Ni elogios. Créamelo, y sigamos adelante. Hay en su carta última, como en otra que debe de estar escondida en mi archivo de Lima, cuya también y desde Río, un acento que no se olvida. Y que obliga. Hay mucho de exactitud en cuanto usted dice. A ustedes, los hombres de la cincuenta, los juzgamos a través de lo que vemos en los últimos diez años, pero ignoramos mucho de lo anterior. Con todo, y no en plan polémico, sino únicamente para provocar sus sugerencias y sus puntos de vista que me son indispensables, creo que ustedes pasaron la estrechez y la flacura económica en una atmósfera que se prestaba a la ayuda mutua y en la que los hombres no se hallaban divididos ferozmente como ahora, hasta el extremo que auxiliar a uno que no participa de las ideas del ayuda-

dor constituye un cuasi delito. Había un sentido de la cooperación humana diverso. Y eso es lo que a quienes vivimos bajo ferocidad implacable nos hace medir lo anterior con un rasero acaso irrelativo, porque juzga en absolutez lo que siempre debe ser mirado “con respecto a”. Yo estoy ahora, no, ahora no, desde hace cuatro o cinco años, examinando a la generación que floreció hacia el 900 y el 910. Nuestros maestros. Los gobernantes de hoy en casi todas partes. Le confieso que hago el examen con poca piedad. Todavía lo escrito es poco. Pero, la documentación, sí, es aguda. No crea que hay en ello afán corrosivo. No. Hay defensa de una generación entrenada por fuerza en el ascetismo, una generación que no disfruta como antes del exentito del “estudiante” como ayer. Usted lo recuerda. Ser “universitario” fue un diploma y un título jaranero y sonriente hasta... que dejó de serlo. Desde entonces ser universitario ya no exime, sino que condena sin previo juicio. Este sólo dato plantea una diferencia de clima que es preciso meditar y tener en cuenta al considerar cierta acritud nuestra que debemos cuidar no se trueque en acíbar innecesario y excesivo.

No conozco la primera edición de su *Visión de Anáhuac*. Si a usted no se le conoce suficientemente, juzgue lo dificultoso que es conocer a los demás. Por ejemplo, yo saboreé a Ruiz de Alarcón y su mexicanismo a través de su prólogo de la edición de *La lectura*, si no me equivoco. Pero Pedro Henríquez no hace circular sus estudios. Ahora le escribo reprochándole un porfiado silencio que a nada útil ha conducido. Pero no sabe cuánto le estimo y hasta admiro, y creo que me tiene por menos adicto a lo que en realidad lo soy. Y él, que debiera ser un vigía de América —hay tan pocos— ha dejado por negligencia criolla que sus estudios resbalen sin tocar a quienes siguen de cerca todos estos movimientos. La dejadez criolla y el mimetismo europeizante hacen el resto en el público. Total: cerrazón de noche para sabernos de América.

Le agradezco sus nobles palabras sobre mi esfuerzo, sonda lanzada a la curiosidad de unos, la benevolencia de pocos y la malevolencia de los demás, y entre todos contribuirán a nutrir la segunda edición de mi *Historia*, que será, en realidad, la primera. Si pido ayuda antes nadie oír. Ahora sí. Los unos, como usted, por benevolencia y cooperación sincera. Los otros, por prurito de exactitud *a posteriori*. Los muchos por demostrar que saben más. De todos modos, saldrá ganando el público. Y eso es lo interesante, que nos conozcamos mejor y que podamos categorizar conocimientos dispersos.

¿Me dice usted que Vasconcelos es mayor que usted? Dígame: en un programa de “El Círculo” de Rosario encuentro que don José Vasconcelos Calderón nació en 1882. ¿Fecha exacta? ¿Coquetaría? Yo di un ¿1880?, y se me antoja que eso es más certero. No sé ahora.

Discrepo un poco en cuanto a las fechas de los libros. ¿Cómo nos las arreglamos los que andamos con papeletas, ya que los libros nos los cercenan, o cuando nos las tenemos con libros que contienen composiciones de diversa data? Creo que hay que decidirse por la fecha de la portada.

Me faltan algunas cosas suyas, desde luego. Otras están en México. Su *Goethe* debe salir. Que no se haga esperar.

Y tanto que decirle, que corto. Aquí la ciudad se apresta a celebrar el 18 de septiembre. Banderas en las calles. No entusiasmo: ésta es tierra de calidez estrictamente medicinal: para no morir de frío. Veremos soldados, beberemos un poco, acaso bailemos, leeremos lo más posible, se escribirá lo que se pueda, acaso lleguemos a anudar mañana los desterrados un partido de fútbol en que solemos distraer nuestra solidaridad y agraviar a nuestros músculos, y se pasaría tres días sin correo, puesta el alma en la tierra en donde el drama es cada día más sórdido, más intenso. Y así se pasan las horas. Y se reanuda la tarea. Y se vive con un ritmo que los profesores tersos no adivinan ni entienden, porque para ellos todo está ya normado y el tránsito tiene reglas invariables.

Hágame el favor de expresar mis respetos a su señora. Si ve a Pedro, dígame que le he escrito. Y crea, querido Alfonso, que aquí tiene de todas veras un amigo, más que siempre,

Luis Alberto Sánchez

49. De Alfonso Reyes a Luis Alberto Sánchez

Buenos Aires, 25 de septiembre de 1937

Mi querido Luis Alberto:

Tiene Ud. razón en cuanto me dice su gratísima carta del 17 de septiembre.

Lo único que quiero es que Ud. se penetre de que esa generación anterior a Uds. no merece ser acusada por el hecho de que sus sufri-

mientos sean diferentes que los de la generación que la siguió. Porque creer que no haya tenido sufrimientos es inhumano. Figúrese Ud. lo que pasará en el corazón de hombres que, después de haberse hecho un sistema del mundo, lo ven despedazado por la realidad y tienen que recomenzar otra vez desde el abecedario. Ahora que, si entre aquéllos hay algunos que ni en la época de relativa felicidad anterior, ni en la época posterior de sobresalto, han sabido mantener la coherencia de su trabajo y su conducta, éstos y sólo éstos merecen la censura; pero no por pertenecer a otra época.

Hoy mismo le reclamaré a Pedro su silencio: no le extrañe, ese hombre no sabe quejarse, pero la verdad es que vive comido de obligaciones y enojos.

Respecto al año de nacimiento de Vasconcelos, Ud. ha encontrado dos: 1880 y 1882. Yo le propongo ahora una media proporcional que acabo de encontrar en la *Historia de la literatura mexicana* de González Peña: 1881. Escoja Ud. la que más le plazca. (Yo nací en 1889.)

Claro está: yo comprendo perfectamente bien ese problema de tener que establecer la cronología de los trabajos sólo por las fechas de ediciones, en vista de no traer en el equipaje más que papeletas. Lo comprendo perfectamente. En modo alguno hallo nada que censurar. Lo que pasa es que lamento las confusiones a que esto puede conducir al establecer la evolución interior de un autor. Pero, en el caso que tratábamos, que era el mío, la verdad es que la cosa no tiene importancia capital.

No, no descuido el *Goethe*: ya todo saldrá a su tiempo. Pero no puede Ud. figurarse la cantidad de estorbos e interrupciones entre las cuales voy adelantando mi trabajo.

Vuelvo a repetirle cuanto le dije en alabanza de su precioso libro, que por instantes me gusta más. Tenga Ud. la certeza de que tampoco hay halago en mis palabras. Aunque, en efecto, sería hipócrita el que yo negara el que mi naturaleza me lleva más bien a procurar no decir nunca cosas desagradables, yo creo que en el tono de mi voz (porque también la letra escrita tiene un tono de voz) se distingue muy bien cuando cedo simplemente a su hábito de cortesía, y cuando de veras doy todo su peso a mis juicios.

Yo he pensado muchas veces en la vida de Ud., en su esfuerzo mantenido, en su claro y armonioso espíritu. Me he sentido tentado de pedirle a Ud. el secreto de esas prontas concepciones panorámicas en que

Ud. tanto acierta. Pero sé que ese secreto es comunicable. Yo, por muchas causas que sólo se entenderán el día que me sienta a escribir mis memorias, tuve que empezar mi vida mental con una serie de mutilaciones dolorosas (voluntarias, corrientes, de imperativo moral) y esto me ha llevado a ser un poco lento en mi concepción de los conjuntos. Ya se lo explicaré algún día; será más fácil de viva voz.

Reciba un abrazo muy apretado,

Alfonso Reyes
Arroyo 820

50. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes

Santiago, 4 de octubre de 1937

Mi querido Alfonso:

No, el ataque o censura no es a unos cuantos, sino que entraña una definición de clima. En todo tiempo hay gente que sufre y que se esfuerza, pero cada tiempo tiene mayores facilidades o dificultades. Yo creo que hay mucha gente en el mundo para la cual habría sido una dicha morir en 1910. La órbita 1880-1912 ha sido una de las más plácidas del mundo. De ahí extraigo algunas explicaciones justificativas para ciertas renunciaciones aparentes, pero destaco la diferencia de clima entre la gente nueva y la anterior, para explicar y justificar a aquella. No es un libro con *parti-pris*. Es una conclusión después de haber conocido y leído todo cuanto he podido al respecto. Rodó mismo es una influencia agnóstica y hasta ascética. Su despopularización no es asunto de tiempo transcurrido —a los 30 años empieza la popularidad ante los lectores—, sino de clima diverso. Usted, por ejemplo, corriendo el mal gusto de personificar el debate, se encuentra en una situación dramática: su ficha cronológica lo coloca en el umbral de dos épocas. Usted tenía 25 años cuando estalló la guerra, su madurez ha transcurrido en plena crisis. Pero, los nacidos entre el '72 y el '85 tienen una mentalidad diversa. Además, usted es de México, y México ostenta una dirección distinta. México más 1889 dan por resultado la comprensión bipolar de Alfonso Reyes.

Sé que Pedro tiene mucho que hacer. Mi queja es sobre el papel que le toca jugar como experto en un asunto que requiere, ante todo, contactos.

Acepto su transacción sobre Vasconcelos. Yo había puesto “¿1880?”, entre interrogantes. Dejaremos los signos para 1881.

He escrito un breve artículo sobre Genaro Estrada. Me pareció torpe la noticia cablegráfica olvidando al escritor, y más torpe aún un comentario en *Letras*, de Botas, despotricando al caído antes de que cayera para siempre.

No se achique en su “falta de percepción de conjuntos”. Acaso le deleita a ratos la busca deportiva de lo que nadie viera, pero eso no es mutilación, sino distracción. Su *Goethe* está lleno de luz de perspectiva. En *Simpatías y diferencias* hay más de un embrión de ensayo.

Ojalá sigamos comunicándonos. Yo, silencioso pertinaz, Moguer conferenciante, hallo solaz y vida en poder romper un monólogo de pausas.

Con respetos para su señora, lo abraza su

Luis Alberto Sánchez

51. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes

Santiago, 21 de junio de 1940

Mi querido Alfonso:

Recibí sus líneas anunciadoras de mucho bueno. Que llegue pronto.

Tengo vivo interés en conocer todo lo de Rubén Romero López y Fuentes Ferretis.

¿Qué le parece un libro que se titula *Pérdida y recaptura de lo hispano*, sobre la base de que la colonia fue menos española de lo que parece, y la República más de lo que se dice? Estudios sobre el amor, la política, el caudillo, el municipio, el racismo hispanoamericanos, etc. Lo tengo en notas y en mente, y será cuestión de disparar, escribirlo, pues he dictado ya conferencias al respecto madurando el tema desde hace unos tres años. Y a propósito de lo hispano, veo que esa magnífica labor de uste-

des se halla un poco tronchada por auras de proselitismo o de proselitropía. Ay, Alfonso, y tengo varias heridas abiertas al respecto. Nuestros, del APRA, tuvimos un puñado de combatientes peruanos en España, pero rescatarlos fue y es difícil. A uno, tuvimos que pagarle entre cuatro desterrados sin dinero, su reintegración a América: comités ni amigos ni poetas fraternos nos hicieron eco porque no era comunista, y si no es por el gobierno chileno que le prestó su bandera, otra sería su suerte. A otro lo trajeron exigiéndole mil cosas enojosas y, a la postre, cerráronse para él las puertas del socorro porque no firmó una papeleta. Y los demás, allá están o estaban. Y otro se fugó. Y otro tuvo que pasar por las horcas caudinas del afiliamiento (momentáneo, porque se salió en cuanto pudo). No sé si algún día deba decir eso y mucho más. Entre tanto, hemos ayudado sin reticencia, mi mujer y yo, y mis compañeros, sin importarnos estas pequeñeces ni ese disparo zurdo de Juan Larrea, a quien, si usted lo tiene a bien y no le molesta, puede leerle entero este párrafo (no se lo pido, porque no es cosa de pedir sino de confiar a su discreción, benevolencia, posibilidad y gana).

Bueno, Alfonso, pronto lo sorprende con mi *Balace y liquidación del Novecientos* que he estado rumiando cuatro o cinco años y que he repasado varias veces, no pocas con sus cartas a la vista. Mande lo que publica la Casa de España y tenga un abrazo cordial de

Luis Alberto Sánchez

52. De Alfonso Reyes a Luis Alberto Sánchez

México, D. F., 7 de agosto de 1940

Mi querido Luis Alberto:

Gracias por su carta del 21 de junio, y por la segunda edición de la *Historia de la literatura americana*, nueva ocasión para manifestarle lo que ya alguna vez le dije: que admiro mucho, en medio de las vicisitudes de su vida, la arquitectura y coherencia de su obra. Tanto más cuanto que sé lo que es vivir de la Ceca a la Meca. Pero a mí me ha faltado la virtud que a usted le sobra, y sólo ahora, ya algo cansado, se me da la posibilidad de

concentrarme, posibilidad exterior al menos, puesto que económicamente sigo teniendo que partirme en mil pedazos por la lucha diaria.

A este propósito, como quien se confiesa, sin más interés que el de un desahogo amistoso, quiero insistir en algo que también ya otra vez le he dicho: siento que la representación que usted tiene, no de mi obra, sino de mi persona, no ajusta del todo con la historia de mis experiencias. Usted ha visto en mi vida diplomática sólo el efecto exterior y no la trastienda. Mi vida dista mucho de haber sido confortable y voluptuosa. Mi ingreso en la diplomacia significó para mí algo como un destierro voluntario, y durante varios años tuve que abandonar el servicio diplomático y luchar con mi pluma en España. Lo que yo deseaba era poner un coeficiente de tiempo y de distancia que me desvinculara de ciertos aspectos de la política interior de México no conformes con mis convicciones personales. Lo que yo quería era recobrar mi libertad, aun contra las trabas familiares, para juzgar a mi país por mi cuenta. En este esfuerzo de objetividad, que era un anhelo de mi libertad de conciencia, a la vez que se formaron mis sentimientos de izquierdismo, de larga tradición familiar anterior a las últimas equivocaciones de algunas personas de mi familia, puesto que desde mis abuelos todos lucharon en las filas liberales, contra la reacción y las invasiones extranjeras y todos perecieron en esas luchas, sentí también que se me iba creando una visión del mundo incapaz de embanderarse en ninguna filosofía que no saliera de mi propia reflexión. De aquí que no pueda ser un combatiente práctico: no me deja mi espíritu. Mi combate es espiritual, aunque naturalmente no pueda menos de tener proyecciones prácticas a cuyas consecuencias siempre me he atendido. La vida del diplomático mexicano es una vida de familia pobre dentro del snobismo internacional. Por un elemental decoro, me esforcé por evitar que mi representación pareciera demasiado deslucida ante la de otros países. El resultado es que, al retirarme, porque sin duda ya se cansaron de mí y porque nadie me debe servicios en manejos políticos interiores, me he quedado pobre y sigo luchando. Pero nunca viví fuera de la pobreza en la realidad cotidiana de mi vida. Nunca viví fuera de la lucha. La diplomacia mexicana no se parece a la de otros países sudamericanos. No somos privilegiados, arrastramos ante el mundo el deber de demostrar que no somos caníbales, en medio de sacrificios constantes. Por eso no creo que deba usted considerarme como un hombre que ha vivido sobre un camino de terciopelo. Me abstengo de explicarle ciertos hondos motivos patéticos, por los que mi

alma ha tenido que transitar para alcanzar la independencia de criterio que ilumina mi vida. Sólo debo decirle que muchos en mi país no me perdonan el que yo no sepa vincularme a las vendetas del odio, y que muchos otros que desde fuera aparecen como grandes luchadores han vivido aquí en un ambiente de delicias y gozan y han gozado siempre de gran bienestar que dista mucho de parecerse a mi pobreza. Guárdelo en su corazón y hágame justicia.

A José Rubén Romero, que es Embajador de México en La Habana, pídale usted directamente sus libros: es hombre cordial que le atenderá al instante. Aunque le parezca absurdo, aún no logro contacto directo con López y Fuentes y con Ferretis para que le manden sus cosas.

Es muy interesante el tema de la *Pérdida y recaptura de lo hispano*. Espero su libro con verdadero interés. No: la obra de La Casa de España ha triunfado de todos esos vientos de proselitismo a que usted se refiere. Lo que usted ve de lejos tal vez mezcla nuestra obra con ciertos pretextos de la discusión política electoral en que se pretendió involucrar el caso de la hospitalidad a los republicanos españoles. Pero nuestra labor científica ha seguido viento en popa, y aun la otra campaña a que me refiero ha ido amenguando por sí sola, al fin como cosa artificial.

En fin, nuestras luchas se parecen, y ya veo todo lo que usted me cuenta del APRA.

Le confieso que veo muy poco a Juan Larrea. Él y otros españoles de valor siguen preocupados con sus disidencias internas, creándonos así obstáculos a los más fieles amigos de España, pues el reflejo ante la opinión mexicana de estas disputas que no acaban es lamentable.

Espero su *Balance y liquidación del Novecientos*. Siempre lo tenemos presente en nuestras publicaciones, y yo siempre lo tengo a usted presente en mi admiración y mi cariño.

Un abrazo cordial,

Alfonso Reyes

53. De Luis Alberto Sánchez a Alfonso Reyes

Río Piedras, 24 de junio de 1951

Querido Alfonso Reyes:

Parece que nuevamente reinaron los silencios, y la iniciación del viaje se quedó en La Habana, adonde iré justo en 30 días más.

Iguíñiz me dice que sólo hay un libro de Chocano en la Biblioteca Nacional. Es una edición antológica. En cambio de Cuba y Guatemala y Chile me han conseguido un buen material; y de Perú.

Ustedes tienen con beca en El Colegio de México a Jesús Véliz Lizárraga, estudiante peruano, que fue miembro estudiantil del Consejo Universitario de San Marcos. ¿Podría asignársele como una tarea especial, en vista de este plan de tener a todo Chocano, que investigara y copiara de periódicos y revistas de México, entre 1911 y 1918, las colaboraciones de Chocano? Y, después, si el Colegio quisiera, ¿no podría yo obtener una ayuda, no en salario, sino en gastos de vida y viaje, por unos meses, a fin de acabar esa investigación, estudiar la actuación de Chocano en las revistas mexicanas, etc.? Yo sé que algunos de estos puntos no le son gratos, pero sé que usted está por encima de sus propios legítimos sentimientos, cuando se trata de esta clase de empresas.

Quién es y qué ha hecho Juan José Arreola, el autor de *Varia invención*, fresco manojito de cuentos.

Yo saldré de aquí el 23 de julio a La Habana y estaré allí hasta el 10 de agosto. Tengo disponibles de 11 a 21 de agosto, ahora. Si hubiese alguna otra posibilidad, habría que decidirla para fines de diciembre.

¿Le llegó mi *Literatura peruana*?

Si algo le molesta de mis encargos, olvídelo, que siempre es usted largamente mi acreedor.

Un buen apretón de manos de su affmo. amigo,

Luis Alberto Sánchez

54. De Alfonso Reyes a Luis Alberto Sánchez

Carta Confidencial

México, D. F., 2 de agosto de 1958

Mi querido Luis Alberto Sánchez:

En *El Tiempo* de Bogotá hallo el eco de su cordial conferencia. Le doy las gracias con mucho afecto. Su manifiesto propósito de ecuanimidad y la larga amistad que nos une me aconsejan enviarle a Ud., en términos estrictamente confidenciales y sólo para su gobierno y su mejor conocimiento de mi vida, copia de dos cartas a Mañach (30 de agosto y 20 de septiembre de 1954).

No entiendo la intención con que Ud. dice: mientras Obregón o Cárdenas hacían tal cosa, Reyes publicaba tal o cual libro. ¿Por qué había yo de desviarme de mi destino literario? Tal vez el resumen de *El Tiempo* no es bastante claro.

Tampoco creo que lo hispanoamericano sea necesariamente fragmentario, ni que mi obra lo sea más que muchas otras. No hablemos de los versos, fragmentarios por naturaleza si así quiere llamárselos, aunque hay en ellos conjuntos poemáticos bien definidos, como la *Ifigenia cruel*, los *Romances del Río de Enero*, *Minuta*, *Homero en Cuernavaca*, y los nueve cantos parafraseados de la *Iliada*. Pero, en prosa, dejando de lado ensayos muy extensos (desde luego, la *Visión*, *El Paisaje*, *Discurso por Virgilio*, *Atenea política*, varios ensayos de *Tentativas y orientaciones* y *Última Tule*, y en cierto sentido *El suicida* y *Las vísperas*), ¿cómo considerar fragmentarios volúmenes de un solo asunto? Aquí están las *Cuestiones gongorinas*; *Tránsito de Amado Nervo*; *Mallarmé entre nosotros*, dos series de *Capítulos de literatura española*; *Junta de Sombras*; *Estudios helénicos*, etc. y, sobre todo, *Historia de un siglo*; *La crítica en la Edad Ateniense*; *La antigua retórica*; *El deslinde*; *Letras de la Nueva España*; *Trayectoria de Goethe*; *Memorias de cocina y bodega*; *Parentalia*, y en la serie que llamo "Archivo de A. Reyes", *El servicio diplomático mexicano*; *Introducción al estudio económico del Brasil*, *La conferencia... de Leticia*; *La inmigración en Francia*; *Momentos de España (memorias políticas)*, los cinco opúsculos de *Crónica de Francia* (páginas políticas), *La constelación americana*; *Cartilla moral*; *Berkeleyana*; *De la Antigüedad a la Edad Media*; *Troya*; *Libros y librerías en la Antigüedad*; *Resumen de la literatura mexicana*; *El Triángulo Egeo*; *La jornada aquea*. Todos estos folletos son de un solo

tema, y algunos sumamente extensos. Añádanse mi tesis jurídica *Teoría de la sanción* y el *Código de la paz* en colaboración con Manuel J. Sierra y Pablo Campos Ortiz. (Dejo fuera los libros en elaboración.)

Sucede que he escrito mucho y, como le explico a Mañach, no puedo pedir a mis amigos que lo conozcan todo.

Lo de que fui “agente de Huerta” (Segundo Secretario de la Legación en París, o sea un pobre escribiente, como destierro honorable, a los 24 años) ya queda explicado en mi segunda carta a Mañach. Y el punto es *muy confidencial*, por tratarse de mi oposición a persona respetada y querida de mi familia.

Lo de que no estaba yo identificado con el régimen, en mi última Embajada (la segunda de Buenos Aires), no creo que conozca Ud. el punto. Volví a México porque les dio por llamar a todos los Embajadores. A los tres meses, Cárdenas, que acababa de nacionalizar el petróleo, me envió en misión extra diplomática (1938-1939) al Brasil, para abrir allá las puertas al petróleo mexicano. A mi regreso, me hizo el honor de confiarme la redacción de algún importante documento sobre la expropiación petrolera. Mayor prueba de confianza no puede dárseme. Desde los últimos meses de Cárdenas [en la presidencia de la república], mayo de 1939 en adelante, he tenido varias comisiones oficiales transitorias en el extranjero o en el país, pero *no* he querido ya aceptar los cargos diplomáticos permanentes que *se me ofrecieron*, por el deseo de vivir ya en mi tierra.

No dudo que estos datos le ayudarán a conocer más de cerca de su viejo amigo, que siempre lo admira y quiere, y le agradece su constante e inteligentísima atención para su obra.

Lo abraza,

Alfonso Reyes

P. D.: Mando esta carta con sus anexos a dos direcciones: el apartado que usted me dio en Lima y *El Tiempo* de Bogotá.

55. De Jorge Basadre a Alfonso Reyes

Lima, 12 de agosto de 1931

Muy señor mío:

La Biblioteca de la Universidad Mayor de San Marcos aspira hoy a relacionar y reunir, a auspicios del nuevo espíritu universitario hoy presente, a las generaciones literarias del Perú y de América.

Consecuente con este afán, con esta empresa —ardua, actual—, me dirijo a Ud., conociendo su gentileza y su obra amiga de nosotros y del movimiento continental de la literatura nueva, para solicitar de ellas la remisión de *Monterrey* y los *Cuadernos del Plata*, que de tan fino cuidado y primor se engalanan en el último libro —*Línea*— de nuestro amigo Gilberto Owen.

Agradeciendo anticipadamente la gentileza del envío, queda S. S.

Jorge Basadre

56. De Jorge Basadre a Alfonso Reyes

Lima, 6 de agosto de 1943

Muy estimado señor Reyes:

Mucho le agradezco a Ud. su valioso aporte a la causa del renacimiento de la sección mexicana de la Biblioteca Nacional de esta ciudad. El comité que se ha formado reemplaza con ventaja a la acción que hubiera podido realizarse aisladamente por conducto oficial. Queremos convertir esta obra en algo más que una simple realización técnica, haciéndola transformarse en una empresa democrática, de vastos alcances interamericanos y, al mismo tiempo, de directa repercusión sobre nuestro propio pueblo.

Estoy a su entera disposición para cualquier consulta y le ruego acepte las seguridades de mi mayor admiración y simpatía.

Jorge Basadre

Director de la Biblioteca Nacional

57. De Estuardo Núñez a Alfonso Reyes

Don Alfonso Reyes:

Mi inquietud y mi curiosidad han de justificar lo inusitado de esta carta de un desconocido. Es un desquite, don Alfonso, por tanta barrera que atraviesa esta América de indios y de mestizos. Estamos con los Andes de por medio, pero sin embargo, poeta, se escucha su voz cristalina, matinal, de buen americano. Sus ondas, aunque usted tal vez lo dude, llegan a pesar de todo. Sus “saetas” también, aunque algunas se desvíen. A veces llegan con trazas de paloma, con alas *Monterrey*. ¿No sería posible una certera, y bien dirigida, y regular —con esas dotes de buen colombófilo que tiene usted—, a este amigo desconocido?

Apunte usted el nombre de un lector devoto de sus envíos,

Estuardo Núñez
1931

58. De Estuardo Núñez a Alfonso Reyes

Mi estimado don Alfonso:

La cordial reiteración de sus envíos —sobre todo el último, en que a su correo personal *Monterrey* dedicado a Goethe, une usted dos cuidadosísimos folletos— me obliga a dar las gracias. No quisiera, sin embargo, hacer circunstanciales estas líneas, y si las “gracias” le dan ese carácter suprímalas usted. (Además, también usted lo sabe mejor, porque vamos siendo personas que habitamos “bajo el mismo techo” de la inquietud literaria.) Pero observe que doy las gracias habiendo reservas. Sus palabras *en el día americano* se jactan de devoción a “los intereses espirituales” y se constriñen demasiado a ellos. Pero, mi creencia es ésta, los intereses materiales priman y condicionan los demás. Si prescindimos de ellos, si los apartamos de nuestro panorama de problemas, habremos dispuesto arbitrariamente en la esfera de lo determinado, desdeñando lo determinante.

Sin embargo, *a vuelta de correo* usted se rectifica tal vez un poco cuando defiende su preocupación por la realidad mexicana en todos sus as-

pectos. Todo lo que usted hace es obra en serio. Su desvelo por la cosa mexicana en América ya lo quisieran ver otros países americanos en sus diplomáticos.

La frescura con que han sido escritos, induce al arrepentimiento cuando se ha calificado de “folletos” a sus publicaciones. ¡Todo cuanto se conoce por “folleto”, tiene tanto un sabor a cosa abortada! El escritor escribe folletos cuando “no le salió” un libro, cuando el tema se puso reacio, y no hubo entonces otro remedio que lanzar el escueto acopio de datos o de larvas. Pero nada de esto se advierte en sus dos publicaciones: todo tiene sabor de acabamiento y sentido de proporción. Si en arquitectura la mayor estética exterior de un edificio está determinada por el grado en que se adapta a sus exigencias de uso interiores, en literatura la impresión debe igualmente ir condicionada a la naturaleza, a la oportunidad y al volumen del contenido. Usted ha acertado. Usted no ha escrito “folletos” sino otra cosa. Y así como usted inventó “¡itanjáfora”, debió también adoptar una palabra para designar esta *otra cosa*.

Yo a mi vez, no sé si habré acertado —¡ay, los problemas editoriales del escritor siempre pobre!—, pero lo cierto es que he sacado algo que parece libro, y se lo envió por este correo. Se llama *La poesía de Eguren*.

Reciba usted, don Alfonso, mi simpatía y mi afecto.

Estuardo Núñez
Septiembre de 1932

P. D.: Quisiera que me diera usted el medio de conseguir números de *Libra*. Indíqueme a quién puedo dirigirme. Dispense esta molestia.

59. De Estuardo Núñez a Alfonso Reyes

Barranco, 17 de marzo de 1933

Mi recordado don Alfonso:

Acuso recibo de sus últimos envíos: *Horas de Burgos* —en el mismo plan que *La saeta*, deliciosa poesía anecdótica, término medio entre el poema y la anécdota, cerca del Baudelaire de los *Poemas en prosa*— y *Tren de on-*

das, término medio también entre la meditación erudita y el cuento corto, a veces con sabor a greguería gomezserniana, pero siempre muy Alfonso Reyes. ¡Qué extraño talento armonizador tiene usted! (Con razón, su cordialidad; con razón, su actividad diplomática; con razón, estos constantes envíos.)

A la par que el erudito, con todas sus dotes de investigador y de estudioso, vive en usted el hombre de sensibilidad, el poeta, con su fina y delicada concepción estética de las cosas. ¡Cómo hace amables las cosas secas y áridas de la erudición!

Muchas gracias por todo, don Alfonso. Le he escrito ya al poeta Molinari. Yo estoy más con *El Imaginario* que con *Delta*. Aquí, acaba de salir un libro de su amigo José Hernández: *Fuegos Olímpicos*, y el poeta Emilio Adolfo von Westphalen —acaso nuestro valor más serio y efectivo— ha publicado *Las ínsulas extrañas*. Auténtica poesía, verdadero artista.

Reciba usted los saludos de su amigo,

Estuardo Núñez

60. De Emilio Adolfo Westphalen a Alfonso Reyes

Lima, 4 de marzo de 1937

Muy estimado señor Alfonso Reyes:

Algunos amigos míos que tuvieron oportunidad de tratarle personalmente, me dijeron después de la buena opinión que Ud. tenía de mí. Este conocimiento es el que me impulsa a escribirle estas líneas.

Hace un par de meses, y porque la policía, según declaración que a mí mismo hicieron, llegó a enterarse de “mi manera de pensar”, me tuvieron prisionero durante 36 días. Naturalmente, Ud. puede suponer que las acusaciones que me hacían eran tan fantásticas como metafísicas las premisas que les llevaron a ellas. Solamente por la influencia que algunos amigos pudieron ejercer sobre las autoridades, se consiguió, después de serias dificultades, mi libertad. Pero, como temo mucho que en cualquier momento puedan presentarse las mismas circunstancias, y además, como mi “manera de pensar” no es modificable a voluntad

y que aprecio demasiado mi libertad, me ha parecido conveniente decirme a expatriarme.

El próximo mes pienso partir para México. Ahora bien, lo que deseaba solicitarle es lo siguiente: si Ud. pudiera darme algunas cartas de presentación y recomendación para determinadas personas que pudieran serme de ayuda a mi llegada a su país.

Yo no sé si Ud. se hallará dispuesto a acceder a mi solicitud. En todo caso, le ruego me disculpe por las molestias que le ocasiono.

Sinceramente, le expresa su consideración y aprecio y le saluda atentamente,

E. A. Westphalen

61. De Alfonso Reyes a Emilio Adolfo Westphalen

Buenos Aires, 8 de marzo de 1937

Señor y amigo:

Si no fuera por la ocasión que lo determina, me atrevería a decirle que estoy encantado de su carta, por cuanto ella supone de confianza en la estimación y en la amistad que de tiempo atrás me inclinan hacia Ud.

Deseándole todo bien en mi tierra, me apresuro a enviarle con la presente dos cartas para dos amigos, quienes se encargarán de ponerle en contacto con los demás.

Reciba mis mejores votos y téngame al tanto de su llegada a México y el curso de su vida.

Lo saluda con todo aprecio,

Alfonso Reyes

62. De Alfonso Reyes a Xavier Icaza

A Xavier Icaza

Buenos Aires, 8 de marzo de 1937

Mí querido Xaviercito:

Pongo en tus manos a mi amigo el escritor peruano E. A. Westphalen y, con pocas palabras pero con vivo empeño, me permitiré recomendarlo a tu amistad y a tu criterio, para que lo relaciones con los elementos que han de ser sus amigos en México y con los centros literarios.

Él mismo te explicará lo que desea y los antecedentes de su actual situación.

Cariñosos saludos de esta casa a la tuya, y un fuerte abrazo de

Alfonso Reyes

63. De Alfonso Reyes a Genaro Estrada

A Genaro Estrada

Buenos Aires a 8 de marzo de 1937

Mí querido Genaro:

Tengo el gusto de presentar a Ud. al escritor peruano, Sr. E. A. Westphalen y recomendarlo a su amistad y atenciones, rogándole que quiera orientarlo un poco en la vida mexicana y lo acerque a quienes pueden ser sus amigos.

Él le contará los motivos de su viaje y lo que desea en México.

Lo abraza muy afectuosamente,

Alfonso Reyes

64. De Emilio Adolfo Westphalen a Alfonso Reyes

Lima, 14 de abril de 1949

Muy estimado y querido amigo:

He debido hace mucho tiempo agradecerle por su gran gentileza al enviarme textos suyos para *Las Moradas*, pero la edición de la revista me tomaba todo el tiempo (tengo yo mismo que corregir las pruebas, llevar los paquetes al correo, hacer la distribución en las librerías, correr con la administración, buscar avisos, etc.) y además suponía que mis amigos en México, cumpliendo con mis encargos, habrán sabido expresarle mi gran reconocimiento.

Ahora debo molestarle por otro asunto. Mi situación económica no me permite continuar con la empresa de la revista (hay un número en prensa y espero que seguirá saliendo si algunos jóvenes se dan cuenta de lo que significa para este país y se deciden a sacrificarle una parte de su tiempo). Pero, además, lo que ocurre es que parece que aquí no hay ocasiones para que un escritor se pueda ganar la vida, aun en ocupación extraña a sus predilecciones. El gobierno del Dr. Bustamante (él mismo un escritor) me negó un empleo que solicité porque alguien se enteró de que hace quince años había publicado unos libritos de poemas. Dijeron que con esos antecedentes sería escandaloso que yo ocupara un puesto burocrático, aunque desde luego no lo pedía porque había escrito versos, sino porque había pasado trece años en una oficina comercial y estaba perfectamente enterado de todo lo necesario para satisfacer las exigencias del empleo.

Pero estos antecedentes no pueden interesarle; lo efectivo es que ahora me he visto obligado a solicitar a la ONU un empleo de traductor (del inglés y del francés al español). Y como esos señores quieren que uno indique los nombres de algunas personas conocidas que pueden dar referencia de las capacidades de los aspirantes, me he permitido indicar el suyo. No creo que en realidad le lleguen a molestar —el puesto que pretendo no es de gran importancia—, pero si acaso lo hacen, ¿sería usted tan amable de recomendarme?

Usted me perdonará por haber acudido de nuevo a usted. Hace muchos años en una ocasión parecida tuve que hacerlo y el recuerdo de su amabilidad de entonces me ha impulsado a incurrir en la misma

descortesía. Pero estoy muy necesitado de esa colocación y tal vez a esos señores les pueda impresionar el informe de una persona de tanto prestigio.

Como siempre, reciba usted las expresiones más respetuosas de mi grande estimación y simpatía.

Cordialmente suyo,

Emilio Adolfo Westphalen

65. De Alfonso Reyes a Emilio Adolfo Westphalen

México, D. F., 21 de abril de 1949

Mi querido amigo:

Me apresuro a contestar su carta del 14 del actual, asegurándole que tendré el mayor gusto en informar con toda la amplitud y el encomio del caso a la ONU, si como creo llegan a pedirme alguna manifestación sobre su excelente persona y altas prendas.

Lamento la situación que usted me describe, pero no me extraña. Como Hércules en la encrucijada, hemos escogido el camino de espinas, que es el de la virtud.

Le deseo felicidades y soy siempre muy cordialmente suyo,

Alfonso Reyes
Av. Industria 122

66. De Luis Fabio Xammar a Alfonso Reyes

Lima, agosto de 1937

Cabe presentarme como un desconocido, viejo conocido suyo. Conocido porque para mí ha sido gratísima excelencia, conversar tanto de Ud. —ahora de su persona— en charlas interminables llenas de una presencia cariñosa, con los dos poetas Peña, de un recuerdo tan íntegro cuan-

do hablan de su amistad en Río, hoy día derivada a Buenos Aires. También de su obra que conozco en abundante parte, obtenida de manos del poeta A. Hernández, quien tiene entusiasta admiración por Ud. Pero mi propósito es otra cosa. Mi plan es de una agresión intelectual, al enviarle al mismo tiempo que estas líneas un cuaderno de sonetos peruanos, *Waino*, que constituye la primera de las ediciones lanzadas por el grupo juvenil *Palabra*, de estas costas. No he querido hacerlo así llanamente. Esa antigua amistad que con Ud. tengo, amistad unilateral porque era de una persona desconocida por Ud., me exige no dejar pasar la ocasión sin escribirle. De expresarle, como es mi deseo, que mi libro no llegue a sus manos vagamente, sino como realmente va, como una cálida voz exacta de admiración y cordialidad. También con una cierta esperanza en su espíritu que no intuyo sino que me consta en su gesto acogedor y comprensivo. Tengo que decirle el gran deseo que tengo de conocer con toda integridad su obra. De manos de amigos generosos he participado de ella episódicamente, espero colmarla con más minuciosidad, y lograr escribir sobre ella el alegre y al mismo tiempo tersísimo panorama que sugiere. Mientras tanto puede creerme su más exacto amigo.

Luis F. Xammar

67. De Luis Fabio Xammar a Alfonso Reyes

A Alfonso Reyes
en Buenos Aires

Lima, octubre de 1937

Con esa calurosa generosidad tan suya, he recibido el último número de *Monterrey*. El recibirlo para mí representó una doble alegría: una de saber que había llegado a sus manos mi carta, y otra al leer tan cordiales líneas suyas con las que Ud. ha encontrado el admirable secreto de hacer perder esa obligatoria severidad tipográfica de los impresos. Y ahora ya pretendo abusar de su tiempo con esta correspondencia. Aquí llamamos a la persona que se arroga la confianza por propia iniciativa, *confianzudo*. Es una de esas palabras exactas con filos de ironía. En su misma fonética hay cierta cosa picantemente sabrosa. Pues bien, yo en este plan con-

fianzado quiero pedirle a Ud. un favor intelectual. Estoy embarcado en algún ensayo de literatura americana, y para ello quisiera pedirle a Ud. me enviara una ficha conteniendo el título y el año en que se han publicado las diversas obras suyas. Todas. Este *todas*, en su caso, cobra una particular significación. Todos nos admiramos aquí, cómo su inquietud ha estado deparándonos siempre inesperados presentes. En los dos tomos de sus *Simpatías y diferencias* que tengo entre mis libros, ya incluye usted una nómina de sus obras publicadas. Pero desde esa fecha a hoy, con cuánto no ha enriquecido Ud. la bibliografía americana. Aquí me va a ser fácil conseguir prestadas muchas de sus obras, pero, eso sí, tengo un grave tropiezo: la Colección *Monterrey*. Ésa sí desearía pedírsela a Ud., si es que su inquietud viajera le ha permitido conservar algunos números impresos —o todos— que podrá estar seguro que no se perderá y será útil a muchos, que aquí en Perú se interesan por este derrotero intelectual de tan íntegra discreción. Y escíbame que aquí me tiene como un amigo sincerísimo, como su amigo *exacto* que se complace en la más pura expresión del vocablo.

En días pasados, hablando con Ricardo Peña, me dijo haberle escrito y me encargó también saludarle. Cumpló con gusto su pedido y al mismo tiempo tengo en cuenta que estoy poniendo a prueba su atención. Me despido, don Alfonso con el optimismo a sus amables nuevas, y con un fuerte apretón de manos.

Luis Fabio Xammar

68. De Luis Fabio Xammar a Alfonso Reyes

Lima, febrero de 1943

Mi estimado amigo:

En carta anterior le agradecía el envío de sus libros y, también, reclamaba algún otro que esperaba de Ud. No tengo respuesta, pero bien sé cómo anda el correo en estos tiempos de guerra. Por ello, le remito ésta por el aire.

Como apreciará por las páginas adjuntas, se trata de un breve ensayo sobre Ricardo Peña, nuestro común amigo y que, de pronto, se murió

el día menos pensado. Para una edición de varios poemas suyos inéditos he escrito esas líneas a la manera de prólogo. Cómo recuerdo la estimación que Ricardo sentía por Ud. Por este motivo, le envió el ensayo, para que Ud. vea si se publica en México en alguna de las revistas con las cuales está Ud. en relación. Creo que vale la pena dar a conocer esta poesía fuera del Perú. El día que salga el libro de que le hablo, me será grato enviarle un ejemplar.

Le ruego darme noticias tuyas. Es muy posible que Ud. lo viera a José Sabogal, el director de nuestra Escuela de Bellas Artes que estuvo en México hace unos días, de regreso de los Estados Unidos. Yo, tampoco pierdo la esperanza de estrecharle la mano pronto, y en tanto reciba los cordiales saludos de

Luis Fabio Xammar

69. De Francisco Eduardo Carrillo a Alfonso Reyes

Fechada el doce de abril
 del año 46,
 en esta Lima en que el seis
 es menor que el ocho mil.
 Esta décima febril
 a la tierra mejicana
 desde esta Patria, su hermana.
 Para don Alfonso Reyes
 de la "Ciudad de los Reyes"
 que lo estima, aunque lejana:

Espero que Ud., doctor,
 al recibir la presente
 con su familia se encuentre
 bajo el signo del Señor.
 Yo le pido por favor
 que mi osadía perdone,
 pues el que versos compone
 para un crítico genial
 no pasará de un mortal
 que a sí mismo se ilusione.

El motivo a la verdad
de esta carta inoportuna
es debido a la fortuna
de estar en mi Facultad.
Aquí en la Universidad
la tesis de bachiller
es trabajo que hay que hacer
al gusto del estudiante.
Un poeta interesante
me decidí a escoger,

y a mi entender y a mi idea
el que a mí más me gustó
fue el que en vida se llamó
don Peña Barrenechea.
¿Quién no su ayuda desea?
Pues me aseguran con fe
que un gran amigo Ud. fue
de este joven malgrado
que ha de estar glorificado
con Góngora y Mallarmé.

En hacer la biografía
Ud. me puede ayudar
me dijo el doctor Xammar,
mi profesor y mi guía;
yo también ya descubría
en la revista *Social*
un artículo especial
con la firma de Ricardo
en que hablábamos de un bardo
de apostura excepcional.

Y tuve confirmación
en dos damas de respeto
y en un señor, que discreto,
fue testigo de ocasión.
Y al amparo de una acción

de buscar con insistencia,
sin ser yo de inteligencia,
como un rayo descubrí
que hubo, de Ud. aquí
no poca correspondencia.

Yo aprovecho la ocasión
y le ruego contestar.
¿Qué hizo Ricardo al viajar
de esta tierra a otra nación?
No me da nadie razón
de los datos que pedí;
difícil es que hasta aquí
de lejos me llegue un dato,
pues hace ya mucho rato
que a la Argentina escribí.

A su hermano diplomático
una carta le mandé
y hasta ahora nada sé
de este señor tan simpático.
Y a pesar de lo cromático
que me resulta Brasil,
estamos ya por abril
y ni de allá me responden.
¡Y yo que quiero que ahonden
mi trabajo estudiantil!

Alguien me dijo, además,
y hasta me dieron la seña,
que Ud., de Ricardo Peña,
hizo crítica veraz.
El dato, que es muy locuaz,
en mi garganta se seca,
pues casi llego a la Meca
en mis ansias de buscar
y nada puedo encontrar
ni en la mejor biblioteca.

Yo quisiera de la crítica
una copia, por favor,
pues por aquí —gran Doctor—
es casi ya cosa mítica.
Y si vemos en política
del poeta, más aún,
pues rebuscando, según
los datos que yo encontraba,
me di cuenta que abundaba
mucho obra no común:

teatro sin estrenar,
sin publicarlo siquiera,
versos muchos, que él quisiera
hace tiempo publicar.
Felizmente pude hallar
la obra casi completa
en manos de algún poeta
o en más de algún familiar.
Tan sólo falta encontrar
las obras de su paleta.

Yo le digo a mi conciencia
que está muy mal lo que he hecho,
la verdad es que no hay derecho
para esta correspondencia.
Le pido benevolencia
para esta tonta ambición
y... le doy mi dirección
en el papel amarillo:

Francisco Eduardo Carrillo

Que le tiene estimación.

Tomada del libro de Alfonso Reyes,
Cortesía (1909-1947), México, Cvltrva, 1948

70. De Alfonso Reyes a Francisco Eduardo Carrillo

México, D. F., 26 de abril de 1946

Mi joven amigo:

Déjeme llamarlo así. Gracias por sus simpáticas décimas, que me han deleitado. Parecen un fuego de artificio. Lo felicito por su don de versificador y quedo convidado a conocerlo en otras manifestaciones literarias.

Tengo la pena de decirle que, aunque fui amigo del llorado Ricardo Peña Barrenechea, no llegué a escribir sobre él ni supe de sus viajes otra cosa que su paso por Sudamérica, donde de tiempo en tiempo me daba el gusto de sus visitas. Usted merecía información más cabal. Pero no tengo ninguna.

Le ruego que dé mis saludos al doctor Xammar, y que me considere su cordial amigo,

Alfonso Reyes

71. De José Durand a Alfonso Reyes

Lima, 27 de mayo de 1953

Mi muy querido don Alfonso:

Aquí me tiene, cumpliendo con mi palabra, ni antes ni después. Al irme, recuerdo, tuvo usted la bondad de pedirme una carta cuando “ya todo se hubiera normalizado”. Ahora, por felicidad, puedo anunciarle que las cosas parecen haber entrado por ese camino.

Y eso, en muy buena parte, gracias a sus últimas bondades y, siempre, a su Colegio. Ya sabe usted que soy agradecido y que en esto no sé mentir. Quería, pues, contarle muy brevemente que lo de la Normal está arreglado, y alguna otra pequeña cosa, con lo cual el presupuesto se asegura y con algún desahogo. Además, hay gente espléndida como nuestro amigo Paco Miró Quesada, como Augusto Salazar, como tantos otros, y mucho por hacer. Y, en fin, hay también ánimo, mucho ánimo. Usted sabe que de ese artículo andamos bien surtidos.

En Princeton, pude ver a don Américo. Hablamos de usted. Parece que su invitación para el homenaje a don Amado ha tranquilizado sus alborotos. Y yo me tomaría la libertad de decirle a usted una cosa. Me huelo que a don Américo (hombre muy inseguro del afecto ajeno), le vendría muy bien una breve mención, aunque fuera de paso, en algún artículo suyo, de usted. Le haría usted llover, créamelo, maná bendito. Perdóneme que sea metiche, pero sé lo que le digo.

Paco Miró Quesada ha iniciado la publicación de un suplemento dominical en *El Comercio*. Todos sus amigos, sin atender a ideologías particulares, colaboramos con él. Y nos hace falta, muchísima, algo suyo. Yo me atrevería a pedirle un cuento, o varios. Aquél de la felicitación pascual (que creo era inédito) es precioso y vendría de perlas. O cualquier otro, o si no un ensayo. El pago, muy reducido, no es sino de us\$ 20.00 (dólares, se entiende). ¿Podríamos recibir su *Vendedor de felicidad*?

He aguardado, en vano, carta de Manuel Calvillo. ¿Tendrá algo contra mí? Motivos, le sobran. Un recuerdo muy cariñoso a doña Manuela. Y no olvide otro a Juanito Arellano.

De usted, suyo y recordándolo,

José Durand

72. De José Durand a Alfonso Reyes

Lima, 24 de mayo de 1953

Mí muy querido don Alfonso:

¡Gracias por su carta! Y más porque fue el arcángel San Gabriel del nuevo libro, de cuya venida carecía de noticias. Y más gracias aún por escribirme sin esperar carta mía, que por cierto debe de haberse cruzado en el camino.

Temo que el libro esté lleno de erratas. Amén.

Por lo demás, ya sabe usted que es sólo el primer tomito. Y, ¿podríamos contar con su *Vendedor de felicidad*? Y con todo cuanto se pudiera. Sea otra vez bondadoso, que no le costará mucho.

De usted, con el afecto de siempre y con la alegría de recordarlo,

Durand

Va también un recibo para Juanito Arellano.

73. De Alfonso Reyes a José Durand

México, D. F., 26 de mayo de 1953

Mi querido José Durand:

Muchas gracias por su carta y noticias del 17 del actual. Celebro el arreglo de sus asuntos, y deseo que sus informaciones sean cada vez mejores.

Tomo muy en cuenta su amable indicación sobre Américo, y no la echaré en saco roto.

Me pide usted para el suplemento dominical de *El Comercio* alguna colaboración mía. Me habla usted de la “felicitación pascual”. No sé a qué pueda usted referirse. Alguna colaboración enviaré, pierda usted cuidado: déjeme solamente desahogar un poco mis constantes tareas. No tengo ya ejemplares del *Vendedor de felicidad*. Lo siento de veras.

Le mando un tomito que sólo distribuyo entre amigos cercanos: *Árbol de pólvora*.

Manuel Calvillo, Juan Arellano, todos los del Colegio, mi mujer y yo lo recordamos y le deseamos muchas felicidades. Suyo cordialmente,

Alfonso Reyes

DEDICATORIAS Y TARJETAS

La transformación social
del conquistador:

Para Alfonso Reyes,
su México
su Colegio
Durand
México, 1953

París, 19 de febrero de 1926

Alfonso Reyes saluda a su amigo José Carlos Mariátegui, le da las gracias por el amable envío de *La escena contemporánea*, da la más calurosa bienvenida al libro, felicita al autor, y se felicita de recorrer este claro panorama de intereses palpitantes.

Arch. M. Man. Membrete del Ministro de México. Sin firma final.

“Conforme en lo absoluto con los términos de su grata comunicación del 19 de diciembre último, me siento muy complacido y muy honrado en manifestarles desde luego mi más plena adhesión para el homenaje que se consagra al querido, inolvidable y sabio Víctor Andrés Belaúnde.”

Alfonso Reyes

(*Mercurio Peruano*, 202, enero de 1944, p. 64)

Gracias, amigo José A. Hernández, por su *Amor clandestino*, lindo desde la presentación hasta el verso íntimo.

¡Qué humo de alma, qué incienso interior es éste!

Gracias de veras. Téngame en su recuerdo y lo felicito sin extremos ni palabras de más: con sinceridad y afecto.

Alfonso Reyes
Río, 29 de mayo de 1936

ACERCA DE LOS AUTORES

En *Mucha suerte con barto palo*, el fascinante libro de memorias de **CIRO ALEGRÍA** (Sartinbamba, 1909-Lima, 1967), armado y publicado de manera póstuma por su devota viuda, Dora Varona, el gran narrador peruano evoca la alentadora respuesta que recibió de Reyes cuando le envió su primera novela, *La serpiente de oro* (1935): “No es de todos los días el encontrarse con escritores nuevos de tanta fibra y tanto estilo”, así como la vez que ambos coincidieron en Nueva York, en 1949. Fue un encuentro grato, en el que Alegría pudo apreciar la calidez, el saber y el humor de Reyes, quien al despedirse prometió volver para irse de parranda con sus amigos. Escribe Alegría:

—Don Alfonso —expresó alguien—, me habían dicho que usted era un hombre muy serio.

—¡Mala fama que me dan! —fue su respuesta inmediata.

Los demás nos quedamos hablando de lo mucho que dijo Reyes. Maestro siempre, había dejado un caudal de temas y sugerencias. Finalmente, todos estuvimos de acuerdo en que era la primera figura de las letras hispanoamericanas actuales. Sigo pensando lo mismo.

El 17 de diciembre de 2008 falleció en España **ELSA ARANA FREIRE**, nacida 82 años antes en Bruselas, pero boliviana y peruana por elección. Políglota, y con un doctorado en Derecho por la Universidad de Buenos Aires, se dedicó al periodismo, profesión en la que realizó una larga y destacada labor como editorialista y corresponsal.

Vivió en México por un tiempo, a finales de los años sesenta, cuando fue expulsada del Perú por el régimen del general Velasco Alvarado. Pasó la última parte de su vida en Calaceite, una pequeña población de Teruel, en la casa que le vendió su amigo José Donoso. Publicó *La canasta vacía*, *Silencio en el Perú*, *Perú secreto* y otros libros en los que reunió parte de sus ensayos y artículos periodísticos.

JORGE BASADRE (Tacna, 1903-Lima, 1980), doctor en Letras y en Jurisprudencia, fue uno de los más distinguidos y penetrantes historiadores del Perú, así como un gran bibliógrafo y estudioso de la organización de bibliotecas. Sus conocimientos en esta última materia le valieron ser director de la Biblioteca Central de la Universidad Mayor de San Marcos por más de una década y, a partir del 21 de junio de 1943, director de la Biblioteca Nacional del Perú, devastada por un incendio en mayo de ese mismo año. Su papel al frente de la reconstrucción fue decisivo, y durante el lustro que la dirigió le dio relieve internacional. En esos años trató a varios escritores mexicanos (Gilberto Owen, José Revueltas y, de manera destacada, Alfonso Reyes). Hombre de pensamiento crítico, escribió más de treinta obras —entre ellas su *Historia de la República del Perú*, en 16 volúmenes— que aún mantienen su vigencia. Vino a México en 1977 para recibir el premio Rafael Heliodoro Valle.

Impulsor de la exhibición, la crítica y el conocimiento cinematográficos en el Perú, **RICARDO BEDOYA** (Lima, 1954) ha sido director asociado de la Filmoteca de Lima, crítico de cine para importantes y numerosos diarios y revistas, jurado de festivales internacionales de cine y profesor en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Lima.

Es autor de una decena de libros, entre los que destacan *Cien años de cine en el Perú* y *Ojos bien abiertos: el lenguaje de las imágenes en movimiento*. En 2009 publicó dos títulos que recogen más de setenta años de historia cinematográfica peruana: *El cine silente en el Perú* y *El cine sonoro en el Perú*.

VÍCTOR ANDRÉS BELAÜNDE (Arequipa, 1883-Nueva York, 1966), uno de los más connotados e influyentes intelectuales católicos del Perú, dedicó gran parte de su vida a examinar los problemas de su sociedad y a tratar de desarrollar un pensamiento propio, que respondiera cabalmente a la realidad de su país. Autor del concepto de *peruanidad*, que emplea para explicar la historia y las condiciones sociales del Perú como una síntesis dinámica de elementos espirituales del mundo indígena y del mundo hispano, sus ideas tuvieron una gran influencia en muchos ámbitos de la vida de su país —la cátedra universitaria tanto como el derecho constitucional.

Gran posista, fundó una de las más significativas revistas culturales peruanas del siglo xx: el *Mercurio Peruano*, desde cuyas páginas debatió con José Carlos Mariátegui.

Reyes y Belaúnde fueron colegas tanto en lides literarias como en las diplomáticas. En estas últimas el peruano descolló especialmente: en 1959, el año en que Reyes fallecía, Belaúnde comenzaba su periodo de dos años como presidente de la Asamblea de las Naciones Unidas.

FRANCISCO E. CARRILLO (Lima, 1925-1999) obtuvo su grado de bachiller en Letras con una tesis sobre Ricardo Peña Barrenechea en 1947 y, cuatro años después, su doctorado en la misma materia con un estudio sobre *Modernismo e indigenismo en Enrique López Albijar*.

Maestro universitario, autor de antologías de poesía y de cronistas del Perú antiguo y de estudios como *Iniciación del indigenismo en la literatura peruana*, fue también un entusiasta editor: en septiembre de 1963 fundó y asumió la dirección de la revista *Harawi*, que desapareció poco después de su muerte, en marzo de 2000.

Como lo dejan ver las páginas de esa publicación —que nunca usó para autopromoverse—, el principal interés personal de Carrillo era la poesía. En 1965, bajo el título *En busca del tiempo poético*, publicó una antología de su obra en ese género.

Su muerte en un lamentable accidente automovilístico hizo que quedara inconclusa su indispensable *Enciclopedia histórica de la literatura peruana*, de la que se publicaron nueve volúmenes.

Periodista desde su temprana juventud, **MARIO CASTRO ARENAS** (Chilclayo, 1932) ha hecho una larga y destacada labor en ese oficio que andando el tiempo lo ha llevado a dirigir un par de diarios en el Perú (*La Prensa* y *El Correo*) y de semanarios en Venezuela y en Panamá (*Momento* y *Vistazo Internacional*, respectivamente). A comienzos de la década de 1980 fue presidente del Colegio de Periodistas de Perú, y durante 1988 y 1989 se desempeñó como embajador ante Panamá, en donde se casó y reside desde entonces. Es autor de quince libros que van de la ficción a la historia, la política y la antropología. El más reciente de ellos es *Panamá y Perú en el siglo XVI*.

Figura eminente en la historia de la literatura, la diplomacia y el periodismo peruanos, **LUIS FERNÁN CISNEROS** (1882-1954) es el segundo miembro de una dinastía de hombres de letras iniciada por el poeta y periodista Luis Benjamín Cisneros, que se extiende hasta su sobrino bisnieto, el también poeta y periodista Antonio Cisneros.

Fundador de muchas publicaciones importantes en la historia del periodismo peruano, como la revista *Actualidades* y los diarios *El Perú*, *Excelsior* y *La Prensa* (donde sostuvo durante años una columna popularísima llamada “Ecos”), Luis Fernán Cisneros destacó siempre por la buena calidad literaria de sus artículos, crónicas y editoriales, lo mismo que por su humor y filo político, que lo condujo a la cárcel en 1908 y al exilio en 1921 cuando, como director de *La Prensa*, se opuso a una serie de medidas arbitrarias del dictador Augusto Leguía, quien gobernó hasta 1930.

Exiliado en Argentina por diez años —desde donde continuó colaborando en publicaciones opositoras como el *Mercurio Peruano*—, poco tiempo después de su retorno fue nombrado ministro del Perú en Uruguay y, a comienzos de los años cuarenta, embajador ante México.

Autor de tres libros de poemas —*Canto a Francia* (1916), *Muñeca limeña* (1920), *El rincón de los tristes* (1910)—, es también uno de los trece redactores (con José Gálvez, Raúl Porras Barrenechea, Luis Alberto Sánchez y otros) de *Una novela limeña*, publicada por entregas entre 1920 y 1921.

Gran amante de la ópera, escribió el libreto de una de las óperas peruanas más antiguas, emblemática de la resistencia indígena contra los conquistadores: *Ollantay*.

En 1982, en ocasión del centenario de su nacimiento, el historiador Félix Álvarez Brun publicó su biografía: *Luis Fernán Cisneros, periodista, poeta y diplomático*.

Hijo y nieto de poetas, **LUIS JAIME CISNEROS** (Lima, 1921) estudió medicina en la Universidad de Buenos Aires y después filología. Sus maestros fueron Raimundo Lida y Pedro Henríquez Ureña. Ambas carreras, según ha señalado, le enseñaron a escuchar con atención y evitar conclusiones apresuradas. Hoy es un eminente filólogo, con más de veinte libros en su haber e innumerables artículos y prólogos, y cuenta con la admiración y el afecto de varias generaciones de universitarios peruanos a las que ha educado. Varios de los autores de este libro —Mario Vargas Llosa y José Miguel Oviedo entre ellos— estudiaron con él.

Es miembro de la Academia Peruana de la Lengua (fundada en 1886 por su abuelo, Luis Benjamín Cisneros, y Ricardo Palma), de la Academia Nacional de la Historia y de la Sociedad Peruana de Historia.

En 1948, al regresar al Perú, fundó con Aurelio Miró Quesada (quien fuera director del diario *El Comercio*) la revista *Mar del Sur*, en la

que por espacio de cinco años colaboraron muchos de los más destacados escritores de América Latina.

ANTONIO CISNEROS (1942), uno de los más reconocidos poetas contemporáneos del orbe hispanoamericano, tiene una gran cantidad de lectores en México —uno de sus libros dio título a una revista de poesía que se editaba aquí a finales de los años setenta: *El Oso Hormiguero*— y no es necesario abundar en comentarios sobre su poesía, una compilación de la cual fue publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1989: *Por la noche los gatos*, que incluye los libros escritos hasta 1986.

De entonces a la fecha ha dado a conocer tres nuevos libros de poemas: *Drácula de Bram Stoker y otros poemas* (1991), *Las inmensas preguntas celestes* (1992), *Un crucero a las islas Galápagos* (2005) y seis libros en prosa: *El arte de envolver pescado* (1990), *El libro del buen salvaje* (1997), *El diente del Parnaso* (1999), *Ciudades en el tiempo (crónicas de viaje)* (2001), *Cuentos idiotas para chicos con buenas notas* (2002) y *Los viajes del buen salvaje* (2008).

También ha brillado como traductor de poesía inglesa, catedrático universitario, editor y periodista cultural.

En los últimos años ha realizado, con gran éxito, programas radiofónicos y televisivos.

El polémico y legendario “poeta de América”, **JOSÉ SANTOS CHOCANO** (Lima, 1875-Santiago de Chile, 1934), tuvo una apasionada relación con México, donde vivió en 1912 y sirvió, entre otros caudillos de la Revolución, a Francisco Villa. Naturalmente, se hizo de amigos y enemigos a la par. Entre los primeros destacó Alfonso Reyes, y entre los segundos, José Vasconcelos. Santos Chocano escribió abundantemente sobre ambos en sus *Memorias*, publicadas de manera póstuma en 1940.

JOSÉ DURAND (Lima, 1925-1990) es saludado en el ámbito de nuestra lengua como el más grande conocedor de la obra y la figura del Inca Garcilaso de la Vega, cuya biblioteca personal logró reconstruir en gran parte, materialmente, gracias a un esfuerzo de erudición, investigación y paciencia: a lo largo de cuarenta años reunió 188 títulos de grandes obras clásicas y renacentistas que se presume se hallaban en poder del Inca al momento de su muerte, en 1616.

Durand vivió en México entre 1947 y 1953, los primeros tres años como becario de El Colegio de México, y luego como profesor de la

UNAM. Se hizo amigo de muchos escritores nuestros, en especial de Juan Rulfo y Augusto Monterroso.

Conocedor y admirador de la obra de Reyes, quien a su vez apreciaba los trabajos de su joven amigo peruano (don Alfonso elogió *Ocaso de sirenas: esplendor de manatíes*, impreso en 1953 por el Fondo de Cultura Económica), Durand mantuvo siempre vínculos estrechos con México. El Fondo publicó también su último libro, la colección de cuentos titulada *Desvaríos* (1987).

Autor de innumerables artículos periodísticos y una docena de libros —entre ellos tres que son capitales en la historia de las ideas en el Perú y en América Latina: *El Perú contemporáneo*, *Las democracias de América Latina* y *La creación de un continente*—, FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN (Valparaíso, 1883-Lima, 1953) fue uno de los más reconocidos y celebrados escritores peruanos del siglo xx. Bien visto y estimado en Francia —en cuya lengua escribió varios de sus principales libros—, mereció grandes elogios de Darío y de Rodó, y sus coetáneos más brillantes, como Pedro Henríquez Ureña y Gabriela Mistral, admiraban su estilo tanto como sus ideas.

Vivió gran parte de su vida en París, adonde se mudó en 1906, como segundo secretario de la legación peruana. Allí editó, de 1912 a 1914, la *Revista de América*, cuya propuesta era seguir “la evolución de las letras iberoamericanas, de México a Buenos Aires”. Eso, más sus contactos con el medio editorial francés, le dieron un relieve que años después llevaría a Mistral a comentar: “se ha hecho una especie de jefe natural de los escritores de habla española en París”.

En 1920, cuando Augusto Leguía se convierte en dictador del Perú mediante un golpe militar, García Calderón renuncia al servicio exterior peruano, aunque permanece en París. Vive del periodismo durante diez años. A la caída de Leguía, en 1930, el escritor es designado ministro plenipotenciario del Perú, cargo que mantiene hasta 1940, cuando los nazis ocupan Francia.

En enero de 1942, tras la ruptura de relaciones entre Alemania y Perú, fue internado en un campo de concentración cerca de Bonn, en el que permaneció hasta agosto de 1944. Es irónico pensar que en su libro *El nuevo espíritu alemán* (1929) ya se había ocupado de la violencia y el racismo de los grupos alemanes ultranacionalistas.

Volvió al Perú de manera definitiva en 1947, con una salud muy quebrantada física y mentalmente.

Bastará a quien no conozca a **VENTURA GARCÍA CALDERÓN** (París, 1886-1959) leer uno de sus libros para comprender por qué se le considera uno de los grandes prosistas del modernismo. Aun sus páginas más superficiales guardan cosas gratas.

Al igual que su hermano Francisco, vivió la mayor parte de sus años fuera del Perú, ocupando cargos diplomáticos pero, como bien lo señaló José Luis Martínez, fundamentalmente empeñado en la difusión de las letras hispanoamericanas en Europa.

La parte medular de su obra son sus cuentos, la mayoría de los cuales tiene como escenario el mundo indígena peruano. Dada su extendida residencia francesa, se le tachó de exotista, de no comprender ese mundo y abordarlo con una perspectiva de superioridad. El cargo no sólo es falso sino absurdo, puesto que Ventura fue uno de los primeros escritores peruanos que propusieron la enseñanza del quechua y del aymara en las escuelas para que el Perú se integrara, y pensó su país con inteligencia y claridad.

“No creemos —escribió en 1946 en ‘Materiales para un discurso a la nación peruana’— en razas inferiores ni dudamos un punto en su amalgama coherente. Y va más lejos la temeridad de nuestro amor. En ese conjunto de manera de sentir y de enfocar la vida, que constituye una civilización, ninguna divergencia nos sobra.”

La amistad de los hermanos García Calderón fue fundamental para el joven Alfonso Reyes durante su primera estadía en Francia, como el propio Reyes recuerda en *Historia documental de mis libros*: “Yo echaba mucho de menos a los amigos de mi tierra. ¿Por qué no decir que los soñaba y lloraba en sueños? [...] Francisco y Ventura García Calderón vinieron a ocupar su sitio”.

Casi olvidado en estos tiempos (hace años que sus libros están fuera de circulación), el poeta **JOSÉ ALFREDO HERNÁNDEZ** (Lima, 1910-1961) fue una figura muy reconocida en el medio literario limeño entre los años treinta y cincuenta, en cuyo transcurso publicó ocho libros de poemas: *Tren* (Lima, 1931), *Juegos olímpicos* (Lima, 1933), *Del amor clandestino y otros poemas* (Lima, 1936), *Legislación de alma* (Lima, 1938), *Sistema y sentido de la angustia* (Lima, 1938), *El ángel agitado* (Lima, 1941), *Incitación a la tristeza* (Buenos Aires, 1945), *Codicia de amor* (Buenos Aires, 1946), *Perfecta ausencia* (Buenos Aires, 1956), y uno de ensayos: *Miscelánea antigua. Ciudad de los reyes: etiqueta y protocolo en el Perú del imperio*.

En 1999 el número 34 de la revista *Hueso Húmero* incluyó el texto completo de *Tren*, con su legendario prólogo de Martín Adán, quien saluda a Hernández, tres años menor que él, como “un poeta de magnífico gusto, de excelente palabra. Impetremos para él la gracia de los dioses recientes, de los más violentos, de los más divinos. Esperemos confiados su descendimiento”.

Colaborador frecuente del diario *La Prensa*, Hernández fue el primer peruano que escribió sobre *Residencia en la tierra*, de Neruda, en noviembre de 1935.

En 1939 fundó, con los poetas Arturo Jiménez Borja y Luis Fabio Xammar, la revista *Tres*, en la que hay muchas noticias sobre libros mexicanos. Hizo estrecha amistad con Gilberto Owen en la época en que éste trabajaba en la legación mexicana en Perú, y fue quien difundió en ese país la noticia de su muerte a través de las páginas de la revista *Mar del Sur*, en 1952.

LUIS LOAYZA (Lima, 1934) pertenece a una de las más brillantes generaciones de escritores peruanos, de la que forman parte Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique, José Miguel Oviedo, Abelardo Oquendo y Mario Vargas Llosa. Con los dos últimos fundó, en 1958, la revista *Literatura*, de vida efímera —se editaron sólo tres números— pero perdurable recuerdo por sus contenidos.

Autor de pocos, excelentes libros, su obra ha sido escasamente difundida fuera del Perú, aunque en años recientes ha publicado en México y en España y la admiración por ella crece cada vez más. Está compuesta por sólo seis libros: *El avaro y otros relatos* (1955), *Una piel de serpiente* (novela, 1964), *El sol de Lima* (ensayos, 1974), *Otras tardes* (relatos, 1986), *Sobre el 900* (ensayo, 1990) y *Libros extraños* (ensayos, 2000). A ellos puede sumarse una breve *Antología* que Adolfo Castañón hizo en 1997 para la filial limeña del Fondo de Cultura Económica, en cuyo prólogo apunta: “el nombre de Luis Loayza puede pronunciarse como una contraseña para identificar a los adeptos a la inteligencia literaria”.

Para la misma colección en que figura esa antología, Loayza seleccionó algunos poemas de Alfonso Reyes y escribió un pequeño prólogo que aquí se recoge en la sección “Lecturas”.

Loayza es también un magnífico traductor, como lo prueban sus inmejorables versiones de varios libros clásicos del inglés Thomas de Quincey. Precisamente como traductor vive desde hace treinta y cinco

años en Ginebra, Suiza. Quienes conocen su casa dicen que en sus librerías se encuentran, perfectamente ordenados, todos los tomos que hasta ahora han aparecido de las *Obras completas* de Reyes.

CARLOS LÓPEZ DEGREGORI (Lima, 1952) realizó estudios de literatura que lo llevaron a vivir en Colombia y España. Ensayista, periodista cultural, antólogo, editor, profesor universitario, esencialmente poeta, ha publicado nueve libros —los tres más recientes, *Flama y respiración* (2005), *A quién debemos temer* (2007) y *El hilo negro*—, que revelan a un autor singular, de gran calidad.

En México se conocen algunos de sus poemas a través de antologías como *Prístina y última piedra* y *El bosque de los huesos*.

El autor del clásico *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, **JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI** (Moquegua, 1894-Lima, 1930), aludió a Reyes en algunos de sus escritos (como *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*) y tuvo esporádicos contactos epistolares con él y con José Vasconcelos —con ambos, siempre amistosos— que sin duda se habrían multiplicado de no ser por la prematura muerte del joven pensador marxista. Cuando ésta ocurrió, Reyes se encontraba en Río de Janeiro, recién llegado para asumir su misión como embajador ante el Brasil, y tardó trece días en enterarse del deceso de Mariátegui. En la entrada de su Diario correspondiente al día 29 de abril se lee: “Apenas averiguo hoy, con pena, por *La Nación* de Buenos Aires del 17, el fallecimiento del escritor peruano José Carlos Mariátegui, hombre de primera. Una pérdida para América”.

ÉDGAR MONTIEL (Iquitos, 1949), filósofo y sociólogo, vivió durante doce años en México, ligado siempre al trabajo académico y cultural, ya fuera en la UNAM (como asistente de Leopoldo Zea), como ensayista en *Cuadernos Americanos* y otras revistas, o como agregado cultural y científico de la embajada peruana. Hoy vive en París, donde es jefe de la sección de Estrategias para la formulación de políticas culturales en América Latina, de la UNESCO. El Fondo de Cultura Económica ha publicado dos de sus libros más importantes: *El humanismo americano. Filosofía de una comunidad de naciones* (2001) y *Gobernar es saber: formar hombres y mujeres de Estado para la nación* (2006).

Son muy pocos los escritores peruanos mayores de cincuenta años de edad tan versátiles como **GUILLERMO NIÑO DE GUZMÁN** (Lima, 1955), editor, traductor, autor de cuentos y novelas, ensayos literarios, entrevistas, guiones de cine y televisión, artículos sobre letras, música y artes plásticas, e incluso reportajes realizados desde el frente de guerra, sea Bosnia, en 1994, o la frontera entre Perú y Ecuador, en 1995, cuando ambos países chocaron por cuestiones limítrofes.

Desde su primer libro, *Caballos de medianoche* (cuentos, 1984), hasta el más reciente, *Algo que nunca serás* (cuentos también, publicados por Editorial Planeta en el 2007), Niño de Guzmán ha mostrado una variedad temática que se corresponde con la diversidad de sus intereses. No obstante, le interesa que sus libros tengan una cohesión interna y no sean meras compilaciones de relatos sueltos.

Su gusto por la crítica literaria, que, como él mismo ha dicho, le “entusiasma tanto como la ficción”, lo ha llevado a redactar dos libros de ensayos: *La búsqueda del placer* (1996) y *Relámpagos sobre el agua* (1999). El Fondo de Cultura Económica publicó en 1995 su novela para jóvenes *El tesoro de los sueños*, que narra la conquista del imperio incaico por los españoles.

Se ha dicho más de una vez que con *La poesía de Eguren* (1933), primer libro de **ESTUARDO NÚÑEZ** (Lima, 1908), se transita en el Perú de una teoría literaria romántica a otra moderna, que emplea nuevas perspectivas e instrumentos críticos. Y asimismo se considera que, con *Panorama actual de la poesía peruana* (1937), Núñez pone los cimientos interpretativos de la literatura moderna en el Perú. “Curiosamente, según cuenta Raúl Porras Barrenechea —escribe Rodrigo Núñez Carvallo, hijo del gran humanista—, ese libro le llegó a Vallejo en su lecho de muerte. Allí Núñez considera a Vallejo como una de las voces más originales de la lengua española y creador de un nuevo canon poético. El propio Luis Alberto Sánchez había calificado de incomprensibles y desconcertantes los poemas de *Trilce*, y salvo Mariátegui, la crítica en general era despiadada con el poeta peruano autoexiliado en París.”

Condiscípulo de Emilio Adolfo Westphalen y Martín Adán (entonces Rafael Benavides) en el Colegio Alemán, andando el tiempo se convirtió en estudioso y enseñante de la literatura de ese idioma, en profesor de la Universidad de San Marcos, director de la Biblioteca Nacional y de la Academia Peruana de la Lengua, autor de una treintena de títulos

y de innumerables artículos y ensayos todavía no compilados, Estuardo Núñez es una figura central en la cultura peruana, a cuyo estudio ha consagrado su vida.

Con muy pocas excepciones, ha conocido y tratado a todos los escritores peruanos del siglo xx. Sobre casi todos ha escrito. En 1965 el Fondo de Cultura Económica publicó precisamente un libro que da cuenta de ello: *Literatura peruana en el siglo xx*.

A los 101 años de edad Estuardo Núñez se mantiene lúcido y productivo.

ABELARDO OQUENDO (Callao, 1930) aúna, a su agudo talento como crítico literario (sus prólogos a libros de Javier Sologuren, Julio Ramón Ribeyro o la antología *Narrativa peruana contemporánea, 1950-1970* —publicada por Alianza Editorial en 1973— son excelentes), una destacada labor como catedrático universitario y un elogiado entusiasmo por la difusión de la literatura, como lo prueba su labor en los suplementos culturales de *El Comercio*, *Correo*, *La Crónica*, y las revistas literarias que ha fundado: *Proceso*, *Literatura* y *Hueso Húmero*.

A finales de los años noventa colaboró con Blanca Varela en la edición de la serie Piedra de Sol (breves antologías hechas por la filial limeña del Fondo de Cultura Económica) y él mismo preparó y prologó una selección de poemas de Ramón López Velarde.

Actualmente mantiene una columna en la sección cultural del diario *La República* (“Inquisiciones”) y codirige, con el poeta Mirko Lauer, uno de los más importantes sellos editoriales del Perú: Mosca Azul Editores.

Después de estudiar derecho durante cinco años y hacer pininos en el despacho de un afamado abogado, a **JOSÉ MIGUEL OVIEDO** (Lima, 1934) sólo le faltaba presentar su examen profesional para titularse cuando se dio cuenta de que su verdadero interés eran las letras. Las enseñanzas de su profesor, Luis Jaime Cisneros, las lecturas compartidas con sus jóvenes amigos Luis Loayza, Abelardo Oquendo y Mario Vargas Llosa, el ejemplo de su vecino, Sebastián Salazar Bondy, lo ayudaron a decidirse y a dejar atrás definitivamente jueces, cortes y legajos, y tratar de abrirse paso dando clases y escribiendo donde le brindaran un espacio. Gracias a esa decisión Perú y el mundo de lengua española en general ganaron un escritor de un género tan necesario como escaso: un crítico. Desde 1960

hasta 1975, cada semana José Miguel Oviedo escribió una nota crítica para el suplemento *El Dominical*, del diario *El Comercio*. En su primera reseña se ocupó de *Exiliados*, una obra de teatro de James Joyce; la segunda la dedicó a *Imágenes desterradas*, de Alí Chumacero, publicada por la UNAM en 1960. A él debe Vargas Llosa el título de su primera novela, que se habría llamado “La morada del héroe” o “Los impostores” si Oviedo no le hubiese sugerido *La ciudad y los perros*. Vargas Llosa es uno de los autores sobre los que más ha escrito en el curso de cincuenta años.

Autor de numerosas antologías de cuento y poesía, de libros sobre Ricardo Palma, José Martí, de una *Breve historia del ensayo hispanoamericano* (para la cual escribió el ensayo que se incluye aquí, en la Primera Parte) y de una monumental *Historia de la literatura hispanoamericana* en cuatro volúmenes que suman dos mil páginas, a partir de 1987 ha dado a conocer varias obras de creación literaria: *Soledad y compañía*, *La vida maravillosa* y *Cuaderno imaginario*.

En el 2006 dijo en una entrevista que había concluido ya la redacción de sus memorias, que tendrán como título “Una locura razonable: memorias de un crítico literario”.

Para un lector mexicano es casi inevitable, al leer los poemas de **RICARDO PEÑA BARRENECHEA** (Lima, 1896-1939), pensar en Carlos Pellicer, su coetáneo. Versos como “¡Iván!... ¡Iván!... ¡Iván!... / joven ciclista americano / turista y gentleman... // ¡Profesor de gimnasia / del África te has traído el color y la línea del Asia!”, del poema “Iván, el ciclista”, escrito en 1930, evocan los poemas de *Hora y veinte* (1924) y *Camino* (1929), que muy probablemente el poeta peruano leyó. (Una carta de Peña Barrenechea a Bernardo Ortiz de Montellano escrita en marzo de 1930, en la que agradece el envío de los números 16 y 17 de la revista *Contemporáneos*, prueba que sabía de las obras de sus redactores.) No es una cuestión de influencias, sino de coincidencias. Ahora que la *Obra poética completa* (2005) de Peña Barrenechea se halla reunida en dos volúmenes gracias al acucioso trabajo de Ricardo Silva-Santisteban, será muy interesante emprender un estudio comparativo.

Abogado, profesor de literatura, periodista y diplomático, durante su corta vida Peña Barrenechea publicó sólo cuatro libros: *Floración* (1924), *Eclipse de una tarde gongorina y burla de don Luis de Góngora* (1932), *Discurso de los amantes que vuelven* (1934) y *Romancero de las sierras* (1938). El segundo mereció el elogio de Alfonso Reyes y sin duda animó a Peña

Barrenechea a buscarlo cuando viajó a Río de Janeiro, en 1933, para cumplir una misión diplomática.

“Poeta, verdadero y grande poeta”, como lo calificó Martín Adán, Peña Barrenechea murió a causa de una tuberculosis con la que luchó durante un tercio de su vida.

Son muchas las razones por las que **MAGDA PORTAL** (Lima, 1900-1989) se ha convertido en una figura legendaria en la historia cultural del Perú y de América Latina, pero pueden ceñirse a tres que engloban todas las demás: el interés de su obra literaria; su decidida militancia izquierdista en las luchas sociales de América Latina (que le valió destierros, cárcel y torturas); la inteligencia y valentía con que buscó siempre reivindicar los derechos de la mujer. Hoy se multiplican los estudios sobre su obra y su persona, y se le conoce y comprende cada vez mejor.

Nacida en el seno de una familia humilde, fue desde niña gran lectora y empezó a escribir en la adolescencia. También comenzó a trabajar para ayudar a su familia, y a estudiar por las tardes en la Universidad de San Marcos. En 1923 publicó sus dos primeros libros de poemas: *El ánimo absorta* y *El desfile de miradas*. Poco después se convirtió en colaboradora de *Amauta*, la revista de José Carlos Mariátegui.

En 1927 la Universidad de San Marcos le confirió un premio literario por su libro *Varios poemas a la misma distancia*. Como el premio lo entregaba el dictador Augusto Leguía, se rehusó a recibirlo. Este gesto, y la persecución de los redactores de *Amauta* por una supuesta conjura comunista, decidieron que fuera deportada a México. Aquí vivió de 1928 a 1929 y participó en la fundación de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) con Víctor Manuel Haya de la Torre, quien poco antes le había dicho: “ya no puedes seguir escribiendo poesía. Ahora tienes que estudiar Economía Política”. “En el fondo —cuenta ella—, tuve un desgarramiento, pero había tomado la decisión: ‘Tengo que estudiar, Haya nos ha dicho que tenemos que estudiar.’” Su radicalismo la acercó a los miembros del grupo estridentista y la apartó de los poetas de la revista *Contemporáneos*, a los que consideraba carentes de compromiso social. Resultado de esa estancia son los ensayos “Panorama intelectual de México” y *América Latina frente al imperialismo y defensa de la Revolución Mexicana* (Lima, 1931).

En 1933 publicó *Hacia la mujer nueva*, en el que denuncia la humillación y el despotismo que sufren las mujeres y, once años después, *Flora*

Tristán, precursora. Al estudiar la vida de la franco-peruana Magda Portal entendió con toda claridad la mentalidad retrógrada con que se trataba a las mujeres.

Rompió con Haya de la Torre en 1948 cuando éste se negó a que las mujeres votaran en una elección partidaria aduciendo que ellas aún no tenían ese derecho en el Perú, pero ésa no fue la única causa. Las razones de fondo de ese rompimiento están en un largo ensayo anti-aprista: *¿Quiénes traicionaron al pueblo?* (1950) y, parcialmente, en su novela *La trampa* (1956).

Magda Portal fue la primera directora del Fondo de Cultura Económica en Perú cuando se abrió la filial en 1958 y se desempeñó como tal hasta 1971. En 1965 reunió su poesía en *Constancia del ser*.

Descendiente del luchador independentista José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete, primer presidente del Perú, **JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO OSMA** (Lima, 1885-1944) es reconocido como uno de los principales humanistas del Perú moderno, y sus contribuciones a la historiografía y el estudio de las letras peruanas, como *Carácter de la literatura del Perú independiente* (1905) y *La historia en el Perú* (1910), son admiradas de manera unánime. Sin embargo, vivió sus últimos años envuelto en una profunda animadversión a causa de sus ideas políticas. Su acendrado catolicismo lo llevó a posiciones cada vez más conservadoras y a mediados de los años treinta declaró abiertamente su admiración por el fascismo italiano.

Por fortuna, la admiración —como escribe Francisco Bobadilla, estudioso de su obra— no se convirtió en militancia fascista ni en admiración a los nazis, cuyo racismo, como católico, rechazaba. Por desgracia, sus ideas políticas nublaron en buena medida su juicio literario.

Se ha escrito muchas veces al respecto tratando de entender cómo un intelectual tan sabio adoptó una posición semejante, pero para ello será necesario contar antes con una edición íntegra de su obra. Aunque la Pontificia Universidad Católica del Perú, legataria de los bienes y archivos de Riva Agüero, ha publicado ya veinte tomos de las *Obras completas* del gran escritor, aún no se editan sus textos políticos más reaccionarios.

Mucho antes de convertirse en un personaje controvertido, Riva Agüero hizo amistad con varios escritores mexicanos (José Vasconcelos, Julio Torri y Reyes, entre otros) y publicó artículos y ensayos en revistas y periódicos de México.

Probablemente fue el mejor amigo que Vasconcelos tuvo durante el tiempo que vivió en Perú, entre julio de 1915 y febrero de 1917.

Como lo recuerdan Luis Jaime Cisneros y Luis Loayza en sus ensayos en este libro, supo suscitar la admiración de Reyes en cuanto se conocieron.

Más allá de lo detestables que puedan ser algunas de sus ideas, Riva Agüero es un autor cuya obra debe leerse.

CARLOS RODRÍGUEZ SAAVEDRA (Iquitos, 1918), ensayista y crítico de artes plásticas, estudió letras y derecho en la Universidad de San Marcos, pero su interés por el arte le hizo marchar a España a estudiar historia del arte.

Volvió al Perú en 1958 y desde entonces ha alternado la cátedra en diversas universidades con la crítica de artes visuales, habitualmente desde las páginas del diario *El Comercio*. Hace mucho tiempo que es considerado uno de los críticos e historiadores de arte más ilustrados y perspicaces del Perú.

Es, además, un autor literario notable, cuyo único defecto es publicar demasiado poco. Sus amigos tuvieron que presionarlo para que reuniera las prosas y ensayos que conforman sus dos únicos libros: *Palabras* (1987) y *La lucha con el ángel* (1998), en los que aborda los más diversos temas.

Sus numerosos estudios y prólogos aún no han sido compilados.

Poeta, narrador, ensayista, dramaturgo, traductor, reseñista de libros, crítico de cine, de música, de teatro, de artes plásticas, comentarista político, **SEBASTIÁN SALAZAR BONDY** (Lima, 1924-1965) fue uno de los más grandes animadores culturales que haya tenido el Perú y uno de sus mejores poetas.

A los trece años de edad publicó su primer poema (“Canción antes de partir”) y a los diecinueve ya publicaba con frecuencia poemas, cuentos y notas literarias. Su creatividad y capacidad de trabajo eran asombrosas.

“Todo, en el Perú —escribió Vargas Llosa al año siguiente de la muerte de Salazar Bondy—, contradecía la vocación de escritor. Pero ahí estaba ese caso extraño, ese hombre orquesta, esa demostración viviente de que, a pesar de todo, alguien lo había conseguido. ¿Quién de mi generación se atrevería a negar lo estimulante, lo decisivo que fue

para nosotros el ejemplo de Sebastián? ¿Cuántos nos atrevimos a intentar ser escritores gracias a su poderoso contagio?”

Fue amigo de muchos escritores mexicanos, en especial de Jaime García Terrés, a quien conoció en Chile en 1962, durante un encuentro de escritores organizado por Gonzalo Rojas en la Universidad de Concepción. A partir de entonces colaboró con frecuencia en la *Revista de la Universidad de México*; dio un libro a la imprenta de la UNAM sobre arte incaico; Ediciones Era publicó en 1964 *Lima, la horrible*, un ensayo de crítica social que le valió tantos admiradores como malquerientes y que todavía guarda vigencia.

Obligado por motivos políticos, vivió en Buenos Aires una temporada. Siempre escribiendo. Tenía amistades en toda América Latina. Trilingüe, conocía bien la literatura europea y norteamericana.

Escribió mucho sobre autores mexicanos en revistas y diarios peruanos, y sobre peruanos en publicaciones mexicanas.

El Fondo de Cultura Económica publicó su poesía reunida en 1987 bajo el título *Todo esto es mi país*.

Hijo de una familia acomodada que lo envió a estudiar a Inglaterra a mediados de los años cincuenta, **JORGE SALAZAR** (Lima, 1940-2008) decidió, después de un viaje a Cuba en 1960, orientarse al periodismo. En los siguientes 48 años colaboró en los principales diarios y revistas peruanos, casi siempre investigando hechos de sangre, consciente, como solía decir, de que “el crimen es parte de la Historia”.

Lector empedernido, adquirió recursos literarios que le permitieron escribir una docena de libros y obtener reconocimientos internacionales con algunos de ellos, como ocurrió con *La ópera de los fantasmas* (Premio Casa de las Américas 1980), testimonio del tumulto que se produjo en mayo de 1964 en el Estadio Nacional de Perú a causa de un gol anulado en una eliminatoria para asistir al Mundial de 1966; la multitud desbordó las tribunas, la policía arrojó gases lacrimógenos, y más de 300 personas murieron pisoteadas y asfixiadas.

Salazar fue el principal reportero de crónica policial, y a partir de 1996 publicó una *Historia de la noticia* en la que registró en cuatro volúmenes —*A sangre y tinta* (1996), *La guerra y el crimen* (2001), *De matar y morir* (2004) y *La sangre derramada* (2007)— los asesinatos de mayor repercusión noticiosa en el Perú del siglo xx.

Entre su primer libro, *Los poetas de la revolución*, escrito a los 18 años de edad, y el último, *A Bolívar*, publicado de manera póstuma, en 1997, la bibliografía de **LUIS ALBERTO SÁNCHEZ** (Lima, 1900-1994) comprende más de cien títulos en géneros tan diversos como novela, historia política y literaria, biografías, testimonios, reflexiones sobre el pasado y el porvenir de América, la educación universitaria, política peruana e hispanoamericana, crónicas, obras de apoyo para la educación media, economía política.

“He sido y soy un escritor de raza —le dijo a Efraín Núñez Huallpayunca—. Pienso que nací para escribir, para tratar de expresar lo que la multitud siente y piensa sin lograr exteriorizarlo. Los escritores somos la revelación del secreto colectivo. En ese sentido amo y respeto mi vocación... Creo que el escritor es una esperanza abierta.”

Estas palabras, más el número de títulos mencionado, harían pensar a quien no conoce la biografía de Sánchez que dedicó la mayor parte de su tiempo a escribir al amparo de la academia. Y la academia fue sin duda parte importante de su vida —dedicó décadas al magisterio y fue tres veces rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, para la cual hizo construir un gran *campus*—, pero su centro gravitacional fue la política.

Fundador del APRA y militante conspicuo por más de 60 años (ya fuera como diputado, senador, primer ministro, vicepresidente de la república), se le consideró siempre una de las mejores figuras de esa organización política. Ello no lo libró de palizas, persecuciones, encarcelamientos, periodos de clandestinidad y exilio —el exilio y la cátedra universitaria motivaron que viviera en la mayoría de los países del continente, incluyendo el Caribe y los Estados Unidos.

Por ello sus libros acusan la precariedad de las circunstancias en que fueron escritos. Su lectura, sin embargo, es siempre interesante. En México publicó tres de los mejores. Dos bajo el sello del Fondo de Cultura Económica: *¿Existe América Latina?* (1945) y *Valdelomar o la belle époque* (1969), y uno bajo el sello de Joaquín Mortíz: *El pecado de Olazábal* (1977).

Además de libros, escribió miles de artículos periodísticos que prácticamente es imposible reunir en su totalidad, muchos de ellos dedicados a México o a personajes mexicanos.

Fue uno de los más importantes amigos peruanos de Gilberto Owen. A él se debe la primera edición del *Perseo vencido* bajo el sello de la Universidad de San Marcos.

Licenciado en Derecho, maestro en Ciencia Política, doctor en Economía, **JOSÉ LUIS SARDÓN** (Lima, 1963) es un intelectual al que le interesan las letras (su primer libro fue un conjunto de ensayos literarios: *Aproximaciones*, escrito en 1985) lo mismo que la historia, la filosofía del derecho y las relaciones internacionales, si bien en los últimos años su preocupación central ha sido el Estado peruano, a cuyo análisis ha dedicado decenas de artículos en los diarios *El Comercio* y *Peru 21*, de los cuales es columnista, y un importante libro: *La Constitución incompleta: Reforma institucional para la estabilidad democrática*.

Sin abandonar sus actividades como catedrático universitario, comentarista político en radio y televisión, editor de revistas académicas y de debate público, Sardón se desempeña desde hace un año como presidente de la Comisión de Eliminación de Barreras Burocráticas del Instituto Nacional de Defensa de la Competencia y de la Protección de la Propiedad Intelectual (Indecopi).

Es mucho lo que **RICARDO SILVA SANTISTEBAN** (Lima, 1941) ha aportado a las letras peruanas e hispanoamericanas a lo largo de los últimos cuarenta años, no sólo como poeta sino también como traductor, ensayista, editor y, en general, gran estudioso de la literatura.

Su obra poética consta de doce libros que la Pontificia Universidad Católica del Perú reunió en el año 2001 bajo el título de *Terra incógnita, 1965-2000*, un volumen de poco más de 200 páginas. La cifra es interesante porque refleja la concentración que caracteriza su lenguaje y el rigor con que ha construido su obra, cada vez mejor apreciada.

Su obra como traductor, prácticamente indesligable de su creación personal, es más extensa. Además de la obra completa de Stéphane Mallarmé (poesía, prosa y correspondencia), a cuya recepción en nuestro idioma también ha dedicado un libro, ha vertido al español libros de Gérard de Nerval, Arthur Rimbaud, André Breton, Ezra Pound, James Joyce, César Moro —el surrealista peruano que escribió casi toda su poesía en francés— y Percy B. Shelley, por nombrar sólo algunos autores, aunque también ha hecho varias importantes antologías, como *La música de la humanidad* (Tusquets, 1993), magnífica introducción a los poetas románticos ingleses.

Como ensayista ha escrito centenares de páginas, una fracción de las cuales se encuentra contenida en los dos tomos de *Escrito en el agua* (2004). La mayoría, sin embargo, se halla dispersa en revistas culturales

y en libros, generalmente bajo la forma de prólogos o estudios introductorios. De estos últimos, muchos han sido redactados para acompañar pacientes trabajos de investigación y compilación, como su edición de las *Obras completas* de José María Eguren, o los dos tomos de las *Obras* de Martín Adán. El más reciente de esos empeños es la *Obra poética completa* de Ricardo Peña Barrenechea (2006), editada en dos tomos.

Como José Luis Martínez entre nosotros, Silva Santisteban es el curador de las letras de su país.

Precisamente a Silva Santisteban se debe la reciente edición en diez tomos de las *Obras completas* de **JAVIER SOLOGUREN** (Lima, 1921-2004), poeta central de la llamada Generación del 50, en la que destaca especialmente al lado de Blanca Varela y Jorge Eduardo Eielson, con quienes cultivó una estrecha amistad desde la adolescencia.

Luego de concluir el doctorado en Letras Hispánicas en la Universidad de San Marcos, Sologuren obtuvo una beca para hacer estudios de posgrado en El Colegio de México y de 1946 a 1950 estudió filología bajo la dirección de Raimundo Lida. Después de un año más de estudios en la Universidad de Lovaina, Bélgica, vivió siete en Suecia como profesor de la Universidad de Lund.

Es probable que esos estudios —que ahondó con la docencia— estén en la raíz de su absoluta maestría formal y en su admirable precisión en el uso de las palabras. En sus poemas, aun las más sencillas están siempre llenas de belleza y hondura (cabe señalar, a propósito de cuestiones formales, que el más experimental de sus libros, *Corola parva*, se publicó en México en 1977, en las Ediciones de la Máquina Eléctrica).

En 1958 regresó al Perú, y en 1959, con una vieja prensa Minerva accionada por palanca, echó a andar la legendaria colección de La Rama Florida, dirigida e impresa por él, que comprendería más de 150 títulos de escritores como Roger Caillois, Jorge Guillén, Allen Ginsberg, Rafael Alberti, y un gran número de poetas peruanos, desde los más importantes hasta los más jóvenes —en ella aparecieron los primeros libros de Antonio Cisneros y Javier Heraud.

Traductor excelente, hizo numerosas y fieles recreaciones de poetas franceses, italianos y suecos que reunió en *Las mas del racimo*, cuya segunda edición apareció bajo el sello del Fondo de Cultura Económica en 1989.

Reglón aparte merecen sus traducciones del japonés: *Rumor del origen: antología general de la literatura japonesa* (1993); *Cinco amantes apasiona-*

dos, de Ihara Saikaku (1999); *La luna en el agua: teatro y cuentos japoneses* (2000), una cultura que lo fascinó, así como las espléndidas versiones que hizo de la novela de Julien Gracq *Las aguas estrechas*, y de los *Diez relatos africanos*, de Georges Limbour.

Su obra ensayística, que atiende a las letras lo mismo que a las artes visuales, ocupa dos de los diez tomos de sus obras: *Al andar del camino y Gravitaciones y tangencias*.

De Sologuren como persona puede decirse lo mismo que él dijo a propósito de su maestro Lida: “fue un hombre en quien se dio una alianza profunda entre la inteligencia más aguda y el corazón más generoso”.

El extraordinario **CÉSAR VALLEJO** (Santiago de Chuco, 1892-París, 1938) fue desde su juventud un lector atento a lo que escribían los poetas y filósofos mexicanos de su tiempo, como lo dejan ver las menciones que hace a Manuel Acuña, Manuel Gutiérrez Nájera y Justo Sierra en la tesis que presentó para obtener el grado de bachiller en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional de La Libertad en septiembre de 1915: “El romanticismo en la poesía castellana”.

Es indudable que Vallejo empezó a forjarse desde sus días de estudiante un bagaje cultural amplísimo —para constatar sus numerosas lecturas basta leer los artículos periodísticos que escribió en el Perú y las crónicas que envió desde Europa— y seguramente conoció varias obras de Alfonso Reyes. Se sabe que éste, por su parte, leyó a Vallejo, pero nunca escribió, por desgracia, nada sobre él.

Lector de la obra completa de Reyes al cabo de años de frecuentarla, como él mismo lo señala en la segunda de las aproximaciones que aquí se recogen, **MARIO VARGAS LLOSA** (Arequipa, 1936) es, desde la publicación de *La ciudad y los perros*, en 1963, uno de los principales escritores en nuestro idioma. Sus libros más recientes: *Travesuras de la niña mala* (novela, 2006), *Sables y utopías* (recopilación de sus artículos y cartas sobre América Latina, 2009) y dos obras teatrales: *Odiseo y Penélope* (2007) y *Al pie del Támesis* (2008).

Debemos a **EMILIO ADOLFO WESTPHALEN** (Lima, 1911-2001), una obra poética breve e intensa, con la que hizo más hermosa nuestra lengua y enriqueció nuestras maneras de pensar y de sentir.

Como editor tuvo también un papel admirable a través de las revistas que dirigió —*El Uso de la Palabra* (1939), *Las Moradas* (1947-1949) y *Amaru* (1967-1971)— y para las cuales escribió numerosos artículos y ensayos sobre poesía, artes visuales, e incluso ciencia.

Westphalen mantuvo desde joven una estrecha relación con México, de la cual podemos y debemos preciarnos, y trabó amistad con muchas personas —Alfonso Reyes, Octavio Paz y Álvaro Mutis, entre los más célebres.

Vivió en la Ciudad de México de 1978 a 1980, lapso en que se desempeñó como consejero cultural de la Embajada del Perú. Ese último año el Fondo de Cultura Económica publicó *Otra imagen deleznable*, reunión de los libros y poemas que Westphalen había publicado hasta ese momento. Considerando los muchos años de silencio que transcurrieron entre la aparición de su primer libro y esa compilación, se creyó que ella sería la *summa* definitiva de su obra poética, pero en 1982 publicó un nuevo libro: *Arriba bajo el cielo*, con el que volvió al pleno ejercicio de la poesía. Seis libros más aparecieron entre ese año y 1999, incluyendo *Ha vuelto la diosa ambarina*, editado en México en 1986.

En vísperas del centenario de su nacimiento, es inevitable pensar cuánta falta hace una edición de su obra entera.

LUIS FABIO XAMMAR (Yanahuanca, 1911-Medellín, 1947), poeta, ensayista y crítico literario, vivió una infancia y una juventud difíciles debido a la temprana muerte de su padre, ocurrida en 1914. No obstante, logró estudiar derecho en la Pontificia Universidad Católica y, simultáneamente, letras en la Universidad de San Marcos, en cuya vida académica y administrativa participó de manera relevante.

Además de estudios críticos sobre autores peruanos como Abraham Valdelomar, Enrique Bustamente, Ricardo Palma y José Santos Chocano, publicó tres libros de poemas; dos de corte intimista —*Pensativamente* (1930) y *Las voces armoniosas* (1932)— y uno en el que celebra la vida sencilla de los indígenas de la sierra con un estilo muy semejante al de sus cantos populares —de ahí el título: *Wayno* (1937).

De 1939 a 1941 publicó la ya mencionada revista *Tres*, y en los siguientes años dedicó cada vez más tiempo a sus tareas como maestro y funcionario cultural.

De 1943 a 1946 fue secretario general de la Biblioteca Nacional, lo que le permitió viajar por Argentina, Uruguay, Brasil, Chile y Bolivia.

El 17 de marzo de 1947 muere en un accidente aéreo en Medellín. Iba camino a México como representante de la Universidad de San Marcos para participar en un congreso internacional en la UNAM al que acudió el novelista jalisciense Agustín Yáñez, quien el 28 de marzo leyó un discurso en honor de Xammar en el Anfiteatro Bolívar (en octubre de ese mismo año se publicaría en la *Revista Iberoamericana* bajo el título “Luis Fabio Xammar y la vinculación hispanoamericana”).

También Jorge Eduardo Eielson le dedicó un artículo luctuoso: “Memoria lírica y humana de Luis Fabio Xammar” (*La Nación*, Lima, 19 de marzo).

En Bogotá se le rindió homenaje póstumo con la publicación del libro *La alta niebla*, que apareció como suplemento al número 8 de la revista *Universidad Nacional de Colombia* en octubre de 1947.

El Ministerio de Educación Pública del Perú recogió sus cuatro libros en el volumen *Poesías*, en 1949.

CRONOLOGÍA DE ALFONSO REYES

- 1889 Nace en Monterrey, Nuevo León, el 17 de mayo.
- 1901 Su padre, Bernardo Reyes, es nombrado secretario de Guerra y Marina. Su familia se traslada a la Ciudad de México, en donde él ingresa al Lycée Français du Mexique.
- 1903 Su padre vuelve a hacerse cargo del gobierno del estado de Nuevo León, y él inicia su enseñanza preparatoria en el Colegio Civil de su estado.
- 1905 Regresa a la Ciudad de México para terminar sus estudios de preparatoria en la Escuela Nacional Preparatoria.
- 1906 Publica su primer soneto, “Mercenario”, en la revista *Savia Moderna*.
- 1907 Inicia sus estudios en la Facultad de Derecho de la Ciudad de México.
- 1909 Participa como miembro fundador en el Ateneo de la Juventud.
- 1911 Contrae matrimonio con Manuela Mota. La librería P. Ollendorff de París publica su primer libro: *Cuestiones estéticas*.
- 1912 El 15 de noviembre nace su único hijo, Alfonso. Desempeña el cargo de secretario de la Escuela Nacional de Altos Estudios, en la que funda la cátedra de Lengua y Literatura Española.

- 1913 Muere su padre violentamente al iniciarse la Decena Trágica. Meses después, una vez recibido el título de abogado, se traslada a París como segundo secretario de la legación de México en Francia.
- 1914 A causa de la Primera Guerra Mundial, viaja a España y, después de algunos problemas, comienza a trabajar en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal.
- 1915 Escribe una de sus obras más famosas: *Visión de Anáhuac*.
- 1917 Se publican sus obras: *El suicida*, *Visión de Anáhuac* y *Cartones de Madrid*.
- 1920 Es nombrado segundo secretario de la legación de México en Madrid. Se publica su obra *Retratos reales e imaginarios*.
- 1921 Es nombrado primer secretario de la legación de México en Madrid. Se inicia la publicación de las cinco series de *Simpatías y diferencias*.
- 1924 Regresa por corto tiempo a México y vuelve a España como ministro plenipotenciario en misión confidencial. El 1o. de diciembre es nombrado ministro plenipotenciario de México en Francia. Se publica su obra *Calendario*.
- 1927 Es nombrado embajador de México en Brasil. Comienza a publicar su correo literario *Monterrey*.
- 1932 En Río de Janeiro aparecen sus obras: *A vuelta de correo*, *En el día americano*, *Horas de Burgos*, *Atenea política*, *Tren de ondas*.
- 1936 Vuelve a ocupar el cargo de embajador en Argentina.
- 1939 Regresa a México, donde preside el Patronato de la Casa de España. Publica la primera serie de *Capítulos de literatura española*.

- 1940 La Casa de España se transforma en El Colegio de México. Es nombrado presidente de su Junta de Gobierno.
- 1941 Publica *La crítica en la Edad Ateniense y Pasado inmediato*. Ejerce como catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1943 Es miembro fundador de El Colegio Nacional.
- 1944 Publica *El deslinde y Tentativas y orientaciones*.
- 1945 Publica *Norte y sur y Tres puntos de exegética literaria*.
- 1946 Publica *Los trabajos y los días*.
- 1949 Publica *De viva voz y Junta de sombras*.
- 1952 Se publica la primera serie de *Margarita*.
- 1957 Es nombrado director de la Academia Mexicana de la Lengua, a la que pertenecía desde 1918. Se publican *Las burlas veras y Estudios helénicos*.
- 1959 Aparece publicada su obra *La filosofía helénística*. El 17 de diciembre muere en la Ciudad de México.

Alfonso Reyes y los escritores peruanos

se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2009
en los talleres de Master Copy, S.A. de C.V.

Av. Coyoacán 1450, col. Del Valle, 03220 México, D.F.

Portada de Irma Eugenia Alva Valencia.

Tipografía y formación: Sans Serif Editores, S.A. de C.V.

Cuidó la edición Sans Serif Editores

bajo la supervisión de la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.

TESTIMONIOS

Este libro reúne aproximaciones y ensayos sobre la obra de Alfonso Reyes escritos por una treintena de autores peruanos en el curso de un siglo: de 1911 –año en el que Francisco García Calderón (entonces el más influyente autor hispanoamericano en Francia) escribe el prólogo para la primera edición de *Cuestiones estéticas*– al 2005, en que Mario Vargas Llosa recapitula su lectura de la obra completa de Reyes.

Como el lector descubrirá en estas páginas, la prosa y la poesía de Reyes han atraído la atención de peruanos tan distinguidos como César Vallejo, Emilio Adolfo Westphalen, Luis Alberto Sánchez, Ciro Alegría –por citar sólo unos cuantos de los nombres más familiares en México– y la de muchos otros notables escritores de ese país, incluyendo a varios nacidos en las décadas de 1950 y 1960.

Alegra advertir la inteligencia y la admiración con que todos ellos abordan distintos aspectos de la obra de Reyes que, como aquí se demuestra sobradamente, ha tenido una vasta irradiación en el mundo hispanoamericano.

También forman parte de este libro seis docenas de cartas con catorce peruanos que no sólo dan una buena idea de la amplitud de las relaciones de Reyes con los escritores de ese país en general sino también de su atención hacia lo que ellos escribían.

Alfonso Reyes nunca fue al Perú; dejó que sus libros hicieran ese viaje por él. Ahora sus amigos peruanos corresponden la visita.

Diseño de portada: Yuriria Pantoja Millán.



 EL COLEGIO
DE MÉXICO